



BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS

PQ2286

.M5

S6

1901

V. 5

H 895 m



1020016686

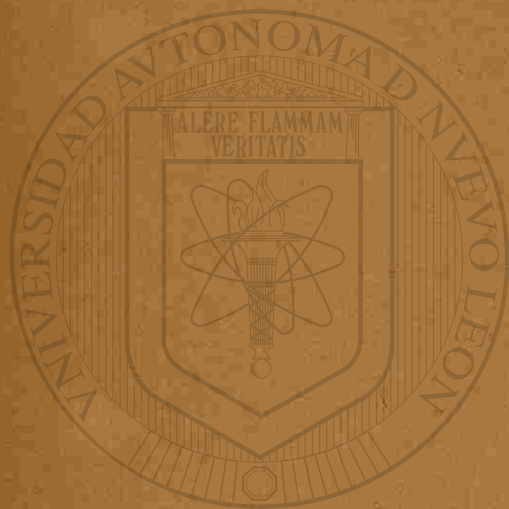


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Núm. Clas. N
Núm. Autor. H895m
Núm. A.G. 30372
Procedencia 1
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catálogo SR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS

MISERABLES

TOMO QUINTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VICTOR HUGO

LOS

MISERABLES

TRADUCCION DE

D. JOSÉ SEGUNDO FLOREZ

SÉPTIMA EDICION

QUINTA PARTE

JUAN VALJEAN



ACERVO DE LITERATURA

115653



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1901

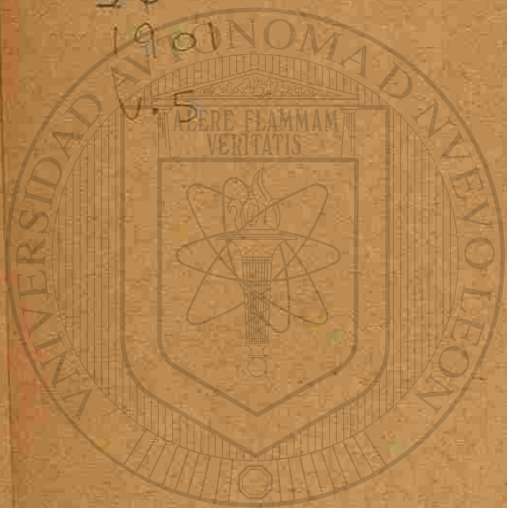
30372

PQ 2286

M 5

S 6

1901



QUINTA PARTE

JUAN VALJEAN

U A N L

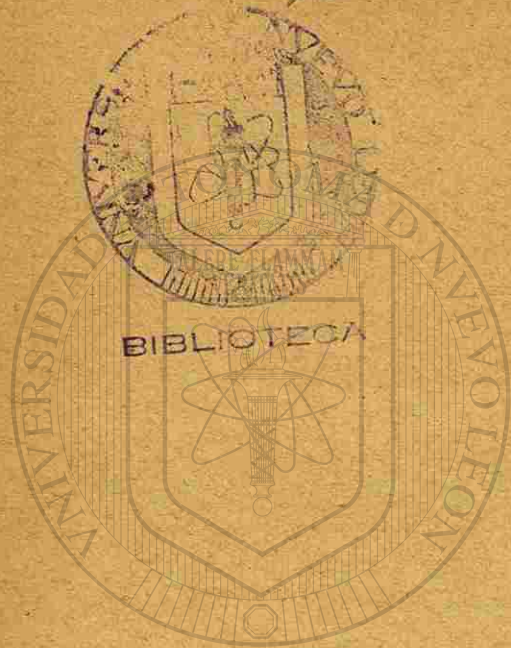
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



5099 A

843
H.



LIBRO PRIMERO

LA

GUERRA ENTRE CUATRO PAREDÉS

I

LA CARYBDIS DEL ARRABAL DE SAN ANTONIO Y LA SCYLLA
DEL ARRABAL DEL TEMPLE

Las dos barricadas más memorables que el observador de las enfermedades sociales puede mencionar no pertenecen al período en el cual se halla colocada la acción de este libro. Estas dos barricadas, símbolos ambas bajo dos aspectos diferentes de una situación formidable, salieron de la tierra cuando tuvo lugar la fatal insurrección de Junio de 1848, que es la más grande guerra de las calles que hasta hoy consigna la historia.

A veces sucede que aún contra los principios, aún contra la libertad, la igualdad y la fraternidad, aún contra

el voto universal, aún contra el gobierno de todos para todos, desde el fondo de sus angustias, de sus desalientos, de sus desnudezes, de sus fiebres, de sus miserias, de sus apuros y aflicciones, de sus miasmas, de sus ignorancias, de sus tinieblas, esa grande desesperada, la canalla, protesta, y que el populacho libra batalla al pueblo.

Los descamisados, los mendigos, los miserables atacan el derecho comun; la oclocracia se rebela contra el demó.

Son estas lúgubres jornadas; pues bien siempre hay cierta cantidad de derecho aún en esa demencia, hay suicidio en ese duelo; y estas palabras que se prodigan como otras tantas injurias, descamisados, canalla, oclocracia, populacho, miserables, atestiguan más bien la falta de los que gobiernan que la falta de los que sufren; más bien la falta de los privilegiados que la falta de los desheredados.

Por lo que hace á nosotros, jamas pronunciamos esas palabras sin dolor y sin respeto, pues cuando la filosofía sondea los hechos á los cuales corresponden ellas, encuentra de ordinario, al lado de las miserias, muchas grandezas. Aténas era una oclocracia; los mendigos, los miserables, fundaron la Holanda; el populacho ha salvado más de una vez á Roma; y la canalla seguía á Jesucristo.

No hay pensador que no haya contemplado muchas veces las magnificencias de abajo.

En esa canalla pensaba sin duda san Jerónimo, en todas esas pobres gentes, en todos esos vagabúndos, y en todos esos miserables de donde han salido los apóstoles y los mártires, cuando decia estas palabras misteriosas: *Fex urbis. lex orbis.*

Las exasperaciones de esa muchedumbre que sufre y que se desangra, sus violencias en contrasentido de los principios que son su vida, sus vías de hecho contra el derecho, son otros tantos golpes de estado populares, y deben ser reprimidos. El hombre de bien se consagra, se sacri-

fica á este acto, y hasta por amor á esa misma muchedumbre, la combate. Pero al mismo tiempo que la opone una vigorosa y energética resistencia, no puede ménos de disculparla! haciéndola rostro firme, la venera sin embargo! Son de esos momentos raros en que, haciendo uno lo que debe hacer, siente no obstante algo que le desconcierta y que casi le disuade de pasar más adelante; se persiste, porque es necesario; pero la conciencia satisfecha se halla contristada, y el cumplimiento del deber se complica con una opresión del corazón.

Apresurémonos á decirlo, Junio de 1848 fué un hecho aparte, excepcional, y casi imposible de clasificar en la filosofía de la historia. Todas esas palabras que acabamos de pronunciar deben suprimirse ó evitarse cuando se trata de aquella insurrección extraordinaria, en que se manifestó, de una manera tan imponente, la santa ansiedad del trabajo reclamando sus derechos. Preciso fué combatirla, y aún era un deber hacerlo, puesto que atacaba á la república. Pero, en el fondo, ¿qué fué Junio de 1848? Una rebelion del pueblo contra sí mismo.

Donde no se pierde de vista el asunto, no hay digresion; séanos, pues, permitido detener un momento la atención del lector en las dos barricadas, absolutamente únicas, de las cuales acabamos de hablar, y que caracterizaron plenamente aquella insurrección.

Una de ellas obstruía la entrada del arrabal de San Antonio; la otra defendía los aproches del arrabal del Temple; las personas ante quienes se erigieron bajo el esplendente azul del cielo de Junio, aquellos formidables monumentos de la guerra civil no lo olvidarán jamas.

La barricada de San Antonio era monstruosa; elevábase á una altura de tres pisos, y tenía setecientos pies de ancho, barreando de una á otra esquina toda la vasta entrada ó embocadura del arrabal, es decir, tres calles. Ha-

bian abierto delante de ella barrancos y zanjas, formado ángulos entrantes y salientes, recortándola, dentellándola y almenándola con una inmensa rasgadura, apoyándola en varios contrafuertes ó estribos que eran ellos mismos otros tantos bastiones; y poderosamente respaldada en dos grandes promontorios de casas del arrabal, levantábase erguida como un muro ciclópeo en el fondo de la plaza formidable que vió el 14 de Julio. Diez y nueve barricadas se escalonaban en el interior de las calles que quedaban detras de aquella barricada madre. Sólo al verla, sentíase en el arrabal el inmenso sufrimiento agonizante, llegado á ese momento extremo y solemne de que la miseria y la desesperacion quieren transformarse en una catástrofe. ¿De qué se componia aquella barricada? De los materiales de tres casas de á seis pisos, demolidas expresamente, decian unos. Del prodigio de todas las iras, decian otros. Tenia el lamentable aspecto de todas las construcciones del odio: la Ruina. Podía decirse: ¿quién ha construido eso? Y también podía decirse: ¿quién ha destruido eso? Era la improvisacion de la efervescencia. ¡Toma! ¡esta puerta! ¡esa verja! ¡aquel alero! ¡aquellas jambas! ¡esta otra estufa rota! ¡aquella marmita cascada! ¡Traedlo! ¡arrojadlo aquí todo! empujad, lanzad, rodad, acarread, cavad, ahondad, desmantelad, derribad; ¡demoledlo todo, arrasadlo todo, hundidlo todo! Era la colaboracion del guijarro, del adoquín, del morrillo, de los escombros, del madero, de la barra de hierro, del harapo, de la vidriera rota, de la silla desfongada, del troncho de col, del trapajo, del guñapo y de la maldicion. Era una cosa grande y una cosa pequeña. Era el abismo pariodado por el caos en medio de una plaza. La mole junto al átomo; el lienzo de pared arrancado y la escudilla rota; una fraternizacion amenazadora de todos los despojos y de todas las ruinas; Sisifo habia arrojado allí su roca y Job su tiesto. En suma,

aquello era terrible. Era la ciudadela de los descalzos y de los desarrapados, la acrópolis de los miserables. Varias carretas volcadas accidentaban el declive; un inmenso carromato se ostentaba de frente, atravesado, con el eje mirando hácia el cielo, que parecia un chirlo en aquella tumultuosa fachada; un ómnibus, izado alegremente á fuerza de brazos hasta la cima de aquella monstruosa aglomeracion, como si los arquitectos de aquel monumento salvaje hubieran querido añadir la bufonada al espanto, ofrecia su lanza desenganchada á no sé qué caballos errantes por los aires. Aquella acumulacion gigantesca, verdadero aluvion de la revuelta representaba al espiritu un Ossa sobre Pelion de todas las revoluciones; 93 sobre 89, el 9 Thermidor sobre el 10 de Agosto, el 18 Brumario sobre el 21 de Enero, Vendimiario sobre Prairial, 1848 sobre 1830. Hasta el sitio era adecuado al objeto; aquella barricada era digna de aparecer en el mismo lugar donde habia desaparecido la Bastilla. Si el océano hiciera diques, así es cómo él los construiria. El furor de la onda se hallaba grabado en aquel amontonamiento disforme. ¿Qué onda? la muchedumbre. Creíase ver allí la rebelion petrificada. Creíase oír zambar, por encima de aquella barricada, como ellas se hubiesen hallado allí sobre su colmena, las enormes abejas tenebrosas del progreso violento. ¿Era aquello un materral? ¿era una bacanal? ¿era una fortaleza? Diríase que el vértigo habia construido todo aquello á aletazos. Habia algo de cloaca en aquel reducto y algo de olímpico en aquel barullo. Veíase allí en desesperada confusion, cabriales de techos pedazos de boardillas con su papel pintado recubriendo los tabiques, bastidores de ventanas y puertas vidrieras con todos sus cristales rotos entre los escombros, esperando los cañonazos, chimeneas arrancadas, armarios, mesas, bancos una mezclanza extraña y chillona de todas

esas milcosas indigentes, desperdicios aún del mendigo, que contienen á la vez el furor y la nada. Diríase que aquello era el andrajo de un pueblo, andrajo de madera, de hierro, de bronce, de piedra, y que el arrabal de San Antonio le había arrojado allí á su puerta, de una escobada colosal, construyendo con su miseria su barricada. Enormes trozos de piedra en forma de tajos, cadenas dislocadas, grandes vigas, jaceñas, listones, maderos en forma de escuadra, ó en forma de horca, y ruedas horizontales salientes de los escombros, amalgamaban en aquel edificio de la anarquía la sombría figura de los antiguos suplicios sufridos por el pueblo. La barricada de San Antonio hacía arma de todo; todo cuanto puede la guerra civil arrojar á la cabeza de la sociedad salía de allí; aquello no era un combale, era un paroxismo; las carabinas que defendían aquel reducto, entre las cuales había algunos trabucos y escopetas, enviaban pedacitos de loza, huesecillos, botones de frac, y hasta rodajas de mesas de alcoba, proyectiles peligrosos á causa del cobre. Aquella barricada estaba furiosa y fuera de sí, lanzando á las nubes un clamor inexplicable; en ciertos momentos, provocando al ejército, cubriase ella de gente y de tempestad; un rebullicio de cabezas ardientes y echando llamas la coronaba; un hormiguelo la llenaba; tenía sobre ella una cresta espinosa de fusiles, de sables, de palos, de hachas, de picas y de bayonetas; sobre su elevada cúspide, una inmensa bandera roja azotaba el viento; oíanse allí las voces, ó gritos de mando, los cantos de ataque, los redobles de tambor, los sollozos de las mujeres y las tenebrosas carcajadas del hambre en el colmo de la desesperación. Era desmesurada y viviente; y, como del dorso de un animal eléctrico, salía de ella un chisporroteo de rayos. El espíritu de revolución cubría con su nube aquella cima donde rugía la voz del pueblo que se

asemejaba á la voz de Dios; una majestad extraña se desprendía de aquella titánica banastada de camastros. Era un monton de basura y era el Sinaí.

Como hemos dicho anteriormente, ella atacaba en nombre de la Revolución, ¿qué? la Revolución. Ella, aquella barricada, el azar; el desórden, el azoramiento, el error, lo desconocido, tenía frente á sí á la asamblea constituyente, á la soberanía del pueblo, al sufragio universal, á la nación, á la república; y era la Carmañola desafiando á la Marsellesa.

Desafío insensato, pero heroico, pues aquel viejo arrabal es un héroe.

El arrabal y su reducto se completaban y se auxiliaban recíprocamente. El arrabal se apoyaba en el reducto, y el reducto se respaldaba en el arrabal. La vasta barricada se ostentaba como un derrumbadero, un precipicio contra el cual venía á estrellarse la estrategia de los generales de África. Sus cavernas, sus excrecencias, sus verrugas, sus gibosidades, gesticulaban, por decirlo así, y se mofaban entre la espesura del humo. La metralla se desvanecía entre aquella masa informe; las granadas se sepultaban allí, se hundían y se perdían; las balas de cañon sólo conseguían abrir agujeros; ¿para qué cañonear al caos? Y los regimientos, avezados á las más feroces visiones de la guerra, dirigían inquietas miradas á aquella especie de reducto fiero, jabali por lo erizado, montaña por lo enorme.

Á la distancia de un cuarto de legua de aquel sitio, si desde la esquina de la calle del Temple que desemboca en el boulevard cerca del Château d'Eau, asomaba uno osadamente la cabeza fuera de la punta formada por la delantera de la tienda de Dallemagne, distinguía á lo léjos, más allá del canal, en la calle que sube las pendientes de Belleville, en el punto culminante de la cuesta, una mu-

ralla extraña que llegaba á la altura del segundo piso de las fachadas, especie de guion que reunía las casas de la derecha con las de la izquierda, como si la calle hubiera replegado ella misma su pared más elevada para cerrarse bruscamente. Aquel muro estaba construido con adoquines. Era derecho, correcto, frío, perpendicular, nivelado á escuadra, tirado á cordel, alineado con la plomada. Es verdad que allí faltaba el cemento, pero, como en ciertos muros romanos, sin turbar su rígida arquitectura. Por su elevación, se adivinaba su profundidad. El entablamiento era matemáticamente paralelo al basamento. Distinguíanse, de espacio en espacio, en la superficie gris, troneras casi invisibles que parecían hilos negros. Estas troneras se hallaban separadas entre sí por intervalos iguales. La calle estaba desierta aún más allá de lo que alcanzaba la vista. Todas las puertas y todas las ventanas se hallaban cerradas. En el fondo se erigia aquella barrera que convertía á la calle en un callejón sin salida; muro inmóvil y tranquilo, en donde no se veía á nadie, ni se oía nada; ni un solo grito, ni un ligero rumor, ni un soplo siquiera. Parecía un sepulcro.

El esplendente sol de Junio inundaba de luz aquella cosa terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Desde el momento en que se llegaba á aquel sitio y que se la divisaba, áun los más osados no podían ménos de quedar pensativos ante aquella misteriosa aparición. Aquello estaba ajustado, ordenado, encajonado, rectilíneo, simétrico y tenebroso. Allí había ciencia y tinieblas. Veíase bien que el jefe de aquella barricada era un geómetra ó un espectro. Se miraba aquello, y se hablaba después en voz baja.

De vez en cuando, si alguien, sobre todo si era soldado, oficial ó representante del pueblo, se aventuraba á

atravesar la calzada solitaria, oíase un silbido agudo y débil, y el transeunte caía herido ó muerto, y si escapaba, veíase penetrar en alguna ventana cerrada, en la juntura de dos piedras de sillería, ó en el yeso de una pared, una bala de fusil. Á veces era una vizecaína. Pues los hombres de la barricada se habían procurado dos cañoncitos, formados con dos trozos de tubos de hierro colado, de los que sirven para las cañerías del gas, tapando uno de los extremos con estopa y tierra arcillosa. Proponíanse no gastar pólvora inútilmente. Casi todos sus disparos eran aprovechados. Veíanse acá y acullá algunos cadáveres, y charcos de sangre en el suelo. Yo recuerdo haber visto una mariposa blanca que volaba en aquella calle. El verano no abdica jamás.

En las cercanías, los portales de las casas se hallaban atestados de heridos.

Sentíase uno allí asestado por algúen que no se dejaba ver, y que toda la longitud de la calle era blanco de una puntería misteriosa.

Agrupados en masas compactas detrás de la especie de caballete que formaba á la entrada del arrabal del Temple el puente cimbrado del canal, los soldados de la columna de ataque observaban, con la mayor gravedad y recogimiento, aquel reducto lúgubre, aquella inmovilidad, aquella impasibilidad, de donde salía la muerte. Algunos de ellos iban de gatas, ó arrastrándose por el suelo, hasta llegar á la parte superior de la curva del puente, cuidando bien de que sus shakós no asomaran por encima.

El valiente coronel Monteynard admiraba aquella barricada con cierto estremecimiento. — *¡Cómo está construida!* decía á un diputado de la asamblea constituyente. *Ni un solo adoquín sobresale de otro. Parece de porcelana.* En el mismo instante vino una bala sobre él-

le rompió la cruz que llevaba en el pecho, y cayó.

— ¡Cobardes! decían. Pero ¿por qué no muestran ellos su pecho al descubierto? ¡que los veamos! ¡no se atreven! ¡se esconden! — Defendida por ochenta hombres, atacada por diez mil, la barricada del arrabal del Temple se sostuvo tres días. Al día cuarto, se hizo como en Zaatcha y en Constantina, abrieronse paso los soldados penetrando por las casas, rompiendo tabiques y paredes, saliendo por los tejados; y así fué como tomaron la barricada. Ni uno solo de los ochenta cobardes pensó en huir; todos se hicieron matar allí, excepto el jefe, Barthélemy, de quien hablaremos despues.

La barricada de San Antonio era el tumulto de rayos y truenos; la barricada del Temple era el silencio. Entre ambos reductos habia la diferencia de lo formidable á lo siniestro. El uno parecia una boca de leon; el otro una máscara.

Admitiendo que la gigantesca y tenebrosa insurrección de Junio se compusiera de una ira y de un enigma, sentíase en la primera barricada el dragon y detras de la segunda el esfinge.

Aquellas dos fortalezas habian sido edificadas por dos hombres llamados, el uno Cournet, y el otro Barthélemy. Cournet habia hecho la barricada de San Antonio; Barthélemy la barricada del Temple. Cada una de ellas era la imágen del que la habia construido.

Era Cournet un hombre de elevada estatura, ancho de espaldas, de rostro encarnado, robusto de puños, corazon atrevido, alma leal, mirada sincera y terrible. Intrépido, enérgico, irascible, tempestuoso; el más cordial de los hombres, el más formidable de los combatientes. La guerra, la lucha, la contienda, eran su elemento respirable y le ponian de buen humor. Habia sido oficial de marina, y por sus gestos y por su voz, adivinábase

desde luego que salia del océano y que venia de la tempestad; continuaba el huracan en la batalla. Salvo el genio, habia en Cournet algo de Danton, como, salvo la divinidad, habia en Danton algo de Hércules.

Flacucho, ruin, pálido, taciturno, Barthélemy era una especie de gamin trágico que, abofeteado por un agente de policia, le esperó, le acechó, y le mató, y á la edad de diez y siete años, le echaron á presidio. Salió de él, é hizo aquella barricada.

Más adelante, cosa fatal en verdad, proscritos ambos en Lóndres, Barthélemy mató á Cournet. Algun tiempo despues, cogido entre las ruedas dentadas de una de esas misteriosas aventuras en que se mezcla la pasion, catástrofes en las cuales suele ver siempre la justicia francesa circunstancias atenuantes, pero donde la justicia inglesa no ve sino la muerte, Barthélemy fué ahorcado. La sombría construcción social se halla formada en terminos que, merced á la desnudez material, merced á la oscuridad moral, aquel sér desgraciado que contenia una inteligencia, firme seguramente, grande tal vez, empezó en Francia por el presidio y acabó en Inglaterra por el cadalso. Barthélemy, en las ocasiones en que se ponía en evidencia, no enarbolaba sino una bandera: la bandera negra



Diez y seis años no pasan en balde para la subterránea educación de las insurrecciones; y Junio de 1848 sabía de esto mucho más que Junio de 1832. Así que la barricada de la calle de la Chanvrerie no era sino un bosquejo y un embrión, comparada con las dos barricadas colosales que acabamos de esquivar; pero, para la época, era formidable.

Bajo la inspección de Enjolras, pues Marius no miraba ya nada, los insurrectos habían aprovechado bien la noche. La barricada había sido, no sólo reparada, sino aumentada. Se la habían añadido dos pies más de elevación. Unas barras de hierro implantadas en los adoquines parecían otras tantas lanzas en ristre. Escombros y materiales de toda especie, traídos de todas partes y añadidos, complicaban la trabazón exterior; resultando así un reducto sabiamente rehecho ó reconstruido, en muralla por dentro y en maleza por de fuera.

Habíase restablecido la escalera de adoquines que permitía subir á aquella altura como á un muro de ciudadela.

Habían hecho, por decirlo así, el menaje de la barricada, poniendo orden y buen arreglo en ella, y también habían desembarazado la sala baja, transformado la cocina en hospital de sangre, acabado de hacer la primera cura á todos los heridos, recogido la pólvora esparcida por el suelo y sobre las mesas, fundido balas, fabricado cartuchos, desbrizado gran cantidad de hilas, distribuido las armas restantes, limpiado el interior del reducto, recogido los despojos, y retirado los cadáveres.

Fueron estos depositados en un monton que formaron en la callejuela de Mondétour, de la cual eran siempre dueños los insurrectos. Durante mucho tiempo veíase aún e rojcido el suelo en aquel sitio. Entre los muertos distinguíanse cuatro guardias nacionales de las afueras. Enjolras hizo guardar aparte sus uniformes.

Había aconsejado Enjolras dos horas de sueño; y un consejo de Enjolras era una consigna. Sin embargo, tres ó cuatro solamente le aprovecharon para dormir un poco. Feuilly empleó las dos horas en grabar esta inscripción en la pared que hacia frente á la taberna:

¡VIVAN LOS PUEBLOS!

Estas tres palabras, hondamente grabadas en la dura argamasa con un clavo, se leían aún en aquella pared en 1848.

Las tres mujeres se habían aprovechado de la tregua de aquella noche para desaparecer definitivamente; lo que hacía respirar á los insurrectos más á sus anchas.

Habían encontrado ellas medio de refugiarse en alguna casa inmediata

La mayor parte de los heridos podían y querían aún

combatir. En un gran camastro hecho con colchones y con haces de heno había, en la cocina transformada en hospital de sangre, cinco hombres gravemente heridos, de los cuales dos eran guardias municipales. Los guardias municipales fueron los primeros á quienes curaron.

Ya no quedaban en la sala baja sino Mabeuf, cubierto con su paño negro, y Javert, atado al poste.

— Esta es la sala de los muertos, dijo Enjolras.

En el interior de esta sala, alumbrada apenas por una vela de sebo, proyectábase allá en el fondo, vagamente, una especie de gran cruz, formada por la sombra perpendicular del poste y del cuerpo de Javert y por la de la mesa mortuoria que se hallaba detras del poste como una barra horizontal. Javert de pié y Mabeuf tendido formaban aquella cruz colosal con su sombra.

Aunque truncada á balazos, la lanza del ómnibus se conservaba aún bastante derecha para poder colgar en ella una bandera.

Enjolras, que entre sus muchas dotes de jefe tenía la de ejecutar siempre lo que decía, colgó de aquel asta el frac agujereado y ensangrentado del anciano muerto.

Ya no era allí posible comer nada. No había pan ninguno ni carne tampoco. En las diez y seis horas que estaban allí, los cincuenta hombres de la barricada habían consumido todas las escasas provisiones de la taberna-bodegón. En un momento dado, toda barricada que se sostiene un poco se convierte inevitablemente en la balsa de la Medusa. Preciso fué, pues, resignarse al hambre. Hallábanse en las primeras horas de aquella jornada esparciata del 6 de Junio en la barricada de Saint-Merry, á todos aquellos combatientes que gritaban: ¡ Á comer! respondía: ¡ Comer! ¿ para qué? son las tres. Á las cuatro estaremos muertos.

Como no se podía ya comer, Enjolras prohibió el be-

ber. Ordenó abstinencia completa del vino, y una moderada ración de aguardiente.

Habían hallado en la cueva unas quince botellas llenas, selladas y tapadas herméticamente. Enjolras y Combeferre las examinaron. Al subirlas, decía Combeferre: — Esto proviene sin duda del antiguo fondo del tío Hucheloup, que comenzó portener una tienda de ultramarinos. — Eso debe ser verdadero vino, observó Bossuet. Es una fortuna que Grantaire esté durmiendo. Si estuviera el despierto, trabajo nos costaría el ponerá salvo estas botellas. — En despecho de todos los urmullos, Enjolras impuso su veto sobre las quince botellas, y á fin de que nadie las tocara y que estuviesen como depositadas en lugar sagrado, las hizo colocar bajo la mesa en que yacía el tío Mabeuf.

Á eso de las dos de la mañana, se contaron. Eran aún treinta y siete.

Ya empezaba á amanecer, y acababan de apagar el ha-cha de viento, que habían vuelto á colocar en su alveolo de adoquines. El interior de la barricada, aquella especie de patiecito tomado en la calle, se hallaba como abogado en tinieblas y se asemejaba, en medio de aquel vago horror crepuscular, al puente de un buque desmantelado. Los combatientes, yendo y viniendo, movíanse allí como otras tantas formas negras. Por encima de aquel pavoroso nido de sombras, bosquejábanse lividamente los pisos de las casas mudas; en el punto más elevado palidecían las chimeneas. El cielo ostentaba ese magnífico color indeciso, que tal vez es el blanco, tal vez el azul. Las aves volaban por los aires, lanzando gritos de dicha y contento. La más alta de las casas, que formaba el fondo de la barricada, y se hallaba expuesta al levante, tenía sobre su tejado un reilejo color de rosa. En el ventanillo del tercer piso, el viento de la mañana agitaba los cabellos grises sobre la cabeza del hombre muerto.

— Me alegro mucho de que hayan apagado la antorcha, decía Courfeyrac á Feuilly. Esa hacha, agitándose así en el viento como azorada, me estaba fastidiando mucho. Parecía que tenía miedo. La luz de las antorchas se parece á la prudencia de los cobardes; alumbra mal, porque tiembla.

El alba despierta á los espíritus, como despierta á las aves: todos se pusieron á conversar.

Joly, al ver á un gato rondar sobre un canalon, extrajo al punto la filosofía de este hecho.

— ¿Qué cosa es el gato? exclamó. El gato es un correctivo. Cuando hubo creado al raton, Dios dijo: ¡Toma! he hecho una tontería. Y entonces creó al gato. El gato es la errata del raton. El raton, más el gato, es la prueba de la creacion revisada y corregida.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Juan Prouvair, de Bahorel, de Mabeuf, y áun del Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras, diciendo:

— Harmodio y Aristogiton, Bruto, Chereas, Stéfano, Cromwell, Carlota Corday, Sand, todos tuvieron, despues del grande acto que los señalara, sus momentos de angustia. Nuestro corazon propende tanto al estremecimiento, y la vida humana es un misterio tan grande, que, áun en un homicidio cívico, hasta en un homicidio libertador, si los hay, el remordimiento de haber herido á un hombre excede á la alegría de haber servido al género humano.

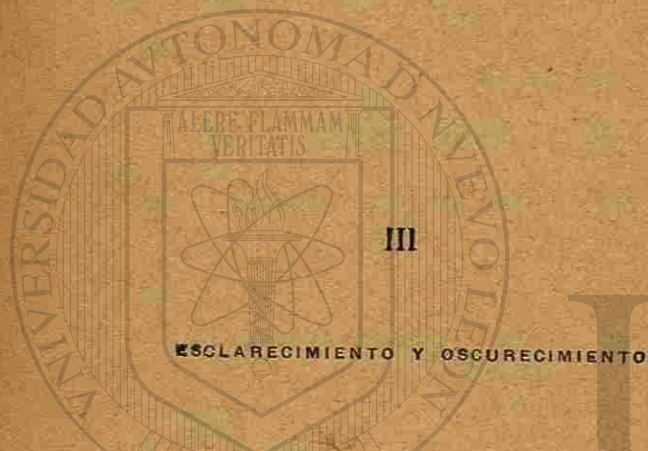
Y tales son los meandros propios de una conversacion, que un minuto despues, por una transicion que provenia de los versos de Juan Prouvair, Combeferre comparaba entre sí á los traductores de las *Georgicas*, Raux á Courmand, Courmand á Delille, indicando los pocos pasajes traducidos por Malfilâtre, particularmente los prodigios de la

muerte de César; y por este nombre de César, la conversacion cayó naturalmente en Bruto.

— César, decía Combeferre, sucumbió justamente. Ciceron fué severo para César, y con razon. Aquella severidad no es la diatriba. Cuando Zoilo insulta á Homero, cuando Mævius insulta á Virgilio, cuando Visé insulta á Molière, cuando Pope insulta á Shakspeare, cuando Fréron insulta á Voltaire, es una antigua ley de envidia y de odio la que se ejecuta; los genios atraen la injuria, nunca falta quien ladre, más ó ménos, á los grandes hombres. Pero Zoilo y Ciceron, son dos. Ciceron es un justiciero por medio del pensamiento, como Bruto es un justiciero por medio de la espada. Por lo que hace á mí, yo condeno esta última justicia, de la cuchilla; pero la antigüedad la admitia. César, violador del Rubicon, confiriendo, como procedentes de él, las dignidades que provenian del pueblo, no levantándose al entrar el senado, hacia, como dice Eutropio, cosas de rey y casi de tirano. *regia ac pene tyrannica*. Era un grande hombre; tanto peor, ó tanto mejor; la leccion es más alta, y de mayor provecho y trascendencia. Sus veintitres heridas me conmueven ménos que el salibazo arrojado á la frente de Jesucristo. Á César dieron de puñaladas los senadores; á Jesucristo le abofetearon los criados. Por el mayor ultraje, se distingue en seguida que es Dios.

Dominando á los que así platicaban, desde lo alto de un monton de piedras, exclamó Bossuet, con la carabina en la mano:

¡Oh Cydathenæum, oh Myrrhinus, oh Probalintho, oh gracias de la Fantida! ¡Oh! ¿quién me facilitará el pronunciar los versos de Homero como un griego de Laurium ó de Edapleon?



Enjolras había ido á hacer una exploracion ó reconocimiento del campo enemigo ; saliendo al efecto por la callejuela de Mondétour, y serpeando á lo largo de las casas.

Los insurrectos, preciso es decirlo, estaban llenos de esperanzas. La manera cómo habian ellos rechazado el ataque de la noche anterior les hacía casi desdeñar anticipadamente el ataque del amanecer. Así que le esperaban confiados y sonriendo. Para ellos no era más dudoso su triunfo que la justicia de su causa. Por otra parte, era evidente, en su juicio, que les iba á venir un auxilio, contando con él como cosa segura. Con esa facilidad de profecía triunfante que constituye una de las fuerzas del frances combatiendo, dividian ellos en tres etapas ó en tres fases ciertas la jornada que iba á inaugurarse : á las seis de la mañana, un regimiento, « que estaba bien trabajado y

dispuesto, » se les pasaria ; á las doce, la insurreccion de todo París ; al ponerse el sol, la Revolucion.

Diase la campana de Saint-Merry tocando á rebato, que no habia cesado ni un minuto desde la vispera ; prueba evidente de que la otra barricada, la grande, la de Jeanne, se mantenía siempre firme.

Todas estas esperanzas se hacian circular y se cambiaban de uno á otro grupo, en una especie de cuchicheo alegre y temible, que se parecia al zumbido de guerra de una colmena de abejas.

Por fin reapareció Enjolras, de vuelta de su expedicion. Venía de su sombrío paseo de águila en la oscuridad exterior. Escuchó un instante toda aquella alegre algazara con los brazos cruzados, y con una mano puesta en la boca. En seguida, fresco y rosado en la creciente blancura de la mañana, dijo :

— Todo el ejército de París atacará. Una tercera parte de ese ejército pesará sobre la barricada donde os halláis. Además, la guardia nacional. Yo he distinguido los shakós del quinto de línea y las banderolas de la sexta legion. Dentro de una hora seréis atacados. Por lo que hace al pueblo, ayer ha mostrado alguna efervescencia, pero esta mañana no se mueve ya. No confiemos en nada, no esperemos nada. Ni un arrabal, ni un regimiento. Estáis completamente abandonados.

Estas palabras cayeron sobre el murmullo de los grupos, y produjeron el efecto que produce en un enjambre la primera gota de la tempestad. Todos quedaron como mudos. Hubo un momento de silencio inexplicable, durante el cual se hubiera oído volar á la muerte.

Este momento fué breve.

Desde el fondo más oscuro de los grupos, salió una voz que gritó á Enjolras :

— Está bien. Elevemos la barricada á veinte piés de al-

tura, y permanezcamos aquí todos. Ciudadanos, hagamos la protesta de los cadáveres. Hagamos ver que si es pueblo abandona á los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Esta palabra caía providencialmente para despejar el pensamiento de todos de la penosa nube de ansiedades individuales. Una aclamacion entusiasta la acogió unánimemente.

Nunca se ha sabido el nombre de la persona que habia hablado de esta suerte; sin duda fué alguna blusa ignorada, un desconocido, un olvidado, un héroe transeunte, ese grande anónimo que se mezcla siempre en las crisis humanas y en las génesis sociales, que, en un instante dado, dice de una manera suprema la palabra decisiva, y que se desvanece en las tinieblas despues de haber representado, durante un segundo, en la luz de un relámpago, al pueblo y á Dios.

Esta resolucion inexorable se hallaba de tal manera en los designios, y por decirlo así, en la atmósfera del 6 de Junio de 1832, que, casi á la misma hora, en la barricada de Saint-Merry, los insurgentes lanzaban este grito que ha venido á ser histórico, hallándose consignado en el proceso: — Que nos vengan auxilios, ó que no nos vengar, ¡qué importa! Hagámonos matar aquí hasta el último.

Segun se ve, las dos barricadas, aunque aisladas materialmente, se comunicaban entre sí.

IV

CINCO DE MÈNOS, UNO DE MÀS

Despues que aquel hombre, cualquiera que él fuese que decretó « la protesta de los cadáveres, » hubo hablado y dado la fórmula del alma comun, de todas las bocas salió un grito extrañamente satisfecho y terrible, fúnebre por el sentido y triunfal por el acento:

— ¡ Viva la muerte! Permanezcamos aquí todos.

— ¿ Y por qué todos? dijo Enjolras.

— ¡ Todos! ¡ todos!

Enjolras añadió:

— La posicion es excelente, la barricada hermosa. Treinta hombres bastan. ¿ Por qué sacrificar cuarenta?

— Porque ninguno querrá marcharse.

— Ciudadanos, exclamó Enjolras, notándose en su voz una vibracion casi irritada, la república no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La gloria vana es

un despilfarro. Si, para algunos de vosotros, el deber consiste en marcharse, este deber es justo cumplirlo como otro cualquiera.

Enjolras, el hombre-principio, tenía sobre sus correccionarios esa especie de omnipotencia que se desprende del absoluto. Sin embargo, por más que ejerciera esta omnipotencia, no dejaron de murmurar.

Jefe hasta las puntas de los dedos, Enjolras, viendo que murmuraban, insistió, añadiendo con altivez:

— Que aquellos que teman no quedar más que treinta lo digan.

Los murmullos entónces redoblaron.

— Por otra parte, observó una voz en su grupo, marcharse, es cosa fácil de decir. La barricada está cercada.

— Méenos por el lado que da á los mercados centrales, dijo Enjolras. La calle de Mondétour está libre, y por la calle de los Predicadores se puede llegar hasta el mercado de los Inocentes.

— Y allí, repuso otra voz del grupo, le cogerán á uno. Caerá en poder de algun granguardia de la linea ó de las afueras. Verán pasar un hombre con blusa y gorra. ¿ De dónde vienes tú? ¿ es que no eres de los de la barricada? Y le miran á uno las manos. Hueles á pólvora. Fusilado.

Enjolras, sin responder, tocó en el hombro á Combeferre, y ambos entraron en la sala baja.

Un momento despues volvieron á salir. Enjolras traía en sus manos extendidas los cuatro uniformes que habia él hecho guardar en reserva. Combeferre le seguía trayendo los correaes y los shakós.

— Con este uniforme, dijo Enjolras, es fácil mezclarse en las filas contrárias y escapar. Aquí tenemos ya para cuatro.

Y echó en el suelo desempedrado los cuatro uniformes.

Ningun movimiento ni alteracion se notó en aquel estoico auditorio. Combeferre tomó la palabra.

— Vamos, compañeros, dijo, menester es que tengamos un poco de compasion. ¿ Sabéis de qué se trata aqui ahora? Trátase de las mujeres. Examinemos este punto arduo y delicado. ¿ Hay mujeres, sí ó no? ¿ hay, niños, sí ó no? ¿ hay, si ó no, madres que mecen la cuna con el pié y que tienen en derredor de ellas un monton de criaturitas? Que aquel de entre vosotros que no haya visto jamas el pecho de una nodriza levante la mano. ¡ Ah! queréis haceros matar, tambien yo, que os estoy hablando, quiero lo mismo que vosotros; pero no quiero ver en derredor mio fantasmas de mujeres torciéndose los brazos en angustiosa desesperacion. Morid, sea en buen hora, pero no hagáis morir á los demas. Suicidios como el que aquí va á consumarse son sublimes, pero el suicidio es una cosa estricta, restringida á la persona suicidada, y no admite, ó no debe admitir, extension; y desde el momento en que él afecta de cerca á vuestros parientes próximos, el suicidio se llama homicidio, se llama asesinato. Acordaos de las cabecitas rubias, y acordaos tambien de las canas venerables. Escuchad, Enjolras ha visto, hace poco, segun acaba de decirme, allá en la esquina de la calle del Cisne, una ventana donde habia luz, una triste ventana alumbrada por una vela de sebo en un quinto piso y al traves de la vidriera, veíase la sombra trémula de una cabeza de anciana que tenía trazas de haber pasado allí toda la noche esperando. Quizas es la madre de alguno de vosotros. Pues bien, que se vaya, si está aquí, que se apresure á ir y á decirle á su madre: ¡ Madre, aquí estoy ya! Que no se inquiete él por nada de esto, la empresa se llevará aquí á cabo del mismo modo. El que sustenta y sostiene á sus padres, á su esposa, á sus hijos, á sus hermanitos huérfanos, con su propio trabajo, no tiene de-

recho á sacrificarse. Eso sería desertar de la familia. Y los que tienen hijas, y los que tienen hermanas! ¿No pensáis en esto? Os hacéis matar, lo habéis conseguido, está bien, pero ¿y mañana? Jovencitas que carecen de pan, esto es una cosa terrible. El hombre mendiga, la mujer vende. ¡Ah! esos deliciosos seres, dotados de gracia y de dulzura, que llevan papalinas blancas con flores, que llenan la casa de castidad, que cantan, que charlan, que son como un perfume viviente, que prueban la existencia de los ángeles en el cielo por la pureza de las vírgenes en la tierra, esa Juanita, esa Paquita, esa Luisa, esas adorables y honradas criaturas que son vuestra bendición y vuestro orgullo, ah, ¡gran Dios! ¡van á tener hambre! ¿Qué queréis que yo os diga? ¿Existe un mercado de carne humana; y no será por cierto con vuestras manos de sombras temblorosas en derredor de ellas, como las impediréis de entrar en él! Acordaos de la calle, acordaos del empedrado cubierto de transeuntes, acordaos de las tiendas ante las cuales van y vienen mujeres escotadas, y en el lodo. También esas mujeres han sido puras. Acordaos de vuestras hermanas, los que las tienen. La miseria, la prostitucion, los agentes de policía, San Lázaro; hé ahí adonde van á parar esas hermosas y delicadas jóvenes, esas frágiles maravillas de pudor, de gracia y de belleza, más frescas que las lilas del mes de Mayo. ¡Ah! os habéis hecho matar! ¡ah! ya no estáis al lado de ellas! Pues bien; vosotros, los que habéis querido sustraer al pueblo á las garras de la monarquía, entregáis vuestras hijas á las garras de la policía. ¡Amigos míos, cuidado con esto! ¡tened compasion! ¡Las mujeres, las desgraciadas mujeres! generalmente no se suele pensar mucho en ellas. Alégase como excusa la circunstancia de que las mujeres no han recibido la misma educacion que los hombres, se las impide el leer, se las priva de pensar, se las prohíbe el ocu-

parse de política; ¿las impediréis el ir esta noche á la Morgue y el reconocer vuestros cadáveres? Vamos, pues, es preciso que los que tengan familia sean buenos muchachos, que nos den un apretón de manos, y que se marchen, y nos dejen concluir aquí la tarea nosotros solos. Bien sé yo que se necesita valor para marcharse, es cosa difícil; pero cuanto más difícil es, tanto más mérito tendrá ese acto. Se dice: Tengo un fusil, estoy en la barricada, tanto peor, yo no me voy de aquí. Tanto peor, es cosa que se dice pronto. Amigos míos, hay una mañana; vosotros no os hallaréis, en esa mañana, pero vuestras familias se hallarán. ¡Y, cuántos sufrimientos! Escuchad, figuraos un hermoso niño, sano y robusto, que tiene unas mejillas como gruesas y rosadas manzanas, que charla, que ríe, que grita, que hace sentir su frescura al besarle; ¿sabéis lo que viene á ser ese niño cuando se encuentra abandonado? Yo he visto, á uno pequeñito, tan alto como mi rodilla. Se le habia muerto su padre, y unas pobres gentes le recogieron por caridad, pero aquellas gentes no tenían ellas pan para sí mismas. El pobre niño estaba siempre hambriento. Era un invierno; él no lloraba jaams. Veíante ir y acercarse á la estufa, donde nunca habia lumbre, y cuyo tubo, como vosotros sabéis bien, se hallaba todo él embetunado en las juntas con una tierra amarilla. El niño despegaba con sus deditos un poco de aquella tierra y se la comía. Tenia la respiracion ronca, el rostro livido, las piernas flojas, el vientre grueso. Nunca decia nada. Le hablaban, y no respondía. Por fin, falleció. Lleváronle á morir al hospital de Necker, donde yo le vi. Era yo entonces interno en aquel hospital. Ahora, si hay padres entre vosotros, padres que tienen la dicha de pasear el domingo llevando asida con su buena y robusta mano la tierna y delicada manecita de su niño, que cada uno de esos padres se imagine que

aquel niño es el suyo. Aquella pobre criatura, lo recuerdo y lo recordaré siempre, pareceme que la estoy viendo, cuando la tendieron desnuda sobre la mesa de las disecciones anatómicas en el anfiteatro del hospital, sus costillas sobresalían bajo su piel simulando las zanjas que sirven de fosas bajo la yerba de los cementerios. El estómago le tenía lleno de una especie de barro. Tenía también ceniza entre sus dientes. Vamos, camaradas, examinemos este punto en conciencia y aconsejémonos de nuestro propio corazón. Las estadísticas consignan el hecho monstruoso y deshonroso de que la mortalidad de los niños abandonados es de cincuenta y cinco por ciento. Repito, compañeros míos, que se trata de las mujeres, se trata de las madres, se trata de las jovencitas, se trata de los niños, pobres inocentes criaturas. ¿Por ventura se os habla de vosotros? Demasiado sabemos lo que sois; sabido es que todos sois valientes, ¡pardiez! sabido es que todos tendéis en el alma la alegría y la gloria de dar vuestra vida por la gran causa; sabido es que os consideráis todos como elegidos y predestinados á morir magnífica y útilmente, y que cada uno de vosotros reclama su parte en el triunfo. Sea en buen hora. Pero vosotros no sois solos en este mundo. Hay otros seres en los cuales es menester pensar. No debemos ser egoístas.

Todos bajaron la cabeza con semblante triste y sombrío.

¡Extrañas contradicciones del corazón humano en sus momentos más sublimes! Combeferre, que hablaba de esta suerte, no era un huérfano, se acordaba él de las madres de los otros, y olvidaba la suya. Iba á hacerse matar. Era por consiguiente « egoísta. »

Marius, en ayunas, calenturiento, que habia salido sucesivamente de todas las esperanzas, que se hallaba varado en el dolor que es el más sombrío de todos los naufragios, saturado de emociones violentas y sintiendo

acercarse su fin, se habia sumergido cada vez más en este estupor visionario que precede siempre á la hora fatal voluntariamente aceptada.

Un fisiólogo habria podido estudiar en él los síntomas crecientes de esa absorcion febril conocida y clasificada por la ciencia, y que es al sufrimiento lo que la voluptuosidad es al placer. También la desesperacion tiene su éxtasis. Marius se hallaba en este caso. Asistia á todo como un espectador lejano y desinteresado en la escena, como un extraño que viniese de fuera; segun lo hemos notado anteriormente, las cosas que pasaban en su presencia, le aparecian lejanas; veía él el conjunto, pero no distinguía los detalles. Vislumbraba todo cuanto iba y venia al traves de cierto resplandor. Oía las voces hablar como del fondo de un abismo.

Sin embargo, esto le conmovió bastante. Habia en aquella escena una punta que penetró hasta él, y que le despertó. Él ya no tenía sino una sola idea, morir, y no queria distraerse ni separarse de ella; pero en medio de su fúnebre sonambulismo, pensó él que, perdiéndose uno, no por eso debe privarse de salvar á alguien, si se le presenta ocasion de hacerlo.

Entonces levantó la voz y dijo:

— Enjolras y Combeferre tienen razon; nada de sacrificios inútiles. Yo me asocio á su idea, y es menester darnos prisa para ponerla en ejecucion. Combeferre os ha dicho las cosas decisivas. Hay entre vosotros quienes tienen familias, madres, hermanas, mujeres, niños. Que salgan todos ellos de las filas.

Nadie se movió.

— ¡Los hombres casados, los que amparan y sostienen una familia, salgan fuera de las filas! repitió Marius.

Su autoridad era grande. Enjolras era en verdad el jefe de la barricada, pero Marius era su libertador.

— ¡ Yo lo ordeno ! gritó Enjolras.

— Yo os lo ruego, dijo Marius.

Entonces, excitados por la palabra de Combeferre, inmutados por la intimación de Enjolras, conmovidos por la súplica de Marius, aquellos hombres heroicos empezaron á delatarse unos á otros. — Es verdad, decía un jóven á un hombre ya formado. Tú eres padre de familia. Vete. — Al contrario, tú más bien debes irte, pues eres quien mantienes á tus dos hermanas. — Y una lucha inaudita estalló en estos términos. Cada cual disputaba allí á fin de no dejarse poner en la calle desde la tumba.

— Despachémonos, pues, dijo Courfeyrac, dentro de un cuarto de hora ya no será tiempo.

— Ciudadanos, prosiguió Enjolras, aquí somos una república, y reina el sufragio universal. Designad vosotros mismos á los que deben de marcharse.

Y obedecieron en seguida. Al cabo de algunos minutos, cinco de ellos fueron unánimemente designados y salían de las filas.

— ¡ Son cinco ! exclamó Marius.

Sólo había cuatro uniformes.

— Pues bien, repusieron todos cinco, es preciso que uno se quede.

Y recomenzó nueva disputa, á quién había de quedarse, y quién hallaría en los otros, razones y motivos suficientes para haber de marchar. Esta generosa querella se entabló con el mayor ardor entre los cinco designados por el sufragio de todos los demas para marcharse.

— Tú tienes una mujer que te ama. — Y tú tienes á tu anciana madre. — Tú ya no tienes padre ni madre, ¿qué va á ser de tus pobres hermanitos, tan niños aún? Tú eres padre de cinco criaturitas. — Tú tienes derecho á vivir, no tienes más de diez y siete años, es demasiado temprano para hacerse matar.

Aquellas sgrandes barricadas revolucionarias eran puntos de cita de todos los heroísmos. Lo inverosímil era allí cosa sencilla. Aquellos hombres no se asombraban unos á otros.

— ¡ Vamos, pronto ! repetía Courfeyrac.

En este momento gritaron desde los grupos á Marius ;

— Designe usted cuál es el que deberá quedar.

— Sí, dijeron los cinco, escoja usted. Nosotros obedeceremos su elección.

Marius no creía ya en la posibilidad de ninguna emoción para él. No obstante, ante esta idea, de escoger á un hombre para la muerte, toda la sangre se le agolpó al corazón ; y habría palidecido, si hubiera él podido aún palidecer.

Adelantóse hácia los cinco que le sonreían, y cada uno de los cuales, con la vista inundada de esa grande llama que se ve en el fondo de la historia sobre las Termópilas, le gritaba :

— ¡ Yo ! ¡ yo ! ¡ yo !

Marius los contó, estúpidamente ; ¡ eran siempre cinco ! En seguida descendió su mirada hácia los cuatro uniformes.

En este instante, cayó un quinto uniforme, como llovido del cielo, sobre los otros cuatro.

El quinto hombre estaba salvado.

Marius alzó los ojos y reconoció al señor Fauchelevent. Juan Valjean acababa de entrar en la barricada.

Ora fuese que se informara bien del camino, ó bien que le guiara el instinto ó la casualidad, el resultado es que él llegó por la callejuela de Mondétour. Gracias á su uniforme de guardia nacional, había pasado muy fácilmente.

La centinela que habían colocado los insurrectos en la calle de Mondétour, no tenía necesidad de dar la señal de alarma por un guardia nacional solo ; y le había dejado engolfarse en la callejuela, diciendo para sí : Este pro-

bablemente es un refuerzo, y en el caso contrario, será un prisionero. El momento era demasiado grave para que la centinela pudiera distraerse de su deber y de su puesto de observación.

En el instante en que Juan Valjean entró en la barricada nadie le notó, pues todas las miradas se hallaban fijas en los cinco elegidos y en los cuatro uniformes. Mas por lo que hace á Juan Valjean, había él visto y oído todo, y en el mayor silencio se había quitado su casaca y la había arrojado al monton que formaban los cuatro.

La emoción fué indescriptible.

— ¿Quién es ese hombre? preguntó Bossuet.

— Es, contestó Combeferre, un hombre que salva á los otros.

Marius añadió con voz grave :

— Yo le conozco.

Esta caucion bastaba á todos.

Enjolras entonces se dirigió hácia Juan Valjean y le dijo:

— Ciudadano, que sea usted bien venido.

Y despues añadió :

— ¿ Sin duda no ignora usted que vamos á morir ?

Juan Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto á quien salvaba á ponerse su uniforme.

V

QUE HORIZONTE SE DESCUBRE DESDE LO ALTO DE LA BARRICADA

En aquella hora extrema y fatal, en aquel lugar inexorable, la situación de todos tenía como resultante y como cima la melancolía suprema de Enjolras.

Enjolras tenía en sí mismo la plenitud de la revolución; pero, sin embargo, era incompleto, tanto cuanto puede serlo el absoluto; participaba demasiado de Saint-Just, y no bastante de Anacársis Clootz; no obstante, en la sociedad de los Amigos del A B C, su espíritu había acabado por sufrir cierta imantación de las ideas de Combeferre; de algun tiempo á esta parte, salía él poco á poco de la forma estricta y limitada, del dogma, dejándose conducir á las dilataciones del progreso; de tal modo que había llegado ya á aceptar, como evolución definitiva y magnífica, la transformación de la grande república francesa en inmensa república humana. Tocante á los medios inmedia-

los, dada una situación violenta, los quería él violentos también; en cuanto á esto, no variaba; habiendo permanecido siempre afiliado á esa escuela épica y formidable que reasume esta palabra: 93.

Hallábase Enjolras de pié en la escalera de adoquines, apoyando un codo en el cañon de su carabina. Estaba cavilando, soñando, y se estremecía, como si se viera agitado por el paso de un soplo súbito y enérgico; los sitios donde se halla la muerte suelen ofrecer estos efectos de la inspiración. De sus pupilas, llenas de la mirada interior, salían ciertas especies de fuegos ahogados. De repente, levantó la cabeza, sus cabellos rubios cayeron hácia atrás como los del ángel sobre la cuádriga sombría formada de estrellas, asemejándose á la melena de un león azorado en resplandores de auréola; y Enjolras prorumpió en estos términos:

— Ciudadanos, ¿os representáis vosotros el porvenir? Las calles de las ciudades inundadas de luz, verde ramaje adornando el dintel de las casas, las naciones hermanas, los hombres justos, los ancianos bendiciendo á los niños, el pasado amado al presente, los pensadores en plena libertad, los creyentes en plena igualdad, por religion el cielo, Dios sacerdote directo, la conciencia humana erigida en altar, no más odios, no más rencores, la fraternidad del taller y de la escuela, la notoriedad sirviendo ella sola de penalidad y de recompensa, el trabajo para todos, el derecho para todos, la paz entre todos, no más sangre derramada, no más guerras, las madres dichosas! Domeñar la materia, es el primer paso; realizar el ideal, es el segundo. Reflexionad en lo que ha hecho ya el progreso. En otros tiempos, las primeras razas humanas veían con terror pasar ante sus ojos la hidra que resoplaba sobre la superficie de las aguas, el dragón que vomitaba fuego, el grifo que era el monstruo de los aires y que volaba con las alas de un águila y con las garras de un tigre; bestias

espantosas que eran, en fuerza, superiores al hombre. El hombre sin embargo ha tendido sus lazos, los lazos sagrados de la inteligencia, y ha acabado por coger en ellos á los monstruos. Hemos domeñado á la hidra, y hoy se llama el steamer; hemos domeñado al dragón, y se llama la locomotiva; estamos á punto de domeñar también al grifo, ya le tenemos asido, y se llama el globo aereostático. El día en que haya terminado esta obra de Prometeo, en que el hombre haya enganchado á su voluntad la triple Quimera antigua, la hidra, el dragón y el grifo, será el dueño del agua, del fuego y del aire, y será para el resto de la creación animada, lo que los dioses eran para él en los tiempos antiguos. ¡Ánimo, y adelante! Ciudadanos, ¿adónde vamos? Á la ciencia convertida en gobierno, á la fuerza de las cosas transformada en la sola y única fuerza pública, á la ley natural teniendo su propia sancion y su penalidad en sí misma y promulgándose por la evidencia, á un oriente de la verdad que corresponda al oriente del sol y del día. Vamos á la union de los pueblos; vamos á la unidad del hombre. No más ficciones; no más parásitos. La realidad gobernada por la verdad; hé aquí el fin. La civilización tendrá su tribunal de audiencia en la cima de la Europa, y más adelante, en el centro de los continentes, en un gran parlamento de la inteligencia. Algo parecido se ha visto ya en la antigüedad. Los anficiones celebraban dos sesiones anuales, una en Delfos, morada de los dioses, otra en las Termópilas, mansion de los héroes. La Europa, tendrá sus anficiones; el globo tendrá sus anficiones. La Francia lleva en sus entrañas este porvenir sublime. Tal es la gestación del siglo diez y nueve. Lo que había bosquejado la Grecia es digno de ser acabado por la Francia. Escúchame, tú, Feuilly, valiente obrero, hombre del pueblo, hombre de los pueblos. Yo te venero. Si, tú ves claramente los

tiempos venideros; sí, tienes razon. Tú no tenfas padre ni madre, Feuilly; y has adoptado por madre á la humanidad, y por padre al derecho. Vas á morir aquí, es decir, vas á triunfar. Ciudadanos, suceda hoy lo que sucediere, por nuestra derrota lo mismo que por nuestra victoria, lo que vamos á hacer es una revolucion. Así como los incendios iluminan toda la ciudad, así las revoluciones iluminan á todo el género humano. ¿Y qué revolucion haremos? Acabo de decirlo, la revolucion de la Verdad. Bajo el punto de vista político, no hay más que un solo principio: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía de mí sobre mí, del yo sobre el yo, se llama Libertad. Allí donde se asocian dos ó más de estas soberanías comienza el Estado. Pero en esta asociacion no existe abdicacion ninguna. Cada soberanía concede cierta cantidad de sí misma para formar el derecho comun. Esta cantidad es la misma para todos. Esta identidad de concesion que cada uno hace á todos se llama Igualdad. El derecho comun no es otra cosa que la proteccion de todos irradiando sobre el derecho de cada uno. Esta proteccion de todos sobre cada uno se llama Fraternidad. El punto de interseccion de todas estas soberanías que se agregan se llama sociedad. Siendo esta interseccion una juntura, este punto es un nudo. De aquí lo que llaman el lazo social. Algunos dicen contrato social; que viene á ser lo mismo, pues la palabra contrato esta etimológicamente formada con la idea de lazo. Entendámonos sobre la igualdad; pues si la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad, ciudadanos, no es toda la vegetacion nivelada, una sociedad de grandes briznas de yerba y de encinas diminutas; una reunion de envidias cerciéndose y chapodándose mutuamente; es, civilmente, todas las aptitudes teniendo la misma via franca y expedita; políticamente, todos los votos teniendo el mismo

peso; religiosamente, todas las conciencias teniendo el mismo derecho. La Igualdad tiene un órgano: la instruccion gratuita y obligatoria. El derecho al alfabeto: por aquí es por donde se debe empezar. La escuela primaria impuesta á todos, la escuela secundaria ofrecida á todos; en esto estriba la ley. De la escuela idéntica sale la sociedad igual. ¡Sí, enseñanza! ¡Luz! ¡luz! todo viene de la luz, y todo vuelve á ella. Ciudadanos, el siglo diez y nueve es grande, pero el siglo veinte será dichoso. Nada habrá entónces que se asemeje á a vieja historia; ya no habrá que temer, como hoy, una conquista, una invasion, una usurpacion, una rivalidad de naciones á mano armada, una interrupcion de civilizacion ocasionada por un casamiento de reyes, un nacimiento en las tiranías hereditarias, una reparticion de pueblos por algun congreso, un desvaembramiento por la caida de una dinastia, un combate de dos religiones chocándose de frente, como dos combatientes de las sombras, sobre el puente del infinito; ya no habrá que temer el hambre, la explotacion, la prostitucion por necesidad, la miseria por falta de trabajo y el cadalso, y el puñal, y las batallas, y todos los bandidajes del azar en la selva de los acontecimientos. Casi podria decirse: no habrá ya acontecimientos. Será el mundo feliz. El género humano cumplirá su ley como el globo terrestre cumple la suya; se restablecerá la armonía entre el alma y el astro; el alma gravitará en derredor de la verdad como el astro en derredor de la luz. Amigos míos, la hora en que nos hallamos y en que os hablo es una hora sombría; pero á este precio terrible se compra el porvenir. La revolucion es un peaje. ¡Oh! ¡el género humano será libertado, realzado y consolado! Nosotros se lo afirmamos sobre esta barricada. ¿Desde dónde habria de partir el grito de amor, sino desde lo alto del sacrificio? Oh hermanos míos, este es el punto de reunion

de los que piensan y de los que sufren; esta barricada no está hecha ni de piedras, ni de vigas, ni de herraje; formanla dos montones, un monton de ideas y un monton de dolores. La miseria se encuentra aquí con el ideal. El dia abraza aquí á la noche y la dice: Yo voy á morir contigo, y tú vas á renacer conmigo. De la union de todas las desolaciones resulta la fe. Los sufrimientos traen aquí su agonía, y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van á mezclarse y á componer nuestra muerte. Hermanos míos, el que muere aquí muere entre los esplendores del porvenir, y entramos en una tumba penetrada toda ella de aurora.

Enjótras se interrumpió más bien que calló; sus labios se removian silenciosamente como si continuara hablándose á sí mismo, lo que hizo que, atentos y como procurando oírle aún, todos se quedaron mirándole. No hubo aplauso ninguno, pero estuvieron hablando en voz baja largo tiempo. Como la palabra es un soplo, los estremecimientos de las inteligencias se asemejan á los estremecimientos de las hojas en el árbol.

VI

MARIUS SOMBRÍO, JAVERT LACÓNICO

Digamos lo que pasaba por la mente de Marius. Recuérdese la situacion de su espíritu. Acabamos de notar lo, todo allí era vision para él. Su apreciacion se hallaba turbada como su cerebro. Insistamos en esto: Marius estaba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas abiertas sobre los agonizantes. Considerábase él como entrado ya en la tumba, se le figuraba que se hallaba ya al otro lado de la muralla, y no veia los sembantes de los vivos sino con los ojos de un muerto.

¿Cómo era que el señor Fauchelevent se encontraba allí? ¿Por qué estaba en aquel sitio? ¿Qué venia á hacer entro ellos? Marius no se dirigió todas estas preguntas. Por otra parte, teniendo nuestra desesperacion la propiedad de comprender ó encerrar á los demas en el mismo

pensamiento que nos encierra á nosotros mismos, parece lógico que todo el mundo viniera allí á morir.

Sólo que no pudo ménos de pensar en Coseta, con una grande opresion del corazon.

Por lo demas, el señor Fauchelevent no le habló, ni le miró, ni siquiera pareció haber oido nada cuando Marius levantó la voz para decir: Yo le conozco.

Por lo que hace á Marius, aquella actitud del señor Fauchelevent le aliviaba, y si pudiéramos emplear tal palabra para tales impresiones, diríamos más bien que le agradaba. Habíase él creído siempre en la absoluta imposibilidad de dirigir la palabra á aquel hombre enigmático, que era para él á la vez equívoco é imponente. Además, hacía ya mucho tiempo que no le había visto; lo que, para un carácter tímido y reservado como el de Marius, aumentaba aún la imposibilidad.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela de Mondétour; parecían perfectamente otros tantos guardias nacionales. Uno de ellos iba llorando. Antes de marchar, abrazaron á los que quedaban.

Cuando los cinco hombres devueltos á la vida se hubieron ausentado, Enjolras pensó en el condenado á muerte. En seguida entró en la sala baja, donde Javert, amarrado al poste, se hallaba cavilando.

— ¿Tienes tú necesidad de alguna cosa? Le preguntó Enjolras.

Javert replicó:

— ¿Cuándo me matarán ustedes?

— Espera. En este momento, nos hacen falta todos nuestros cartuchos.

— Entónces, que me den de beber, dijo Javert.

Enjolras le presentó él mismo un vaso de agua, y como Javert se hallaba agarrotado, le ayudó á beber.

— ¿Nada más que esto quieres? añadió Enjolras.

— Estoy mal en este poste, respondió Javert. No tienen ustedes compasion de mí en haberme dejado pasar aquí la noche. Átenme como quieran, pero bien pueden acostarme sobre una mesa, como al otro.

Y al decir esto, con un movimiento de cabeza indicaba el cadáver del señor Mabeuf.

En el fondo de la sala estaba, segun recordará el lector, una mesa grande y larga, sobre la cual habían fundido balas y hecho cartuchos. Acabados de hacer todos los cartuchos, y empleada toda la pólvora, aquella mesa quedaba enteramente libre.

De órden de Enjolras, cuatro insurrectos desataron Javert del poste. Mientras que le desamarraban, un quinto hombre le tenía la bayoneta apoyada sobre el pecho. Dejaronle las manos atadas entre sí, á la espalda, ligaronle los piés con un cordel de disciplinas, delgado y sólido, que le permitia dar pasos de quince pulgadas como á los que van á subir al cadalso, y le hicieron andar hasta la mesa del fondo de la sala, donde lo tendieron, estrechamente ligado por mitad del cuerpo.

Para mayor seguridad, por medio de una cuerda fijada al cuello, añadieron al sistema de ligaduras que le hacian imposible toda evasion esa especie de lazo, llamado en las prisiones martingala, que partiendo de la nuca, se bifurca sobre el estomago, y va á parar á las manos despues de haber pasado por entre ambas piernas.

Mientras que estaban amarrando así á Javert, un hombre le consideraba desde la puerta, mirándole de hilo en hito, con singular atencion. La sombra que hacía aquel hombre hizo que Javert volviera la cabeza. Levantó los ojos, reconoció á Juan Valjean. Ni siquiera se inmutó al verle; bajó la vista con arrogancia, y se limitó á decir: Es cosa muy natural.



El día avanzaba rápidamente; pero ninguna puerta se abría, ni una sola ventana respiraba; la aurora de esta mañana parecía no despertar á nadie. La extremidad de la calle de la Chanvrerie opuesta á la barricada había sido evacuada por las tropas, según hemos dicho ántes; parecía estar libre y abrir paso á todo transeunte con una tranquilidad siniestra. La calle de Saint-Denis estaba muda, como la avenida de los esfinges en Tebas. Ningún ser viviente se divisaba en las encrucijadas que empezaban á blanquear ya por un reflejo de sol. Nada es tan lúgubre como esta claridad de las calles desiertas.

No se veía nada, pero se oía. Á cierta distancia, notábase un movimiento misterioso. Era evidente que el instante crítico llegaba. Como en la noche anterior, las centinelas se replegaron; pero esta vez lo hicieron todas.

La barricada se hallaba más fuerte que cuando sufrió el primer ataque. Desde que se marcharon los cinco exentos, la habían levantado aún más.

Conforme á la opinión de la vigia que había observado la región de los mercados centrales, Enjolras, temiendo ser sorprendido á retaguardia, adoptó una resolución grave. Hizo fortificar el pequeño ramal de la callejuela de Mondétour que había quedado libre hasta entónces. Al efecto desempedrarón un pedazo de calle más, en la longitud de algunas casas. De esta manera, la barricada, murada sobre tres calles, por delante sobre la calle de la Chanvrerie, por la izquierda sobre la calle del Cisne y la Petite-Truanderie, y por la derecha sobre la calle de Mondétour, era verdaderamente casi inexpugnable; es verdad que allí se quedaban encerrados. Tenía tres frentes, pero carecía de salida. — Fortaleza, pero ratonera, decía Courfeyrac riendo.

Enjolras hizo amontonar junto á la puerta de la taberna unos treinta adoquines, « arrancados en balde, » decía Bossuet.

Tan profundo era ahora el silencio por la parte de donde debía venir el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase inmediatamente su puesto de combate.

Distribuyóse á todos una ración de aguardiente.

Nada más curioso que una barricada que se prepara á rechazar el asalto. Cada uno escoge su puesto como en el teatro; procurando respaldarse bien y apoyar convenientemente costados y codos. Algunos se construyen sillones ó lunetas con los adoquines. Hé aquí una esquina que incomoda, se alejan de aquel estorbo; hé allí una estrella, un redán que puede proteger, se refugian en él en seguida. Los zurdos son muy útiles, porque suelen buscar los puestos que son incómodos á los demás. Muchos se arreglan para combatir sentados. Quieren esta

á gusto para matar y confortablemente para morir. En la funesta guerra de Junio de 1848, un insurgente que tenía una puntería terrible, y que se batía desde lo alto de una azotea, sobre un tejado, se hizo llevar allí una de esas cómodas butacas ó sillones que llaman Voltaire; un casco de metrella le alcanzó sin embargo en aquel sitio.

Tan luego como el jefe ha dado la orden del zafarrancho de combate, cesan todos los movimientos desordenados; no más tirones ni empujones de unos á otros; no más pandillas; no más apartes, no más bandos aislados; todo cuanto hay en los espíritus se hace convergente y se transforma en espera del acometedor. Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro, es la disciplina. El peligro introduce allí el orden.

Desde el momento en que Enjolras tomó su carabina de dos cañones, y se colocó en una especie de almena ó tronera que se había él reservado, todos callaron. Un chirrido seco y prolongado resonó confusamente á lo largo de la muralla de adoquines. Era que armaban los fusiles con sus bayonetas.

Por lo demas, las actitudes eran más altivas y más confiadas que nunca; el exceso del sacrificio fortalece las almas de buen temple; no tenían ya esperanza, pero tenían desesperación. La desesperación, esa última arma, que, como lo ha dicho Virgilio, da á veces la victoria. Los recursos supremos salen de las resoluciones extremas. Embarcarse en la muerte, es algunas veces el medio más seguro de escapar al naufragio, y la tapa del féretro se convierte en tabla de salvacion.

Lo mismo que en la noche anterior, todas las atenciones se hallaban vueltas, y aún casi pudiera decirse apoyadas en la extremidad de la calle, ahora alumbrada y visible.

Los hicieron esperar mucho tiempo. Hacia el lado de

Saint-Leu, empezó á sentirse distintamente cierto ruido que no se parecía ya al movimiento que mareó el primer ataque. Un sonido como de cadenas que se remueven, el traqueo inquietante de una masa enorme, un chirrido de bronce que va rozando por el empedrado, y por último, una especie de estrépito solemne, anunciaron que algun herraje sinistro se acercaba. Hubo un estremecimiento en las entrañas de aquellas calles viejas y apacibles, abiertas y edificadas para la circulacion fecunda de los intereses y de las ideas, y que no han sido hechas para sufrir el monstruoso rodar de las máquinas de guerra.

La fijeza de las pupilas de todos los combatientes en la extremidad de la calle llegó ya á ser arisca y feroz.

Por fin apareció una pieza de artillería.

Los artilleros empujaban ellos mismos el cañon, el cual se hallaba en su ajustamiento de tiro; el avantren habia sido desenganchado; dos hombres sostenian la cureña, y cuatro iban dirigiendo las ruedas; otros seguian despues con el cajon. Veíase humear la mecha encendida.

— ¡Fuego! gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, la detonacion fué espantosa; una densa nube de humo cubrió y envolvió la pieza y los hombres, ocultándolos enteramente; despues de algunos segundos, la nube se disipó, y el cañon y los hombres reaparecieron; los que servian la pieza acababan de rodarla frente á la barricada, lenta y correctamente, sin apresurarse en sus movimientos. Ni uno solo habia sufrido lesion de la descarga. En seguida, el jefe de pieza, apoyándose sobre la culata del cañon, á fin de elevar el tiro, se puso á fijar la puntería con la gravedad de un astrónomo que asesta ó encara un telescopio.

— ¡Bravo, los artilleros! gritó Bossuet.

Y toda la barricada se puso á palmet ar.

Un momento despues, hallábase la pieza puesta en ba-

tería, colocada á escuadra en medio de la calle, á caballo sobre el arroyo, y abriendo una boca formidable hácia la barricada.

— ¡Vamos, ligeros! dijo Courfeyrac. Aquí tenemos ya el brutal. Despues del papirotazo, el puñetazo. El ejército extiende hácia nosotros su palaza enorme. La barricada va á ser sacudida seriamente. La fusilería tantea, el cañon se apodera y arrebatá.

— Es una pieza de á ocho, nuevo modelo, de bronce, añadió Combeferre. Estas piezas, por poco que exceda en ellas la proporcion de diez partes de estaño sobre ciento de cobre, están expuestas á reventar. El exceso de estaño las hace demasiado frágiles. Entónces sucede que se las forman huecos y cavidades en el oido. Para obviar á este peligro y poder así forzar la carga, tal vez seria conveniente volver al procedimiento del siglo catorce, al sistema de los arcos ó círculos, rodeando exteriormente la pieza de una serie de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta el muñon más próximo á la boca. Entre tanto, se remedia como mejor se puede este defecto; se procura reconocer dónde están los huecos ó cavidades que se han formado en el oido de un cañon por medio del gato, que es un nivel á propósito. Pero aún hay otro procedimiento que es preferible, la estrella móvil de Gribeauval.

— En el siglo diez y seis, observó Bossuet, se rayaban los cañones.

— Sí, respondió Combeferre, eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la precision del tiro. En el tiro á corta distancia, la trayectoria no tiene toda la tirantez que es de desear, la parábola se exagera, el camino que sigue el proyectil no es bastante rectilíneo para que él pueda herir los objetos intermedios, necesidad de combate sin embargo, cuya importancia crece con la proximidad del enemigo y la precipitacion del tiro. Esta falta de tension

de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo diez y seis, consistia en la debilidad de la carga; las cargas débiles, para los cañones de esta especie, son impuestas por ciertas exigencias ó necesidades de balística, tales, por ejemplo, como la conservacion de las cureñas. En suma, ese gran despota que se llama el cañon no puede hacer todo lo que quiere; la fuerza no es más que una grande debilidad. Una bala de cañon sólo recorre seiscientas leguas por hora; mientras que la luz recorre sesenta mil leguas por segundo. Tal es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleon.

— Cargad de nuevo las armas, dijo Enjolras.

¿De qué manera iba á hacerse el revestimiento ó reboque de la barricada bajo las balas de la artillería? ¿abrirían estas brecha? Tal era la cuestion que surgia en este momento. Mientras que los insurrectos volvían á cargar sus fusiles, los artilleros cargaban á su vez el cañon.

La ansiedad era profunda en el reducto.

El tiro partió, la detonacion estalló al fin.

— ¡Presente! gritó á la sazón una voz alegre.

Y al mismo tiempo que la bala de cañon descargó sobre la barricada, Gavroche se precipitó en el interior de ella.

Venia del lado de la calle del Cisne y habia brincado muy listo por encima de la barricada accesoria que hacia frente al dédalo de la Petite-Truanderie.

Más efecto produjo Gavroche en la barricada que la bala de cañon.

Esta se perdió en la confusion de los escombros, sin haber causado más daño que el romper una rueda del ómibus, y acabado con la carreta vieja de Anceau. En vista de lo cual, la barricada entera prorumpió en risas estrepitosas.

— Continúa, gritó Bossuet á los artilleros.



Todos en la barricada rodearon á Gavroche.

Pero él no tuvo tiempo de contarles nada de lo que le había pasado. Marius, temblando, le llamó aparte.

— ¿Qué es lo que vienes tú á hacer aquí?

— ¡Toma! dijo el muchacho. ¿Y usted?

Y miró fijamente á Marius, con su descaro épico. Sus ojos se engrandecían y se ensanchaban, con la altiva claridad que había en su interior.

Con acento severo continuó Marius reconviniéndole en esta forma :

— ¿Quiénte ha dicho que vuelvas aquí? ¿Has entregado, á lo ménos, mi carta á la persona á quien iba dirigida?

Gavroche no estaba exento de algunos remordimientos con respecto á aquella carta. En medio de su premura por volverse á la barricada, más bien que entregarla, puede

decirse que se desembarazó ó se deshizo de ella. Vébase obligado á confesarse á sí mismo que la había confiado, con alguna ligereza, á un desconocido cuyo semblante no había él podido distinguir siquiera. Es verdad que aquel hombre estaba con la cabeza descubierta, pero esto no bastaba para abonarle. En suma, dirigiase con este motivo ligeras reconvenciones en su interior, y temía los reproches de Marius. Para salir del paso, adoptó el expediente más sencillo : mintió de un modo abominable.

— Ciudadano, dijo, entregué la carta al portero. La dama estaba durmiendo. Al despertar, se la entregarán.

Al enviar aquella carta, Marius tenía dos objetos : despedirse de Coseta y salvar á Gavroche. Tuvo, pues, que contentarse con la mitad de lo que él quería.

La coincidencia del envío de su carta con la aparición del señor Fauchelevent en la barricada se ofreció en seguida á su espíritu. Señaló á Gavroche al señor Fauchelevent y le dijo :

— ¿Conoces tú á ese hombre?

— No, señor, contestó Gavroche.

Con efecto, Gavroche, según hemos dicho ántes, no había visto á Juan Valjean sino de noche y en la oscuridad más completa.

Disipáronse por consiguiente las conjeturas turbias y enfermizas, que se habían bosquejado en el espíritu de Marius. ¿Conocía él las opiniones del señor Fauchelevent? Tal vez el señor Fauchelevent era republicano, lo que explicaría de una manera natural y sencilla su presencia en aquel combate.

Entre tanto Gavroche se hallaba ya en el otro extremo de la barricada gritando : ¡ Mi fusil !

Courfeyrac hizo que se le dieran.

Gavroche previno á « los camaradas, » como él los llamaba, que la barricada se hallaba bloqueada por todas

partes. Le había costado á él mucho trabajo el llegar. Un batallón de línea, cuyos pabellones estaban en la Petite-Truanderie, observaba el lado de la calle del Cisne; allado opuesto, la guardia municipal ocupaba la calle de los Predicadores; y de frente, tenían el grueso del ejército.

Una vez dados estos informes, Gavroche añadió:

— Yo os autorizo á que les echéis una buena andanada.

Entre tanto Enjolras seguía en su almena, y con el oído atento, espía todos los movimientos del enemigo.

Poco satisfechos sin duda del resultado de su cañonazo, los acometedores no habían creído conveniente repetirle.

Una compañía de infantería de línea había venido á ocupar la extremidad de la calle, á retaguardia de la pieza. Los soldados desempearon la calzada y se pusieron á construir con los adoquines que arrancaban una pequeña muralla baja, especie de espaldón ó parapeto que no tenía más de diez y ocho pulgadas de alto y hacia frente á la barricada. En la espina izquierda de este parapeto, distinguíase la cabeza de columna de un batallón de las afueras, formado en masa en la calle de Saint-Denis.

Enjolras, siempre en acecho, creyó distinguir el ruido particular que se hace cuando se sacan de los grandes cajones las cajas de metralla, y vió que el jefe de pieza cambió la puntería, inclinando ligeramente la boca del cañón hácia la izquierda. En seguida, se pusieron los artilleros á cargar la pieza. El jefe de esta cogió el mismo el botafuego y se acercó al oído del cañón.

— ¡Bajad la cabeza, arrímaos á la pared! gritó Enjolras, arrodillaos todos á lo largo de la barricada!

Los insurrectos esparcidos delante de la taberna y que habían abandonado sus puestos de combate á la llegada de Gavroche, se precipitaron confusamente hácia la barricada; pero ántes que fuese ejecutada la orden de Enjol-

ras, partió la descarga, con el espantoso ruido propio de un disparo de metralla. Y lo era, en efecto.

La descarga había sido dirigida sobre sobre la cortadura del reducto, había rebotado allí contra la pared, y de este rebote formidable resultaron dos muertos y tres heridos.

Si esto continuaba así, toda resistencia era inútil y aún imposible á la barricada. La metralla penetraba en el interior.

Siguióse á este disparo un prolongado rumor de consternación.

— En todo caso, dijo Enjolras, tratemos de impedir un segundo cañonazo.

Y bajando su carabina, apuntó al jefe de pieza que se hallaba á la sazón inclinado sobre la culata del cañón, rectificando y fijando definitivamente la puntería.

Era este jefe de pieza un sargento de artillería, gallardo mozo, de buena presencia, enteramente jóven, rubio, de semblante tranquilo y agraciado, con ese aspecto inteligente que es peculiar á esta arma predestinada y formidable que, á fuerza de perfeccionarse en el horror, acabará al fin por dar muerte á la misma guerra.

Combeferre, que se hallaba de pié junto á Enjolras, consideraba á aquel jóven con el mayor interés.

— ¡Qué lástima! decía Combeferre. ¡Qué cosa tan horrible son estas carnicerías! Vamos, cuando ya no haya reyes, no habrá guerras. Enjolras, estás apuntando á ese sargento, pero no le miras, no le ves. Figúrate que es un arrogante jóven; y es intrépido; se ve bien que es hombre que piensa; son gentes muy instruidas estos jóvenes de la artillería; tiene á su padre, á su madre, una familia; probablemente ama también; cuenta á lo más algunos veinticinco años; podría ser tu hermano.

— Lo es, contestó Enjolras.

— Si, repuso Combeferre, y mio tambien. Pues bien, no le matemos.

— Déjame. Lo que sea preciso, se hará.

Y una lágrima se deslizó lentamente sobre la mejilla marmórea de Enjolras.

Al mismo tiempo, tiró del gatillo de su carabina, la cual disparó. El artillero dió dos vuelcos sobre sí mismo, con los brazos tendidos hácia delante y la cabeza levantada como para aspirar el aire; en seguida cayó de costado sobre la pieza, donde quedó sin movimiento. Veíase la espalda, de cuyo centro salia derecho un chorro de sangre á borbotónes. La bala le habia atravesado el pecho de parte á parte. Estaba muerto.

Fue menester llevársele y reemplazarle. Eran, en efecto, otros tantos minutos ganados por la barricada.

IX

EMPLEO DE AQUEL ANTIGUO TALENTO DE CAZADOR
Y DE AQUEL TIRO INFALIBLE QUE TANTO INFLUYÓ EN LA
CONDENA DE 1796

Entre tanto cruzábanse los dictámenes y opiniones en la barricada. Los disparos de la pieza iban á recomenzar. No era posible resistir un cuarto de hora á aquella metralla. Era absolutamente necesario amortiguar la accion de la artilleria.

Enjolras levantó su voz de mando :

— Es menester colocar allí un colchon, dijo.

— No hay colchon ninguno, contestó Combeferre, los eridos están acostados en ellos.

Sentado un poco lejos, sobre un guardacanton, en la esquina de la taberna, y teniendo su fusil entre las piernas, Juan Valjean no habia tomado parte aún en nada de lo que estaba pasando. Parecia no oír siquiera decir á los

combatientes que se rebullian en derredor suyo : Hé ahí un fusil que no hace nada.

Al oír la orden dada por Enjolras, se levantó.

El lector recuerda sin duda que, á la llegada de este grupo de insurrectos á la calle de la Chanvrerie, una mujer anciana, previendo las balas, habia colocado su colchon delante de su ventana. Esta ventana, que era de un granero, se hallaba sobre el tejado de una casa de seis pisos situada un poco afuera de la barricada. El colchon, colocado de traves, estaba apoyado en la parte inferior sobre dos pértigas de tender ropa, y sostenido en la superior por dos cuerdas que, desde lejos, parecian dos bramantes, y que se ataban á unos clavos puestos en las jambas de la boardilla. Estas dos cuerdas se veian distintamente desde abajo, proyectadas en el cielo como dos cabellos.

— ¿ Puede alguien prestarme una carabina de dos cañones ? dijo Juan Valjean.

Enjolras, que acababa de cargar de nuevo la suya, se la alargó.

Juan Valjean apuntó á la boardilla y disparó el primer tiro.

Una de las dos cuerdas que sujetaban el colchon quedó rota.

El colchon no pendía ya sino de un solo hilo.

Juan Valjean disparó el segundo tiro y la segunda cuerda azotó en seguida la vidriera de la boardilla. El colchon resbaló inmediatamente entre las dos pértigas y cayó á la calle.

La barricada entera aplaudió con frenesí este acto.

Todas las voces gritaron :

— ¡ Hé aquí ya un colchon !

— Sí, dijo Combeferre, ¿ pero quién irá á buscarle ?

Con efecto, el colchon habia ido á caer fuera de la bar-

ricada, entre los sitiados y los sitiadores. Ahora bien, la muerte del sargento de artillería habia exasperado á la tropa, y los soldados se habian echado de bruces, hacia

algunos instantes, detras de la linea de adoquines que ellos habian elevado allí en guisa de parapeto; y para suplir al silencio forzado de la pieza, la cual callaba hasta tanto que fuese reorganizado su servicio, habian ellos abierto el fuego de fusilería contra la barricada. Los insurrectos no contestaban á esta mosquetería con el objeto de economizar sus municiones. El tiroteo se iba á estrellar en la barricada; pero la calle, que él llenaba constantemente de balas, estaba terrible.

Juan Valjean salió por la escotadura, penetró en la calle, atravesó la tempestad de balas, se fué derecho al colchon, le recogió, se le echó al hombro, y volvióse con él á la barricada.

Él mismo colocó el colchon en la abertura, fijándole contra la pared de manera que los artilleros no le distinguiesen.

Hecho esto, esperaron ya el disparo de metralla.

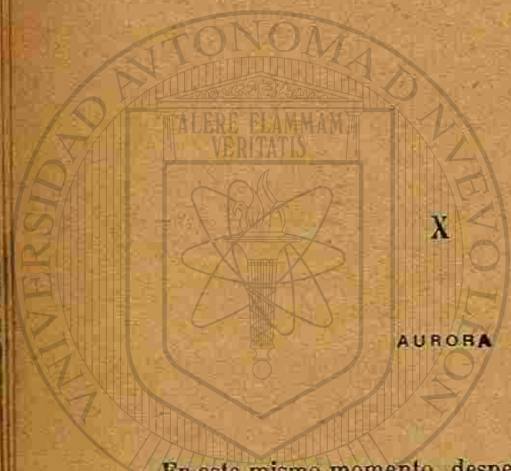
No tardó este mucho en estallar.

Por fin vomitó el cañon con un tremendo rugido su paquete de postas y otras municiones. Pero esta vez no hubo rebote. La metralla abortó en el colchon. El efecto previsto se habia obtenido. La barricada estaba preservada contra este gran peligro.

— Ciudadano, dijo Enjolras á Juan Valjean, la epública le da á usted las gracias.

Bossuet, admirando y riendo, exclamó :

— Es en verdad cosa inmoral que un colchon tenga tanta potencia. Triunfó de lo que se doblega sobre lo que fulmina y aterra. Pero, de todos modos, ¡ gloria al colchon que anula al cañonazo !



En este mismo momento, despertaba Coseta.

Su cuarto era estrecho, aseado, silencioso, con una grande ventana al oriente que daba al patio interior de la casa.

Coseta no sabia nada de lo que sucedia en París. Ya no se hallaba ella presente la víspera, habiéndose retirado á su habitacion, cuando Toussaint dijo: Parece que hay trifulca.

Coseta habia dormido pocas horas, pero bien. Habia soñado dulce y agradablemente, lo que tal vez consistia algo en que su camita estaba muy limpia y muy blanca. Apareciósele, en una grande claridad, un gallardo manco, que no era otro que Marius. Y al despertar, dábala el sol en los ojos, lo cual produjo en ella el efecto de la continuacion del sueño.

Al salir de aquel sueño tan grato su primer pensamiento fué alegre. Coseta se sintió enteramente tranquila y consolada. Como Juan Valjean algunas horas ántes, atravesaba ella esa reaccion del alma que no quiere absolutamente la desgracia. Y se puso á esperar confiada, con todas sus fuerzas, y sin saber por qué. En seguida sufrió como una opresion al corazon. — Ya hacia tres dias que no habia visto á Marius. Pero dijo para sí que él debia haber recibido su carta, que sabia dónde ella estaba, y que tenia él tanto talento y tanto ingenio, que ya hallaria medios de llegar hasta donde ella se encontraba. — Y esto será hoy ciertamente, tal vez esta misma mañana. — Era ya de dia muy claro, más el rayo de luz caia muy horizontal, creyó que aún era muy temprano; pero que, sin embargo, era menester levantarse, para recibir á Marius.

Conocia ella que no podia vivir sin Marius y que, por consiguiente, esto bastaba, que Marius vendria sin falta. Ninguna objecion era admisible. Todo esto parecia evidente á su espíritu. Harto monstruoso era ya el haber sufrido tres dias! Marius ausente tres dias era una cosa horrible que Dios habia permitido sin saber por qué; pero que ahora, esta cruel molestia que la venia del cielo era ya una prueba terminada, y Marius iba á llegar, y á traerla una buena noticia. Tal es la juventud; enjuga bien pronto sus lágrimas; encuentra el dolor inútil, y no le acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido que es él mismo. Es para ella una cosa natural el ser feliz. Diríase que su respiracion está hecha de esperanza.

Por lo demas, Coseta no podia conseguir el recordarse lo que Marius la habia dicho con respecto á aquella ausencia que no debia durar más que un dia, y qué explicacion la habia dado él sobre esto. Todo el mundo ha

observado con qué destreza corre á ocultarse una moneda que se deja caer en el suelo, y con qué arte se hace ella extremadamente difícil, á veces imposible de encontrar. Hay pensamientos que nos suelen dar el mismo chasco; se esconden en un rincón de nuestro cerebro; y es asunto concluído; se perdieron; imposible es á la memoria el dar con ellos.

Desesperábase Coseta un poco de la inutilidad del pequeño esfuerzo que su memoria hacía con tal motivo; y aún decíase que hacía ella muy mal y que era muy culpable en haber olvidado unas palabras pronunciadas por Marius.

Salió de la cama, é hizo en seguida las dos abluciones del alma y del cuerpo, es decir, sus oraciones y su toilette.

En rigor puede introducirse al lector en una cámara nupcial; pero no en una cámara virginal. Apénas si se atrevería la poesía á hacerlo; la prosa, jamas.

Es el interior de una flor cerrada aún, es una blancura en la sombra, es la célula íntima de una azucena sin abrir que no debe ser mirada por el hombre mientras que no haya sido mirada por el sol. La mujer en estado de pimpollo es una cosa sagrada. Ese lecho inocente que se descubre, esa adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, ese pié blanco que se refugia en una babucha, ese cuello que se vela ante un espejo como si aquel fuese una pupila, esa camisa que se apresura á levantarse y á ocultar el hombro por un mueble que rechina ó por un carruaje que pasa, esos cordones atados, esas presillas y corchetes abrochados, esos lazos ajustados, esos estremecimientos, esas sorpresas y convulsiones de frío y de pudor, ese azoramiento exquisito de todos los movimientos, esa inquietud casi alada allí donde nada hay que temer, las fases sucesivas de la vestidura, tan deliciosas como las nubes de la aurora; no dice bien que todo

esto sea referido, y aún es ya demasiado el indicarlo siquiera.

La vista del hombre debe ser más religiosa aún ante el acto de levantarse una jovencita que ante el orto ó el levante de una estrella. La posibilidad de alcanzar debe aún aumentar el respeto. El vello sedoso del melocoton, la ceniza delicada de la ciruela, la diminuta y radiante cristalización de la nieve, el ala de la mariposa empolvada de plumas, son cosas gróseras en comparación de esa castidad que hasta se ignora á sí misma, que ni siquiera sabe que es casta. La jovencita no es más que un resplandor de ensueño, ni siquiera es una estatua. Su alcoba está oculta en la parte sombría del ideal. El tacto indiscreto de la mirada empaña y oscurece esa vaga penumbra. Aquí contemplar es profanar.

Por consiguiente, no mostraremos nada de ese suave y ligero trastear de Coseta al tiempo de despertar y de levantarse.

Un cuento de Oriente refiere que la rosa había sido creada por Dios blanca, pero que habiendo mirado Adán en el momento en que se entre abría, se avergonzó, proviniéndola de aquí su color rosado. Nosotros somos de aquellos que se sienten sobrecogidos y extasiados en presencia de las jovencitas como en presencia de las flores, hallándolas venerables.

Coseta se vistió bien de prisa, se peinó, se adornó la cabeza, cosa muy sencilla en aquella época en que las mujeres no ahuecaban sus cocas y sus bucles con almohadillas y toneletes y no se ponían erinolina en el pelo. En seguida abrió la ventana y se puso á mirar por todas partes, en derredor, esperando descubrir algún poco de la calle, una esquina de las casas, un rincón del empedrado y poder acechar y ver venir desde allí á Marius. Pero no se distinguía nada de fuera. El patio se hallaba rodeado

de paredes bastante elevadas, y no tenía vista sino á algunos jardines. Coseta declaró aquellos jardines horribles; por la primera vez de su vida llegó á encontrar las flores feas. El menor pedazo de arroyo de la calle ó de la encrucijada inmediata la habria parecido mucho mejor. Adoptó, pues, el partido de mirar al cielo, como si pensara ella que Marius podía venir tambien de allí.

De improviso, prorumpió en llanto. No que esto fuese movilidad de espíritu, sino esperanzas frustradas por el abatimiento, tal era su situación. Sintió confusamente cierta cosa horrible. Con efecto, las cosas pasan y se transmiten por los aires. Díjose que ella no estaba segura de nada, que perderse de vista, era perderse; y la idea de que Marius pudiera tal vez volver del cielo, la apareció, no ya grata y deliciosa, sino lúgubre.

Después, tales son esas nubes, restablecióse en ella la calma, la esperanza renació en su espíritu, y con ella una especie de sonrisa inconsciente, pero llena de confianza en Dios.

Todo el mundo se hallaba aún acostado en la casa, donde reinaba un silencio provincial. Ni empujaban siquiera una ventana. El cuarto del portero estaba cerrado. Toussaint no se habia levantado, y Coseta creyó naturalmente que su padre estaba durmiendo. Bien era menester que ella hubiera sufrido mucho, y que sufriera bastante aún, pues que decia para sí que su padre se habia portado mal; pero contaba ella siempre con Marius. El eclipse de semejante luz era ya para ella decididamente imposible. Por momentos oía, á cierta distancia, como unos sacudimientos sordos, y decia: Es singular que abran y que cierren las puertas de las casas tan temprano. Eran los cañonazos que combatian la barricada.

Á algunos piés más abajo de la ventana de Coseta, en la vieja y ennegrecida cornisa de la pared, habia un nido

de aviones; la ceja ó alero que formaba este nido sobresalía un poco fuera de la cornisa, en términos que, desde arriba, podía verse el interior de aquel pequeño paraíso. La madre se hallaba allí, abriendo sus alas en forma de abanico sobre sus hijuelos. El padre revoloteaba por los aires, yendo y viniendo, y traía en su pico alimento y besos. El sol naciente doraba aquella mansión de dicha, la grande ley Creced y Multiplicad se hallaba allí sonriendo y augusta, y este dulce misterio se desplegaba en la gloria de la mañana. Coseta, con el cabello expuesto al sol, el espíritu vagando en las quimeras, iluminada por el amor en su interior y por la aurora en el exterior, se inclinó como maquinalmente, y, casi sin atreverse á confesarse que estaba pensando al mismo tiempo en Marius, se puso á mirar aquellos pajarillos, aquella familia, aquel macho y aquella hembra, aquella madre y aquellos hijuelos, con la profunda turbación que un nido inspira siempre á una vírgen.



El fuego de los acometedores continuaba sin cesar. La fusilería y la metralla alternaban, bien que sin ocasionar grandes estragos. Sólo la parte superior de la fachada de Corinto sufría; la ventana del primer piso y las boardillas del tejado, acribilladas de postas y de vizcaínas, se iban desfigurando poco á poco. Los combatientes que se habian apostado allí se habian visto precisados á cambiar de puesto, si no habian perecido. Por lo demas, esto es una táctica del ataque de las barricadas; tirotear sobre ellas largo tiempo, á fin de obligar á los insurrectos á consumir sus municiones, si estos cometen la falta de responder sin cesar á los fuegos del enemigo. Cuando se nota ya, por la grande disminucion y lentitud de los fuegos de réplica, que van careciendo de

balas y de pólvora, entónces es cuando se da el asalto. Enjolras no cayó en este lazo; la barricada no respondía.

Á cada fuego de peloton, ó descarga cerrada, Gavroche se inflaba los carrillos con la lengua, en señal de alto desden.

— Está bien, decía, romped bastante lienzo. Tenemos necesidad de hilas.

Courfeyrac á su vez interpelaba á la metralla acerca de su poco efecto, y decía al cañon:

— Te haces difuso, pobre bobalicon.

En las batallas suelè tambien haber sus partidas de n-triga como en un baile. Es probable que este silencio del reducto empezaba á inquietar á los sitiadores y á hacerles temer algun incidente inesperado, y que sintieron ellos la necesidad de ver claro al traves de aquel monton de piedras y de escombros, y saber lo que pasaba detras de aquella muralla impasible, que recibia los cañonazos sin inmutarse, y sin responder. Cuando hé aquí que de improviso descubrieron los insurrectos un casco que brillaba á los rayos del sol sobre un tejado inmediato. Era un bombero que se hallaba respaldado contra una alta chimenea, pareciendo que hacia allí centinela, y dirigiendo sus miradas á pico, ó perpendicularmente, sobre el interior de la barricada.

— Hé ahí una vigía incómoda, dijo Enjolras.

Juan Valjean habia devuelto la carabina á Enjolras, pero tenía consigo su fusil.

Sin decir una palabra, apuntó al bombero, y, al cabo de un segundo, el casco, penetrado de un balazo, caía estrepitosamente á la calle. El soldado, que sólo sufrió un buen susto, se apresuró á alejarse de aquel sitio.

Una segunda vigía vino al poco tiempo á ocupar de nuevo su puesto. Esto era ya un oficial. Juan Valjean, que habia vuelto á cargar su fusil, apuntó al recién venido, y

envió el casco del oficial á acompañar en la calle al casco del soldado. El oficial no insistió, y se retiró á toda prisa. Esta vez comprendieron sin duda el aviso. Nadie volvió á aparecer sobre el tejado; renunciando ya á espiar desde allí la barricada.

— ¿Por qué no ha matado usted al hombre? preguntó Bossuet á Juan Valjean.

Juan Valjean no contestó á esta pregunta.

XII

EL DESÓRDEN PARTIDARIO DEL ÓRDEN

Bossuet murmuró al oído de Combeferre:

— No ha respondido á mi pregunta.

— Es un hombre que prodiga sus bondades á escopetazos, dijo Combeferre.

Los que aún conservan alguna memoria de aquella época, lejana ya, saben que la guardia nacional de las afueras de París se mostraba muy valiente contra las insurrecciones, y que hizo gala de intrepidez, y de un particular encarnizamiento, en las jornadas de Junio de 1832. Cualquier tabernero ó bodegonero de Pantin, de las Vertus ó de la Cunette, cuyo « establecimiento » holgaba durante los días de revuelta, se ponía hecho un tigre al ver su sala de baile desierta, y se hacía matar, si era necesario, para salvar el orden representado por la taberna. En aquel tiempo, bourgeois y heroico á la vez, en pre-

senencia de las ideas, que tenían sus caballeros, se hallaban los intereses, que tenían sus paladines. El prosaismo del móvil no disminuía en nada la bravura del movimiento. El decrecimiento de una pila de monedas hacia cantar la *Marsellesa* á ciertos banqueros. Derramábase líricamente la sangre por el escritorio ó el mostrador; y se defendía con un entusiasmo lacedemonio la tienda, ese prosaico diminutivo de la patria.

Digamos con todo que en el fondo, no había nada en esto que no fuese muy formal y muy regular. Eran los elementos sociales que entraban en lucha, hasta tanto que les llegara el día en que entrasen en equilibrio.

Otro signo característico de aquel tiempo, era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (palabra bárbara del partido correcto). Se estaba por el orden con indisciplina. Hacíase oír el tambor, inesperadamente, por mandato de tal ó cual coronel de la guardia nacional á quien se le antojaba ordenar una llamada ó una generala de puro capricho; tal capitán iba á tomar parte en el fuego por inspiración; tal guardia nacional se batía « por una idea, » y de su propia cuenta y riesgo. En los momentos de crisis, en las « jornadas, » cada cual tomaba consejo, más bien que de sus jefes, de sus propios instintos. En el ejército del orden había verdaderos guerrilleros, los unos de espada como Fannicot, los otros de pluma como Henri Fonfrède.

La civilización, representada desgraciadamente en aquella época más bien por una agregación de intereses que por un grupo de principios, se hallaba ó se creía en peligro, y lanzaba el grito de alarma; cada cual, constituyéndose centro, la defendía, la socorría y la protegía, puesto á la cabeza de la empresa; y el primero que pasaba era á propósito para echar sobre sus hombros la inmensa carga de salvar la sociedad.

Á veces el zelo rayaba hasta el exterminio. Tal peloton de guardias nacionales se constituía, de su propia autoridad, en consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos á un insurrecto prisionero. Una improvisación de esta especie fué la que dió muerte á Juan Prouvaire. Feroz ley de Lynch, que ningún partido tiene el derecho de echar en cara á los otros, puesto que ella es aplicada por la república en América como por la monarquía en Europa. Esta ley de Lynch se complicaba á veces con la equivocación ó con el error involuntario. En un día de movimiento, un joven poeta, llamado Paul-Aimé Garnier, se vió perseguido á bayonetazos en la plaza Real, y sólo pudo escapar de la muerte buscando asilo en el portal del n.º 6. Los que le perseguían gritaban furiosos: — ¡*Hé aquí otro de esos sansimonianos!* y querían matarle á todo trance. Ahora bien, su delito consistía en que llevaba bajo el brazo un tomo de las *Memorias del duque de San Simon*. Un guardia nacional llegó á leer por casualidad en aquel libro la palabra: *San Simon*, y se puso al instante á gritar: ¡*Muera!*

El 6 de Junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, al mando del capitán Fannicot, á quien hemos ya nombrado, se hizo diezmar, por puro placer y por capricho, en la calle de la Chauvrière. Por más singular que sea este hecho, fué el comprobado y quedó consignado en la instrucción judicial que se abrió á consecuencia de la insurrección de 1832. El capitán Fannicot, bourgeois impaciente y atrevido, especie de condottiere del orden de los que acabamos de caracterizar, « gubernamentalista, » fanático é insumiso, no pudo resistir á la tentación de hacer fuego, ántes de la hora oportuna, y á la ambición de apoderarse él solo de la barricada, es decir, con su sola compañía. Exasperado por la aparición sucesiva de la bandera roja y del frac viejo,

que él tomó por bandera negra, censuraba en alta voz la conducta de los generales y de los jefes de cuerpo, quienes entre tanto celebraban consejo, juzgando en él que aún no era llegado el momento decisivo del asalto, y dejando á « la insurreccion cocer en su propia salsa, » segun la célebre expresion de uno de ellos. Pero él juzgó que la barricada estaba ya madura, y como lo que está maduro debe caer, hizo la prueba correspondiente.

Mandaba hombres resueltos, como él « verdaderos energúmenos, » dijo despues un testigo. Su compañía, la misma que habia fusilado al poeta Juan Prouvaire, era la primera del batallon que estacionaba en la esquina de la calle. En el momento en que ménos podia esperarse, el capitán lanzó sus hombres contra la barricada. Ejecutado con ménos estrategia que buena voluntad, este movimiento costó caro á la compañía Fannicot. Antes que hubiese ella llegado á recorrer las dos terceras partes de la calle, fué recibida por una descarga general de la barricada. Cuatro nacionales, los más audaces, que corrían á la cabeza de la compañía, fueron hechos añicos, á quemarropa, junto al mismo reducto, y aquel grupo intrépido de guardias nacionales, gente muy valerosa sin duda, pero que carecia de la tenacidad militar, tuvo que retirarse, despues de algunos momentos de hesitacion, dejando quince cadáveres en el suelo. Aquellos instantes de vacilacion dieron á los insurrectos el tiempo suficiente para cargar de nuevo sus armas, y una segunda descarga terrible y mortífera, alcanzó á la compañía ántes de ella pudiera llegar á la esquina de la calle, que era su único refugio. En un momento fatal, vióse la compañía cogida entre dos fuegos de metralla, recibiendo la carga de la pieza que estaba en bateria, la cual, haciendo de órden en contrario, proseguia haciendo fuego contra la barricada. El arrojado é imprudente Fannicot

fué uno de los muertos por esta metralla. Matóle el cañon, es decir, el órden.

Este ataque, ménos formal que furioso, irritó á Enjolras. — ¡Los tontos! dijo, hacen matar neciamente á sus hombres y nos obligan á consumir nuestras municiones, para nada.

Enjolras hablaba como un verdadero general de insurrectos que era. La rebelion y la represion no luchan nunca con armas iguales. La rebelion agota muy pronto sus recursos, no disponiendo sino de un corto número de tiros y otro corto número de combatientes que poder gastar. Una cartuchera vacía, un hombre muerto, no se reemplazan en las filas insurrectas. La represion, como dispone del ejército, no cuenta los hombres, y como tiene á Vincennes, no cuenta los disparos. La represion tiene tantos regimientos como hombres tiene la barricada, y tantos arsenales como cartucheras tiene esta. Así que estas luchas son de uno contra ciento, que concluyen siempre por el aniquilamiento de las barricadas, á ménos que la revolucion, surgiendo bruscamente, no venga á arrojar en la balanza su reluciente espada de arcángel. Esto suele suceder á veces. Entónces todo se subleva, las piedras entran en movimiento de ebulicion, los reductos populares cunden y pululan por todas partes, Paris se estremece soberantemente, el *quid divinum* se desprende, un 10 de Agosto, un 29 de Julio están en el aire, una luz prodigiosa aparece, las garras de la fuerza desesperada retroceden, y el ejército, ese leon, se encuentra frente á sí, de pié y tranquilo, á este profeta, la Francia.



XIII

VIS LUMBRES PASAJERAS

En el caos de sentimientos y de pasiones que defienden una barricada, hay de todo; hay bravura, juventud, pundonor, entusiasmo, ideal, convicción, encarnizamiento de jugador, y sobre todo, esperanzas intermitentes.

Una de estas intermitencias, uno de estos vagos estreñecimientos de esperanza, atravesó de improviso, en el momento más inesperado, la barricada de la Chanvrerie. — Escuchad, exclamó bruscamente Enjolras, siempre en acecho, me parece que París despierta al fin.

Es cierto que, en la mañana del 6 de Junio, la insurrección adquirió durante una ó dos horas, alguna mayor intensidad. La obstinación del toque á rebato en las torres de Saint-Merry reanimó á muchos espíritus vacilantes hasta entónces. En la calle del Poirier, en la calle de los Gravilliers, llegaron á bosquejarse nuevas barricadas.

Frente á la puerta de Saint-Martin, un jóven, armado de una carabina, atacó el solo á un escuadron de caballería. En medio del boulevard, á descubierto, hincó una rodilla en tierra, apoyó en el hombro su arma, disparó, mató al jefe de escuadron, y se volvió diciendo: *Ese ya no nos hará daño.* En seguida le mataron á él á sablazos. En la calle de Saint-Denis, una mujer, detras de una celosía, disparaba sobre la guardia municipal. Á cada disparo veíanse temblar las hojas de la celosía. Un muchacho de catorce años fué preso en la calle de la Cossonnerie con sus bolsillos llenos de cartuchos. Varios puestos ó cuerpos de guardia fueron atacados. Á la entrada de la calle de Bertin-Poirée, un tiroteo muy vivo y enteramente imprevisto acogió á un regimiento de coraceros, á cuya cabeza marchaba el general Cavaignac de Baragne. En la calle de Planche-Mibray, arrojaron desde lo alto de los tejados sobre la tropa pedazos de teja y tuestos viejos, y tambien varios utensilios de menaje; lo que se considera como muy mala seña. Al dar cuenta de este hecho al mariscal Soult, el antiguo general de Napoleon se puso á cavilar, recordando en aquel instante las palabras de Suchet en Zaragoza: *Estamos perdidos, desde el momento en que las viejas nos vierten los orinales sobre la cabeza.*

Estos síntomas generales, que se manifestaban en el instante mismo que se creía la insurrección localizada, esta fiebre de ira que iba generalizándose, estas chispas que volaban acá y acullá sobre esas enormes masas de combustible que se llaman los arrabales de París, todo este conjunto inquietó á los jefes militares, quienes se apresuraron á apagar aquel principio de incendio. Se aplazó, hasta que estas chispas fuesen ahogadas y apagadas, el ataque de las barricadas Maubúée, de la Chanvrerie, y de Saint-Merry, á fin de no tener que habérselas ya sino con ellas solamente, y poder concluirlo todo de una

vez. Diferentes columnas de tropa fueron lanzadas por las calles donde se notaba esa fermentacion barriendo las grandes, sondeando las pequeñas, á derecha é izquierda, ora despacio y con precauciones, ora á paso de carga. La tropa echaba abajo las puertas de las casas desde donde se habia hecho fuego, miéntras que grandes patrullas de caballeria dispersaban los grupos de los boulevards. Esta represion no se hizo sin rumor y sin ese estrépito tumultuoso que es consiguiente á los choques entre el ejército y el pueblo. Esto era lo que distinguia Enjolras, en los intervalos de las descargas de cañon y de fusileria. Ademas, habia él visto pasar por el extremo de la calle varios heridos que conducian en parihuelas, y decia á Courfeyrac: — Esos heridos no son de nuestras filas.

Esta esperanza no duró mucho tiempo; el resplandor, la vislumbre, se eclipsó bien pronto. En ménos de media hora, se desvaneci6 lo que habia en el aire, aquello fue como un relámpago sin rayo, y los insurrectos sintieron caer sobre ellos esa especie de capa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los pertinaces abandonados.

El movimiento general, que parecia haberse delineado vagamente, habia abortado; por consiguiente, toda la atencion del ministro de la guerra, y toda la estrategia de los generales podian concentrarse ahora en las tres ó cuatro barricadas que quedaban de pié.

El sol se elevaba sobre el horizonte.

Un insurrecto interpel6 á Enjolras:

— Tenemos hambre. ¿Es que, de véras, vamos á morir así, sin comer?

Enjolras, que continuaba siempre apoyado con un codo en su almena, sin apartar los ojos de la extremidad de la calle, hizo con la cabeza un signo afirmativo.

XIV

DONDE SE LEERÁ EL NOMBRE DE LA QUERIDA DE ENJOLRAS

Sentado sobre un adoquin, junto á Enjolras continuaba Courfeyrac insultando al cañon, y cada vez que pasaba, con ruido monstruoso, esa nube sombría de proyectiles que se llama la metralla, la acogia él con un rasgo de ironia.

— Te estás desgastando, mi pobre viejo brutal, me da compasion de oírte, todo tu estrépito es música perdida. Ya eso no es trueno ni rayo, es la tos de un asmático.

Y todos reian de oírle.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo valiente buen humor crecia con el peligro, reemplazaban, como madama Scarron, el alimento con la broma, y á falta de vino, distribuian á todos con profusion chanzas y alegria.

— Yo admiro á Enjolras, decia Bossuet. Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo, que es lo que tal vez

causa su tristeza; Enjolras se lamenta de su grandeza, que le somete á la viudez. Nosotros, todos tenemos, más ó ménos, nuestras queridas que nos ponen locos, es decir, bravos. Cuando está uno enamorado como un tigre, no es extraño que esté dispuesto á batirse como un león. Es una manera de vengarnos de las malas partidas que nos juegan nuestras señoras grisetas. Rolando se hizo matar para hacer desesperar á Angélica; todos nuestros heroísmos vienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin gatillo; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien, Enjolras no tiene mujer. No está enamorado, y á pesar de eso, encuentra el medio de ser intrépido. Es una cosa inaudita que haya quien pueda ser frío como el hielo y atrevido como el fuego.

Enjolras parecía no escuchar nada, pero cualquiera que hubiese estado junto á él le habría oído murmurar á media voz la palabra: *Patria*.

Todavía estaba riendo Bossuet cuando Courfeyrac exclamó:

— ¡Cosa nueva tenemos!

Y fingiendo la voz, en tono de portero de tribunal que anuncia, añadió:

— Yo me llamo Pieza-de-á-Ocho.

Con efecto un nuevo personaje acababa de entrar en escena. Una segunda boca de fuego.

Los artilleros hicieron rápidamente la maniobra de fuerza, y pusieron esta segunda pieza en batería junto á la primera.

Esto ya iba delineando el desenlace.

Algunos instantes despues, las dos piezas, vivamente servidas, disparaban de frente contra el reducto; los fuegos de peloton de la línea y de las afueras sostenían la artillería.

Á cierta distancia se oía otro fuego de cañón. Al mismo

tiempo que dos piezas se ensañaban contra el reducto de la calle de la Chanvrerie, otras dos bocas de fuego, asesiadas, una en la calle de Saint-Denis, y la otra en la calle de Aubry-le-Boucher, combatían la barricada de Saint-Merry, haciéndose lúgubramente eco los cuatro cañones.

Los ladridos de aquellos sombríos y siniestros perros de la guerra se correspondían.

De las dos piezas que batían ahora á la barricada de la calle de la Chanvrerie, una disparaba metralla y la otra bala.

Esta última se hallaba apuntada con un poco de elevación, en términos que el tiro estaba calculado de tal manera que la bala hería el borde extremo del ala superior de la barricada, la iba despuntando ó quitando poco á poco la cresta, y desmenuzando las piedras sobre los insurrectos en infinitos cascotes de metralla.

El tiro dirigido por este procedimiento tenía por objeto el alejar á los combatientes de la cima del reducto, y obligarlos á reunirse en pelotones en el interior, es decir, que esto anunciaba el asalto.

Una vez arrojados los combatientes de lo alto de la barricada por las balas de cañón, y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podrían aventurarse en la calle sin ser blanco de la puntería de los insurrectos, y aun tal vez, sin ser vistas siquiera, escalar bruscamente el reducto, como en la noche anterior, y ¿quién sabe? tomarle por sorpresa.

— Es preciso absolutamente disminuir la incomodidad de esas piezas, dijo Enjolras, y gritó en seguida: ¡Fuego sobre los artilleros!

Todo el mundo estaba dispuesto. La barricada, que callaba hacía ya mucho tiempo, hizo fuego desatinadamente, sucediéndose siete ó ocho descargas con una especie de rabia mezclada de alegría; la calle se llenó de una

humareda á cegar, y al cabo de algunos minutos, al traves de aquella densa bruma rayada toda ella de llamas, pudo distinguirse confusamente que las dos terceras partes de los artilleros se hallaban tendidos bajo las ruedas de las cureñas. Los que habian quedado de pié continuaban sirviendo las piezas con severa tranquilidad, pero el fuego era ya mucho ménos intenso.

— Esto marcha bien, dijo Bossuet á Enjolras. Buen éxito.

Enjolras meneó la cabeza y respondió :

— Con un cuarto de hora más de buen éxito como este, no nos quedarán ya diez cartuchos en la barricada. Parece ser que Gavroche oyó estas palabras.

XV

GAVROCHE FUERA DE LA BARRICADA

Courfeyrac notó de repente que habia álguien abajo de la barricada, fuera, en la calle, bajo las balas enemigas.

Era Gavroche que habia cogido en la taberna un cesto de los que sirven para transportar botellas, habia salido por la escotadura, y se hallaba tranquilamente ocupado en vaciar en su cesto las cartucheras llenas de cartuchos de los guardias nacionales muertos en la escarpa de reducto.

— ¿Qué es lo que estás tú haciendo ahí? dijo Courfeyrac.

Gavroche levantó la nariz :

— Ciudadano, estoy llenando mi cesto.

— ¿Pero no ves la metrella?

Gavroche respondió :

— Y bien, está lloviendo, ¿Y qué más?

Courfeyrac gritó :

— ¡ Entra corriendo !

— Ya voy, en seguida, dijo Gavroche. Y de un salto se adelantó en la calle.

El lector recuerda sin duda que la compañía Fannicot, al retirarse, había dejado tras sí un reguero de cadáveres.

Unos veinte muertos yacían acá y acullá en toda la longitud de la calle sobre el empedrado. Eran otras tantas cartucheras para Gavroche. Una provisión de municiones para la barricada. El humo formaba en la calle como una especie de niebla espesa. Todo el que haya visto una nube caída en una garganta de montañas entre dos escarpas perpendiculares, puede figurarse aquella humareda estrechada y como condensada por dos líneas sombrías de altas casas. El humo subía lentamente y se renovaba sin cesar; de aquí un oscurecimiento gradual que comunicaba su palidez á la plena claridad del día. Apenas si del uno al otro extremo de la calle, que sin embargo era bastante corta, se distinguían los combatientes. Este oscurecimiento, que probablemente habían querido y calculado los jefes que debían dirigir el asalto de la barricada, fué útil á Gavroche.

Bajo los pliegues de aquel velo de humo, y gracias á su pequeñez, pudo avanzar á bastante distancia en la calle, sin ser visto. Desbalijó las siete ú ocho primeras cartucheras sin gran peligro. Se arrastraba de bruces por el suelo, galopaba en cuatro piés, de galas, cogía su cesto con los dientes, se torea, se deslizaba y ondeaba serpeando de un muerto á otro muerto, y vaciando la cartuchera de cada uno de ellos, á la manera que un mono vacía una nuez.

Desde la barricada, de la cual se hallaba él aún bastante cerca, no se atrevían á gritarle que retrocediera, por miedo de llamar la atención hácia él.

En un cadáver, que era de un cabo de escuadra, encontró un frasco de pólvora.

— Para la sed, dijo metiéndosele en el bolsillo.

Á fuerza de penetrar hácia adelante, llegó al punto en que la humareda de la pólvora se hacia ya transparente.

Los tiradores de línea, formados en batalla junto á la cureña, detras de su parapeto de adoquines, y los tiradores de las afueras, formados en masa en la esquina de la calle, distinguieron de improviso un objeto que se removía entre el humo. En el momento en que Gavroche desembarazaba de sus cartuchos á un sargento que yacía en tierra junto á un guardacanton, una bala vino á depositarse en el cadáver.

— ¡ Diantre! dijo Gavroche, hé aquí que ahora me matan á mis muertos.

Una segunda bala hizo chispear los guijarros junto á él. Por último una tercera derribó el cesto.

Gavroche miró, y vió que aquello venía de los guardias nacionales de las afueras. Levantóse de pié, en toda la magnitud de su talla, con el cabello al viento, las manos en las caderas, la vista fija en los guardias que tiraban contra él, y se puso á cantar :

On est laid à Nanterre,
C'est la faute à Voltaire,
Et hété à Palaiseau,
C'est la faute à Rousseau⁴.

En seguida recogió su cesto y volvió á colocar en él, sin perder uno solo, los cartuchos que de él habían caído; y avanzando hácia los fuegos de fusilería, fué á despojar

⁴ En Nanterre son feos, por culpa de Voltaire, y tontos en Palaiseau por culpa de Rousseau.

N. B. — Nanterre y Palaiseau son dos lugarcitos de la banlieue ó de las afueras de París.

otra cartuchera. Allí faltó poco para que le alcanzara una cuarta bala. Gavroche se puso á cantar :

Je ne suis pas notaire,
C'est la faute à Voltaire;
Je suis petit oiseau,
C'est la faute à Rousseau ¹.

Una quinta bala sólo consiguió arrancarle su tercera copla :

Joie est mon caractère,
C'est la faute à Voltaire;
Misère est mon trousseau,
C'est la faute à Rousseau ².

Esto continuó así durante algun tiempo.

Era un espectáculo espantoso y magnífico á la vez. Gavroche, fusilado, se burlaba de la fusilería; y tenía trazas de divertirse mucho con este pasa tiempo. Era el gorrion picoteando á los cazadores. Á cada descarga respondía él con una copla.

Apuntábanle sin cesar, y siempre le marraban el tiro. Los guardias nacionales y los soldados se reían al apuntarle.

Él se tendía en el suelo, despues se enderezaba, se eclipsaba en el hueco de una puerta, despues salía, corría, brincaba, desaparecía, reaparecía de nuevo, se escapaba, volvía, respondiendo á la metralla con gestos y muecas, y entre tanto no dejaba de recoger cartuchos, vaciando las cartucheras y llenando su cesto. Los insurrectos, jadeando de ansiedad, le seguían con sus miradas. La barricada entera estaba temblando, mientras que

¹ Yo no soy notario, por culpa de Voltaire; soy un pajarillo, por culpa de Rousseau.

² Tengo el genio alegre, por culpa de Voltaire; mi ajuar es la miseria, por culpa de Rousseau.

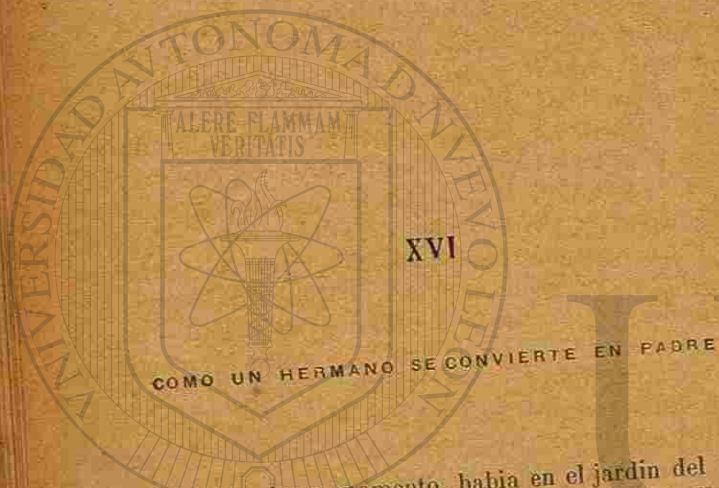
él no cesaba de cantar. Aquello no era un niño, ni tampoco era un hombre; era una hada bajo la extraña figura de un gamin. Diríase que era el enano invulnerable de la liza. Las balas corrían tras él pero él era más listo que las balas; jugando cierta especie de pavoroso juego de escondite con la muerte. Cada vez que la cara chata y siniestra del espectro se acercaba, el gamin la daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala mejor dirigida ó más traidora que las otras acabó por herir á aquel niño que parecía un fuego fatuo. Vieron á Gavroche vacilar sobre sus talones, y en seguida se postró en tierra. Toda la barricada lanzó un grito; pero en aquel pigmeo habia algo de Anteo; para el gamin, tocar el empedrado es como para el gigante tocar la tierra; Gavroche no habia caído sino para enderezarse de nuevo; permaneció sentado en el suelo, un largo reguero de sangre corría por su rostro, levantó los brazos por alto, miró hácia el lado de donde le habia venido el tiro y se puso á cantar :

Je suis tombé à terre,
C'est la faute à Voltaire,
Le nez dans le ruisseau,
C'est la faute à..... ¹.

No pudo concluir. Una segunda bala del mismo tirador le cortó el aliento. Esta vez cayó ya de bruces contra el suelo, y no volvió á moverse. Aquella grande almita acababa de volar.

¹ He caído en tierra, por culpa de Voltaire, con la nariz contra el arroyo, por culpa de.....



En este mismo momento, había en el jardín del Luxemburgo, — pues la mirada del drama debe de hallarse presente en todas partes, dos niños que marchaban asidos de las manos. Uno de ellos podía tener como siete años, y el otro cinco. La lluvia los había mojado bastante, lo que los decidió á caminar entre las calles de árboles por el sitio en que daba el sol; el mayor conducía al pequeño; ambos iban cubiertos de harapos y estaban muy pálidos; tenían trazas de pájaros silvestres. El más pequeño decía: Tengo mucha hambre.

El mayor, un tanto erigido ya en protector, conducía á su hermanito por la mano izquierda y llevaba una vara en la mano derecha.

Encontrábanse solos en el jardín. El jardín estaba desierto, hallándose cerradas las verjas por medida de po-

ficia, á causa de la insurreccion. Las tropas que habian vivaqueado allí habian salido ya para las necesidades del combate.

¿Cómo es que se encontraban allí aquellos niños? Quizas se habian evadido de algun cuerpo de guardia entreabierto; tal vez en aquellas cercanias, en la barrera d'Enfer, ó en la explanada del Observatorio, ó en la encrucijada inmediata dominada por el fróntis donde se lee esta inscripcion: *invenerunt parvulum pannis involutum*, existia alguna barraca de saltimbánquis de la cual se habrian escapado; quizas habian esquivado, en la noche anterior, la vigilancia de los inspectores del jardín á la hora de cerrar, y habian pasado la noche en alguna de aquellas garitas donde se leen periódicos? No se sabe. El hecho es que vagaban por allí y parecian libres. Vagar y parecer libre, es estar perdido. Aquellas pobres criaturas estaban perdidas en efecto.

Estos dos niños eran los mismos á quienes Gavroche habia dado una noche hospitalidad en su elefante, segun recordarán nuestros lectores. Hijos de los Thénardier, confiados en alquiler á la Magnon, atribuidos al señor Gillenormand, y hojas ahora caidas de todas estas ramas sin raíces, y que arrastraba por el suelo el viento.

Sus vestidos, limpios, en tiempo de la Magnon, á quien servian como de muestra y de prospecto para con el señor Gillenormand, se habian convertido en miseros andrajos.

Aquellos seres pertenecian ya á la estadística de los « Niños abandonados » que la policia verifica y comprueba, recoge, extravia y vuelve á encontrar despues, rodando por el empedrado de París.

Eran menester los disturbios de este día para que aquellas miserables criaturas se hallaran en aquel jardín. Si los guardas los hubiesen visto, habrian echado á la

calle á aquellos andrajosos. Los niños pobrecitos no entran en los jardines públicos; sin embargo, debiera tenerse en cuenta que, en su calidad de niños, tienen derecho á las flores.

Estos estaban allí, gracias á las verjas cerradas. Se hallaban, por consiguiente, en contravencion á los reglamentos. Habian logrado deslizarse en el jardin, y allí permanecian. Las verjas cerradas no dan licencia ó derecho de reposo y distraccion á los inspectores; supónese siempre que la vigilancia continúa, pero el hecho es que ella se enerva y aun desaparece; y en este día, los inspectores, conmovidos tambien por la ansiedad pública y más ocupados de lo que pasaba en el exterior que de lo que ocurría en el interior, no prestaban la menor atencion al jardin, y por consiguiente no habian visto á aquellos dos delincuentes.

Habia llovido la víspera, y un poco, tambien aquella misma mañana. Pero los aguaceros de Junio no se toman en cuenta. Apenas si se apereibe uno, al cabo de una hora de haber pasado la tormenta, que aquel rubicundo y hermoso día ha llorado algunos instantes. La tierra se seca en estío tan pronto como la mejilla de un niño.

En esta época del solsticio, la luz del mediodía es, por decirlo así, punzante. Todo lo penetra, aplicándose y sobreponiéndose á la tierra con una especie de succion. Diríase que el sol tiene sed. Un chaparrón es un vaso de agua; una lluvia es bebida al instante. Por la mañana todo está chorreando, y por la tarde, el lodo se halla convertido en polvo.

Nada es más admirable que el verdor de las plantas lavadas por la lluvia y enjugadas por los rayos del sol es la frescura caliente. Los jardines y los prados, en teniendo agua en sus raíces y sol en sus flores, se convierten en otros tantos pebeteros de incienos y exhalan todos

sus púrfumes á la vez. Todo rie, todo canta, todo se ofrece á la más grata sensacion. Siéntese una dulce embriaguez. La primavera es un paraíso provisional; el sol ayuda al hombre á sufrir con paciencia los males de la vida.

Hay seres que no piden más que esto; vivientes que, en teniendo el azul del cielo, dicen: ¡ me basta! soñadores absortos en el prodigio, que en la idolatría de la naturaleza toman la indiferencia del bien y del mal, contempladores del cósmos, radiosamente distraídos del hombre, que no comprenden que nadie se preocupe del hambre de estos, de la sed de aquellos, de la desnudez del pobre en invierno, de la corvadura linfática de una frágil y diminuta espina dorsal, del camastro de la boardilla, del calabozo, y de los andrajos de las jovencitas que van tiritando por calles y plazas, cuando se puede soñar á la sombra de los árboles, puestos los ojos en la inmensidad de los cielos y en los esplendores de la naturaleza; espíritus serenos y terribles, desapiadadamente satisfechos. Cosa extrana, el infinito les basta. Esa grande necesidad del hombre, el finito, que admite el enlace y union de los seres entre sí, la desconocen. El finito que admite el progreso, el trabajo sublime, no piensan en él siquiera. El indefinito, que nace de la combinacion humana y divina del infinito y del finito, se les escapa. Con tal que ellos se hallen cara á cara con la inmensidad, ya sonríen. Siempre el éxtasis, la alegría jamas. Su vida consiste en abismarse. Para ellos, la historia de la humanidad no es más un simple plano compuesto de particulas; el Todo no se halla en él; el verdadero Todo está fuera de aquel plano; ¿ á qué, pues, ocuparse de este detalle, el hombre? El hombre sufre, es posible; pero mirad el orto brillante y magnífico de Aldebaran! La madre carece ya de leche, el recién nacido parece de ina-

nición, yo no sé nada de esto, pero observad ese maravilloso florón que figura una rodela de la albura del abeto examinada al microscopio! ¡ comparad con eso el más precioso encaje de Malinas! Estos pensadores se olvidan de amar. El exámen atento del zodiaco prevalece en ellos hasta el punto de impedirles el ver que llora un niño. Dios les eclipsa el alma. Es esta una familia de espíritus, grandes y pequeños á la vez. Horacio pertenecía á esta familia. Goethe tambien, tal vez La Fontaine; magníficos egoistas del infinito, tranquilos espectadores del dolor, que no ven á Neron si hace buen tiempo, á quienes el sol oculta la hoguera, que verian guillotinar buscando en este acto un efecto de luz, que no oyen ni el grito, ni el sollozo, ni el estertor, ni el toque á rebato; para quienes todo va bien, puesto que hay un mes de Mayo; quienes, mientras que haya nubes de púrpura y de oro sobre sus cabezas, se declaran contentos y que han resuelto ser dichosos hasta la consumacion de los esplendores de los astros y de los cantos de las aves. Son radiantes y tenebrosos á la vez; y están ellos muy léjos de pensar que merecen compasion. Y en verdad que es así. El que no llora, no ve. Es preciso admirarlos y compadecerlos, como se compadecería y como se admiraría un sér que fuese á la vez noche y día, que no tuviera ojos bajo las cejas, y que tuviese un astro en mitad de la frente.

Segun algunas gentes, la indiferencia de estos pensadores es una filosofia superior. Sea en buen hora; pero en esta superioridad hay algo de enfermedad. Se puede ser inmortal y cojo; ejemplo, Vulcano. Se puede ser más que hombre y ménos que hombre. Lo incompleto inmenso está en la naturaleza. ¿ Quién sabe si el sol no es un ciego?

¡ Pero, cómo! y entónces, ¿ de quién habremos de fiarnos? *¿ Solem quis dicere falsum audeat?* Así, pues, áun

ciertos genios, ciertos Altísimos humanos, los hombres-astros, ¿ podrian engañarse? Lo que está allá arriba, en el pinaculo, en la cima, en el zenit, lo que envía sobre la tierra tanta claridad, ¿ vería poco, vería mal, no vería nada? ¿ No es esto una cosa que desespera? No. ¿ Pero qué es lo que hay por encima del sol? Dios.

El 6 de Junio de 1832, á eso de las once de la mañana, el Luxemburgo, solitario y des poblado, estaba delicioso. Los diversos planteles, los arriates y los parterres se enviaban mutuamente perfumes y como una fascinacion embalsamada. Las ramas de los árboles, locas ante la claridad del mediodía, parecian buscarse para abrazarse. Había entre los sicómosos grande algazara de currucas y calandrias, los intrépidos gorriones triunfaban, los hormigueros trepaban á lo largo de los castaños, dando ligeros picotazos en los agujeros de la corteza. Los acirates aceptaban como legítima la régia dignidad de la azucena; el más augusto de los perfumes, es el que sale de la blancura. Respirábase el olor de los claveles, que recuerda los de la pimienta, clavo y azafran. Las vetustas cornejas de María de Médicis se mostraban enamoradas en los grandes árboles. El sol doraba é inundaba de púrpura y de luz los tulipanes, que no son otra cosa que todas las variedades de la llama transformadas en flores. Al rededor de los cuadros de tulipanes zumbaban las abejas, como otras tantas chispas de aquellas flores-llamas. Todo era allí gracia y contento, hasta la cercana lluvia; esta reincidente, de la cual debian aprovecharse los lirios y las madreselvas, no ofrecia la menor inquietud; y las golondrinas hacian la linda amenaza de volar tan bajo, que casi se arrastraban por el suelo ó sobre el césped. El que se hallaba allí aspiraba la dicha; la vida se hacía sentir del modo mas grato; toda aquella naturaleza exhalaba el candor, el socorro, la asistencia, la

paternidad, la caricia, la aurora. Los pensamientos que caían del cielo eran suaves y delicados, como la mano del niño que besamos.

Las blancas y desnudas estatuas que estaban bajo los árboles tenían vestiduras de sombra agujereadas de luz; aquellas diosas se hallaban todas cubiertas de andrajos de sol, colgándoles los rayos por todas partes. Al rededor del grande estanque, la tierra estaba ya seca en términos de hallarse medio quemada. Corría un viento bastante fuerte para levantar acá y acullá pequeñas nubecillas de polvo. Algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguían alegremente, y parecían retozar como otros tantos niños.

La abundancia de la claridad tenía algo que serenaba el ánimo y que tranquilizaba. Vida, savia, color, efluvios, desbordaban; sentíase bajo la creación la enormidad del origen; en todos aquellos soplos penetrados de amor, en aquel va-y-ven de reverberaciones y de reflejos, en aquel prodigioso consumo de rayos, en aquel derrame indefinido de oro fluido, sentíase la prodigalidad de lo inagotable; y, detras de aquel esplendor, como detras de una cortina de llamas, entrevefáse á Dios, este millonario de estrellas.

Gracias á la arena, no había una sola mancha de lodo; gracias á la lluvia, no había un solo grano de ceniza. Los ramos de flores acababan de lavarse; todo aquel terciopelo, todo aquel raso, todo aquel charol, todo aquel oro que salía de la tierra bajo la forma de flores, todo era irreprochable. Era aquella una magnificencia límpida y espléndida. El gran silencio de la dichosa naturaleza llenaba de majestad el jardín. Silencio celeste compatible con mil músicas, con el arrullo de los nidos, el zumbido de los enjambres y las palpaciones del viento. Toda la armonía de la estación se realizaba allí

en un gracioso conjunto; las entradas y las salidas de la primavera tenían efecto conforme al orden regular establecido; las lilas concluían, los jazmines empezaban, algunas flores se hallaban en retraso; algunos insectos, por el contrario, se habían anticipado; la vanguardia de las mariposas rojas de Junio fraternizaba con la retaguardia de las mariposas blancas de Mayo. Los plátanos echaban nueva piel. La brisa mecía y formaba profundas undulaciones en la magnífica enormidad de los castaños. Era aquello en verdad una cosa maravillosamente espléndida. Un veterano del cuartel inmediato que miraba por entre la verja decía: Hé aquí la primavera de grande uniforme y presentando las armas.

Toda la naturaleza se desayunaba entónces; la creación estaba á la mesa; era la hora habitual; el gran mantel azul estaba tendido en el cielo y el gran mantel verde puesto también sobre la tierra; el sol alumbraba á giorno.

Dios servía la comida universal. Cada sér tenía su pasto, ó su pastel, su peculiar alimento. La paloma torcaz encontraba cañamones, el pinzon mijo, el jilguero pamplina, el pitirojo insectos, la abeja flores, la mosca infusorios, y el verderon hallaba moscas. Es verdad que había algo de comerse unos á otros, lo que constituye el misterio del mal mezclado con el bien; pero ni un solo animal tenía el estómago vacío.

Los dos niños abandonados habían llegado junto al grande estanque, y un tanto turbados, deslumbrados por toda aquella claridad, procuraban ocultarse, en virtud de ese instinto del pobre y del débil ante la magnificencia, áun impersonal; y se refugiaron detras de la barraca de los cisnes.

Por intervalos, cuando el viento lo favorecía, oíanse acá y allá confusamente ciertos gritos, á veces un sordo rumor, y como cierto estertor tumultuoso, que no era

otra cosa que las descargas de fusilería, y sordos estampidos, que eran los cañonazos. Por encima de los tejados, hacía el lado de los mercados centrales, veíase una gran nube de humo; y á lo léjos se oía el toque incesante de una campana, que parecía llamar.

Aquellos niños no manifestaban señales de percibir nada de aquel ruido. El más pequenito repetía de vez en cuando á média voz: Tengo hambre.

Casi en el mismo instante que los niños, acercóse al grande estanque otra pareja. Un buen hombre de cincuenta años, conduciendo por la mano á un niño de seis. Sin duda eran padre é hijo. El niño de seis años tenía un gran bollo.

En aquella época, várias casas de las calles inmediatas al Luxemburgo, calle de Madame y calle d'Enfer, poseían una llave del jardín de la cual hacían uso los moradores cuando las verjas se hallaban cerradas; tolerancia ó favor que han ruprimido despues. Aquel padre y aquel hijo salían sin duda de alguna de aquellas casas privilegiadas.

Los dos niños pobrecitos y desamparados vieron venir á « aquel señor, » y procuraron ocultarse algo más.

Este era un bourgeois; tal vez el mismo á quien Marius, en medio de su fiebre de amor, habia oido un dia, junto á aquel mismo estanque, aconsejar á su hijo que « evitara los excesos. » Tenía el semblante afable y altivo al mismo tiempo, y una boca que, sin cerrarse nunca, sonreía siempre.

Esta sonrisa mecánica, producida por demasiadas mandíbulas y demasiado poca piel, muestra los dientes más bien que el alma. El niño, con su torta mordida, que no podia acabar, parecía como atragantado. El hijo estaba vestido de guarda nacional, á causa del motin, y el padre iba de paisano, á causa de la prudencia.

Padre é hijo se habian detenido junto al estanque, donde se recreaban los dos cisnes. Aquel bourgeois parecía tener por los cisnes una admiracion especial. Tenía con ellos un punto de perfecta semejanza, la manera de andar.

En aquel momento, los cisnes nadaban, lo que constituye su principal talento, y estaban magníficos.

Si los dos niños cuitados hubieran escuchado la conversacion, y hubieran tenido edad para comprenderla, habrian podido recoger las palabras de un hombre grave. Con efecto, el padre decía al hijo:

— El hombre prudente y juicioso se contenta con poco. Mirame á mí, hijo mio. Á mí no me gusta el fasto ni la ostentacion. Jamas me ve nadie con casacas bordadas de oro y pedrería; este falso brillo le dejó yo á las almas mal organizadas.

En este mismo instante, los grandes gritos que se hacían oír hacía el lado de los mercados centrales estallaron con un redoble de campanas y de rumores estrepitosos.

— ¿Qué será eso? preguntó el niño.

El padre respondió:

— ¿Eso? son saturnales.

De improvise distinguió á los dos pobrecitos desarraigados, inmóviles detras de la casita verde de los cisnes.

— Hé ahí el principio, dijo.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

— La anarquía penetra ya en el jardín. Entre tanto el hijo mordía el bollo, arrojaba al suelo los bocados, y bruscamente se echó á llorar.

— ¿Por qué lloras? le preguntó el padre.

— No tengo ya hambre, dijo el niño.

La sonrisa del padre se acentuó.

— No se necesita hambre para comerse un bollo.

— Mi bollo me fastidia. Está duro.

— ¿No quieres ya más?

— No.

El padre le mostró los cisnes, y le dijo:

— Échasele á esos palmipedos.

El niño vaciló. Ya no quiera más hollo, pero no es esto una razon para darle.

El padre prosiguió:

— Vamos, sé humano. Es menester tener compasion de los animales.

Y tomando el hollo á su hijo, le arrojó al estanque.

El hollo cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes se hallaban léjos, en el centro del estanque, ocupados en alguna otra presa, y ni habian visto al bourgeois, ni su hollo tampoco.

Viendo que el hollo estaba expuesto á perderse, y conmovido en vista de aquel naufragio inútil, el bourgeois se entregó á una especie de agitacion telegráfica que acabó al fin por llamar la atencion de los cisnes.

Distinguieron estos, en efecto, algo que sobrenadaba en el estanque, viraron de bordada, como verdaderos buques que son, y se dirigieron muy despacio hácia la torta, con esa venerable majestad que tan bien sienta á los animales blancos.

— Los cisnes comprenden los signos, dijo el bourgeois, muy satisfecho de si mismo por haber mostrado tanto chiste.

En este mismo instante, el lejano tumulto de la ciudad experimentó un súbito acrecentamiento. Esta vez, el rumor pareció siniestro. Hay bocanadas de viento que hablan más distintamente que otras. La que soplaba en este momento traia claramente los redobles de tambor, los clamores, los fuegos de peloton, y las réplicas lúgubres del cañon y de las campanas. Todo esto coincidió con una nube negra que ocultó bruscamente el sol.

Todavía no habian llegado los cisnes adonde se hallaba sobrenadando el hollo.

— Vámonos á casa, dijo el padre, hé ahí que atacan ya las Tullerías.

Y diciendo y haciendo, volvió á tomar de la mano á su hijo. En seguida continuó diciendo:

— De las Tullerías al Luxemburgo, no hay más que la distancia que separa al trono de la Cámara de los Pares; nó es muy grande esta distancia. Vamos á tener una gran lluvia de tiros.

Y se puso á mirar la nube.

— Y tal vez vamos á tener tambien una verdadera lluvia de agua; el cielo toma parte en la contienda. No hay remedio: la rama segunda, ó línea lateral de sucesion al trono, está condenada. Entremos pronto en casa.

— Yo quisiera ver á los cisnes comerse el hollo, dijo el niño.

El padre contestó:

— Eso seria una imprudencia.

Y se marchó con su tierno retoño de bourgeois, alargando bien el paso.

El niño, echando de ménos á los cisnes, volvia sin cesar la cabeza hácia el estanque, hasta que un recodo de los cuadros de plantas se le ocultó enteramente.

Entre tanto, los dos pobrecitos vagabundos se habian ido aproximando al hollo, al mismo tiempo que los cisnes. La torta seguia flotando sobre la superficie del agua. El más pequeño de los dos niños hambrientos no apartaba los ojos del hollo; mientras que el mayor miraba de hito en hito al bourgeois que se iba alejando.

Padre é hijo penetraron en el laberinto de avenidas ó calles de árboles que conduce á la grande escalera que está hácia el lado de la calle de Madame.

En el momento en que ya los perdió de vista, el mayor-

cito de los dos niños se echó vivamente de bruces sobre el borde redondeado del estanque, y asiéndose bien á él con la mano izquierda, inclinado sobre el agna, muy expuesto á caer dentro del estanque, extendió con su mano derecha la vara que llevaba en la direccion de la torta. Al ver al enemigo, los cisnes apresuraron el paso para llegar á tiempo adonde estaba el bollo; pero, al apresurarse, produjeron en el agua con el pecho un efecto útil al pescadorcito que se afanaba en la orilla; el agua empujada por los cisnes empujó á su vez el bollo flotante, y una de aquellas débiles undulaciones concéntricas fué aproximando poco á poco la torta á la vara del muchacho. Al mismo tiempo en que llegaban los cisnes, tocaba ya la vara al bollo. El niño sacudió entónces un golpe con viveza, espantó y ahuyentó á los cisnes, acercó la torta, la cogió con la mano, y se incorporó. El bollo estaba mojado, pero ellos tenian hambre y sed. El mayorcito dividió en dos partes la torta, una grande y otra más pequeña, guardó esta última para sí, y dió la grande á su hermanito diciéndole:

— *Cuélate eso en el fusil.*



XVII

MORTUUS PATER FILIUM MORITURUM EXPECTAT

Marius se había lanzado fuera de la barricada; y Combeferre le había seguido. Pero ya no era tiempo. Gavroche había muerto. Combeferre se llevó el cesto de cartuchos, y Marius se llevó el niño.

¡ Ah! dijo para sí, lo que su padre hizo por el mio, yo lo hago por el hijo; sólo que Thénardier sacó á mi padre vivo, y yo llevo muerto este niño!

Cuando Marius entró de nuevo en el reducto con Gavroche en brazos, tenía, como el niño, el rostro inundado de sangre.

En el instante mismo en que se había bajado para recoger á Gavroche, una bala le había tocado de refilon el cráneo, sin que él lo hubiera notado.

Courfeyrac se quitó la corbata y vendó con ella la frente de Marius.

Depositaron á Gavroche en la misma mesa donde se hallaba Mabeuf, extendiendo sobre ambos cuerpos á la vez el pañuelo negro, el cual era bastante grande para cubrir con él al viejo y al niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos que había traído en el cesto.

Esta distribución daba á cada hombre quince tiros que disparar.

Juan Valjean continuaba siempre en el mismo sitio, inmóvil sobre su guardacanton. Cuando Combeferre le entregó sus quince cartuchos, meneó él la cabeza.

— Hé aquí un individuo raro y excéntrico, dijo Combeferre en voz baja á Enjolras. Él halla medio de no batirse en esta barricada.

— Lo que no le impide defenderla, respondió Enjolras.

— El heroísmo tiene también sus originales, repuso Combeferre.

Y Courfeyrac, que lo había oído todo, añadió :

— Es un tío Mabeuf, de un género diferente.

Cosa que es precioso notar, el fuego que combatía á la barricada, no turbaba apenas su interior. Las personas que no han atravesado nunca el torbellino de este género de guerra, no es posible que se formen una idea exacta de sus singulares momentos de tranquilidad mezclados con estas convulsiones. Se va y se viene y se habla y se bromea y se pasa el tiempo, cada cual á su manera. Un sujeto á quien conocemos oyó decir á un combatiente en medio de lo más recio de la metralla : *Estamos aquí como en un almuerzo de jóvenes solteros*. El reducto de la calle de la Chanvrerie, lo repetimos, parecía muy tranquilo en el interior. Todas las peripecias y todas las fases iban á quedar ya agotadas. De crítica que ántes era, la posición había venido á ser amenazadora, y de amenazadora, iba probablemente á convertirse en desesperada.

Á medida que la situación se oscurecía, un resplandor heroico enrojecía cada vez más la barricada. Enjolras, siempre grave, la dominaba enteramente, en la actitud de un jóven esparciata que consagraba su desnuda cuchilla al genio sombrío de Epitétas.

Combeferre, con el mandil sobre el vientre, curaba á los heridos : Bossuet y Feuilly hacían cartuchos con el frasco de pólvora que cogió Gavroche al cabo de escuadra muerto, y Bossuet decía á Feuilly : *Pronto vamos á tomar la diligencia para otro planeta*; Courfeyrac entre tanto disponía y arreglaba, sobre las pocas piedras que se había él reservado junto á Enjolras, todo un arsenal, compuesto de su estoque, su escopeta, sus pistolas de arzon, y un puñal, con el esmero de una jovencita que pone en orden su pequeño Dunquerque. Juan Valjean, siempre mudo, miraba sin cesar á la pared que estaba en frente de él. Un obrero se sujetaba bien en la cabeza con una cuerda un gran sombrero de paja de la tía Hucheloup, por temor á una insolación, decía. Los jóvenes de la Cogurda de Aix departían entre sí alegremente, como si se afanaran para hablar su patuá, ó dialecto provincial, por última vez. Joly había descolgado el espejo de la viuda Hucheloup y se miraba en él la lengua con mucha atención. Algunos combatientes que habían descubierto varias cortezas de pan, casi mohosas, en el cajón de una mesa, se las comían con la mayor avidez. Marius se hallaba con grande inquietud, pensando en lo que iba á decirle su padre.



Insistamos en un hecho psicológico que es peculiar á las barricadas. Nada de cuanto caracteriza esta sorprendente guerra de las calles debe omitirse

Sea lo que fuere de esta extraña tranquilidad interior de que acabamos de hablar, la barricada, para los que están dentro, no por eso deja de ser una vision.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil; todas las brumas de lo desconocido se mezclan y se confunden con esos resplandores siniestros; las revoluciones son esfinges, y todo el que ha atravesado una barricada cree haber atravesado un sueño.

Lo que se siente en esos lugares, ya lo hemos indicado á propósito de Marius, y ya veremos las consecuencias de esto, es más y es ménos que la vida. Al salir de una barricada, no se sabe ya lo que allí se ha visto. Se han

presenciado cosas terribles, pero se ignoran. Se ha visto uno rodeado de ideas combatientes que tenían rostros humanos; hase tenido la cabeza sumergida en la luz del porvenir. Habia allí cadáveres acostados y fantasmas de pié. Las horas eran colosales, y parecian horas de eternidad. Hase vivido en la muerte. Infinitas sombras han pasado. ¿Qué era aquello? Se han visto manos donde se distinguian manchas de sangre; aquello era un ensordecimiento espantoso, era tambien un horrible silencio; habia allí bocas abiertas que gritaban, y otras bocas abiertas que callaban; se vivia allí envuelto en humo, en noche tal vez. Se cree haber tocado al siniestro rezumo de las profundidades desconocidas; se mira cierta cosa encarnada que se tiene en las uñas. Y ya no se acuerda de nada.

Volvamos á la calle de la Chanvrerie.

Entre dos descargas, oyóse de improviso el lejano sonido de una campana que daba la hora.

— Son las doce, dijo Combeferre.

Las doce campanadas no habian sonado aún, cuando Enjolras se levantó de pié, y lanzó desde lo alto de la barricada, con voz tonante, este grito:

— Subid piedras á lo alto de la casa. Guarneced con ellas el reborde de la ventana y de las boardillas. La mitad de los hombres á los fusiles y la otra mitad á las piedras. No hay que perder ni un solo minuto.

Un peloton de zapadores-bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer en órden de batalla en la extremidad de la calle.

Aquello no podia ser sino una cabeza de columna; ¿y de qué columna? De la columna de ataque evidentemente; pues los zapadores-bomberos encargados de demoler la barricada debian preceder siempre á los soldados encargados de dar el asalto.

Era evidente que se tocaba ya al instante que M. de Clermont-Tonnerre, en 1822, llamaba « el tiro de la collera. »

La orden de Enjolras fué cumplida con la correcta premura propia sólo de los huques y de las barricadas, que son los dos únicos lugares de combate de donde es imposible la evasión. En ménos de un minuto, las dos terceras partes de los adoquines que Enjolras había hecho amontonar en la puerta de Corinto, fueron subidos al primer piso y al granero, y ántes que transcurriera un segundo minuto, aquellas piedras, artísticamente dispuestas, una sobre otra, muraban hasta la mitad de la altura la ventana del cuarto principal y los ventanillos de las boardillas. Algunos huecos ó intervalos, que Feully, principal constructor, había procurado dejar con el mayor cuidado, entre las piedras, podían dar paso á los cañones de los fusiles. Este armamento de las ventanas pudo hacerse con tanta mayor facilidad, cuanto que la metralla había cesado. Las dos piezas de artillería disparaban ahora con bala contra el centro de la barrera, á fin de abrir brecha, en ella, si era posible, para intentar en seguida el asalto.

Luégo que se hallaron en su lugar correspondiente las piedras destinadas á la defensa suprema, Enjolras hizo conducir al cuarto principal las botellas que había él colocado debajo de la mesa donde estaba Mabeuf.

— ¿Pero quién ha de beber eso? le preguntó Bossuet

— Ellos, contestó Enjolras.

En seguida fortificaron bien la ventana del piso bajo, y prepararon las trancas y barras de hierro que servían para atrancar bien por la noche la puerta de la taberna.

La fortaleza estaba pues completa. La barricada era el muro, y la taberna el castillo.

Con unos adoquines que quedaron sobrantes, taparon la escotadura lateral de la barrera.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados á economizar las municiones, y los sitiadores lo saben muy bien, suelen estos combinar sus operaciones de ataque con una especie de calma irritante, exponiéndose á los fuegos ántes de la hora oportuna, pero más bien en apariencia que en realidad, y haciéndolo todo á su comodidad y á su conveniencia. Los preparativos para el ataque se hacen siempre con una lentitud calculada, metódica: después de lo cual se lanza el rayo.

Esta calma de los acometedores permitió á Enjolras examinarlo y perfeccionarlo todo. Decía él para sí que, puesto que tales hombres iban á morir, su muerte debía ser una obra maestra.

Y dijo á Marius: — Nosotros somos los dos jefes. Yo voy á dar las últimas órdenes en el interior. Tú, quédate fuera y observa.

Marius se puso de observacion sobre la cresta de la barricada.

Enjolras hizo clavar la puerta de la cocina que, como recordará el lector, era el hospital de sangre.

— ¡Cuidado con salpicar sobre los enfermos! dijo.

Y comunicó sus últimas instrucciones en la sala baja, en breves palabras, pero con la más profunda tranquilidad. Feuilly escuchaba y respondía en nombre de todos.

— En el primer piso, se necesitan hachas de mano para cortar la escalera. ¿Las hay?

— Sí, dijo Feuilly.

— ¿Cuántas?

— Dos hachas y una maza.

— Está bien. Somos veintiseis combatientes de pié.

¿Cuántos fusiles hay?

— Treinta y cuatro.

— Sobran ocho. Conservad á la mano esos ocho fusiles, cargados como los demas. Los sables y las pistolas, en la cintura. Veinte hombres á la barricada. Seis, emboscados en las boardillas y en la ventana del cuarto principal, para hacer fuego contra los acometedores por entre las troneras de los adoquines. Es preciso que no quede aqui ni un solo trabajador inútil. Cuando, dentro de poco tiempo ya, se oiga el toque de carga de los tambores, precipitense los veinte de abajo á la barricada. Los primeros que lleguen ocuparán los mejores puestos.

Una vez dadas estas disposiciones, volvi6se hacia Javert y le dijo :

— No te he echado á ti en olvido.

Y colocando una pistola sobre la mesa, aadi6 :

— El último que saliere de aqui, levantará la tapa de los sesos á este espía.

— ¿Aqui? preguntó una voz.

— No ; no mezelemos ese cadáver con los nuestros. Bien se puede saltar sobre la barricada pequena de la calle de Mondétour. No tiene más de cuatro pies de alto. El hombre está bien agarrado. Le conducirán allí, y te ejecutarán inmediatamente.

En este momento habia allí álguien más impasible que Enjolras, Javert.

Al mismo tiempo apareció Juan Valjean.

Hasta ent6nces habia estado confundido en el grupo de los insurrectos. Salió de él, y dijo á Enjolras :

— ¿ Usted es el jefe ?

— Sí.

— Me ha dado usted las gracias háce poco.

— En nombre de la república. La barricada tiene dos salvadores : Marius Pontmercy y usted.

— ¿ Cree usted que merezco una recompensa ?

— Ciertamente.

— Pues bien, yo pido una.

— ¿ Cuál ?

— Levantar yo mismo la tapa de los sesos á ese hombre.

Javert levantó la cabeza, vió á Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible, y dijo :

— Es justo.

Por lo que hace á Enjolras, se habia puesto á cargar de nuevo su carabina ; y giró la vista en derredor suyo, diciendo :

— ¿ Nada de reclamaciones ?

Y se dirigió hácia Juan Valjean :

— Hágase usted cargo del espía.

En efecto, Juan Valjean tomó posesion de Javert, sentándose en la extremidad de la mesa. Cogió la pistola, y un débil ruido anunció que acababa de armarla.

Casi al mismo instante, oyóse el toque de los clarines.

— ¡ Alerta ! gritó Marius desde lo alto de la barricada.

Javert se echó á reir, con esa risa sin ruido que le era propia, y mirando fijamente á los insurrectos, les dijo :

— Pues lo que es vosotros no lo pasáis mejor que yo.

— ¡ Todo el mundo á la calle ! gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tumulto, y, al tiempo de salir, recibieron en la espalda, permitasenos la expresion, este saludo de Javert :

— ¡ Hasta luégo !



Cuando Juan Valjean estuvo ya solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la mitad del cuerpo, y cuyo nudo estaba bajo la mesa. Y en seguida, le hizo seña para que se levantara.

Javert obedeció al punto, con esa indefinible sonrisa en la cual se condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Juan Valjean tomó á Javert por la martingala como habria tomado á una acémila por la pechera, y llevándole tras sí, salió de la taberna, muy despacio, pues Javert, como tenía las piernas ligadas, no podia dar sino pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba empuñada la pistola.

Así atravesaron el trapecio interior de la barricada. Los insurrectos, enteramente absortos por la inminencia del ataque, tenían la espalda vuelta.

Sólo Marius, que se hallaba situado en la extremidad lateral izquierda de la barricada, los vió pasar. Aquel grupo del paciente y del verdugo se le iluminó en la luz sepulcral que tenía él en su alma.

Juan Valjean hizo escalar, no sin algun trabajo, á Javert agarrotado, pero sin soltarle un solo instante, la pequeña trinchera de la callejuela de Mondétour.

Luégo que hubieron saltado ambos aquella barrera se encontraron solos en la calleja. Nadie los veía ya. La esquina que formaban las casas los ocultaba enteramente á los insurrectos. Los cadáveres retirados de la barricada formaban un monton terrible á la distancia de algunos pasos.

En aquella pila de muertos distinguiase un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano perforada, y un seno de mujer medio desnudo. Era el cadáver de Eponina.

Javert miró al soslayo, consideró breves instantes aquella muerta, y con la más profunda calma dijo á media voz:

— Paréceme que conozco á esa mozueta.

Despues se volvió y miró atentamente á Juan Valjean.

Juan Valjean se puso la pistola bajo el brazo, y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir:

— Javert, soy yo.

Javert respondió:

— Vengate tú ahora.

Juan Valjean sacó de su bolsillo una navaja, y la abrió.

— ¡Un churri! exclamó Javert. Haces bien. Eso te conviene mejor.

Juan Valjean cortó con la navaja la martingala que Javert llevaba al cuello, despues cortó las cuerdas que le

ligaban las muñecas; bajándose en seguida, cortó también el cordel que le sujetaba los piés; y por último, enderezándose, le dijo:

— Está usted libre.

Javert no era hombre fácil de admirarse por nada de este mundo. Sin embargo, dueño y señor de sí mismo como se veía de improviso, y de un modo tan inesperado, no pudo sustraer su espíritu á cierta conmoción. Quedóse pues con la boca abierta é inmóvil.

Juan Valjean prosiguió:

— Yo no creo salir de aquí. No obstante, si, por casualidad, saliera, habito, bajo el nombre de Fauchelevant, en la calle del Homme-Armé, número siete.

Javert experimentó una contracción, y como un fruncimiento de tigre que le hizo entreabrir una extremidad de la boca, y murmuró entre dientes:

— Cuidado contigo.

— Máchese usted, le dijo Juan Valjean.

Javert repuso:

— ¿Has dicho Fauchelevant, calle del Homme-Armé?

— Número siete.

Javert repitió á média voz: — Número siete.

Se abotonó su levita, puso un poco de inflexibilidad militar en su cuello y entre sus hombros, dió una média vuelta, se cruzó de brazos apoyando la barba en una mano, y echó á andar en la direccion de los mercados centrales. Juan Valjean le seguía con la vista. Despues de haber dado algunos pasos, Javert se volvió, y dijo á Juan Valjean:

— Me está usted fastidiando. Mátame más bien.

Ni siquiera se apercibía Javert de que ya no tuteaba á Juan Valjean.

— Máchese usted, le dijo este.

Javert se alejó á naso lento. Al cabo de algunos ins-

tantes, dió vuelta á la esquina de la calle de los Predicadores.

Luégo que Javert hubo desaparecido, Juan Valjean descargó la pistola al aire.

Despues se volvió á la barricada y dijo:

— Ya está hecho.

Entre tanto, hé aquí lo que habia pasado:

Más ocupado de lo que sucedía en el exterior que del interior de la taberna, Marius no habia mirado con atencion hasta entónces al espía agarrotado en el fondo oscuro de la sala baja.

Quando le vió, á la grande claridad del dia, atravesando la barricada para ir á morir, le reconoció al instante. Un recuerdo súbito penetró en su mente. Vinole á la memoria el inspector de la calle de Pontoise, y las dos pistolas que él le habia entregado y de las cuales se habia servido Marius en esta misma barricada; y no sólo recordó su fisonomía, sino tambien su nombre.

Sin embargo, este recuerdo era turbio y nebuloso, como todas las ideas que tenia él entónces. No fué una afirmacion que se hizo, sino una pregunta que se dirigió: — ¿Es que por ventura no es éste aquel inspector de policia que me dijo llamarse Javert?

Tal vez sería tiempo aún de intervenir á favor de aquel hombre? Pero ante todo, era preciso saber si en efecto era aquel el mismo inspector Javert á quien él habia visto y hablado en su despacho.

Marius interpeló á Enjolras que acababa de colocarse en el extremo opuesto de la barricada:

— ¡Enjolras!

— ¿Qué quieres?

— ¿Cómo se llama aquel hombre?

— ¿Qué hombre?

— El agente de policia. ¿Sabes cuál es su nombre?

— Sin duda. Nos le ha dicho.

— ¿Cómo se llama?

— Javert.

Marius se levantó inmediatamente.

En este mismo instante se oyó el pistoletazo.

Juan Valjean reapareció en la barricada y dijo en alta voz: Ya está hecho.

Una sombra glacial atravesó el corazón de Marius.



XX

LOS MUERTOS TIENEN RAZÓN Y LOS VIVOS NO SE EQUIVOCAN

La agonía de la barricada iba ya á comenzar.

Todo contribuía á la trágica majestad de aquel momento supremo; mil rumores misteriosos cruzando los aires, el ruido de las masas armadas puestas en movimiento en calles invisibles, el intermitente galopar de la caballería, el pesado transporte de las piezas de artillería en marcha, los fuegos de peloton y los cañonazos cruzándose en el inmenso dedalo de París, la humareda de la batalla dorada de fuegos y elevándose por encima de los tejados, ciertos gritos lejanos y vagamente terribles, relámpagos amenazadores por todas partes, la campana de Saint-Merry que ahora tenía el acento del suspiro y del sollozo, lo apacible de la estación, el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes, la hermosura del día y el espantoso silencio de las casas.

Pues desde la víspera, las dos hileras de casas de la calle de la Chanvrerie se habían convertido en dos austeras murallas. Puertas, ventanas, balcones, todo estaba cerrado.

En aquellos tiempos, tan diferentes de estos en que nos hallamos, cuando llegaba la hora en que el pueblo quería concluir con una situación que había ya durado demasiado tiempo, con una Carta otorgada ó con un país legal, cuando la ira universal se hallaba difundida en la atmósfera, cuando la ciudad consentía en que se levantara el empedrado de sus calles, cuando la insurrección hacía sonreír á las clases medias diciéndolas al oído su propia consigna, entónces el habitante, penetrado de movimiento, por decirlo así, se convertía en auxiliar del combatiente, y la casa confraternizaba con la fortaleza improvisada que encontraba en ella su apoyo. Cuando la situación no estaba madura aún, cuando la insurrección no era consentida de un modo formal y decisivo, cuando la masa de la población desaprobaba el movimiento, los combatientes estaban perdidos, la ciudad se convertía en un desierto al rededor de la revuelta, las almas se velaban, los asilos se muraban y se fortificaban, y la calle era un desfiladero para ayudar al ejército á tomar la barricada.

No se hace nunca marchar á un pueblo por sorpresa más de prisa de lo que él quiere marchar ¡Desgraciado el que intenta forzarle la mano! Un pueblo no se deja arrastrar así como se quiera. En este caso, abandona él la insurrección á sí misma. Los insurrectos se transforman en otros tantos apestados. Una casa es una escarpa, cada puerta es una negativa, cada fachada un muro. Este muro ve, oye y no quiere. Bien pudiera él entreabrirse y salvaros: pero no. Aquel muro es un juez. Os está mirando, y os condena. ¡Qué cosa tan sombría son esas

casas cerradas! Parecen muertas, y sin embargo están vivas. Aunque se halla como en suspenso, la vida persiste en ellas. Nadie ha salido de allí hace veinticuatro horas, pero nadie falta allí tampoco. En el interior de aquella roca, se va, se viene, se acuestan, se levantan; se está en familia; se come y se bebe; y se tiene miedo; cosa terrible! El miedo es la excusa de esta inhospitalidad formidable; y mezcla con él el azoramiento, que le sirve de circunstancia atenuante. Algunas veces se ha visto que el miedo se convierte en pasión; el pavor puede transformarse en furia, como la prudencia en rabia; de aquí esta denominación tan profunda y tan exacta: *Los moderados rabiosos*. Hay resplandores de espanto supremo de donde sale la ira, á la manera de una lúgubre humareda. — ¿Qué quieren esas gentes? Nunca están contentos. Comprometen con sus locuras á los hombres pacíficos. ¡Como si no hubiéramos tenido ya bastantes revoluciones! ¿Qué es lo que vienen á hacer aquí? Que se arreglen como pueden; allá se las hayan. Tanto peor para ellos, si los fastidian. Ellos se tienen la culpa. Bien empleado se les está. ¿Qué nos importa á nosotros eso? Hé aquí nuestra pobre calle acibillada de balas. Toda esa gente son unos perdidos, un hato de holgazanes y tunantes. Los hombres « de arraigo » no debemos hacer caso de esos descamisados. ¡Sobre todo, cuidado con abrirles las puertas! — Y la casa adquiere el aspecto de una tumba. Ante aquella puerta, el insurrecto agoniza; ve llegar hácia él la metralla y los sables desenvainados; grita, sabe que le escuchan, pero que no vendrán en su auxilio; allí hay paredes que pudieran protegerle, hombres que pudieran salvarle; y aquellas paredes tienen oído de carne, y aquellos hombres tienen entrañas de piedra.

¿Á quién habremos de acusar?

Á nadie, y á todo el mundo.

Á los tiempos incompletos en que vivimos.

Quando la utopia se transforma en insurreccion, lo hace siempre por su cuenta y riesgo, y de protesta filosófica, degenera en protesta armada; de Minerva en Pálas. La utopia que se impacienta y que se convierte en rebelion sabe muy bien lo que la espera; casi siempre llega demasiado pronto. Entónces se resigna, y acepta estoicamente, en vez del triunfo, la catástrofe. Sin quejarse de ellos, y aún disculpándolos á veces, sirve ella á los que la reniegan, y su magnanimidad se cifra en consentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo, dulce y apacible para con la ingratitud.

Por otra parte, ¿es esto ingratitud?

Sí, bajo el punto de vista del género humano.

No, bajo el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo del hombre. La vida general d la especie humana se llama el Progreso; el paso colectivo del género humano se llama el Progreso. El progreso marcha sin cesar; hace el gran viaje humano y terrestre hácia lo celestial y hácia lo divino; tiene sus altos y sus etapas donde reúne el rebaño que se halla en retraso; tiene sus estaciones donde medita, en presencia de algun espléndido Canaan que descubre de improviso su horizonte; tiene sus noches en que duerme; y una de las más terribles y más punzantes ansiedades del pensador, consiste en ver la sombra sobre el alma humana, y palpar en las tinieblas, sin poderle despertar, al progreso dormido.

— *Tal vez Dios ha muerto*, decía un dia Gérard de Nerval al que escribe estas líneas, confundiendo al progreso con Dios, y tomando la interrupcion del movimiento por muerte del Sér.

El que desespera, hace mal. El progreso se despierta

infaliblemente, y, en suma, podria decirse que marcha, aún dormido, puesto que se ha engrandecido. Cuando se le vuelve á ver de pié, se le encuentra más alto. Mostrarse siempre pacifico, es cosa que no depende del progreso, como no depende tampoco de un rio; no elevéis á su paso una barrera insuperable, no arrojéis allí una roca; el obstáculo hace espumar el agua y pone en eferescencia á la humanidad. De aquí los disturbios que estallan á veces; pero despues de estos disturbios, se reconoce que se ha recorrido una buena parte del camino. Hasta tanto que el órden, que no es otra cosa que la paz universal, quede al fin establecido, hasta que reinen por completo la armonía y la unidad, el progreso tendrá por etapas las revoluciones.

¿Qué cosa es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo. La vida permanente de los pueblos.

Ahora bien, á veces sucede que la vida momentánea de los individuos o pone resistencia á la vida eterna del género humano.

Confesémoslo sin amargura, el individuo tiene su interes distinto, y puede, sin prevaricacion, estipular á favor de este interes y defenderle; el presente tiene su excusable dosis de egoísmo; la vida momentánea tiene sus derechos, y no está obligada á sacrificarse sin cesar al porvenir. La generacion que actualmente está en turno de su tránsito sobre la tierra no está obligada á abreviarle por las generaciones, sus iguales sobre todo, que vendrán más adelante en turno. — Yo existo murmura ese personaje que se llama Todos. Soy jóven y estoy enamorado, soy viejo y quiero descansar, soy padre de familia, estoy trabajando, prospero, hago buenos negocios, tengo casas que alquilar, tengo fondos del Estado, soy feliz, tengo mujer é hijos, yo tengo amor á todo esto, deseo vivir, dejadme tranquilo. — De aquí, á ciertas

horas, un frío profundo sobre los magnánimos vanguardias del género humano.

Por otra parte, es preciso convenir en que la utopía, haciendo la guerra, sale de su radiante esfera. Ella, que es la verdad de mañana, toma su procedimiento, la batalla, á la mentira de ayer. Ella, que es el porvenir, obra como el pasado. Ella, la idea pura, se convierte en vía de hecho. Ella complica su heroísmo con una violencia de la cual es justo que responda; violencia de ocasión y de expediente, contraria á los principios, y de la cual es ella castigada fatalmente. La utopía insurrección combate, con el viejo código militar en la mano; ella fusila á los espías, ejecuta á los traidores, suprime los seres vivientes y los lanza en las tinieblas desconocidas. Se sirve de la muerte, cosa grave. Parece que la utopía no tiene ya fe en su propio brillo y en su radiación, que es en lo que consiste toda su fuerza irresistible é incorruptible. Ella hiere con la espada. Ahora bien, ninguna espada es simple. Toda hoja de acero tiene dos filos; el que hiere con uno de ellos se hiere con el otro.

Una vez hecha esta reserva, y hecha con toda severidad, no podemos ménos de admirar, que ellos triunfen ó no, á esos gloriosos combatientes del porvenir, los confesores de la utopía. Aun cuando fracasan y abortan, son venerables, y tal vez en la derrota es cuando tienen más majestad. La victoria, si es conforme al progreso, merece el aplauso de los pueblos; pero la derrota heroica merece su ternura. Si la una es magnífica, la otra es sublime. Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, John Brown es más grande que Washington, y Pisacane más grande que Garibaldi.

Preciso es que álguien esté por los vencidos.

Suele ser el mundo injusto para con esos grandes en-

sayadores del porvenir cuando abortan en sus heroicas empresas.

Se acusa á los revolucionarios de sembrar el espanto. Toda barricada parece un atentado. Se increpan sus teorías, se sospecha su objeto, se teme una segunda intención, se denuncia su conciencia. Se los inculpa de elevar, amontonar y exponer contra el hecho social reinante un cúmulo de miserias, de dolores, de iniquidades, de agravios, de desesperaciones, y de arrancar de los terrenos ó de las capas bajas del pueblo rocas de tinieblas para atrincherarse en ellas y combatir desde allí. Y se les grita: ¡Estáis desempedrando el infierno! Á lo cual podrían ellos responder: Por eso precisamente nuestra barricada está hecha de buenas intenciones.

En verdad que la mejor de todas las soluciones es la solución pacífica. En suma, convengamos desde luego en que, cuando se ve el adoquín, se piensa en el oso, y la sociedad se inquieta de esa buena voluntad. Pero de la sociedad depende el salvarse ella misma; y nosotros apelamos á su buena voluntad sobre todo. Ningun remedio violento es necesario. Estudiar el mal amistosamente, consignarle, y despues curarle. Á esto es á lo que la invitamos.

Sea como quiera, áun caídos, principalmente caídos, son realmente augustos esos hombres que, en todas las comarcas del universo, puestos los ojos en la Francia, luchan por la grande obra con la inflexible lógica del ideal; dan sus vidas, gratuitamente, por el progreso; cumplen con la voluntad de la Providencia; practican un acto religioso. Á la hora convenida, con tanto desinterés como un actor que acude á su réplica, obediendo al escenario divino, entran en la tumba. Y aceptan ese combate sin esperanza, esa estoica desaparición de la escena del mundo, con el magnánimo designio, con el

gran fin de conducir á sus espléndidas y supremas consecuencias universales el magnífico movimiento humano irrisistiblemente empezado el 14 de Julio de 1789; esos soldados son verdaderos sacerdotes. La revolución francesa es una hazaña de Dios.

Por lo demás — y es conveniente añadir esta distinción á las distinciones indicadas ya en otro capítulo, — hay las insurrecciones aceptadas, que se llaman revoluciones; y hay también las revoluciones rehusadas, que se llaman asonadas ó motines. Una insurrección que estalla es una idea que sufre su exámen ante el pueblo. Si el pueblo deja caer su bola negra en la urna, la idea es fruto seco; la insurrección es un motin, una cascabelada.

La entrada en guerra á propósito de toda intimación, y cada vez que la utopía lo desea, no es generalmente la obra de los pueblos. Las naciones no tienen siempre y á toda hora el temperamento de los héroes y de los mártires.

Son ellas positivas. Á priori, la insurrección las repugna; en primer lugar, porque, con harta frecuencia, suele tener por resultado una catástrofe; y en segundo, porque siempre tiene por punto de partida una abstracción.

Pues es indudable, y esto es en verdad muy hermoso, que siempre es por el ideal, y sólo por el ideal, por lo que se sacrifican los que se sacrifican. Una insurrección es un entusiasmo. El entusiasmo puede encolerizarse; de aquí el apelar á las armas. Pero toda insurrección que dirige la puntería á un gobierno, ó á un régimen cualquiera, asesta sus tiros más arriba. Así, por ejemplo, insistamos en esto, lo que combatían los jefes de la insurrección de 1832, y particularmente los jóvenes entusiastas de la calle de la Chanvrerie, no era precisamente á Luis Felipe. La mayor parte de ellos, habiendo con toda la expan-

sion del corazón, hacían justicia á las calidades de aquel rey medianero entre la monarquía y la revolución; ninguno le aborrecía. Pero atacaban la segunda línea ó rama lateral del derecho divino en Luis Felipe, como habían atacado su rama principal ó directa en Carlos X; lo que ellos querían derrocar, derrocando el trono en Francia, era, según lo hemos explicado ya, la usurpación del hombre sobre el hombre y del privilegio sobre el derecho en el universo entero. París sin rey tiene por consecuencia inmediata el mundo sin déspotas. Así discurrían ellos. El fin que se proponían estaba lejano sin duda, tal vez era vago y retrocedía ante el esfuerzo; pero era grande.

Así sucede, en efecto, y se sacrifican por esas visiones que, para los sacrificados, son ilusiones, casi siempre, pero ilusiones con las cuales, en suma, se liga y se combina toda la certidumbre humana. El insurrecto poetiza y dora la insurrección. Selanza uno en esas escenas trágicas, embriagándose con la idea de lo que va á hacer. ¿Quién sabe? tal vez se triunfe. Son una débil minoría; tienen contra sí todo un ejército; pero defienden el derecho, la ley natural, la soberanía de cada uno sobre sí mismo que no consiente abdicación posible, la justicia, la verdad y, si es necesario, mueren como los trescientos esparciatas. No se piensa en don Quijote, sino en Leónidas. Y caminan impávidos hácia adelante, y, una vez empeñados en la liza no retroceden, y se precipitan, con la cabeza baja, abrigando la esperanza de una victoria inaudita, la revolución consumada y completa, el progreso devuelto á la libertad, el engrandecimiento del género humano, la liberación, la redención universal; y en la peor de las hipótesis, las Termópilas.

Esto recursos de armas por el progreso fracasan á menudo, y ya hemos dicho ántes por qué. La muchedumbre

se muestra reacia á la voz de los paladines. Las masas innumerables y pesadas del pueblo, frágiles á causa de su misma pesantez, temen las aventuras; y siempre hay aventura en el ideal.

Por otra parte, preciso es no olvidarlo, los intereses están allí presentes, y los intereses son poco amigos de lo ideal y de lo sentimental. Á veces el estómago paraliza el corazón.

La grandeza y la belleza de la Francia consisten en que ella adquiere menos vientre que los demas pueblos; ella se cine más fácilmente la cuerda á los riñones. Es la primera que despierta y la última que se duerme. Marcha siempre hácia adelante. Es investigadora y buscadora.

Todo esto depende de que es artista.

El ideal no es otra cosa que el punto culminante de la lógica, á la manera que lo bello no es otra cosa que la cima de lo verdadero. Los pueblos artistas son tambien los pueblos consecuentes. Amar la belleza, es ver la luz. Por eso la antorcha de la Europa, es decir, de la civilización, fué conducida primero por la Grecia, la cual la pasó á la Italia, que á su vez la ha trasladado á la Francia. ¡Pueblos exploradores y divinos! *Vitæ lampada tradunt.*

Cosa admirable, la poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilización se mide por la cantidad de imaginación. Sólo que un pueblo civilizador debe de permanecer siendo un pueblo varonil. Corinto, sí; Sybaris, no. El que se afemina, degenera y bastardea. No conviene ser *dilettante* ni *virtuose*; pero conviene ser artista. En materia de civilización, lo que importa es sublimar, pero no refinar. Bajo esta condición, se da al género humano el patron del ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte, y su medio en la ciencia. Por la ciencia es por donde se realizará esta vision augusta de los poetas: la belleza social. Se reedi-

ficará el Eden por A + B. En el punto al cual ha llegado ya la civilización, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido, y el sentimiento es, no sólo servido, sino completado por el órgano científico, el sueño debe calcular. El arte, que es el conquistador, debe de tener por punto de apoyo á la ciencia, que es el andador. Importa mucho la solidez de la montura. El espíritu moderno es el genio de la Grecia teniendo por vehículo el genio de la India; Alejandro sobre el elefante

Las razas petrificadas en el dogma ó desmoralizadas por el lucro son impropias para conducir la civilización. La genuflexion ante el idolo ó ante el doblon entorpece y anula el músculo que anda y la voluntad que marcha. La absorcion gerática ó mercantil amengua el brillo de un pueblo, rebaja su horizonte rebajando su nivel, y le retira esa inteligencia á la vez humana y divina del fin universal que constituye á las naciones misioneras. Babilonia carece de ideal; Cartago carece de ideal. Atenas y Roma poseen y conservan, aun al traves de todo el nocturno espesor de los siglos, auréolas de civilización.

La Francia es un pueblo de la misma calidad que la Grecia y que la Italia. Es ateniense por lo bello, y romana por lo grande. Además, es buena. Se entrega, se da generosa y gratuitamente á los demas pueblos. Es más general en ella que en las otras naciones el humor de consagrarse y de sacrificarse al servicio de sus semejantes. Sólo que este humor la toma y la deja. Y este es el gran peligro para los que corren cuando ella no quiere más que andar, ó que andan cuando ella quiere detenerse. La Francia suele sufrir sus recaídas de materialismo, y en ciertos momentos, las ideas que obstruyen ese cerebro sublime no tienen nada que recuerde la grandeza francesa, y son de la dimension de un Missouri ó de una Carolina del Sud. ¿Qué hacer entonces? La gigante juega á la enana; la

inmensa Francia tiene sus caprichos de pequeñez. Y nada más.

Á esto no hay nada que decir. Como los astros, también los pueblos tienen el derecho de eclipse. Y todo va bien, con tal que la luz vuelva, y que el eclipse no degenerare en noche. Aurora y resurrección son sinónimos. La reaparición de la luz es idéntica á la persistencia del yo.

Consiguemos con calma estos hechos. La muerte en la barricada ó la tumba en el destierro son para la abnegación hipótesis aceptables. El verdadero nombre de la abnegación, es desinterés. Déjense abandonar los abandonados, déjense desterrar los desterrados, y limitémonos á suplicar á los grandes pueblos que no retrocedan demasiado lejos, cuando retroceden. No conviene, so pretexto de volver á la razón, lanzarse demasiado en el descenso.

La materia existe, el minuto existe, los intereses existen, el vientre existe; pero toda la sabiduría no debe concentrarse en el vientre. Nosotros admitimos desde luego que la vida momentánea tiene sus derechos, pero la vida permanente tiene también los suyos. ¡ Ah! haber ascendido, no es una razón para dejar de caer. Esto suele verse en la historia con mayor frecuencia de lo que sería de desear. Una nación es ilustre; ama el ideal, y después muere en el fango, y esto lo encuentra ella bueno; y si se le pregunta de dónde procede que abandone á veces á Sócrates por Falstaff, responde: Es que me gustan los hombres de Estado.

Diremos aún una palabra más, antes de entrar de nuevo en la revuelta.

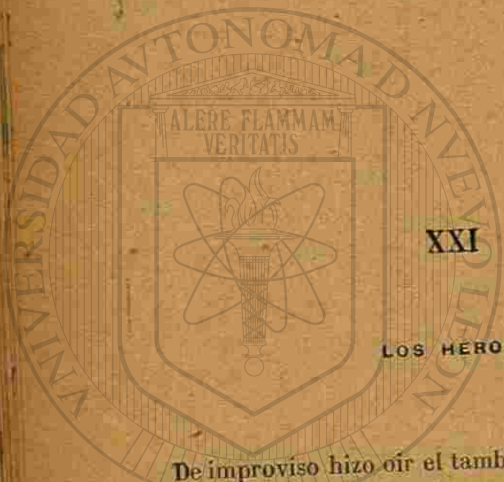
Una batalla como la que estamos nosotros refiriendo en este momento no es otra cosa que una convulsión hácia el ideal. El progreso comprimido es enfermizo y peligroso, y suele sufrir accesos de esas epilepsias trá-

gicas. Esta enfermedad del progreso, la guerra civil, hemos debido naturalmente encontrarla á nuestro paso. Es uno de las fases fatales, acto y entreacto á la vez, de este drama cuyo protagonista es un condenado social, y cuyo verdadero título es: *el Progreso*.

¡ El Progreso!

Este grito que lanzamos á menudo encierra todo nuestro pensamiento: y en el punto en que nos hallamos de este drama teniendo aún que sufrir más de una prueba la idea que él contiene, tal vez nos será lícito, sino levantar del todo el velo, á lo ménos dejar que se vea transparente pero clara una vislumbre ó resplandor.

El libro que el lector tiene á la vista en este momento es, de un extremo al otro, en su conjunto y en sus detalles, sean cualesquiera las intermitencias, las excepciones ó desfallecimientos, la marcha del mal hácia el bien, de lo injusto hácia lo justo, de lo falso hácia lo verdadero, de la noche hácia el día, de la concupiscencia hácia la conciencia, de la pobredumbre hácia la vida, de la bestialidad hácia el deber, del infierno hácia el cielo, de la nada hácia Dios. Punto de partida: la materia; punto de llegada: el alma. La hidra al principio, el ángel al fin.



LOS HEROES

De improviso hizo oír el tambor el toque de carga.

El ataque fué como un huracán. La noche ántes, en la oscuridad, la barricada habia sido, más bien que cercada, ceñida silenciosamente como por un boa. Ahora ya, a mitad del día, en aquella calle espaciosa, toda sorpresa era absolutamente imposible; por otra parte, la viva fuerza se habia puesto al descubierto, el cañon habia comenzado el rugido; el ejército se precipitó sobre la barricada. La furia era ahora habilidad. Una vigorosa columna de infantería de línea, cortada en intervalos iguales de guardia nacional y de guardia municipal á pié, y apoyada en masas enormes que se oían sin verlas, desembocó en la calle á paso de carga, tambor batiente y clarín sonante, bayoneta calada, zapadores al frente, é, imperturbable bajo una lluvia de proyectiles, llegó derecho

hasta trepar encima de la barricada con el peso de una viga de bronce sobre una pared.

La pared sin embargo se mantuvo firme.

Los insurrectos hicieron fuego con la mayor energía. La harrera así escalada ofreció el espectáculo de una melena de relámpagos. El asalto fué tan impetuoso, que durante un momento se vió inundada de acometedores; pero en pocos instantes sacudió ella los soldados, á la manera que el leon sacude los perros, y no se cubrió de invasores sino como el derrumbadero de espumas, para reaparecer á los pocos instantes escarpada, negra y formidable.

Forzada á replegarse, la columna permaneció apelotonada en la calle, al descubierto, pero terrible, y replicó á los fuegos del reducto con espantosas descargas de mosquetería. Todo el que ha visto fuegos artificiales recuerda esa grande gavilla ó manga de rayos que se forma por el cruzamiento de cohetes al cual dan el nombre de ramillete. Pues bien, figúrese este ramillete, no ya vertical sino horizontal, llevando una bala, una vizcaína ó unas postas en la extremidad de cada uno de sus chorros de fuego, y desgranando la muerte en sus racimos de truenos. La barricada se hallaba debajo de todo esto.

La resolución era igual por ambas partes. La bravura era allí casi bárbara, y se complicaba con una especie de ferocidad heroica que empezaba por el sacrificio de sí mismo. Era la época en que un guardia nacional se batía como un zuavo. La tropa queria concluir con la insurrección; la insurrección á su vez queria luchar. La aceptación de la agonía en plena juventud y en plena salud hace de la intrepidez un frenesí. Cada cual en aquella contienda tenía el engrandecimiento de la hora suprema. La calle quedó alfombrada de cadáveres.

En uno de los extremos de la barricada se hallaba Enjolras, y en el otro estaba Marius. Enjolras que encerraba

toda la barricada en su cabeza, se reservaba y se guarecía; tres soldados cayeron uno en pos de otro bajo su almena sin haberlo él notado siquiera; Marius combatía á cuerpo descubierto, haciéndose blanco de los tiros enemigos, para lo cual salía de la cima del reducto más que á medio cuerpo. No hay pródigo más violento que un avaro desfrenado: no hay hombre más tremendo y espantoso en la acción que un soñador. Marius estaba pensativo y formidable. Hallábase en la batalla como sumergido en un sueño profundo. Diríase que era un sonámbulo, ó una fantasma disparando tiros.

Los cartuchos de los sitiados se agotaban; pero no sus sarcasmos. En aquel torbellino sepulcral en medio del cual se hallaban, reían sin cesar.

Courfeyrac estaba con la cabeza descubierta.

— ¿Qué has hecho de tu sombrero? le preguntó Bossuet. Courfeyrac respondió:

— Se han empeñado en quitármelo á cañonazos.

Ó bien prorumpían en algunas frases llenas de altivez, de arrogancia y de desden.

— ¿Es posible comprender á tales hombres, exclamaba amargamente Feuilly — (y citaba varios nombres propios, nombres conocidos, y aún célebres, algunos de ellos del antiguo ejército) — que habian prometido unirse á nosotros, prestando juramento de ayudarnos, y comprometiéndose á ello bajo palabra de honor, que se decían nuestros generales, y que nos abandonan!

Y Combeferre se limitaba á responder con una grave sonrisa:

— Hay ciertas gentes que observan las reglas del honor como se observan los astros, de muy lejos.

El interior de la barricada estaba de tal manera sembrado de cartuchos rotos, que parecía haber caído allí una nevada.

Los acometedores tenían á su favor el número; y los insurrectos tenían la posición. Estos se hallaban encaramados sobre lo alto de una muralla, desde donde disparaban á quema ropa contra los soldados, quienes tropezaban en los muertos y en los heridos y se hallaban embarazados en sus movimientos por la escarpa. Construida como lo estaba, y admirablemente apuntalada, aquella barricada era en verdad una de esas estancias donde un puñado de hombres puede tener en respeto á toda una legión. Sin embargo, reclutada sin cesar y engrosando siempre bajo la lluvia de balas, la columna de ataque se iba acercando inexorablemente, y ahora ya, poco á poco, paso á paso, pero con certidumbre, iba estrechando el ejército la barricada, como el tornillo estrecha la prensa.

Los asaltos se sucedían, y el horror aumentaba cada vez más.

Entonces estalló sobre aquel montón de piedras, en aquella calle de la Chanvrière, una lucha digna de una muralla de Troya. Aquellos hombres, lívidos, haraposos, fatigados, rendidos, que no habian comido nada hacía ya veinticuatro horas, que no habian dormido tampoco, que no tenían ya sino algunos tiros que disparar, que tentaban sus bolsillos vacíos de cartuchos, casi todos ellos heridos, con la cabeza ó con un brazo vendados en un trapo de lienzo retorcido y negruzco, que tenían en sus levitas agujeros por donde corría la sangre, armados apenas de malos fusiles y de sables viejos y mellados, se convirtieron en Titanes. La barricada fué diez veces abordada, embestida, escalada, y nunca tomada.

Para formarse cabal idea de aquella lucha, sería menester figurarse que se pone fuego á un montón de bravuras terribles, y que se está mirando el incendio. Aquello no era un combate, era el interior de una hornaza; allí las bocas

respiraban llamas; los semblantes ofrecían un aspecto extraordinario. La forma humana parecía imposible, los combatientes relucían y brillaban con su propio fuego, y era formidable el ver cómo iban y venían al través de la humareda enrojecida aquellas salamandras de la lid. Renunciaremos á pintar ó describir las numerosas escenas, sucesivas y simultáneas, de aquella carnicería grandiosa. Sólo la epopeya tiene derecho á llenar doce mil versos con una batalla.

Diríase que era aquel infierno del brahmanismo, el más formidable de los diez y siete abismos, que el Veda llama el Bosque de las Espadas.

Batíanse cuerpo á cuerpo, á brazo partido, disputándose á pulgadas el terreno, á pistoletazos, á estocadas, á puñadas, de lejos, de cerca, desde arriba, desde abajo, en todas direcciones, desde los tejados de la casa, desde las ventanas de la taberna, desde los respiradores de las cuevas, donde algunos habían descendido. Eran ellos uno contra sesenta. La fachada de Corinto, medio demolida, estaba horrible. La ventana, rudamente combatida por la metralla, había perdido las vidrieras y los marcos, y no era ya sino un agujero informe, tumultuosamente tapado con adoquines. Bossuet fué muerto; Feuilly fué muerto; Courleyrac fué muerto; Joly fué muerto; Combeferre, atravesado de tres bayonetazos en el pecho, en el momento mismo en que él levantaba del suelo á un soldado herido, no tuvo tiempo sino para mirar al cielo, y espiró.

Marius, siempre combatiendo, estaba tan acribillado de heridas, particularmente en la cabeza, que su cara desaparecía entre la sangre, pareciendo como que tenía el rostro cubierto con un pañuelo encarnado.

Sólo Enjolras no había recibido herida ninguna. Cuando ya no tenía arma, alargaba la mano, á derecha ó á izquierda, y un insurrecto le hacía empuñar un arma cual-

quiera. De cuatro espadas, ya no le quedaba sino un pedazo de la última; una más que Francisco I en Mariñan.

Homero dice: « Diomedes degüella á Axilo, hijo de Teuthranis que habitaba la feliz Arisba; Euryalo, hijo de Mecisteo, extermina á Dresos y á Opheltios, á Esepo, y á aquel Pedaso que la náyade Abarbarea concibió del irreprochable Boucolion; Ulyses derroca á Pidyto de Percono; Antiloquo, á Ablero; Polypætes, á Astyalo; Polidamas, á Otos de Cyllene; y Téucer, á Aretaon. Meganthios muere bajo los golpes que con la pica le dirige Euripylo. Agamemnon, rey de los héroes, derriba en tierra á Elátos, nacido en la escarpada ciudad que baña el sonoro rio Satuois. » En nuestros antiguos poemas de hazañas, Esplandian ataca con una *bisaigné* de fuego al marqués gigante Swantibore, el cual se defiende apedreando al caballero con torres que él arranca del suelo. Nuestros antiguos frescos murales nos representan á los dos duques de Bretaña y de Borbon, armados, con sus escudos, timbres y blasones de guerra, á caballo, y abordándose, empuñando cada cual su hacha de armas, puesta la máscara de hierro, con botas de hierro también, guantes del mismo metal, cubierto el uno de armijo, y envuelto el otro en azul celeste; Bretaña con su león entre las dos astas de la corona, Borbon llevando por casco una monstruosa flor de lis con visera. Pero para mostrarse valeroso y arrogante, no hay necesidad de llevar, como Yvon, el morion ducal, ni ostentarlo empuñada, como Esplandian, una llama viva, ó como Phyles, padre de Polydamas, haber traído de Ephyra una buena armadura, presente del rey de los hombres, Eupheto; basta con dar su vida por una convicción, ó por un acto de lealtad. Aquel pobre soldado, cándido y sencillo, que ayer era un simple briego en la Beauce ó en el Limousin, y que hoy va rondando, con su chafarote al costado, al rededor de las niñe-

ras del Luxemburgo, y aquel otro joven y pálido estudiante inclinado sobre un libro ó sobre una pieza de anatomía, blondo adolescente que se hace la barba con unas tijeras, tomadlos á los dos, infundidles en un soplo la inspiración del deber, colocadlos uno frente á otro en las cuatro esquinas de Boucherat ó en el callejon sin salida de Planche-Mibray, y que el uno combata por su bandera y que luche el otro por su ideal, y que ambos se imaginen que pelean por la patria; y veréis que la liza será colosal; y la sombra que proyectarán, en ese gran campo épico en el cual se agita sin cesar la humanidad, aquel pipiolo y aquel lancetero lidiando, igualará á la sombra que lanza Megaryon, rey de la Lycia poblada de tigres, comprimiendo cuerpo á cuerpo entre sus brazos al inmenso Ajax, igual á los dioses.

XXII

PALMO Á PALMO

Cuando ya no hubo más jefes vivos que Enjolras y Marius en los dos extremos de la barricada, el centro, que habian sostenido durante tanto tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió al fin. Sin abrir brecha practicable, el cañon habia cercenado con bastante amplitud el medio del reducto; en aquel punto, la cima del muro habia desaparecido completamente á impulsos de las numerosas balas de cañon que vinieron á estrellarse allí, y se habia derrumbado y desplomado. Los escombros y piedras que habian rodado, tanto en el interior como en el exterior, habian concluido por formar, amontonándose en los dos lados de la barrera, dos especies de escarpas ó declives, uno hácia dentro y el otro hácia fuera. El declive exterior ofrecia un plano inclinado al abordaje.

Un supremo asalto fué intentado al fin, y este asalto tuvo ya un éxito completo. La masa erizada de bayonetas y lanzada al paso gimnástico llegó irresistible, y el espeso frente de batalla de la columna de ataque apareció compacto entre la humareda en lo alto de la escarpa. Esta vez era asunto concluido. El grupo de insurrectos que defendía el centro se vió obligado á retroceder en la mayor confusión.

Entónces despertó en algunos de ellos el sombrío amor á la vida. Viéndose blanco de todo aquel bosque de fusiles, muchos no quisieron ya morir. Es este un momento crítico en que el instinto de conservación tiende á predominar, grita y aulla en el interior, haciendo que el animal reaparezca en el hombre. Hallábanse arrinconados contra la alta casa de seis pisos que formaba el fondo del reducto. Aquella casa podía ser su salvacion. Aquella casa estaba fortificada, atrincherada y como murada de arriba abajo. Antes que la tropa de línea se hallase en el interior del reducto, bien habia tiempo para que una puerta se abriera y se cerrara; para esto bastaba la duracion de un relámpago, y la puerta de aquella casa, entreabierta bruscamente y vuelta á cerrar en seguida, era indudablemente la vida para aquellos desesperados. Detrás de aquella casa, habia calles, libre espacio, la fuga, la escapada posible. Empezaron á dar golpes contra aquella puerta, patadas, culatazos; llamando, gritando, y cruzando las manos en ademan de súplica. Pero nadie abrió. Desde el ventanillo del tercer piso, sólo la cabeza muerta les estaba mirando.

Pero Enjolras y Marius, y siete ú ocho más que los rodeaban, se habian precipitado á aquel sitio y los protegían. Enjolras habia gritado á los soldados: ¡No avancéis! Un oficial no quiso obedecer: Enjolras mató inmediatamente á este oficial. Hallábase á la sazón en el

reducido patio interior que formaba el reducto, respaldado en la casa de Corinto, empuñando en una mano la espada y en la otra la carabina, y teniendo abierta la puerta de la taberna cuya entrada impedía él á los invasores. Entónces gritó á los desesperados: — No hay más que una puerta abierta: esta. Y cubriéndolos y escudándolos con su propio cuerpo, haciendo frente él solo á un batallón, los hizo pasar detrás de él. Todos se precipitaron por la puerta de la taberna. Enjolras, ejecutando con su carabina, de la cual se servía ahora ya como de un bastón, lo que los jugadores de palo llaman la rosa cubierta, rechazó y derribó en tierra todas las bayonetas que tenía frente á sí y que le cercaban acosándole, y entró él el último; este momento fué horrible, obstinándose los soldados en penetrar por la puerta, y los insurrectos en cerrarla á toda prisa. La puerta quedó por fin cerrada, con tal violencia, que al encajar en el marco, dejó ver cortados y pegados en el dintel los cinco dedos de un soldado que se habia suspendido de ella al cerrar.

Marius habia quedado fuera. Una bala acababa de romperle la clavícula; sintió que se desmayaba y que iba á caer en tierra. En este momento, cuando ya tenía cerrados los ojos, experimentó la ruda conmocion de una mano vigorosa que le asia, y su desvanecimiento, en el cual quedó abismado y sin sentido, le dejó apenas tiempo para formularse este lúgubre pensamiento mezclado con el supremo recuerdo de Coseta: — Me cogen prisionero. Sére fusilado.

Enjolras, no hallando á Marius entre los que se refugiaron en la taberna, tuvo la misma idea. Pero ya estaban ellos en ese instante en que cada cual no tiene tiempo sino para pensar en su propia muerte. Enjolras sujetó bien la barra de la puerta, poniéndola todas las aldabas, echó la llave, con doble vuelta, haciendo lo

mismo con el candado, mientras que la golpeaban furiosamente por fuera, los soldados á culatazos y los zapadores á hachazos. Los acometedores se hallaban agrupados contra aquella puerta. Ahora empezaba el sitio de la taberna.

Preciso es decir que los soldados estaban enconadísimos.

La muerte del sargento de artillería los había irritado y además, cosa más funesta aún, durante las pocas horas que habían precedido al ataque, se había hecho circular entre ellos el rumor de que los insurrectos mutilaban á los prisioneros y que había en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza. Este género de rumores fatales suelen ser el acompañamiento ordinario de las guerras civiles, habiendo sido un rumor de esta naturaleza el que más adelante produjo la catástrofe de la calle de Transnonain.

Luégo que la puerta estuvo bien fortificada, dijo Enjolras á los suyos :

— Ahora vendamos á caro precio nuestras vidas.

En seguida se acercó á la mesa donde se hallaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Bajo el paño negro distinguíanse dos formas humanas rectas y rígidas, la una grande y la otra pequeña, y los dos rostros se diseñaban vagamente bajo los pliegues frios del sudario. Una mano salía por debajo de este, colgando hácia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que la vispera había besado su frente.

Eran estos los únicos besos que había él dado en su vida.

Abreviemos. La barricada había luchado como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. Tales resistencias son ásperas y terribles.

Nadie da cuartel. No hay parlamentario posible. Todos quieren morir, con tal que mueran matando. Cuando Suchet dijo : — Capitulad, — Palafox respondió : « Después de la guerra á cañonazos, la guerra á cuchilladas. » Nada de esto faltó á la toma por asalto de la taberna Hucheloup : ni las piedras lloviendo desde la ventana y desde el tejado sobre los sitiadores y exasperando á los soldados á quienes aquellas aplastaban horriblemente, ni los tiros disparados desde las cuevas y desde las boardillas, ni el furor del ataque, ni la rabia de la defensa, ni finalmente, cuando la puerta cedió, las frenéticas demencias del exterminio. Al precipitarse dentro de la taberna los invasores, enredándose los pies entre las hojas de la puerta, derribadas en tierra y hechas mil pedazos, no encontraron allí ni un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada á hachazos, yacía en el suelo, en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de espirar, y todo lo que aún conservaba vida se había refugiado en el primer piso, y desde allí, por el agujero que la escalera había dejado abierto en el techo, estalló de nuevo un fuego nutrido y aterrador. Eran ya los últimos cartuchos. Cuando fueron quemados también, cuando aquellos agonizantes formidables carecieron enteramente de pólvora y de balas, cada uno de ellos cogió un par de botellas de las que había reservado Enjolras y de las que acabamos de hacer mención, y se opusieron á la escalada con aquellas mazas espantosamente frágiles. Eran botellas de agua fuerte. Nosotros referimos aquí tales cuales son todas estas cosas sombrías de la matanza en lides populares. ¡Oh! ¡el sitiado hace arma de todo! El famoso fuego griego no deshonró á Arquímedes, como la pez hirviendo tampoco deshonró á Bayardo. La guerra es toda ella espanto y horror; sin que haya nada donde escoger. La mosquetería de los sitiadores, bien

que bastante mortificada y en la dirección de abajo arriba, era sin embargo mortífera. El borde del agujero del techo se vió bien pronto rodeado de cabezas muertas, de las cuales chorreaban largos hilos rojos y humeantes. El estrépito era indecible; una espesa y ardiente humareda, encerrada entre aquellas cuatro paredes, hacía casi noche en el teatro del combate. Faltan palabras que expresar el horror llegado á tal extremo. Ya no eran hombres los que lidiaban en aquella lucha infernal. No eran tampoco gigantes contra colosos. Aquello se asemejaba más bien á las escenas de Milton y de Dante que á las de Homero. Demonios atacaban, espectros resistían.

Era el heroísmo monstruo

XXIII

ORÉSTES EN AYUNAS Y PILADES EBRIO

Por último, encaramándose unos sobre otros, ayudándose también del esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, agarrándose al techo, acuchillando, en el borde mismo de la trampa ó abertura de la escalera, á los últimos que allí oponían resistencia, unos veinte sitiadores, soldados, guardias nacionales, guardias municipales, todos mezclados y en la mayor confusión, la mayor parte de ellos desfigurados por las heridas que habian recibido en la cara al emprender aquella tremenda ascension, cegados por la sangre, furiosos, casi salvajes, hicieron irrupcion en la sala del primer piso. Ya no habia allí de pié sino un solo hombre, Enjolras. Sin cartuchos, sin espada, sólo le quedaba en la mano el cañon de su carabina cuya culata habia él hecho pedazos en la cabeza de los que entraban. Habia puesto el billar

entre los acometedores y él; habíase él retirado á un rincón de la sala, y allí, con la mirada arrogante, la cabeza erguida, y aquel resto de arma vigorosamente empuñado, se hacía aún respetar lo suficiente para que se formase el vacío en derredor suyo. Entónces se hizo oír este grito:

— Es el jefe. Él es quien mató al artillero. Puesto que él mismo se ha colocado ahí, está bien: que permanezca en ese sitio, y ahí le fusilaremos.

— Fusiladme, dijo Enjolras.

Y arrojando al suelo el trozo de su carabina, cruzóse de brazos y presentó el pecho á sus enemigos.

La audacia del que sabe morir bien es un espectáculo que conmueve siempre á los hombres. Desde el momento en que Enjolras cruzó los brazos, aceptando con valor el fin de su existencia, el zumbido de la lucha cesó al punto en la sala, apaciguándose súbitamente aquel caos en una especie de solemnidad sepulcral. Parecía que la majestad amenazadora de Enjolras desarmado é inmóvil pesase sobre aquel tumulto, y que, sólo por la autoridad de su mirada tranquila, aquel jóven, el único que no había recibido ni una herida, ensangrentado sin embargo, arrogante, magnífico, indiferente como un invulnerable, obligaba á aquella turba siniestra á matarle con respeto. Su hermosura, aumentada en este momento por su actitud noble y altiva, era un verdadero esplendor; y como si tuviera el privilegio de no estar cansado siquiera, después de disfrutar ya el de no estar herido, á pesar de las veinticuatro horas espantosas que acababan de transcurrir para él, su color era encarnado y rosado. Tal vez era de él de quien dijo después un testigo ante el consejo de guerra: « Había un insurrecto á quien oí que le llamaban Apolo. » Un guardia nacional que apuntaba ya á Enjolras bajó su arma diciendo: « Me parece que voy á fusilar una flor. »

Doce hombres formaron un peloton en el rincón opuesto á Enjolras y aprestaron sus fusiles en silencio:

En seguida gritó un sargento: — ¡Apunten!

Á este tiempo intervino un oficial:

— Esperad.

Y dirigiéndose á Enjolras, le dijo:

— ¿Quiere usted que le venden los ojos?

— No.

— ¿Es verdad que fué usted quien mató al sargento de artillería?

— Sí.

Pocos momentos ántes había despertado Grantaire. Según recordará el lector, Grantaire estaba durmiendo desde la víspera en la sala alta de la taberna, sentado en una silla y recostado sobre una mesa.

Realizaba, en toda su energía, la conocida metáfora francesa del difunto de taberna (*ivre-mort*). El horrible brebaje de ajeno, stout y alcohol le había sumido en profundo letargo. Como su mesa era pequeña, y no podía servir en la barricada, se la habían dejado. Guardaba siempre la misma posición, el pecho inclinado sobre la mesa, la cabeza apoyada de plano en los brazos, rodeado de vasos, de jarros y de botellas. Dormía con ese sueño pesado y abrumador del oso entorpecido y de la sanguiuela repleta. Nada le había alterado ni conmovido; ni las descargas de fusilería, ni los cañonazos con bala, ni la metralla, que penetraba por la ventana dentro de la sala donde él se hallaba, ni el estrépito prodigioso del asalto. Sólo que á veces solía responder al cañon con un ronquido. Diríase que esperaba allí que una bala viniera á ahorrarle el trabajo de despertar. Varios cadáveres yacían en derredor suyo; y al primer golpe de vista, nada le diferenciaba de aquellos profundos durmientes de la muerte. El ruido no despierta á un borracho; el silencio sí le

despierta. Esta singularidad ha sido observada más de una vez. La caída y el desmoronamiento de todo en derredor de él aumentaban la postración de Grantaire: el hundimiento le mecía. — La especie de tregua que hizo el tumulto en presencia de Enjolras, fué un sacudimiento para aquel sueño pesado. Es el efecto de un carruaje que va galopando y se detiene de repente. Los que van dentro adormitados despiertan al instante. Grantaire se levantó sobresallado y extendió los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó, y comprendió.

La embriaguez que acaba se asemeja á una cortina que se rasga. Se ve al instante, en conjunto y de una sola mirada, todo cuanto ella ocultaba tras sí. Todo se representaba de súbito á la memoria; y el borracho, que nada sabe de cuanto ha pasado durante las veinticuatro horas últimas, no ha acabado de abrir los párpados, cuando ya está hecho cargo de todo. Las ideas se le agolpan con una lucidez brusca; la nube de la embriaguez, especie de vaho que empañaba y cegaba su cerebro, se disipa, y cede el puesto á la clara y neta obsesión de las realidades.

Relegado cual se hallaba en un rincón y como eclipsado detras del billar, los soldados; cuyas miradas se fijaron desde luego en Enjolras, no habian visto siquiera á Grantaire; y ya el sargento se preparaba á repetir la voz de mando: ¡Apunten! cuando de repente oyeron gritar fuertemente junto á ellos:

— ¡Viva la república! Yo soy uno también...

Era Grantaire que se habia levantado.

El inmenso resplandor de todo el combate al cual habia él faltado, no habiendo figurado en él para nada, apareció visible en la esplendente mirada del borracho transfigurado.

Volvió éste á gritar segunda vez: ¡Viva la república!

atravesó la sala con paso firme y fué á colocarse frente á los fusiles, de pie, junto á Enjolras,

— Matad á dos á la vez, dijo.

Y, volviéndose hácia Enjolras, con acento cariñoso, le preguntó:

— ¿ Lo permites tú?

Enjolras le dió un apretón de manos sonriendo.

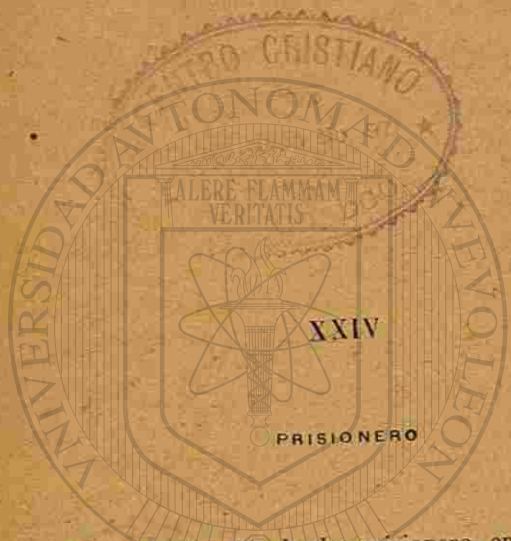
Aún no habia acabado esta sonrisa, cuando estalló la detonación.

Atravesado por ocho balas, Enjolras quedó respaldado contra la pared como si los proyectiles le hubiesen clavado allí. Solamente inclinó la cabeza.

Grantaire, fulminado tambien á balazos, cayó muerto á sus piés.

Algunos instantes despues, los soldados desalojaban á los últimos insurrectos que se habian refugiado en las alturas de la casa, cruzando un vivo tiroteo, al traves de un enrejado de madera que habia en el granero, con los rebeldes que vagaban por los tejados. Arrojan varios cuerpos por las ventanas, algunos de ellos vivos aún. Dos cazadores, que probaban á levantar el ómnibus roto de la barricada, fueron muertos de los disparos de carabina asestados desde las boardillas. Un hombre de blusa fué precipitado desde aquellas alturas, despues de sufrir un bayonetazo en el vientre, y cayó en tierra resoplando con horrible estertor. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer soltar el uno al otro, hasta que cayeron al suelo, abrazados siempre con cruel ferocidad. En la cueva, se representaban escenas de la misma naturaleza. Gritos, fusilazos, horrendo pataleo; y despues, mortal silencio. La herrizada se hallaba enteramente en poder de las tropas.

Los soldados empezaron en seguida á registrar las casas inmediatas y á perseguir á los fugitivos.



Marius había sido hecho prisionero, en efecto; pero prisionero de Juan Valjean.

La mano que le había sostenido por detras en el momento en que caía, y cuya acción sintió al asirle, era la de Juan Valjean.

Juan Valjean no había tomado otra parte en el combate que la de exponerse á sus peligros. Sin él, en aquella suprema fase de la agonía, nadie habría pensado en los heridos. Gracias á él, que se hallaba presente en todas partes en medio de aquella horrenda carnicería, como una verdadera providencia, los que caían eran levantados en seguida y transportados á la sala baja, donde sin demora se les hacía la primera cura. En los intervalos, reparaba la barricada; pero sin que partiera de sus manos nada que pudiera asemejarse á un golpe cual-

quiera, á un tiro, á un ataque, ni siquiera á una defensa personal. Callaba y socorria. Por lo demas, apenas le alcanzaron algunos arañazos. Las balas no se habían metido con él para nada. Si el suicidio entraba en el plan que él había soñado al dirigirse á aquel sepulcro, este lúgubre cálculo le salió enteramente fallido. Pero dudamos mucho que hubiese él pensado en el suicidio, acto irreligioso.

En medio del espeso nublado del combate, parecía que Juan Valjean no veía siquiera á Marius; pero el hecho es que no le perdía nunca de vista. Cuando una bala derribó á Marius en tierra, Juan Valjean dió un salto con la agilidad de un tigre, cayó sobre él como sobre una presa, y se le llevó.

El torbellino del ataque se hallaba en aquel momento tan violentamente concentrado en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió á Juan Valjean, sosteniendo en sus brazos á Marius desmayado, atravesar el campo desempedrado de la barricada y desaparecer detras de la esquina de la casa de Corinto.

Recordemos que esta esquina formaba una especie de cabo en la calle, preservando de las balas, de la metralla, y también de las miradas, algunos piés cuadrados de terreno. Á veces suele haber así en los incendios una pieza que no se quema, y en los mares más embravecidos, al lado de un promontorio, ó en el fondo de una rincónada de escollos, un breve espacio tranquilo. En esta especie de repliegue del trapecio interior de la barricada, fué donde agonizó Eponina.

Allí se detuvo Juan Valjean, dejó caer suavemente en el suelo á Marius, se apoyó de espaldas contra la pared, y dirigió sus miradas en derredor.

La situación era espantosa.

Por aquel momento, tal vez por dos ó tres minutos

solamente, aquel lienzo de pared era un abrigo, pero ¿cómo salir de aquella horrible matanza? Entónces le avino á la memoria la agonía en que se habia encontrado. ocho años ántes, en la calle de Polonceau, y de qué manera habia logrado escapar; en aquella ocasion le habia sido difícil, ahora le era imposible. Tenía frente á sí aquella implacable y sorda casa de seis pisos que no parecia habitada sino por el hombre muerto que estaba siempre de bruces en la ventana; veía á su derecha la barricada bastante baja que cerraba la Petite-Truanderie; saltar por aquel obstáculo le pareció desde luégo cosa fácil, pero es el caso que por encima de la cresta de aquella barrera se distinguía una hilera de puntas de bayonetas. Era la tropa de línea, apostada á la parte allá de aquel parapeto, y puesta en acecho. Era evidente, pues, que atravesar la barricada valia tanto como ir á buscar un nutrido fuego de pelotón, y que toda cabeza que se arriesgara á sobresalir del borde superior de aquel muro de adoquines, serviría de blanco á sesenta fusilazos. Á su izquierda tenía el campo del combate. La muerte estaba detras de la esquina de la pared que ahora le protegía.

¿Qué hacer pues?

Sólo un pájaro habria podido salir de aquel apuro.

Y sin embargo, era preciso decidirse al momento, hallar un expediente, adoptar un partido. Á pocos pasos de donde él se hallaba se estaban batiendo; afortunadamente para él, todos se encarnizaban entónces en un solo y único punto, en la puerta de la taberna; pero que un soldado, uno solo, hubiera tenido la idea de dar vuelta á la casa, ó de atacarla de flanco, y era asunto concluido.

Juan Valjean miró la casa de enfrente, miró la barricada que tenía á su lado, y despues miró al suelo, con la

violencia de la extremidad suprema, desatinado, perdido, y como si hubiera querido abrir allí con sus ojos un agujero.

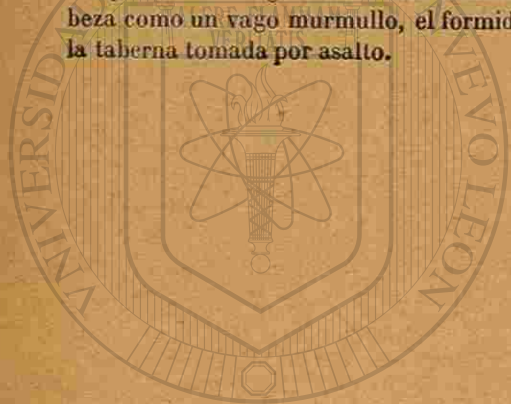
Á fuerza de mirar, se diseñó y adquirió una forma á sus piés, como si la vista tuviera el poder de hacer brotar la cosa que se pide, cierto objeto vagamente perceptible en medio de tal agonía. Á pocos pasos de él, junto á la pequeña barrera tan tremendamente guardada y acechada por la parte de afuera, al traves de unas cuantas piedras que la ocultaban en parte, distinguió una verja de hierro colocada de plano y á nivel con el suelo. Aquella reja, formada de fuertes barras transversales, tenía como unos dos piés cuadrados. El cerco de adoquines que la mantenía firme habia sido arrancado, de modo que estaba casi desencajada. Por entre aquellas barras se entreveía una lóbrega abertura, algo semejante al conducto de una chimenea ó al cilindro de una cisterna. Juan Valjean se lanzó en aquel abismo desconocido. Su antigua ciencia de las evasiones le subió al cerebro como una claridad. Echar á un lado las piedras, levantar la verja, cargar á cuestas con Marius inerte como un cuerpo muerto, descender, con aquel peso sobre los riñones, ayudándose de los codos y de las rodillas, en aquella especie de pozo, afortunadamente poco profundo, dejar caer por encima de su cabeza la pesada trampa de hierro sobre la cual rodaron de nuevo las piedras removidas, y tomar pié en una superficie embaldosada, á tres metros bajo el nivel del suelo, todo esto fué ejecutado como lo que se hace en los arrebatos del delirio, con una fuerza de gigante y una rapidez de águila, durando apenas estas operaciones sucesivas el espacio de algunos minutos.

Juan Valjean se encontró, con Marius siempre desmayado, en una especie de largo corredor subterráneo

En aquel sitio, profunda paz, silencio absoluto, noche pavorosa.

La impresion que habia él experimentado ya otra vez, al caer desde la calle en el convento, le avino en aquel instante y se renovó en su mente. Sólo que lo que él conducia ahora no era ya Coseta; era Marius.

Apenas si distinguia él en este momento sobre su cabeza como un vago murmullo, el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.



LIBRO SEGUNDO

EL INTESTINO DE LEVIATAN

U A N L

I

LA TIERRA EMPOBRECIDA POR EL MAR

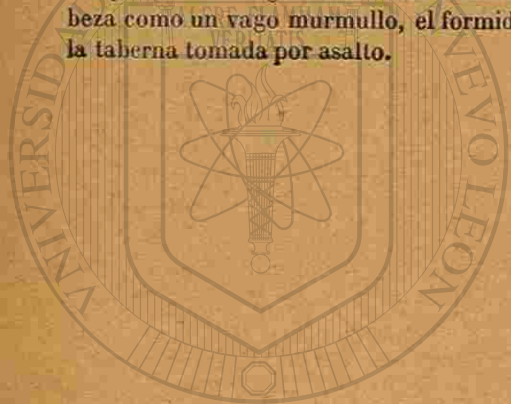
Paris arroja al agua cada año veinticinco millones de francos. Y esto sin metáfora ni exageracion. ¿Cómo, y de qué manera? de dia y de noche. ¿Con qué objeto? sin objeto ninguno. ¿Con qué idea? sin idea ninguna, sin pensar en ello siquiera. ¿Por qué causa? por nada. ¿Por medio de qué órgano? por medio de su intestino. ¿Cuál es su intestino? sus alcantarillas.

Veinticinco millones es el más moderado de los guarismos aproximativos que suministran las evaluaciones de la ciencia especial.

En aquel sitio, profunda paz, silencio absoluto, noche pavorosa.

La impresion que habia él experimentado ya otra vez, al caer desde la calle en el convento, le avino en aquel instante y se renovó en su mente. Sólo que lo que él conducia ahora no era ya Coseta; era Marius.

Apenas si distinguia él en este momento sobre su cabeza como un vago murmullo, el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.



LIBRO SEGUNDO

EL INTESTINO DE LEVIATAN

U A N L

LA TIERRA EMPOBRECIDA POR EL MAR

Paris arroja al agua cada año veinticinco millones de francos. Y esto sin metáfora ni exageracion. ¿Cómo, y de qué manera? de dia y de noche. ¿Con qué objeto? sin objeto ninguno. ¿Con qué idea? sin idea ninguna, sin pensar en ello siquiera. ¿Por qué causa? por nada. ¿Por medio de qué órgano? por medio de su intestino. ¿Cuál es su intestino? sus alcantarillas.

Veinticinco millones es el más moderado de los guarismos aproximativos que suministran las evaluaciones de la ciencia especial.

Después de haber marchado á tientas largo tiempo, la ciencia sabe hoy que el más fecundante y el más eficaz de los abonos, es el abono humano. Los chinos, digámoslo para vergüenza nuestra, lo sabían ántes que nosotros. Ekeberg dice que ningun labriego chino va nunca á la poblacion sin llevarse de ella al campo, en las dos extremidades de su bambú, dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Gracias al abono humano, la tierra en China se halla aún tan jóven y tan lozana como en tiempo de Abraham. El trigo chino produce hasta ciento veinte veces la cantidad sembrada. Ciento veinte por uno! No hay ningun guano comparable en fertilidad al detritus de una capital. Una gran ciudad es el más poderoso y rico estercolero. Emplear la ciudad en estercolar la llanura, sería un negocio magnífico, inmenso y seguro. Si nuestro oro es estiércol, en cambio nuestro estiércol es oro.

¿Qué se hace de este oro-estiércol? se le barre y se desperdicia.

Envíanse costosas expediciones navales destinadas á recoger en el polo austral el fiemo de los petrales y de los pinguinos, mientras que el elemento de incalculable opulencia que se tiene á la mano se le arroja al mar. Todo el abono humano y animal que el mundo pierde, devuelto á la tierra en vez de echarle al agua, bastaría para sustentar al mundo entero.

Esos montones de basura que se depositan junto á los guardacantones, esos carromatos que traquean de noche y por las mañanas en las calles, esos asquerosos toneles de la limpieza, esas hediondas corrientes de fango subterráneo que os oculta el empedrado, ¿sabéis lo que es? Todo eso es la pradera en flor, es la verde yerba, es el sérpil, la salvia, el tomillo; es la caza, es el rebaño, la manada de reses y de ovejas, la yeguada; es el mugido satisfecho d

los grandes bueyes á la caída de la tarde; es el perfumado heno, el fresco forraje, el dorado trigo, el pan sobre vuestra mesa, la sangre caliente en vuestras venas, la salud, la alegría, la vida. Así lo quiere esa creacion misteriosa que es la transformacion en la tierra, y la transfiguracion en el cielo.

Devolved todo eso al gran crisol, y veréis cómo sale de él la abundancia para vosotros. La nutricion de las plantas constituye el alimento y el sustento del hombre.

Vosotros sois indudablemente muy dueños de perder toda esa riqueza, y aún, á mayor abundamiento, ballarme á mi ridículo. Pero esto no será sino la obra maestra de vuestra ignorancia.

La estadística ha calculado que sólo la Francia es tributaria del Atlántico, por la boca de sus rios, de un valor de quinientos millones de francos. Notad bien esto: con esos quinientos millones, se pagaría la cuarta parte de los gastos del presupuesto. La habilidad del hombre es tal, que prefiere él desembarazarse de esos quinientos millones y tirarlos al arroyo. Es la sustancia misma del hombre lo que arrastran y se llevan consigo, aquí gota á gota, allá á torrentes y á mares, el miserable vómito de nuestras cloacas y alcantarillas en los rios, y el gigantesco acarreo de nuestros rios hácia el Océano. Cada resuello de nuestros sumideros nos cuesta mil francos. Y esto produce por de pronto dos resultados directos: la tierra empobrecida y el agua apestada. El hambre saliendo del surco y la enfermedad saliendo del rio.

Es una cosa muy notoria, por ejemplo, que, á estas horas, el Támesis envenena á Londres.

Por lo que hace á París, han debido, en estos últimos tiempos, transportar la mayor parte de los desagüaderos de alcantarillas, rio abajo, más allá del último puente.

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y de

compuertas, aspirante é impelente, un sistema de *drainage* elemental, sencillo, como el pulmon del hombre, y que ya se halla funcionando maravillosamente en varios pueblos de Inglaterra, bastaria para conducir á nuestras ciudades el agua pura de los campos y para enviar á los campos el agua enriquecida y nutritiva de nuestras ciudades; y este fácil va-y-ven, el más sencillo del mundo, retendria entre nosotros los quinientos millones que hoy desperdiciamos. Pero, en vez de pensar en esto, se piensa en otras cosas.

El procedimiento actual produce el mal, queriendo producir el bien. La intencion es buena, pero el resultado es triste. Créese expurgar la ciudad, y se marchita y enerva la poblacion. Una cloaca es un error de cálculo. Cuando el *drainage*, con su doble funcion, restituyendo lo que recibe, haya reemplazado en todas partes á la alcantarilla, simple lavado que empobrece, entónces, hallándose todo esto en combinacion con los datos de una nueva economia social, el producto de la tierra será décuplo de lo que es hoy, y el problema de la miseria quedará singularmente atenuado. Añádase á esto la supresion de los parasitismos, y estará resuelto.

Entre tanto, la riqueza pública se tira al arroyo, y se sufre por este respecto una merma considerable. Merma ó averia muy positiva, arruinándose así paulatinamente la Europa, por extenuacion y por consuncion.

Por lo que hace á la Francia, acabamos de expresar su guarismo. Ahora bien, conteniendo París la vigésima quinta parte de la poblacion francesa en su totalidad, y siendo el guano de París el más rico de todos, es todavía un cálculo muy inferior á la verdad el que evalúa en veinticinco millones la parte de pérdida de París en los quinientos millones que la Francia desperdicia anualmente. Estos veinticinco millones, empleados en asisten-

cia y en goces, doblaria el esplendor de París. La ciudad los gasta en cloacas. De modo que puede decirse que las grandes prodigalidades de París, sus fiestas maravillosas, sus encantos de Beaujon, sus orgias, sus ricos veneros y copiosas corrientes de oro, su fasto, su lujo, su magnificencia, todo es su cloaca, sus alcantarillas.

Así sucede que, en la ceguedad de una mala economia política, se ahoga y se deja arrebatar por la corriente del agua y perderse en los abismos el bienestar de todos. Deberia haber redes de Saint-Cloud¹ para la fortuna pública.

Económicamente hablando, este hecho puede resumirse así: París es un cesto con el fondo roto.

París, esta ciudad modelo, este patron de las capitales bien hechas, de la cual procura cada pueblo sacar una copia, esta metrópoli del ideal, esta patria augusta de la iniciativa, de la impulsión y del ensayo, este centro y esta morada de los talentos, esta mansion del genio, esta ciudad nacion, esta colmena del porvenir, este maravilloso compuesto de Babilonia y de Corinto, bajo el punto de vista que acabamos de señalar, haria encogerse de hombros á un labriego de Fa-Kian.

Imitad á París, y os arruinaréis.

Por lo demas, y sobre todo tratándose de este despilfarro inmemorial é insensato, París mismo imita.

Esas sorprendentes ineptias no son nuevas; no son disparates propios de la juventud. Los antiguos obraban lo mismo que los modernos. « Las cloacas de Roma, dice Liebig, han absorbido todo el bienestar del labrador romano: » Cuando la campaña de Roma fué arruinada por la alcantarilla romana, Roma agotó á la Italia, y cuando

¹ Las redes de Saint-Cloud recogen allí, en las aguas del Sena, todos los cadáveres y otros objetos que arrastra el río á su paso por París. (N. del T.)

hubo arrojado la Italia en su cloaca, arrojó también la Sicilia, y después la Cerdeña, y por último el África. La cloaca de Roma ha sido el sumidero del mundo. Aquella cloaca ofrecía su tragadero á la ciudad y al universo. *Urbi et orbi*. Ciudad eterna, cloaca insondable.

Para estas cosas como para otras muchas, Roma ha dado el ejemplo.

Ejemplo que sigue París con toda la estupidez propia de los pueblos de talento.

Para las necesidades de la operación acerca de la cual acabamos de explicarnos, París tiene debajo de él otro París; un París de albañales y cloacas, el cual posee sus calles, sus encrucijadas, sus plazas, sus callejones sin salida, sus arterias y su circulación, que es fango, con la forma humana de ménos.

Pues nada ni á nadie se debe adular, ni siquiera á un gran pueblo; allí donde lo hay todo, hay la ignominia al lado de la sublimidad; y si París contiene á Athénas, la ciudad de la luz, á Tyro, la ciudad del poderío, á Esparta, la ciudad de la virtud, á Nínive, la ciudad de los prodigios, también contiene á Lutecia, la ciudad del lodo.

Por lo demás, hasta en esto muestra ella el sello y el carácter de su gran poder; y la titánica sentina de París realiza, entre los monumentos, ese extraño ideal realizado en la humanidad por algunos hombres tales como Machiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

Si la vista pudiera penetrar al través de la superficie ó corteza que forma el suelo de París, el vasto subterráneo de la ciudad ofrecería el aspecto de una madrepora colossal. Una esponja no tiene más boquetes, canalizos y corredores que el pedazo de tierra, de seis leguas de circunferencia, sobre el cual reposa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una cueva aparte, sin ocuparnos tampoco del inextricable enrejado de los

conductos de gas, sin contar el vasto sistema tubular de la distribución de agua potable que va á parar á las fuentes del vecindario, solamente las alcantarillas, las inmensas cloacas de París, forman, en los subterráneos de ambas orillas del Sena, una red prodigioso y tenebrosa, un laberinto cuyo hilo es su propio declive.

Allí, en medio de la húmeda y densa bruma, aparece la rata, como el producto ó el feto de la parturiente Lutecia.



LA HISTORIA ANTIGUA DE LAS ALCANTARILLAS

Si se considera á París levantado de su sitio como una cobertera, la red subterránea de las cloacas, mirada á vista de pájaro, dibujaría en las dos orillas una especie de rama grande ingertada en el río. En la orilla derecha, la vasta alcantarilla del recinto será el tronco de esta rama, los conductos secundarios serán los ramos, y los callejones sin salida formarán los ramitos ó extremidades.

Esta figura no es sino somera y medio exacta, puesto que el ángulo recto, que es el ángulo habitual de este género de ramificaciones subterráneas, es muy raro en la vegetación.

Para formar una imágen más parecida de ese extraño plano geométrico, supongamos que se vea perpendicular ó verticalmente, sobre un fondo de tiniebla, algún raro abeto del Oriente revuelto y barajado en la mayor

confusion, y cuyas letras deformes se hallasen soldadas entre si en un désorden aparente, y como á la ventura, unas veces por sus ángulos, otras por sus extremidades.

Las sentinas y las alcantarillas desempeñaban un gran papel en la edad média, en el Bajo-Imperio y en el antiguo Oriente. De ellas nacia la peste, y en ellas solian morir los déspotas. La muchedumbre miraba casi con un respeto religioso esos lechos de podedumbre, cunas monstruosas de la muerte. La fosa de los gusanos y reptiles de Benarés no es ménos vertiginosa que la Fosa de los Leones de Babilonia. Teglath-Phalasar, segun dicen los libros rabínicos, juraba por la sentina de Ninive. De la cloaca de Munster fué de donde Juan de Léyden hacia salir su falsa luna, y del pozo-alcantarilla de Kekhscheb de donde su menecmo oriental, Mokanna, el profeta velado del Khorassan, hacia salir su falso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonias eran una relacion de Roma. Las alcantarillas de París han sido tambien en la antigüedad una cosa formidable. Fueron sepulcro, y fueron asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo cuanto las leyes humanas persiguen ó han perseguido, ha ido á ocultarse en ese agujero; los maceros (*maillotins*) en el siglo catorce, los roperos (*tire-laine*) en el siglo quince, los hugonotes en el diez y seis, los iluminados de Morin en el diez y siete y los calentadores (*chauffeurs*) en el siglo diez y ocho. Hace cien años, salia de allí la puñalada nocturna, el ratero que se veia en peligro se escurria en aquella lóbrega cueva; el bosque tenia la caverna; París tenia la cloaca. La truhaneria (*truanderie*), esta pillería gala, aceptaba la cloaca como sucursal de la Cour-des-Miracles; y por la noche, sagaz y feroz, se volvia á entrar bajo el vomitorio Maubée, como si entrara en una alcoba.

Era cosa muy natural que los que tenían por lugar de trabajo cotidiano el callejón sin salida de Vide-Gousset, ó la calle Coupe-Gorge, tuvieran por domicilio nocturno la alcantarilla del Chemin-Vert, ó el caño de Hurepoix. De aquí una infinidad de recuerdos. Aquellos largos y solitarios corredores son frecuentados por toda especie de fantasmas: los miasmas y la podredumbre se hallan allí por todas partes; distinguiéndose acá y acullá un respiradero donde Villon plática desde dentro con Rabelais que está á la parte de afuera.

En el antiguo París, las alcantarillas son el punto de reunión de todos los desfallecimientos y de todos los ensayos. La economía política ve allí un detritus, la filosofía social ve un residuo.

La cloaca es la conciencia de la ciudad. Todo se precipita allí en direcciones convergentes, y todo se confronta. En aquella mansión livida, hay tinieblas, pero no hay ya secretos. Cada cosa tiene su verdadera forma, ó, á lo ménos, su forma definitiva. El montón de basura tiene esto en su favor, que no es mentiroso. En él se refugia la más cándida sencillez. La máscara de Basilio se encuentra allí, pero se la ve el cartón y las cuerdas, el interior como el exterior, y se halla acentuada con una respetable cantidad de lodo. Junto á ella está la nariz postiza de Scapin. Todas las suciedades de la civilización, una vez declaradas fuera de servicio, caen en aquella fosa de la verdad, adonde va á parar todo el inmenso deslizamiento, toda la descomposición social. Allí se sumergen y se ostentan á la vez. Aquella baraunda es una verdadera confesión. No más falsas apariencias en aquel lugar; allí no hay jalgue posible; la basura se quita su camisa, quedando en la desnudez más completa y absoluta, derrotada, las ilusiones y las plácidas visiones, sin que quede ya más que lo que es en realidad, haciendo la triste figura de todo lo

que acaba. Realidad y desaparición. Allí un fondo de botella acusa la borrachera, un asa de cesto revela la domesticidad; allí el corazón de camuesa que ha tenido opiniones literarias vuelve á ser corazón de camuesa; la efigie de una moneda de dos sueldos se cubre francamente de cardenillo, el salvaje de Caifas se encuentra con el vómito de Falstaff, el luis de oro que sale del garito tropieza con el clavo del cual pende la cuerda del suicidado, un feto livido rueda envuelto entre lentejuelas que bailaron el mártir del último carnaval en la Ópera, una toga que ha juzgado á los hombres se revuelca junto á una podredumbre que fué la falda de Margoton: aquello es más que la fraternidad, es el franco y descarado tuteo. Todo lo que se acicalaba se embadurna. El último velo se arranca. Un sumidero es un cínico. Todo lo cuenta.

Esta sinceridad de la inmundicia nos agrada y sirve de reposo al alma. Cuando se ha pasado el tiempo en sufrir sobre la tierra el espectáculo del gran tono que suelen darse la razón de Estado, el juramento, la sabiduría política, la justicia humana, las probidades profesionales, las austeridades de situación, las togas incorruptibles, es un consuelo el entrar en una cloaca, y ver allí el fango que tan bien les cuadra.

Al mismo tiempo, todo esto es una enseñanza. Lo hemos dicho hace poco, la historia entera pasa por esas sucias alcantarillas. Las Saint-Barthélemy se filtran allí gota á gota entre sus losas. Los grandes asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas atraviesan ese subterráneo de la civilización y arrastran allí sus cadáveres. Para la vista y para la imaginación del hombre que sueña todos los homicidas históricos están allí, arrodillados en aquella horrible penumbra, con un fragmento de su sudario puesto por mandil, haciendo la lúgubre purificación de sus propias obras. Allí se hallan Luis XI con Fris-

tan, Francisco I con Duprat, Cárlos IX con su madre, Richelieu con Luis XIII. Louvois, Letellier, Hebert y Maillard están allí también raspando las piedras y afanándose por hacer que desaparezca la huella de sus acciones. Bajo aquellas bóvedas subterráneas oyesse la agitada escoba de todos estos espectros. En aquel paraje siniestro la enorme fetidez de las catástrofes sociales. En algunos rincones distingüense ciertos resplandores rojizos. Corre allí un agua terrible, donde se han lavado manos ensangrentadas.

El observador social debe de entrar en esas sombras, las cuales forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se la escapa. Inútil es toda tergiversacion. ¿Cuál es el lado de sí mismo que uno muestra tergiversando? El lado vergüenza. La filosofía persigue, con su mirada bondadosa, el mal, y no le permite evadirse en la nada. En el oscurecimiento de las cosas que desaparecen, en el apocamiento de las cosas que se desvanecen, lo reconoce ella todo; y reconstruye la púrpura con arreglo al andrajo y la mujer conforme á los trapos. Con la cloaca, rehace la ciudad; con el cieno, rehace las costumbres. Del simple tiesto concluye en el ánfora ó en el cántaro. Por una marca ó raya hecha con la uña en un pergamino, reconoce ella la diferencia que separa á los judíos de la Judengasse de los judíos del Ghetto; y en lo que queda encuentra lo que hubo; el bien, el mal, la verdad, la falsedad, la mancha de sangre del palacio, el borron de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones bien inspiradas, las vomitadas orgias, el pliegue que han hecho los caracteres que se abajan y se doblegan, las trazas de la prostitucion en las almas cuya grosera naturaleza las hacía capaces de ella, y la señal del codazo de Messalina en la chaqueta de sportilleros de Roma.

III

BRUNESAU

En la edad média, las cloacas de París eran asunto legendario. En el siglo diez y seis, Enrique II probó á hacer en ellas un sondaje, que abortó completamente. Hace ménos de un siglo, las alcantarillas se hallaban abandonadas á sí mismas, segun afirma Mercier, y venian á ser lo que podian.

Tal era aquel antiguo París, entregado á las querellas, á las indecisiones y á los tanteos. Durante mucho tiempo fué bastante estúpido. Más adelante, 1789 demostró cómo viene el talento á los pueblos. Pero, en las antiguas edades, la *capital* tenia muy poca cabeza; no sabía hacer sus propios negocios, ni material ni moralmente; sin que ella fuera más apta para barrer las basuras que para barrer los abusos. Todo hallaba obstáculo, todo promovía una cuestion. La cloaca, por ejemplo, era re-

fractaria á todo itinerario. No era más fácil orientarse en las alcantarillas que entenderse en la ciudad; arriba lo ininteligible, abajo lo inextricable; bajo la confusión de las lenguas había la confusión de las cuevas; dédalo reforzando á Babel.

Á veces, á la cloaca, al sumidero de París, se le antojaba desbordar, salir de madre, como si ese Nilo desconocido se viera súbitamente atacado de un acceso de ira; y entonces había, ¡cosa infame! inundaciones de cloaca. En ciertos momentos, aquel estómago de la civilización digería mal, el grande albañal refluía en la garganta de la ciudad, y París experimentaba el desagrado de repetirle en el paladar el mal sabor de su fango. Esta semejanza de la cloaca con el remordimiento tenía algo bueno; era como un aviso, que, por lo demás, no se recibía muy bien; indignándose la ciudad de que su lodo tuviera tanta audacia, y no admitiendo que la basura volviese á ella, por ningún concepto. Arrojadla mejor.

La inundación de 1802 es uno de los recuerdos actuales de los parisienses de ochenta años. El fango se derramó cruzándose en la plaza de las Victorias, donde está la estatua de Luis XIV; entró en la calle de Saint-Honoré por las dos bocas de alcantarilla de los Campos Elíseos; en la calle de San Florentino; en la calle de Pierre-à-Poisson por la alcantarilla de la Sommerie; en la calle de Popincourt por la alcantarilla del Chemin-Vert; en la calle de la Roquette por la alcantarilla de la calle de Lappe; cubrió la gran losa de la calle de los Campos Elíseos, hasta una altura de treinta y cinco centímetros, y al sud, por el vomitorio del Sena que funcionaba en sentido inverso, penetró en la calle Mazarine, en la calle del Echaudé, y en la calle de los Marais, donde se detuvo en una longitud de ciento nueve metros, precisamente á pocos pasos de la casa que había habitado

Racine, respetando, en el siglo diez y siete, al poeta más que al rey; y alcanzó su máximum de altura en la calle de Saint-Pierre, donde se elevó á tres piés sobre el nivel de las baldosas de la gárgola, y su máximum de extensión en la calle de Saint-Sabin, donde se derramó en una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

Á principios de este siglo, las cloacas de París eran aún una mansión misteriosa. El lodo no puede nunca disfrutar de buena fama; pero aquí la mala reputación iba hasta inspirar un verdadero terror. París sabía confusamente que debajo de él había una cueva terrible. Hablábase de ella como de aquel monstruoso bañil de Tebas donde abundaban las escolopendras de quince piés de largo, y que habría podido servir de bañadero á Behemoth. Las grandes botas de los poceros no se aventuraban nunca más allá de ciertos puntos conocidos. Todavía estaba muy cercano el tiempo en que los carros de la basura, desde encima de los cuales confraternizaba Sainte-Foix con el marqués de Créquí, se descargaban sencillamente en la alcantarilla. Por lo que hace á la limpieza, confiábase esta función á las lluvias, las cuales, más bien que barrer, obstruían. Roma dejaba aún alguna poesía á su cloaca, y la llamaba Gemonias; París insultaba á la suya, y la apellidaba el Agujero hediondo. La ciencia y la superstición se hallaban de acuerdo para el horror. El Agujero hediondo no repugnaba ménos á la higiene que á la leyenda. El fantasma se había fecundado bajo la bóveda fétida de la alcantarilla de Mouffetard; los cadáveres de los Marmousets habían sido arrojados á la alcantarilla de la Barillerie; Fagon había atribuido la terrible fiebre maligna de 1685 á los grandes efluvios de la cloaca del Marais que permaneció abierta hasta el año de 1833 en la calle de San Luis, casi en frente de la muestra del Mensajero

galante. La boca de la alcantarilla de la calle de la Mortellerie era célebre por el hálito apestoso que despedía; con su verja de hierro con puntas agudas, simulando una hilera de dientes, aparecía en aquella calle fatal como una boca de dragon soplando el infierno sobre los hombres. La imaginacion popular sazónaba aquel sombrío sumidero parisiense con cierta mezcla horrible de infinito. La cloaca carecía de fondo. La cloaca era el bátraco. Ni siquiera ocurría á la policia de París la idea de explorar aquellas regiones leprosas. Arriesgarse en aquella region desconocida, lanzar la sonda en aquellas sombras profundas y tenebrosas, ir á descubrir los escondrijos de aquel abismo, ¿quién habria osado hacerlo? Esto era una cosa espantosa, imposible. Sin embargo, uno al fin se presentó. La cloaca tuvo tambien su Cristóbal Colon.

Era un día del año 1805, cuando, en una de aquellas raras apariciones que el emperador solia hacer en París, llegó el ministro del interior á verle por la mañana, á la primera hora. Oíase en el Carrousel el chirrido de los sables arrastrando, de todos aquellos soldados extraordinarios de la gran república y del grande imperio; habia un número infinito y una grande confusion de héroes á la puerta de Napoleon; hombres del Rhin, del Escalda, del Adigio y del Nilo; compañeros de Joubert, de Desaix, de Marceau, de Hoche, de Kléber, ingenieros aeróstatas de Fleurus, granaderos de Maguncia, pontoneros de Génova, húsares que habian sido mirados por las Pirámides, artilleros á quienes habia salpicado la bomba de Junot, coraceros que habian tomado por asalto la flota anclada en el Zuyderzée; unos que habian seguido á Bonaparte en el puente de Lodi, otros que habian acompañado á Murat en la trinchera de Mantua, otros en fin que se habian anticipado á Lan-

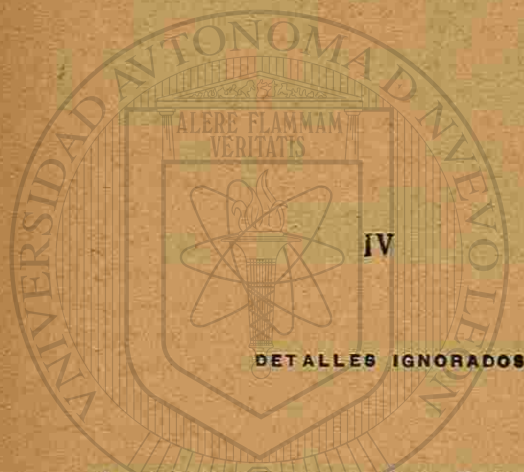
nes en la profunda calzada de Montebello. Todo el ejército de aquella época se hallaba allí representado en el patio de las Tullerías, por una escuadra ó por un peloton, y guardando á Napoleon en reposo; era aquella la época espléndida en que el grande ejército tenia tras sí á Marengo y delante á Austerlitz. — Sire, dijo el ministro del interior á Napoleon, ayer he visto al hombre más intrépido de vuestro imperio. — ¿Qué hombre es ese, repuso bruscamente el emperador, y qué es lo que ha hecho? — Quiere hacer una cosa, sire. — ¿Qué cosa? — Visitar las alcantarillas de París.

Este hombre existia y se llamaba Bruneseau.

U. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

SISTEMA DE BIBLIOTECAS



La visita tuvo lugar, en efecto. Fué esta una campaña formidable; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia; y al mismo tiempo fué un viaje de descubrimientos. Uno de los que aún sobrevivían de aquella exploración, obrero inteligente, muy joven entonces, refería hace pocos años los curiosos detalles que Bruneseau creyó deber omitir en su informe al prefecto de policía, como indignos del estilo administrativo. Los procedimientos desinfectantes eran en aquella época muy rudimentarios. Apenas hubo llegado Bruneseau á las primeras articulaciones de la red subterránea, cuando ocho trabajadores, de los veinte que le acompañaban, se negaron á pasar más adelante. La operación era complicada; la visita llevaba consigo la limpieza; por consiguiente, era preciso limpiar, y al mismo tiempo hacer

tas mediciones oportunas; notar las entradas de agua, contar las verjas y las bocas, detallar los ramales, indicar las corrientes en todos los puntos de división, reconocer las circunscripciones respectivas de los diferentes pozos, sondear las alcantarillas pequeñas insertas en la grande alcantarilla, medir la altura bajo llave de cada pasillo, y también el ancho de los mismos, tanto en el nacimiento de las bóvedas como á flor del zampeado, y por último, determinar las ordenadas de la nivelación en la vertical de cada entrada de agua, lo mismo del zampeado de la cloaca que del suelo de la calle. Iban así avanzando penosamente. Con frecuencia, las escaleras de descenso se sumergían hasta tres pies de profundidad en el fango. Los faroles agonizaban entre la espesura de las miasmas. De vez en cuando se llevaban un pocero desmayado. En ciertos parajes, hallaban precipicios. El suelo se había hundido, las baldosas se habían precipitado al fondo del abismo, y la cloaca se había transformado allí en un pozo perdido; ya no se hallaba terreno sólido; un hombre desapareció bruscamente, y costó mucho trabajo el sacarle al fin. Siguiendo el consejo de Fourcroy, encendían de trecho en trecho, en los sitios suficientemente salubres, grandes cajas llenas de estopa empapada en resina. Las paredes se hallaban cubiertas en muchos parajes de ciertas excrescencias ó fungosidades diformes, como otros tantos tumores; y hasta las mismas piedras parecían enfermas en aquella atmósfera irrespirable.

Bruneseau procedió en su exploración desde arriba hacia abajo. En el punto de división de las dos cañerías de agua del Grand-Hurleur, descifró en una piedra que formaba relieve la fecha de 1550; aquella piedra indicaba el límite en el cual se detuvo Filiberto Delorme, encargado por Enrique II de visitar las alcantarillas sub-

terráneas de París. Aquella piedra era la marca del siglo diez y seis impuesta en las cloacas; Bruneseau encontró también la señal implantada allí por el siglo diez y siete, en el conducto del Ponceau y en el de la calle Vieille-du-Temple, abovedados entre 1600 y 1650, y la obra del siglo diez y ocho en la sección occidental del canal colector, abierta y abovedada en 1740. Estas dos bóvedas, sobre todo la ménos antigua, la de 1740, se hallaban más greteadas y más decrepitas que la mampostería de la alcantarilla del recinto, la cual databa de 1412, época en que el arroyo de aguas claras de Ménilmontant fué elevado á la dignidad de Gran-Cloaca de París, ascenso análogo al de un labrador que se convirtiera en primer ayuda de cámara del rey; algo parecido á Gros-Jean transformado en Lebel.

Creyeron reconocer, en ciertos parajes, principalmente bajo el Palacio de Justicia, como unos alvéolos de antiguos calabozos practicados en la misma cloaca. Horrible *in pace*. En una de aquellas células pendía una argolla de hierro. Á todas ellas las pusieron un cerco. Hicieron algunos hallazgos bastante raros; entre otros, el esqueleto de un orang-utang que había desaparecido del Jardín de las Plantas en 1800, y cuya desaparición fué probablemente connexa á la famosa é incontestable aparición del diablo en la calle de los Bernardinos durante el último año del siglo diez y ocho. El pobre diablo había concluido por ahogarse en las alcantarillas.

Bajo aquel largo corredor cimbrado que va á parar al Arche-Marion, un cuévano de traperero, perfectamente conservado, causó grande admiración á los conocedores. Por todas partes abundaba en objetos preciosos el cieno, que los poceros llegaron pronto á manejar con la mayor intrepidez, entrando alhajas de oro y plata, pedrerías y moneda. Si un gigante hubiera filtrado aquella

cloaca, habría obtenido en su tamiz la riqueza de los siglos. En el punto de intersección de los dos ramales de la calle del Temple y de la calle de Saint-Avoye, recogieron una singular medalla hugonota, de cobre, la cual tenía grabados, en un lado un cerdo que llevaba puesto en la cabeza un capelo de cardenal, y en el otro un lobo cubierto con la tiara.

El encuentro más sorprendente de todos se hizo á la entrada de la Grande-Alcantarilla. Esta entrada había sido cerrada en otro tiempo por una verja de la cual no quedaban ya sino los goznes. De uno de estos goznes pendía una especie de arambel ó trapo informe y manchado que, detenido allí sin duda al pasar, quedó flotando en la oscuridad y acababa de despedazarse y de consumirse en aquel pudridero. Bruneseau acercó su farol y examinó aquel pingajo. Era de rica y finísima batista, y en una de sus puntas, ménos raída que el resto, distinguíase una corona heráldica bordada sobre estas siete letras: LAVBESP. La corona era una corona de marqués, y las siete letras significaban *Laubespine*. Reconocióse que lo que se tenía á la vista no era otra cosa que un pedazo del sudario de Marat. En la juventud, Marat había tenido sus amores. Era esto cuando él formaba parte de la casa del conde de Artois, en calidad de médico de las caballerizas. De estos amores, históricamente comprobados, con una alta señora, le había quedado aquella sábana. Trofeo, ó recuerdo, á su muerte, como aquella sábana era el paño de hilo más fino que le hallaron en su casa, le habían amortajado en ella. Unas viejas envolvieron en aquel lienzo que le había servido para la voluptuosidad, al trágico Amigo del pueblo para enviarle á la tumba. Bruneseau pasó adelante. Dejaron aquel trapo donde se hallaba, sin tocarle. ¿Fué por desprecio, ó por respeto? Ambas

cosas merecía Marat. Y además, el destino se hallaba allí bastante bien indicado y justificado para que nadie se atreviera á tocarle. Por otra parte, es preciso dejar á las cosas del sepulcro el lugar que ellas se escogen. En suma, la reliquia era bien extraña. Una marquesa había dormido en ella; Marat se había allí podrido; había atravesado el Pantheon para ir á parar á las ratas del sumidero. Aquel harapo de alcoba, cuyos pliegues todos habría dibujado Watteau alegremente en otro tiempo, había concluido por ser digno de la mirada fija del Dante.

La visita total de las vias subterráneas que recorren las inmundicias de París duró siete años, de 1805 á 1812. Sin dejar de caminar. Bruneseau diseñaba, dirigía y realizaba trabajos considerables; en 1808, bajó el zampado del Ponceau, y, abriendo nuevas líneas en todas direcciones, hizo avanzar la cloaca, en 1809, bajo la calle de Saint-Denis hasta la fuente de los Inocentes; en 1810, bajo la calle del Froid-manteau y bajo la Salpêtrière; en 1811, bajo la calle Neuve-des-Petits-Pères, bajo la calle del Mail, bajo la calle de la Echarpe, y bajo la plaza Real; en 1812, bajo la calle de la Paz y bajo la Chaussée-d'Autin. Al mismo tiempo, desinfectaba y hacía salubre toda la vasta red del alcantrillado de París. Desde el segundo año de sus trabajos, Bruneseau se había hecho acompañar por su yerno Nargaud, en calidan de adjunto.

Así pues fué cómo, á principios de este siglo, la vieja sociedad limpió su forro interior é hizo la toilette de su albañal. Al fin y al cabo siempre hubo esto limpio.

Tortuosa, hendida, desempedrada, cuarteada, cortada por mil hoyadas y barrancos, traqueada por extraños recodos, subiendo y bajando sin lógica, fétida, huraña, salvaje, sumergida en la oscuridad, con cica-

trices en sus baldosas y chirlos en sus paredes, espantosa, tal era, vista retrospectivamente, la antigua cloaca de París. Ramificaciones en todos sentidos, cruzamientos de trincheras, ramales, patas de ganso, estrellas, como en las obras de mina y de zapa, cœcums, callejones sin salida, bóvedas solitrosas, sumideros infectos, resumos herpéticos en las paredes, gotas cayendo de los techos, tinieblas; nada igualaba al horror de aquella antigua crypta exutoria, aparato digestivo de Babilonia, antro, fosa, abismo atravesado de calles, topera titánica donde el espíritu cree ver rondar, al traves de las sombras, en medio de aquellas inmundicias que ántes fueron esplendores, este enorme topo ciego, el pasado.

Esto, repetimos, era la cloaca de otros tiempos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



Hoy ya el albañal de París está limpio, frío, recto y correcto; realizando el ideal de lo que se entiende en Inglaterra por esta palabra « respetable. » Es pardusco, proporcionado; está tirado á cordel, y aún pudiera decirse que está prendido con veinticinco alfileres. Parece un abastecedor convertido en consejero de Estado. Ya casi se ve allí claro. El fango se porta decentemente. Al primer golpe de vista se le tomaría de buen grado por uno de aquellos corredores subterráneos tan comunes en otra época y tan útiles para la fuga de los monarcas y de los príncipes, en los buenos tiempos antiguos en que « el pueblo amaba á sus reyes. » Las alcantarillas actuales forman una magnífica cloaca, en la cual reina el estilo puro; el clásico alejandrino rectilíneo que, arrojado de

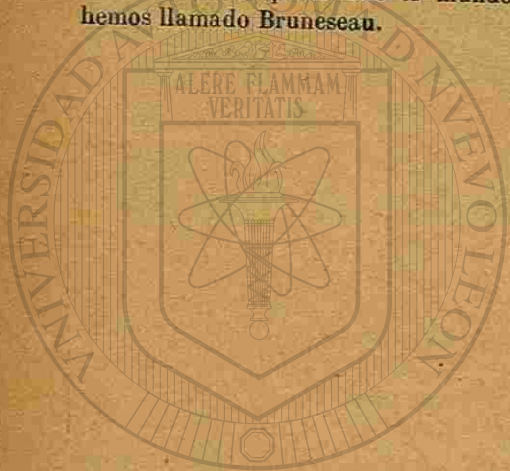
la poesía, parece haberse refugiado en la arquitectura, se ofrece mezclado con todas las piedras de aquella larga, blanquiza y tenebrosa bóveda; cada desaguedero es una arcada; la calle de Rívoli hace escuela hasta en la cloaca. Por lo demás, si la línea geométrica está en su lugar en alguna parte, seguramente es en la zanja estercoliza de una gran ciudad. Allí debe subordinarse todo al camino más corto. La cloaca ha adquirido hoy cierto aspecto oficial; y aún los informes de policía de los cuales suele ser objeto á veces, no la faltan ya nunca al respeto. Los términos que la caracterizan en el lenguaje administrativo son decentes y dignos. Lo que llamaban intestino, hoy se denomina galería, y lo que se conocía simplemente bajo el nombre de agujero, hoy se apelida atabe. Villon no conocería ya su antiguo albergue de circunstancias. Esa red de cuevas encierra siempre su población inmemorial de roedores, hoy más pululante que nunca; y de vez en cuando, una rata de antiguos bigotes arriesga su cabeza á la ventana de una cloaca y se pone á observar con descaro á los parisienes; pero esta misma bichería se domestica ya, satisfecha como está de su palacio subterráneo. La cloaca no tiene hoy nada de su ferocidad primitiva. La lluvia, que ensuciaba las alcantarillas de otros tiempos, lava las alcantarillas de ahora. Sin embargo, no hay que fiar mucho en ellas. Los miasmas pútridos habitan allí siempre. La cloaca es más bien hipócrita que irreprochable. Por más que hagan la prefectura de policía y la junta de sanidad; en despecho de todos los procedimientos de salubrificacion, siempre exhala ella un olor vago y sospechoso, como Tartufo despues de la confesion.

Convengamos, no obstante, en que, de todos modos, el barrido es un homenaje que la cloaca rinde á la civilizacion, y que, bajo este respecto, la conciencia de Tartufo

es un progreso sobre las cuadras de Augias; siendo indudable que las alcantarillas de París han mejorado mucho.

Es más que un progreso, es una verdadera transmutación. Entre la cloaca antigua y la cloaca actual hay toda una revolución. ¿Quién ha hecho esta revolución?

El hombre á quien todo el mundo olvida, á quien hemos llamado Bruneseau.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

PROGRESO FUTURO

La excavación de las alcantarillas de París no ha sido una tarea insignificante. Los diez últimos siglos han trabajado en ella sin cesar, y sin poder terminarla, como tampoco han podido terminar la ciudad. En efecto, la gran cloaca sufre naturalmente todas las consecuencias del ensanche de París. Es, bajo el suelo de la población, una especie de pólipo tenebroso, con mil antenas, que crece y se desarrolla en las regiones inferiores en la misma proporción y al mismo tiempo que la ciudad en las superiores. Cada vez que la ciudad abre una calle, la cloaca alarga un brazo. La antigua monarquía no había construido sino unos veintitres mil trescientos metros de alcantarillas; tal era la situación de París el 1.º de Enero de 1806. Á partir de esta época, de la cual volveremos á hablar pronto, la obra ha sido útil y enérgicamente recomenzada y continuada; Na-

poleon hizo construir, — los guarismos que siguen son bastante curiosos, — cuatro mil ochocientos cuatro metros; Luis XVIII, cinco mil setecientos nueve; Carlos X, diez mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe, ochenta y nueve mil veinte; la república de 1848, veintitres mil trescientos ochenta y uno; el régimen actual, setenta mil quinientos en suma, á estas horas, hay doscientos veintiseis mil seiscientos diez metros; sesenta leguas de alcantarillas; tales son las enormes entrañas de París. Ramificación oscura, siempre en trabajo; construcción ignorada é inmensa.

Segun acaba de verse, el dédalo subterráneo de París es hoy más que décuplo de lo que era á principios del siglo. Dificilmente puede nadie formarse cabal idea de toda la perseverancia y de todos los esfuerzos que ha habido menester para conducir esa cloaca al punto de perfección relativa en el cual se halla hoy. No sin mucho trabajo y dificultades fué cómo el antiguo prebostazgo monárquico y, en los diez últimos años del siglo decimooctavo, el ayuntamiento revolucionario de París, habian logrado perforar las cinco leguas de alcantarillas que existian de 1806. Obstáculos de todo género se oponian á esa operación y la dificultaban á lo sumo; los unos que provenian de la naturaleza del suelo, los otros inherentes á las mismas preocupaciones de la población laboriosa de París. París se halla edificado sobre un terreno extrañamente rebelde al azadon, á la pala, á la sonda, á toda herramienta humana. Nada más difícil de perforar y de penetrar que esa formación geológica á la cual se sobrepone la maravillosa formación histórica llamada París; desde el momento en que se emprenden y se aventuran las obras, bajo una forma cualquiera, en esa capa de aluviones, las resistencias subterráneas abundan. Tales son las arcillas líquidas, los madantiales de agua viva, la dura roca, y ese fango cenagoso y profundo que la ciencia especial

designa con el nombre de mostaza. El pico avanza laboriosamente en capas calcáreas alternadas con filones de greda muy delgados y con láminas esquistasas que tienden incrustadas en sus hojas numerosas conchas de ostras contemporáneas de los océanos preadamitas. A veces brota bruscamente un arroyo, hace reventar de improviso una bóveda comenzada é inunda á los trabajadores; ó bien es una corriente de marga que se abre paso y se precipita con la furia de una catarata, rompiendo como si fueran vidrio las más gruesas vigas de sosten. No hace mucho tiempo que, en la Villette, cuando se trató de hacer que pasara la grande alcantarilla colectora bajo el canal de San Martin, sin vaciarle, y sin interrumpir la navegación, abrióse una hendidura en el fondo del canal, y el agua abundó de repente en la cantera subterránea, más allá de toda la potencia de las bombas destinadas á extraerla; siendo necesario hacer que un buzo encontrara la hendidura, la cual se hallaba á la entrada del grande estanque, y no se logró tajarla sino con muchísimo trabajo. En otras partes, junto al Sena, y aún bastante lejos del rio, como por ejemplo en Belleville, Calle Mayor, y pasaje Lumière, se encuentran arenas sin fondo, donde se hunde uno con facilidad, y donde un hombre puede desaparecer en un momento. Añádase á esto la asfixia por los miasmas, los desplomamientos de terreno que dejan enterados súbitamente á los trabajadores, y el suelo que pierde de improviso su fondo y los precipita en un abismo. Agréguese también á todo esto el tifus, del cual se empregnan los obreros lentamente. En nuestros días, después de haber abierto la galería de Clichy, con banquetta para recibir una cañería maestra de agua del Ourcq, obra ejecutada en trinchera, á diez metros de profundidad; después de haber, en despecho de continuos hundimientos, á fuerza de esmeradas excavaciones, pútridas á veces, y de numerosos y ro-

bustos puntales, abovedado al fin la Bièvre del boulevard del Hospital hasta el Sena; despues de haber, para desembarazar á París de las aguas torrentosas de Montmartre, y para dar salida y corriente á ese vasto pantano fluvial de nueve hectáreas que se rebalsaba en las cercanías de la barrera de los Mártires; despues de haber, decimos, construido la línea de alcantarillas desde la barrera Blanca hasta el camino de Aubervilliers, en cuatro meses trabajando dia y noche, á una profundidad de once metros; despues de haber ejecutado, — cosa que no se había aun visto nunca, — subterráneamente una alcantarilla en la calle Barre-du-Bec, sin trinchera, á seis metros bajo el suelo, falleció el conductor Monnot. Despues de haber abovedado tres mil metros de alcantarillas en todos los puntos de la ciudad, desde la calle Traversière-Saint-Antoine hasta la calle de l'Oureine; despues de haber, por medio del ramal de l'Arbalète, descargado de las inundaciones pluviales la encrucijada de Censier-Mouffetard; despues de haber construido la alcantarilla Saint-Georges sobre empedrado y argamasa en medio de arenas flúidas; despues de haber dirigido el formidable descenso de zampado del ramal de Notre-Dame-de-Nazareth, falleció el ingeniero Duleau. Y no hay despachos oficiales, no hay partes de campaña que relaten y consignen estos actos de bravura, más útiles sin embargo que la cruel y estúpida carnicería de los campos de batalla.

En 1822, las alcantarillas de París distaban mucho de ser lo que hoy son. Bruneseau había dado el impulso, pero fué menester el cólera para determinar la vasta reconstrucción que ha tenido efecto despues. Es sorprendente decir, por ejemplo, que en 1821, una parte del alcantarillado del recinto, llamada el Gran Canal, como en Venecia, se encharcaba aun á cielo raso, al descubierto, en la calle de Gourdes. Hasta el año de 1823 no encontró la ciudad de

París en su bolsillo los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis centavos necesarios para cubrir aquella indecencia. Los tres pozos absorbentes, del Gombate, de la Cunette y de Saint-Mandé, con sus desagüeros, sus aparatos, sus sumideros y sus ramales depuratorios, no datan sino del año 1836. El canal intestinal de París ha sido renovado y rehecho, segun hemos dicho, y más que decuplado, de un cuarto de siglo á esta parte.

Treinta años há, en la época de la insurrección del 5 y 6 de Junio, era aun, en muchos sitios, casi el antiguo alcantarillado. Un gran número de calles, hoy combadas, eran entónces calzadas abiertas. Veíase muy á menudo, en el punto de declive adonde iban á parar las vertientes de una calle ó de una encrucijada, grandes verjas cuadradas, de gruesos barrotes, cuyo hierro brillaba, bruñido por las pisadas de la muchedumbre, peligrosas y resbaladizas para los carruajes, y que hacian caer á veces á los caballos. El lenguaje oficial de puentes y calzadas daba á aquellos puntos declives y á aquellas verjas el nombre expresivo de *Cassis*. En 1832, en una porción de calles, calle de la Estrella, calle de San Luis, calle del Temple, calle de Nuestra-Señora-de-Nazareth, calle de Folie-Méricourt, muelle de las Flores, calle del Petit-Musc, calle de Normandía, calle del Pont-aux-Biches, calle de los Marais, arrabal San Martin, calle de Nuestra-Señora-de-las-Victorias, arrabal Montmartre, calle de la Grange-Batelière, los Campos Eliseos, calle de Jacob, calle de Tournon, la vieja cloaca gótica mostraba aun sus bocas cínicamente. Eran unas enormes aberturas escotilladas, y á veces rodeadas de guardacantones con un descaro monumental.

En 1806, París se hallaba aun casi en el mismo guarismo del alcantarillado que se justificó en Mayo de 1663: cinco mil trescientas veintiocho toesas. Despues de Bruneseau, el 1.º de Enero de 1832, había cuarenta mil trescien-

tos metros. Desde 1806 hasta 1831, se habían construido anualmente, por término medio, setecientos cincuenta metros; después se han ido construyendo todos los años ocho y aún diez mil metros de galerías, en mampostería de cascote enfoscado de cal hidráulica sobre fundaciones de argamasa. A doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarillado de París actual representan cuarenta y ocho millones de francos.

Además del progreso económico que hemos indicado al principio, graves problemas de higiene pública se relacionan con esta inmensa cuestión: la cloaca de París.

París se halla entre dos lomas ó capas, una loma de agua y otra de aire. La loma de agua, yacente á una profundidad subterránea bastante grande, pero tentada ya por dos taladros sucesivos, está suministrada por la capa de piedra arenisca ó asperon verde situado entre la creta y el calcáreo jurásico; esta capa puede ser representada por un disco de veinticinco leguas de radio; una multitud de riberas y de arroyos se rezuman en ella; en un vaso de agua del pozo de Grenelle, se bebe el Sena, el Marne, el Yonne, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loire. La loma de agua es salubre, viene primero del cielo, y después de la tierra; la loma de aire es malsana, viene de las alcantarillas. Todos los miasmas de la cloaca se mezclan en la respiración de la ciudad; de aquí ese hálito desagradable. Hase comprobado científicamente, que el aire tomado encima de una esterquera, es más puro que el aire tomado encima de París. En un tiempo dado, y ayudando el progreso, perfeccionándose los mecanismos y difundiendo la claridad, se empleará la capa de agua para purificar la capa de aire: es decir, para lavar las alcantarillas. Sabido es ya que, por lavar las alcantarillas, entendemos nosotros: restituir el fango á la tierra; enviar el estiércol al suelo, el abono á los campos.

Por este hecho, tan sencillo, habrá para toda la comunidad social, disminución de miseria y aumento de salud. Á la hora en que nos hallamos, el radio de las enfermedades de París se extiende hasta cincuenta leguas al rededor del Louvre, tomado como núcleo ó como cubo de esta rueda pestilencial.

Podría decirse que, de diez siglos acá, la cloaca es la enfermedad de París. El vasto sumidero de las alcantarillas es el vicio que la ciudad tiene en la sangre. El instinto popular no se ha engañado en esto jamás. El oficio de pocero era en otro tiempo casi tan peligroso, y casi tan repugnante al pueblo como el oficio de descuartizador de los animales muertos, el cual se tuvo en horror por mucho tiempo, en términos de abandonarse al verdugo. Era menester una retribución muy fuerte para decidir á un abañil á que desapareciese en esa zapa hedionda; la escalera del pocero vacilaba al sumergirse; decíase proverbialmente: *bajar á la cloaca es entrar en la fosa*; y toda especie de horrosas leyendas, como hemos dicho ya, cubrían de espanto aquel albañal coloso; sentina temible y temida, que ostenta la huella de las revoluciones de los hombres, y donde se hallan vestigios de todos los cataclismas, desde las conchas del diluvio hasta el arambel de Marat.



LIBRO TERCERO

EL CIENO, PERO EL ALMA

JUAN VALJEAN

LA CLOACA Y SUS SORPRESAS

Juan Valjean se hallaba pues en la gran cloaca de París. [®]
Una semejanza más de París con el mar. Como en el Océano, también aquí el buzo puede desaparecer.

La transición era inaudita. En el centro mismo de la ciudad, Juan Valjean había salido de la ciudad, y, en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo de levantar una tapadera y de volverla á colocar en su puesto, había él pasado, del claro sol, á la oscuridad más completa, de mediodía á media noche, del estrépito al silencio, del torbe-

llino de truenos y rayos á la estagnacion de la tumba, y, por una peripecia mucho más prodigiosa aún que la de la calle de Polonceau, del peligro más extremo á la seguridad más absoluta y completa.

Caió brusca en un silo; desaparicion en los antiguos calabozos de París; abandonar aquella calle donde la muerte se hallaba en todas partes, por esta especie de sepulcro donde encontraba la vida, fué un instante extraño. Así que permaneció algunos segundos como aturrido, escuchando estupefacto. El escotillon providencial, la trampa de salvacion, se habia abierto súbitamente bajo sus piés. La bondad celeste le habia cogido en cierto modo á traicion. ¡ Adorables emboscadas de la Providencia!

Sólo que el herido no se movia, y Juan Valjean ignoraba si lo que él conducia á cuestras, al traves de aquella fosa, era un vivo ó un muerto.

Su primera sensacion fué de completa ceguera. De repente se encontró sin ver nada, absolutamente nada. También se le figuró que en un minuto se habia vuelto sordo. Ya no oía nada. La frenética tempestad de carnicería que se desencadenaba á algunos piés de distancia, por encima de su cabeza, no llegaba hasta él, segun hemos dicho, gracias al espesor de la tierra que le separaba de la escena exterior, sino de un modo indistinto y apagados ya sus sonidos, como se oye un rumor en una profundidad. Sentia bien que el terreno bajo sus piés estaba sólido, y nada más; pero esto le bastaba. Extendió un brazo, y despues el otro, y tocó la pared por uno y otro lado, reconociendo que el corredor era estrecho; resbaló los piés por el suelo y notó que las losas estaban mojadas. Avanzó un pié con precaucion, temiendo hallar un hoyo, algun sumidero, algun abismo; y se persuadió de que el enlosado se prolongaba. Una bocanada de fetidez le advirtió muy pronto del sitio en que se encontraba.

Al cabo de unos instantes, ya no caminaba enteramente á ciegas. Un poco de luz caía del respiradero par donde él habia penetrado, y sus miradas se fueron acostumbrando á aquella cueva. En seguida comenzó á distinguir alguna cosa. El corredor en el cual se habia él soterrado. — pues ninguna otra palabra puede expresar mejor su situacion, — estaba murado detras de él. Era no de esos callejones sin salida que el idioma especial llama ramales. Delante de él, habia otro muro, un muro de noche. La claridad del respiradero concluia á diez ó doce pasos del punto en que se hallaba Juan Valjean, y comunicaba apénas una blancura pálida sobre algunos metros de la pared húmeda de la cloaca. Más allá, la opacidad era compacta: penetrar allí, parecia cosa horrible, y la entrada se asemejaba á un verdadero engullimiento. Sin embargo, podia uno muy bien engolfarse por entre aquellos muros de bruma, y era preciso hacerlo así en esta ocasion. Más aún, convenia apresurarse á ejecutarlo. Juan Valjean pensó desde luego que aquella verja, observada por él entre las piedras de la barricada, podia tambien ser vista por los soldados, y que todo dependia ahora de esta casualidad. Ellos tambien podian descender al pozo, y registrarle. Por consiguiente, no debia perderse ni un minuto siquiera. Durante este tiempo, habia él depositado á Marius en el suelo; le recogió, palabra que expresa tambien con propiedad este acto, volvió á cargar con él á cuestras, y se puso en marcha, penetrando resueltamente por aquella negra oscuridad.

Lo cierto es que estaban ellos ménos en salvo de lo que creia Juan Valjean. Peligros de otro género y no ménos grandes le esperaban tal vez. Despues del torbellino fulgurante del combate, la caverna de los miasmas y de las emboscadas; despues del caos, la cloaca. Juan Valjean habia caido desde un círculo del infierno en el otro.

Luégo que hubo dado como unos cincuenta pasos, le

fué preciso detenerse. Una cuestion surgió entónces para él. El corredor iba á parar á otro pasillo que encontraba en sentido transversal. En aquel punto se le presentaban dos vías. ¿Cuál de ellas debería tomar: convendría tirar hácia la derecha ó hácia la izquierda? ¿Cómo orientarse en aquel negro laberinto? Aquel laberinto, segun lo hemos hecho notar ya, tiene un hilo conductor, su propio declive; seguir la pendiente, es caminar hácia el rio.

Juan Valjean lo comprendió al instante.

Dijo para sí que probablemente se hallaba en la alcantarilla de los mercados centrales; que si elegia la izquierda, siguiendo la corriente, llegaría ántes de un cuarto de hora á alguna desembocadura en el Sena, entre el puente del Cambio y el puente Nuevo, es decir, á una aparicion en mitad del dia y en el paraje más poblado de París. Tal vez iría á parar á una cañería de cuatro esquinas ó de alguna plazoleta. en cuyo caso sería grande la sorpresa de los transeuntes, al ver á dos hombres ensangrentados salir bajo sus piés del seno de la tierra. Los agentes de policia no tradarian en presentarse, y el cuerpo de guardia inmediato se pondría al instante sobre las armas. Antes de salir, se hallaría ya preso. Era pues preferible engolfarse en aquel dedalo, fiarse á aquella negra oscuridad y entregarse en manos de la providencia con respecto á la salida.

Subió pues la pendiente, tomando hácia la derecha.

Cuando hubo dado vuelta á la esquina de la galería, desapareció á su vista enteramente el resplandor del respiradero, y cayó de nuevo sobre él el manto impenetrable de la oscuridad dejándole ciego. Más no por eso cesó el de avanzar, y tan rápidamente como le era posible hacerlo. Habíase pasado los brazos de Marius al rededor de su cuello, dejando colgar los piés detras de él. Ambos brazos sujetaba con una mano, miéntras que con la otra iba tentando la pared. La mejilla de Marius tocaba á la suya

y se pegaba á ella con la sangre que iba cerramando. Sentía el correr sobre su cuerpo y penetrar bajo sus ropas como una corriente libia que venía de Marius. Sin embargo, un calor húmedo, que recibia en su oreja, donde tocaba la boca del herido, indicaba la respiracion, y por consiguiente, la vida. El corredor por donde Juan Valjean caminaba ahora era ménos estrecho que el primero. Juan Valjean marchaba por allí con bastante trabajo. Las lluvias de la vispera no habian corrido aún del todo, formaban un pequeño arroyo en el centro del emhaldosado, y se veia en la necesidad de estrechase contra la pared para no ir andando con los piés dentro del agua. Así iba penetrando paso á paso por aquellas regiones tenebrosas. Se asemejaba á los seres de la noche marchando á tientas en lo invisible, perdido en las venas de la sombra.

Sin embargo, poco á poco, bien fuese que algunos respiraderos lejanos enviasen tal cual resplandor flotante en aquella bruma opaca, ó bien que su vista se fuera acostumbrando á la oscuridad, volvió á experimentar como una vision vaga, y empezó de nuevo á darse cuenta confusamente, ya de la pared á la cual tocaba, ya de la bóveda bajo la cual iba pasando. La pupila se dilata en la oscuridad y acaba por encontrar en ella luz, á la manera que el alma se dilata en la desgracia y acaba por encontrar á Dios.

Dirigirse, era cosa asaz penosa y difícil.

El trazado de las alcantarillas refleja, por decirlo así, el trazado de las calles que le está sobrepuesto. En el París de aquella época habia dos mil doscientas calles. Esto basta para formarse una idea del bosque de ramales tenebrosos que constituye y se llama el alcantarillado de la ciudad. El sistema de alcantarillas que existia entónces, puesto en línea recta, habria dado una longitud de once leguas. Hemos dicho anteriormente que el alcan-

tarillado actual, merced á la actividad especial de los últimos treinta años, no cuenta ménos de sesenta leguas.

Juan Valjean empezó por engañarse. Creyó que se hallaba bajo la calle de Saint-Denis, y en verdad que era muy de sentir que no se hallase en aquel sitio. Con efecto, bajo la calle de Saint-Denis hay una antigua cloaca de piedra, que data del tiempo de Luis XIII, y que va directamente á la alcantarilla colectora que llaman la Grande-Alcantarilla, con un solo recodo, á la derecha, á la altura de la antigua Cour-des-Miracles y un solo ramal, la cloaca de Saint-Martin, cuyos cuatro brazos se cortan en cruz. Pero el ramal de la Petite-Truanderie, cuya entrada estaba cerca de la taberna de Corinto, no ha comunicado nunca con el subterráneo de la calle de Saint-Denis; sino que va á parar á la alcantarilla Montmartre, que era precisamente en la que se había engolfado Juan Valjean. En aquella direccion abundaban las ocasiones de perderse. La alcantarilla Montmartre es una de las más complicadas del antiguo alcantarillado de París. Afortunadamente Juan Valjean habia dejado tras sí la alcantarilla de los mercados centrales, cuyo plano geométrico figura una multitud de masteleros de juanete encabestrados; pero tenia delante de sí más de un encuentro embarazoso y más de una esquina de calle, — pues aquellas son verdaderas calles, — ofrenciéndose en la oscuridad cada una como un punto interrogante: en primer lugar, á su izquierda la vasta alcantarilla de la Plâtrière, especie de macana china avanzando y embrollando su cáos de T y de Z bajo la casa de Correos y bajo la rotonda de la lonja de los trigos hasta el Sena, donde termina en una Y; en segundo lugar, á su derecha el corredor curvo de la zalle del Cadran con sus tres dientes que son otros tantos callejones sin salida; en tercer lugar, á su izquierda, el ramal del Mail, complicado, casi á la entrada, con una especie de horquilla, y que va de zic-zac en zic-zac á parar á la

grande cripta exutoria del Louvre dividida en trozos y ramificada en todos sentidos; finalmente, á la derecha, el corredor sin salida de la calle de Jeûneurs, sin contar otros varios reductos acá y acullá, ántes de llegar á la alcantarilla del recinto, que era la única que podía conducirle á alguna boca de salida bastante lejana para que fuese segura.

Si Juan Valjean hubiera tenido alguna nocion de todo esto que acabamos de indicar aquí, muy pronto se habria persuadido, sin más que por el tacto de la pared, de que no se hallaba en la galería subterránea de la calle de Saint-Denis. En vez de la antigua piedra de sillería, en vez de la antigua arquitectura, altiva y régia hasta en los albañales, con su zampeado de emparrillado y sus hiladas en corriente de granito y argamasa de abundosa cal, la cual costaba á ochocientas libras la toesa, habria él notado al simple tacto la baratura contemporánea, el expediente económico, la piedra molar de sílice enroscada con argamasa hidráulica sobre una capa de betun, que cuesta á doscientos francos el metro, es decir, la arquitectura, ó la albañilería *bourgeoise*, de yesones, ruderas, escombros, cascote, lo que llaman « pequeños materiales; » pero él no sabia nada de estas cosas.

Iba marchando siempre hácia adelante, con ansiedad, pero con calma, sin ver nada, sin saber nada, sumergido en el cáos y en el acaso, es decir, abismado en la Providencia.

Diremos sin embargo que, poco á poco, se iba apoderando de él cierto horror: la sombra de que se hallaba envuelto penetraba en su espíritu. Caminaba al traves de un enigma. Este acueducto de la cloaca es una cosa formidable; abunda en enrucijadas vertiginosas. Es una cosa lúgubre el hallarse relegado á aquel París de tinieblas. Juan Valjean se veia obligado á encontrar y casi á inventar su camino, sin verle. En aquellas regiones desconocidas, cada paso que él arriesgaba podia ser el último. ¿Cómo

saldria de aquel sitio? ¿hallaria al fin una salida? ¿la hallaria á tiempo? aquella colosal esponja subterránea con alvéolos de piedra, ¿se dejaría acaso penetrar y traspasar? ¿se hallaria allí algun inesperado lazo de oscuridad? ¿se llegaria á lo inextricable y á lo inabordable? ¿Pereceria allí Marius de hemorragia y él de hambre? ¿acabarian por perderse ambos, y por formar dos esqueletos en un rincón de aquella noche sin fin? Él lo ignoraba. Preguntábase todo esto, sin poder darse respuesta alguna. El intestino de París es un precipicio. Como el profeta, también él se hallaba en el vientre del monstruo.

Bruscamente tuvo una sorpresa. En el instante más imprevisto, y sin haber dejado de caminar en línea recta, se convenció de que ya no iba subiendo; el agua del arroyo le golpeaba en los talones, en vez de darle contra las puntas de los pies. Era evidente que la alcantarilla ahora descendía. ¿Por qué? ¿es que iba á llegar de repente al Sena? Este peligro era grande, pero mayor era aún el peligro de retroceder. Continuó, pues, avanzando.

No era hácia el Sena hácia donde él marchaba. El caballote ó albardilla que forma el suelo de París en la orilla derecha, hace que una de sus vertientes vaya á desaguar en el Sena y la otra en la Grande-Alcantarilla. La cresta de esta albardilla que determina la division de las aguas dibuja una línea muy caprichosa. El punto culminante, que es el paraje de la division de las corrientes, está en la alcantarilla de Sainte-Avoye, más allá de la calle de Michel-le-Comte; en la alcantarilla del Louvre, cerca de los boulevards, y en la alcantarilla Montmartre, junto á los mercados centrales. Á este punto culminante, es al que habia llegado Juan Valjean. Por consiguiente, se dirigia hácia la alcantarilla del recinto; es decir, que llevaba el buen camino. Pero él nada de esto sabia.

Cada vez que se encontraba con un nuevo ramal, ten-

taba las esquinas, y si hallaba que la abertura de esta otra senda que se le presentaba era ménos ancha que el corredor por el cual iba caminando, no entraba en ella, y proseguia su marcha, juzgando con razon que toda via más estrecha debia ir á parar á algun ramal sin salida, y no podria ménos de alejarle de su objeto, es decir, de la salida. De esta manera evitó la cuádruple emboscada que le estaba preparada en la oscuridad por los cuatro dedos que acabamos de enumerar.

En cierto momento reconoció que salia de debajo del París petrificado por el movimiento popular, donde las barricadas habian suprimido la circulacion, y que entraba bajo el París viviente y normal. De improviso sintió sobre su cabeza como un ruido de truenos, lejano, pero continuo. Era el rodar de los carruajes.

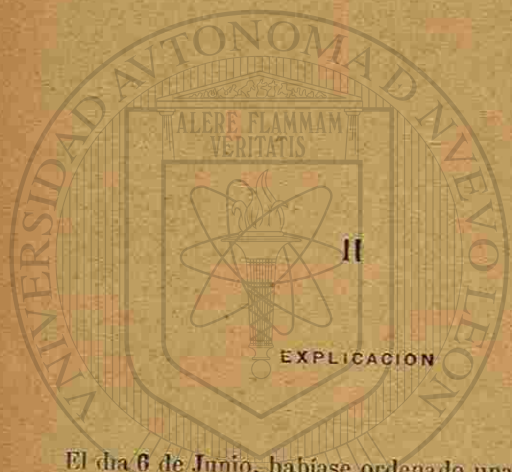
Ya hacia como una média hora que iba marchando, á lo ménos segun el cálculo que hacia él mismo, y aún no habia pensado en descansar un instante; lo único que habia hecho era cambiar la mano con que sostenia á Marius. La oscuridad era más profunda que nunca, pero esta profundidad le tranquilizaba.

De repente vió su sombra delante de él. Proyectábase en una débil claridad rojiza que empurpuraba vagamente el zampeado á sus pies y la bóveda sobre su cabeza, y que se deslizaba á su derecha y á su izquierda sobre las dos paredes glutinosas del corredor. Estupefacto, volvió la cabeza.

Detras de él, en la parte de la galería que acababa de atravesar, á una distancia que le pareció inmensa, brillaba, radiado al traves de aquella espesa oscuridad, una especie de astro horrible que tenia trazas de estarle mirando.

Era la estrella sombría y siniestra de la policia que se levantaba en la alcantarilla.

Detras de aquella estrella se removian confusamente ocho ó diez formas negras, rectas, indistintas, terribles.



El día 6 de Junio, habiase ordenado una batida de las alcantarillas. Se temía que los vencidos las hubiesen tomado por refugio, y el prefecto Gisquelet se propuso registrar y escudriñar el París oculto, mientras que el general Bugeaud barría el París público; doble operacion connexa que exigió una doble estrategia de la fuerza pública representada arriba por el ejército y abajo por la policía. Tres pelotones de agentes y de poceros exploraron las vias subterráneas de París; el primero en la orilla derecha, el segundo en la orilla izquierda, y el tercero en la Cité.

Los agentes iban armados de carabinas, de macanas, de espadas y de puñales.

Lo que en este momento se dirigia hacia Juan Valjean era el farol de la ronda de la orilla derecha.

Esta ronda acababa de visitar la galería curva y los tres ramales sin salida que hay bajo la calle del Cadran. Mientras que ella paseaba su linterna por el fondo de aquellos ramales, Juan Valjean habia encontrado en su camino la entrada de la galería, y la habia reconocido más estrecha que el corredor principal, por lo cual no habia penetrado en ella, pasando hacia adelante. Al tiempo de salir de la galería del Cadran, los hombres de policía habian creído oír un ruido de pasos en la direccion de la alcantarilla del recinto. Eran, en efecto, los pasos de Juan Valjean. El sargento que hacia de jefe de ronda habia alzado su linterna, y la escuadra se habia puesto á mirar en la oscuridad hacia el lado de donde se sintió el ruido.

Fue este un momento terrible para Juan Valjean.

Afortunadamente, si él veía bien la linterna, la linterna le veía mal á él. Ella era la luz, y él la sombra. Él se hallaba muy lejos, y confundido con la negrura del sitio. Se arrinconó bien contra la pared, y se detuvo.

Por lo demas, no se daba él cuenta de lo que se movía allí, detras de él. El insomnio, la falta de alimento, las emociones, le habian hecho, á él tambien, pasar al estado de visionario. Veía un resplandor, y al rededor de aquel resplandor, unas larvas, unas fantasmas ó espectros. ¿Qué era aquello? El no lo comprendia.

Habiéndose detenido Juan Valjean, el ruido habia cesado.

Los hombres de la ronda escuchaban, y nada oían, miraban, y nada veían. En seguida se consultaron entre sí.

En aquella época habia en este punto de la alcantarilla Montmartre una especie de plazuela *de servicio* que se ha suprimido despues á causa del pequeño lago interior que el torrente de las aguas pluviales formaba allí, estancándose en las grandes tormentas. La ronda pudo agruparse en aquella plazuela.

Juan Valjean vió á aquellas larvas formar como un círculo. Aquellas cabezas de alanos se acercaron entre sí y cuchichearon.

El resultado de este consejo que allí tuvieron los perros de presa fué que se habían engañado, que no había habido ruido ninguno, que por allí no había nadie, que era inútil engolfarse en la alcantarilla del recinto, porque sería tiempo perdido, pero que era menester apresurarse á ir hácia Saint-Merry, que si había algo que hacer y algun « bousingot » que rastrear, sin duda era en aquel barrio.

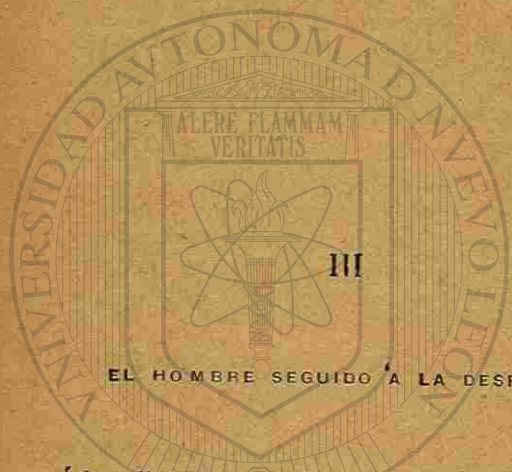
De vez en cuando suelen los partidos poner suelas nuevas á sus viejas injurias. En 1832, la palabra *bousingot* hacia el interim entre la palabra *jacobino* que estaba ya gastada, y la palabra *demagogo*, casi inusitada entonces, y que ha hecho despues tan excelente servicio.

El sargento dió orden de oblicuar á la izquierda, hácia la vertiente del Sena. Si hubieran tenido ellos la idea de dividirse en dos escuadras, y de ir en las dos distintas direcciones, Juan Valjean habria caído en su poder. Sólo de esto dependió el salvarse. Es probable que las instrucciones de la prefectura, previendo un caso de combate y los insurrectos en número; prohibían á la ronda el fraccionarse. Púsose, pues, la ronda en marcha, dejando tras sí á Juan Valjean. De todo este movimiento, Juan Valjean no distinguió nada sino el eclipse del farol que se volvió hácia atras súbitamente.

Antes de marchar, el sargento, queriendo descargar la conciencia de la policía, descargó su carabina hácia el lado que abandonaban, es decir, en la direccion de Juan Valjean. La detonacion fué rodando de eco en eco por la cripta como borborismo ó rugido de aquel titánico intestino. Un pedazo de cascote que fué á caer en el arroyo é hizo salpicar el agua á algunos pasos de Juan

Valjean, le advirtió de que la bala había dado contra la bóveda, encima de su cabeza.

Durante algun tiempo resonaron unos pasos lentos y mesurados sobre el enlosado subterráneo, cada vez más amortiguados por el aumento progresivo de la distancia segun que se iban alejando; el grupo de las formas negras se engolfó, un resplandor osciló y flotó, formando en la bóveda un arco rojizo que fué decreciendo, despues desapareció, el silencio volvió á ser profundo, la oscuridad completa, la ceguedad y la sordera recobraron la posesion de las tinieblas; y Juan Valjean, no atreviéndose aún á moverse, permaneció largo tiempo respaldado contra la pared, atento el oído, la pupila dilatada, mirando cómo se desvanecía aquella patrulla de fantasmas.



EL HOMBRE SEGUIDO A LA DESFILADA

Á la policía de aquel tiempo es preciso hacerla la justicia de decir que, aun en las circunstancias y en las crisis públicas más graves, cumplía ella imperturbablemente su deber de inspección y de vigilancia. Una revuelta política no era á sus ojos un pretexto para dejar á los malhechores la brida sobre el cuello, y para abandonar a la sociedad por la razón de que el gobierno estaba en peligro. El servicio ordinario se hacía correctamente, á la par que el servicio extraordinario, y no se hallaba por este interrumpido ni perturbado. En medio de un incalculable acontecimiento político empezado, bajo la presión de una revolución posible, sin dejarse distraer por la insurrección y la barricada, un agente iba « siguiendo á la desfilada » á un ladrón, sin preocuparse de otra cosa que de esta parte importante del desempeño de sus funciones.

Algo parecido á esto era precisamente lo que pasaba en la tarde del 6 de Junio en las riberas del Sena, en el ribazo de la orilla derecha, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Ya hoy no existe allí el ribazo. El aspecto de aquellos lugares ha cambiado enteramente.

Sobre aquel ribazo, dos hombres separados por cierta distancia parecían observarse, procurando uno de ellos evitar al otro. El que caminaba delante trataba de alejarse, y el que iba detrás por acercarse á él.

Parecía aquello una partida de ajedrez que jugaban de léjos y en silencio. Ni el uno ni el otro tenían trazas de apresurarse, ambos andaban despacio, como si cada uno de ellos temiera hacer, por darse demasiada prisa, que su pareja redoblara el paso.

Díriase que era un apetito persiguiendo una presa, sin tener intención de hacerlo expresamente. La presa era solapada y se mantenía en guardia.

Observábanse entre ellos las debidas proporciones que se observan entre la faina hostigada y el alano perseguidor. El que procuraba escapar tenía escasa talla y un rostro de mezquina apariencia; el que trataba de darle alcance, mozo de elevada estatura, era de rudo aspecto, y debía ser de rudo encuentro también.

El primero, sintiéndose más débil, evitaba al segundo; pero le evitaba de una manera profundamente furiosa; el que hubiera podido observarle, habría visto pintadas en sus ojos la sombría hostilidad de la fuga y toda la amenaza que hay en el temor.

El ribazo estaba solitario; no había transeunte ninguno; ni siquiera un barquero ni un descargador se veían en los barquichuelos que se hallaban allí amarrados.

Aquellos dos hombres no podían distinguirse con facilidad sino desde el muelle de enfrente; y para quien

los hubiera examinado á tal distancia, el hombre que iba delante le habria aparecido como un sér arisco, desarrapado y oblicuo, inquieto y tiritando bajo una blusa hecha jirones; y el otro como una persona clásica y oficial, que llevaba puesta la levita de la autoridad abotonada hasta la barba.

Si los viese más de cerca, el lector reconoceria tal vez á estos dos hombres.

¿Cuál era el objeto del último?

Probablemente el de poder vestir al primero de un modo más abrigado.

Cuando un hombre vestido por el Estado persigue á otro hombre envuelto en andrajos, se propone hacer de él tambien un hombre vestido por el Estado. En el color del traje es en lo que está toda la cuestión. Ser vestido de azul, es glorioso; ser vestido de encarnado, es desagradable.

Existe una púrpura de las bajas regiones.

Algun desagrado, probablemente, y alguna púrpura de esta especie era lo que el primero deseaba esquivar.

Y si el otro le dejaba marchar delante y no se apoderaba de él aún, era, segun toda apariencia, con la esperanza de verle llegar á alguna cita significativa y á algun grupo de buena presa. Esta delicada operación se llama «la desfilada.»

Lo que da visos de probabilidad á esta conjetura, es que el hombre abotonado, como notase desde el ribazo un coche vacío que pasaba por el muelle, hizo seña al cochero; el cochero comprendió reconoció sin duda alguna con quién tenia que habérselas, volvió riendas á los caballos, y se puso á seguir, al paso, á los dos hombres desde lo alto del muelle. Esta circunstancia no fué notada por el haraposo y siniestro personaje que marchaba delante.

El carruaje iba rodando á lo largo de los árboles de los

Campos Eliseos; en términos que por encima del parapeto se veía pasar el busto del cochero, con su látigo en la mano.

Una de las instrucciones secretas de la policía á los agentes contiene este artículo: — «Tener siempre á la mano un coche de plaza, por si acaso.»

Sin dejar de maniobrar cada uno por su parte, con una estrategia irreprochable, aquellos dos hombres se fueron acercando á una cuesta del muelle que descendia hasta el ribazo y que permitia entónces á los cocheros de plaza que venian de Passy el bajar al rio á dar de beber á sus caballos. Aquella cuesta ha sido suprimida despues, en obsequio á la simetria; los caballos revientan de sed, pero la vista está lisonjeada.

Era verosímil que el hombre de blusa iba á subir por aquella cuesta, á fin de probar á escaparse por los Campos Eliseos, sitio poblado de árboles, pero en cambio muy cruzado de agentes de policía, y donde el otro tendria fácilmente quien le prestase auxilio.

Este punto del muelle dista muy poco de la casa que desde Moret trajo á París en 1824 el coronel Brack, y que es conocida bajo el nombre de la casa de Francisco I. Muy cerca de allí hay un cuerpo de guardia.

Con grande sorpresa de su observador, el hombre perseguido no tomó por la cuesta del abrevadero; sino que continuó hácia adelante sobre el ribazo á lo largo del muelle.

Su posición se iba haciendo visiblemente cada vez más crítica.

Á ménos que no se arrojara al Sena, ¿qué es lo que iba él á hacer?

Á partir de aquel sitio, ya no se le ofrecia ocasion ninguna más adelante de subir al muelle, no habiendo más cuesta ni tampoco escalera ninguna; y se hallaban á la sazón muy próximos al punto marcado por el recodo del Sena hácia el puente de Iéna, donde el ribazo, cada vez más

estrecho, terminaba en una lengua delgada é iba á perderse bajo el agua. Allí iba é inevitablemente á encontrarse bloqueado entre la pared perpendicular á su izquierda, el río á su derecha y al frente, y la autoridad sobre sus talones.

Es verdad que este final del ribazo se hallaba oculto á la vista por un monton de escombros de seis á siete piés de alto, producto de no se sabe qué demolicion. Pero es que acaso aquel hombre esperaba esconderse útilmente detras de aquel monton de cascotes que bastaba rodearle para ser descubierto? El expediente habria sido pueril. De seguro que no pensaba é en semejante cosa. No raya nunca tan alto la inocencia de los ladrones.

El monton de escombros formaba á orillas del agua una especie de eminencia que se prolongaba en promontorio hasta la muralla del muelle.

El hombre perseguido llegó á esta pequeña colina y la dobló, en términos que dejó de ser visto por el otro.

No viendo este, claro es que no éra é visto tampoco por el de la blusa; de cuya circunstancia se aprovechó en seguida para abandonar todo disimulo y marchar muy rápidamente. En pocos instantes se halló junto al monton de escombros, al cual dió vuelta. Hecho esto, quedó estupefacto. El hombre á quien perseguia no estaba ya allí.

Eclipse total del hombre de blusa.

Á partir del monton de escombros, el ribazo no tenia sino una longitud como de treinta pasos, y despues se sumergia bajo el agua que venia á azotar la pared del muelle.

Imposible éra que el fugitivo se hubiera arrojado al Sena ni escalado tampoco el muelle sin ser visto por el hombre que iba en su seguimiento. ¿Qué habia venido á ser de él?

El hombre de la levita abotonada anduvo hasta la extremidad del ribazo, y permaneció allí un momento pensativo, con los puños convulsos y la vista huroneando en todas direcciones. De súbito se dió una manotada en la frente.

Acababa de distinguir, en el punto en el cual concluia la tierra y empezaba el agua, una verja de hierro grande y baja, cimbrada y guarnecida de una gruesa cerradura y de tres goznes macizos. Aquella verja, especie de gran poterna horadada por bajo del muelle, se abria hácia el río lo mismo que hácia el ribazo. Un arroyo negruzco pasaba debajo. Este arroyo iba á desaguar en el Sena.

Más allá de sus pesados y herrumbrosos barrotes, distinguíase una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre se cruzó de brazos y se puso á mirar la verja como en ademan de reproche.

No bastándole con mirarla, probó á empujarla fuertemente: la sacudió de firme, pero ella resistió con sólida tenacidad. Era probable que acababa de ser abierta, bien que no se hubiese oido ruido ninguno, lo que no dejaba de ser singular tratándose de una verja herrumbrosa: pero estaba é muy convencido de que habia sido abierta y cerrada hacia pocos instantes. Este hecho indicaba que la persona que acababa de hacer uso de aquella puerta poseia, no una ganzúa, sino una llave.

Esta evidencia resaltó en seguida al espíritu del hombre que se esforzaba por sacudir con fuerza la verja y le arrancó esta epifonema indignada:

— ¡ Esto no se puede sufrir ! ¡ una llave del gobierno !

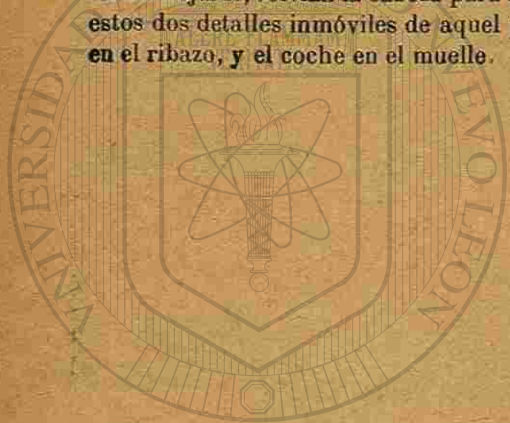
Y en seguida, calmándose inmediatamente, expresó todo un mundo interior de ideas por medio de esta bocanada de monosílabos acentuados casi irónicamente:

— ¡ Ta ! ¡ ta ! ¡ ta ! ¡ ta !

Dicho esto, se apostó en acecho detras del monton de escombros, como esperando alguna cosa, á ver si el hombre salia, ó si entraban otros, con la paciente rabia del perro de presa.

Entre tanto, el coche, que arreglaba su propio paso por los movimientos de este hombre, habia hecho alto á su

vez, más arriba de donde él se hallaba, cerca del parapeto. El cochero, previendo una larga estacion, introdujo las bocas de sus caballos en el saco de avena húmedo en la parte inferior tan conocido de los parisienses, á quienes, sea dicho entre paréntesis, suelen ponérsele á veces los gobiernos. Los raros transeuntes del puente de Iéna, ántes de alejarse, volvian la cabeza para mirar un momento estos dos detalles inmóviles de aquel paisaje, el hombre en el ribazo, y el coche en el muelle.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS

IV

TAMBIEN EL LLEVA SU CRUZ

Juan Valjean habia vuelto á emprender su marcha, sin detenerse ya más.

Esta marcha era cada vez más laboriosa. El nivel de aquellas bóvedas varia; la altura média es de unos cinco pies y seis pulgadas, y ha sido calculada para la estatura regular de un hombre; Juan Valjean se veía obligado á inclinarse á fin de impedir que Marius tropezara contra la bóveda; y á cada instante tenía que bajarse, y despues enderezarse, sin dejar de tocar con las manos, á tientas, las paredes. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado le procuraban muy malos puntos de apoyo, lo mismo para las manos que para los piés. De vez en cuando tropezaba en el asqueroso estiércol de la ciudad. Los intermitentes reflejos de los respiraderos no aparecian sino á muy largos intervalos, y eran tan pálidos,

que el sol de mediodía parecía allí un destello de la luna; lo demás, todo era densa bruma, miasmas, opacidad, negrura. Juan Valjean tenía hambre y sed; sed sobre todo; y aquel era un sitio que, como el mar, está lleno de agua, donde no es posible beber. Sus fuerzas, que eran prodigiosas, como es sabido, y muy poco disminuidas por la edad, gracias á su vida casta y sobria, empezaban sin embargo á desfallecer. El cansancio le iba rindiendo, y la debilitacion de sus fuerzas hacia crecer el peso de la carga que sobre sí llevaba. Marius, muerto tal vez, pesaba como pesan los cuerpos inertes. Juan Valjean le sostenia de manera que el pecho quedase libre y desembarazado y que la respiracion pudiera pasar siempre lo mejor que fuese posible. Á veces sentia entre sus piernas deslizarse rápidamente las ratas. Una de ellas pasó tan azorada, que casi estuvo á punto de morderle. Por instantes le venia del respiradero de las bocas de la alcantarilla un soplo de aire fresco que le reanimaba.

Serian como las tres de la tarde cuando llegó á la alcantarilla del recinto.

Desde luego extrañó mucho aquel grande y súbito ensanche. Hallóse bruscamente en una galería cuyas dos paredes laterales no alcanzaban sus manos extendidas, y bajo una bóveda á la cual no llegaba su cabeza. Con efecto, la Grande-Alcantarilla mide ocho pies de ancho por siete de alto.

En el punto en que la alcantarilla Montmartre se reúne con la Grande-Alcantarilla, otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provence y la del Abattoir (Matero), vienen allí á formar encrucijada. Entre estas cuatro vías, una persona ménos sagaz se habría hallado indecisa. Juan Valjean eligió la más ancha, es decir, la alcantarilla del recinto. Pero aquí surgia esta otra cuestion: ¿descender, ó subir? Pensó que la situacion apremiaba, y

que era menester, á todo trance, llegar ahora ya por fin al Sena. En otros términos, era menester descender. Giró, pues, hácia la izquierda.

Y á fe que hizo perfectamente. Pues sería un error el creer que la alcantarilla del recinto tiene dos salidas; una hácia Bercy, y la otra hácia Passy, y que, segun lo indica su nombre, es el recinto ó la cintura subterránea del Paris de la orilla derecha. La Grande-Alcantarilla, que, segun conviene recordar aquí, no es otra cosa que el antiguo arroyo de Ménilmontant, va á parar, si se la sigue ascendiendo, á una galería sin salida, es decir, á su antiguo punto de partida, que fué donde tuvo nacimiento, junto al cerro de Ménilmontant. No tiene comunicacion directa con el ramal que reúne las aguas de Paris á partir del barrio de Popincourt, y que desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot más allá de la antigua isla Louviers. Este ramal, que completa la alcantarilla colectora, se halla separado de ella, bajo la misma calle de Ménilmontant, por un espesor que marca el punto de division de las aguas hácia arriba y hácia abajo. Si Juan Valjean hubiera ascendido la galería, habria llegado, despues de mil esfuerzos, rendido de cansancio, espirando, en medio de aquellas horribles tinieblas, á una sólida muralla. Era hombre perdido.

En todo rigor, volviendo un poco sobre sus pasos, engolfándose en el corredor de las Filles-du-Calvaire, con la condicion de no vacilar en la pata de ganso subterránea de la encrucijada Boucherat, tomando el pasillo de San Luis, despues, á la izquierda, la cañería Saint-Gilles, y en seguida, volviendo á la derecha y evitando la galería de San Sebastian, habria podido llegar á la alcantarilla Amelot, y desde allí, con tal que no se extraviase en la especie de F que hay bajo la Bastilla, dirigirse á la salida sobre el Sena que está junto al Arsenal. Mas para

esto habria sido menester conocer á fondo, en todas sus ramificaciones y en todas sus bocas ó aberturas, la enorme madrepora del alcantarillado. Ahora bien, debemos insistir en ello, él nada sabía de esas pavorosas vias subterráneas por las cuales iba caminando con tanto trabajo; y si le hubieran preguntado dónde se hallaba, habria él respondido: en medio de la noche.

Su instinto sin embargo le sirvió admirablemente. Descender era, en efecto, para él, la única salvacion posible.

Déjole á su derecha los dos corredores que se ramifican en forma de garra ó zarpa bajo la calle de Laffitte, y la calle de San Jorge, y el largo pasillo bifurcado de la Chaussée-d'Antin.

Un poco más allá de un afluente que es probable fuese el ramal de la Magdalena, hizo alto. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho, que probablemente era el atabe de la calle de Anjou, daba una luz casi viva. Juan Valjean, con la exquisita suavidad de movimientos que pudiera tener un hermano para con su hermano herido, depositó á Marius sobre la banqueta ó anden de la alcantarilla. El rostro ensangrentado de Marius apareció bajo la débil claridad del respiradero como en el fondo de una tumba. Tenia los ojos cerrados; el pelo pegado á las sienes se asemejaba á unos pinceles secados y empapados en color rojo, las manos colgando y como muertas, los miembros frios, y en las extremidades de los labios tenia mucha sangre coagulada. En el lazo de la corbata se habia formado un cuajaron de sangre, la camisa penetraba en las heridas, el paño del frac rozaba la carne viva en las cuchilladas abiertas. Juan Valjean, separando la ropa con las puntas de los dedos, le aplicó la mano sobre el pecho, y notó que el corazón latia aún. Juan Valjean rasgó su propia camisa, vendó las heridas como mejor pudo, y detuvo la sangre que aún corria; despues, inclinándose en

medio de aquella débil claridad, sobre Marius, quien continuaba siempre sin conocimiento, y casi sin aliento, le miró atento, con un odio inexplicable.

Al remover la ropa que llevaba puesta Marius, habia encontrado dos cosas en sus bolsillos, el pan que tenia allí olvidado desde la vispera, y la cartera de Marius. Comióse el pan, y abrió la cartera. En la primera página, halló las cuatro líneas que, segun recordará el lector, habia escrito Marius, á saber:

« Me llamo Marius Pontmercy. Que lleven mi cadáver » á casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, calle de » las Filles-du-Calvaire, n.º 6, en el Marais. »

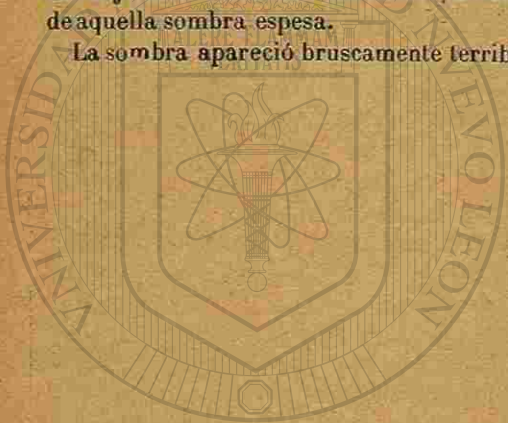
Juan Valjean leyó, á la claridad del respiradero, estas cuatro líneas, y permaneció un momento como absorto en sí mismo, repitiendo á média voz: calle de las Filles-du-Calvaire, n.º 6, el señor Gillenormand; y volvió á colocar la cartera en el bolsillo de Marius. Como habia comido ya algo, recobró las fuerzas. Echóse de nuevo el herido á cuestas, le apoyó cuidadosamente la cabeza sobre su hombro derecho, y emprendió el descenso de la galeria.

La Grande-Alcantarilla, dirigida segun el thalweg del valle de Ménilmontant, mide cerca de tres leguas de longitud, y está enlosada en una gran parte de su extension.

Juan Valjean carecia de esta antorcha con la cual hemos alumbrado nosotros al lector durante su marcha subterránea, á saber: los nombres de las calles de Paris. Nada le revelaba á él cuál era la zona de la ciudad que iba atravesando, ni cuál el trayecto que acababa de hacer. Sólo que la creciente palidez de los claros de luz que se encontraban de vez en cuando le indicaba que el sol se iba ya retirando del suelo y que el dia no tardaria en declinar; y habiéndose hecho, de continuo que era, intermitente el ruido de los carruajes sobre su cabeza, el cual acabó al fin por cesar casi enteramente, concluyó de aquí que ya

no se hallaba bajo el París central y que se aproximaba á alguna región solitaria, cercana de los boulevards exteriores ó de los muelles extremos del Sena. Allí donde hay ménos calles y ménos casas, las alcantarillas tienen también ménos respiraderos. La oscuridad iba siendo cada vez más densa en derredor de Juan Valjean. Mas no por eso dejó él de continuar avanzando, á tientas, en medio de aquella sombra espesa.

La sombra apareció bruscamente terrible.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

PARA LA ARENA COMO PARA LA MUJER, HAY UNA FINURA
QUE ES PERFIDIA

Notó que entraba en el agua, y que lo que tenía bajo sus piés, no era ya embaldosado, sino fango.

Á veces sucede, en ciertas costas de la Bretaña ó de la Escocia, que un hombre, un viajero ó un pescador, caminando en bajamar por la playa, lejos de la orilla, observa de repente que, desde algunos minutos ántes, va andando con alguna dificultad. Bajo sus pisadas, el suelo de la playa parece formado de pez, á la cual se pega la suela; aquello ya no es arena, es liga. La playa sin embargo está enteramente seca, pero á cada paso que se da, desde el momento en que se ha levantado el pié, la huella que él deja se llena de agua. Por lo demás, la vista no ha notado cambio alguno; la inmensa playa está llana y tranquila, toda la arena presenta el mismo aspecto, nada distingue el suelo que es sólido del suelo que no lo es ya. La alegre nubecilla de los

pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente sobre los pies del transeunte. El hombre entre tanto prosigue su camino, marcha hacia adelante, se apoya en la tierra, y procura acercarse á la costa. No está inquieto. ¿Y por qué inquietarse? Sólo que siente algo como si el peso de sus pies aumentara á cada paso que da. De improviso se hunde. Se hunde dos ó tres pulgadas. Indudablemente no va por buen camino, y se detiene para orientarse. De repente, mira á sus pies. Sus pies han desaparecido. La arena los cubre. Saca al fin sus pies de la arena, quiere volverse sobre sus pasos, vuélvese en efecto hácia atrás, pero se hunde más profundamente. La arena le llega al tobillo; arranca los pies de allí y tira hácia la izquierda; la arena le llega á la mitad de las piernas, se inclina hácia la derecha, la arena le llega á las rodillas. Entónces ya reconoce con indecible terror que se halla empeñado y atascado en la playa resbalosa y movediza, y que tiene debajo de sí el medio espantoso en el cual es tan imposible al hombre marchar como al pez nadar. Arroja al suelo su carga si la lleva, aligerándose de peso como el buque que está en peligro; pero ya no es tiempo; la arena le llega por encima de las rodillas.

Llama á gritos, agita el sombrero ó el pañuelo; la arena le va sepultando cada vez más; si la playa está desierta, si la tierra se halla demasiado lejos, si el banco de arena tiene demasiada mala reputacion, si no hay algun héroe en las cercanías, es asunto concluido, está condenado al hundimiento. Está condenado á ese espantoso enterramiento, largo, prolongado, infalible, implacable, imposible de diferir ni de apresurar, que dura horas eternas, que no concluye nunca, que os coge de pié, libre y en plena salud, que os tira de las piernas, que, á cada esfuerzo que intentáis, á cada clamor que lanzáis, os arrastra un poco más abajo, que parece como que os castiga

de vuestra resistencia acrecentando la presion, que hace sumergir lentamente al hombre en la tierra dejándole tiempo para mirar el horizonte, los árboles, la verde campiña, el humo de los hogares en la llanura, las velas de los buques en el mar, las aves que vuelan y que cantan, el sol, el cielo. El hundimiento, es el sepulcro convertido en marea y que asciende del fondo de la tierra hácia un sér viviente. Cada minuto es un sepulturero inexorable. El desdichado procura sentarse, acostarse, arrastrarse; todos los movimientos que hace contribuyen á enterrarle cada vez más; se endereza, y vuelve á sumergirse más profundamente; se está viendo sepultar; brama, implora, grita á las nubes, se tuerce los brazos, se desespera. Vedle ya hundido en la arena hasta el vientre; la arena le llega al pecho; ya no es más que un busto. Levanta las manos, lanza furiosos gemidos, clava sus uñas en el suelo de la playa, quiere asirse de aquella frágil ceniza, se apoya sobre sus codos á fin de sustraerse á aquel blando estuche que le encierra, á aquella vaina traidora que tan obstinadamente ciñe y circunda su cuerpo como la hoja de una espada, ya solloza frenético; la arena sube sin cesar. La arena llega á los hombros, la arena cubre el cuello; ahora ya sólo la cara es visible. La boca grita, la arena la tapa al fin; silencio. Los ojos miran aún, la arena los cierra; noche. En seguida, la frente decrece, un poco de pelo se estremece encima de la arena; una mano sale, ábrese paso al traves de la superficie de la playa, se remueve y se agita, y desaparece. Siniestra desaparicion ó supresion de un hombre.

Á veces sucede que el jinete se hunde con su caballo; á veces el carretero se sumerge con la carreta; todo zozobra y se oscurece bajo aquella playa. Es el naufragio fuera del agua, el naufragio en seco, la tierra ahogando al hombre. Penetrada de Océano, la tierra se convierte en em-

boscada. Se ofrece como una llanura, y se abre como una onda. El abismo suele tener de estas traiciones.

Esta fúnebre aventura, siempre posible en tal ó cual playa del mar, era posible también, treinta años há, en el alcantarillado de París.

Antes de las importantes obras empezadas en 1833, las vías subterráneas de París estaban sujetas á súbitos hundimientos.

El agua se infiltraba en ciertos terrenos subyacentes, muy fáciles de desmenuzarse; el zampeado, ora fuese de losas, como en las antiguas alcantarillas, ó de cal hidráulica sobre argamasa, como en las nuevas galerías, careciendo ya de punto de apoyo, cedía, y se plegaba. Un pliegue ó una arruga en un piso de esta naturaleza, es una hendidura, es el desplomamiento. El zampeado se desplomaba en cierta longitud. Aquella grieta, hiato ó boca de un abismo de cieno, se llamaba en la lengua especial un *fontis* (sima). ¿Qué cosa es un *fontis*? Es la arena movediza de las orillas del mar hallada de improviso en un subterráneo; es la playa del monte Saint-Michel transportada á una alcantarilla. El suelo empapado en humedad, se halla como en fusión; todas sus moléculas están en suspensión en un medio blando; aquello no es tierra, ni tampoco es agua. Á veces hay una profundidad muy grande. Nada más temible que un encuentro de esta naturaleza. Si el agua domina, la muerte es pronta, el ser viviente es engullido ó devorado en un instante; si domina la tierra, la muerte es lenta, por medio de hundimiento, como el de la playa.

¡Figúrese el lector qué especie de muerte! Si el hundimiento es espantoso en una playa del mar, ¡qué será en el fondo de una cloaca! En vez del aire libre, de la luz del sol, del claro espectáculo del día, del espléndido horizonte, de esos inmensos y vagos rumores, de esas libres

nubes de donde llueve la vida, de esos barcos que se divisan de lejos, de esa esperanza que se ofrece bajo todas formas, la probabilidad de que pase algún transeunte, la posibilidad del socorro hasta el último momento, en vez de todo esto, la ceguedad, la sordera, una bóveda negra, el interior de una tumba ya construida y preparada, la muerte en el cieno y bajo una cobertera! el ahogamiento lento por la inmundicia, una caja de piedra donde la asfixia abre sus garras entre el fango y os toma por el cuello; la fetidez mezclada con el estertor; el limo en vez de la arena de la playa, el hidrógeno sulfurado en vez del huracán, la basura en vez del Océano! y llamar, y rechinar los dientes, y torcerse y forcejear y bregar y agonizar, con esa ciudad enorme que no sabe nada de lo que está pasando y que está sobre su cabeza.

¡Horror indecible, el morir de esta manera! Á veces la muerte rescata su atrocidad por medio de cierta dignidad terrible. En la hoguera, en el naufragio, puede uno mostrarse grande; entre las llamas como entre la espuma, es posible una actitud noble y arrogante; transfigurarse abismándose. Pero aquí, nada de esto. La muerte es sucia. Es humillante el espirar de esta manera. Las supremas visiones flotantes son abyectas. Cieno es sinónimo de vergüenza. Es una cosa pequeña, fea, ruin, infame. Morir en un tonel de malvasia, como Clarence, pase; pero morir en la fosa de las inmundicias, como d'Escoubleau, es horrible. Removerse allí dentro, es asqueroso; y al mismo tiempo que se agoniza, se chapotea y se patulla. Hay bastantes tinieblas para que aquello sea el infierno, y bastante fango para que no sea otra cosa que un cenagal, y el moribundo ignora si va á convertirse en espectro, ó si va á convertirse en sapo.

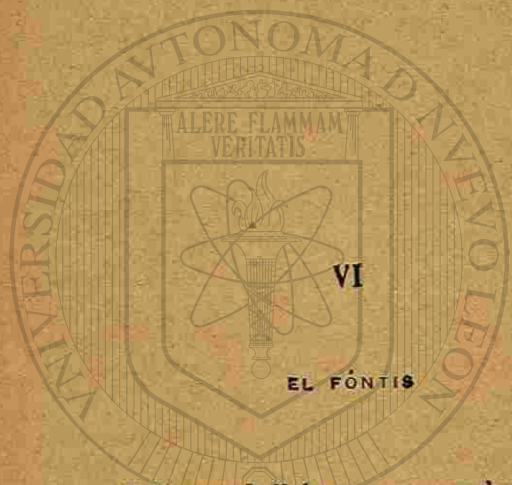
En cualquiera otra parte, el sepulcro siempre es siniestro; en este sitio es deforme.

La profundidad de los fónfis variaba, lo mismo que su longitud, y su densidad, en razon de la más ó ménos mala calidad del terreno en que insiste el suelo. Á veces un fónfis tenia tres ó cuatro piés de profundidad, otras veces, ocho ó diez; y habia ocasiones en que no se le hallaba el fondo. El cieno era en unas partes casi sólido, en otras casi líquido. En el fónfis Lonière, un hombre habria empleado un dia entero en desaparecer completamente; miéntras que en cinco minutos le habria devorado el cenagal Phelippeaux. El fango sufre más ó ménos peso y volúmen, según su mayor ó menor densidad. Un niño se salva donde un hombre se pierde. La primera ley de salvacion es la de despojarse de toda especie de carga. Arrojar su saco de herramientas, su gamella ó su cesto, era por donde empezaba el pocero que sentia ceder el suelo bajo sus piés.

Los fónfis procedian de diversas causas: friabilidad del terreno, ó sea, facilidad de desmenuzarse; algun hundimiento interno que existe á una profundidad fuera del alcance del hombre; los violentos chaparrones del estío; los incesantes aguaceros del invierno; las largas lluvias finas pero constantes. En ciertos casos, el peso de las casas inmediatas sobre un terreno margoso ó arenoso, atraia las bóvedas de las galerias subterráneas y las hacia ladear, ó bien sucedia que el zampeado estallaba y se hendia bajo este empuje aplastador. El aplamamiento del Pantheon obstruyó de esta manera, háce un siglo, una parte de los subterráneos de la montaña de Santa Genoveva. Cuando se hundia una alcantarilla bajo la presion de las casas, el desórden, en ciertas ocasiones, se reconocia arriba, en la calle, por una especie de separacion en forma de dientes de sierra entre los adoquines; esta hendidura se extendia en línea curva que serpeaba en toda la longitud de la bóveda greteada, y entónces,

siendo el mal visible, el remedio podia ser pronto. Tambien solia suceder con frecuencia que el estrago interior no se revelaba por ningun chirlo en el exterior. Y, en este caso, ¡desgraciados poceros! Entrando sin precaucion en una alcantarilla hundida, podian perderse en ella. Los antiguos registros hacen mencion de algunos poceros sepultados de esta manera en los fónfis. Varios son los nombres que se citan; entre otros, el del que se hundió en un desplomamiento bajo la cañeria de la calle del Carême-Prenant, un tal Blas Pontrain; este Blas Pontrain era hermano de Nicolas Pontrain, que fué el último sepulturero del cementerio llamado el Carnero de los Inocentes, en 1785, época en que murió este cementerio.

Tambien hubo aquel excelente jóven vizconde d'Escoubleau, de quien acabamos de hablar, que fué uno de los héroes del sitio de Lérida, donde se dió el asalto con medias de seda, y marchando los violines al frente. Sorprendido una noche en casa de su prima la duquesa de Sourdis, d'Escoubleau pereció ahogado en una hondonada de la alcantarilla Bautreillis donde se habia refugiado para ocultarse del duque. La señora de Sourdis, cuando la refirieron esta muerte, pidió su frasco, y se olvidó de llorar á fuerza de respirar sales. En semejante caso, no hay amor que valga; la cloaca lo extingue. Hero se niega á lavar el cadáver de Leandro. Thishé se tapa la nariz en presencia de Pyramo y dice: ¡ Puf



Juan Valjean se hallaba en presencia de un fóntis.

Este género de hundimiento era entonces frecuente en el suelo subterráneo de los Campos Elíseos, muy difícil de manejar para los trabajos hidráulicos y poco conservador de las construcciones subterráneas, á causa de su excesiva fluidez. Esta fluidez excede en inconsistencia á las mismas arenas del barrio de San Jorge, que no han podido ser domeñadas sino por medio de un empedrado sobre argamasa, y á las capas gredosas infectas de gas del barrio de los Mártires, tan líquidas, que no ha sido posible practicar el tránsito bajo la galería de los Mártires sino mediante un tubo de hierro colado. Cuando en 1836 demolieron bajo el arrabal de Saint-Honoré, para reconstruirla nuevamente, la antigua alcantarilla de piedra en que ahora vemos empeñado á Juan Valjean, la

arena movediza, que constituye el suelo bajo de los Campos Elíseos hasta el Sena, opuso obstáculo, en tales términos, que la operación duró cerca de seis meses, con grandes protestas y gran despecho de los vecinos inmediatos, sobre todo los que habitan en hoteles y tienen carruajes. Las obras fueron más que incómodas; fueron peligrosas. Es verdad que hubo cuatro meses y medio de lluvia y tres crecientes del Sena.

El fóntis que encontraba Juan Valjean tenía por causa el aguacero de la víspera. Un descenso del enlosado, mal sostenido por la arena subyacente, había producido un atascamiento de agua pluvial. Una vez establecida la infiltración, habiase seguido el hundimiento. El zampeado, dislocado enteramente, se había precipitado en el fango. ¿ En qué longitud? Imposible era decirlo. La oscuridad era allí más espesa que en ninguna otra parte. Aquel era un hoyo de cieno en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió faltarle el suelo bajo sus piés, y entró de improviso en aquel fango. Era agua en la superficie y limo en el fondo. Y sin embargo, era menester pasar. Volver sobre sus pasos era imposible. Marius estaba espirando, y Juan Valjean extenuado. Además, ¿ adónde ir? Juan Valjean avanzó pues. Por lo demás, la hondonada pareció poco profunda al dar los primeros pasos. Pero, á proporción que iba avanzado, sus piés se sumergían. Bien pronto le llegó el cieno hasta la mitad de las piernas y el agua más arriba de las rodillas. Iba andando, y al mismo tiempo levantaba con ambos brazos á Marius lo más que le era posible, sobre el nivel del agua. El fango le tocaba á las rodillas y el agua á la cintura. Ya no podía retroceder, y cada vez se iba hundiendo más. Aquel cieno, bastante denso para el peso de un hombre, no podía evidentemente soportar dos. Marius y Juan Valjean habrían tenido más probabilidad de salir de aquel

apuro aisladamente. Juan Valjean continuó avanzando, sin dejar de sostener aquel moribundo, que tal vez era un cadáver.

El agua le llegaba á los sobacos; ya se sentía zozobrar; apenas podía moverse en la profundidad de cieno en que se hallaba. La densidad, que era su sosten, era tambien para él un obstáculo. Sin cesar levantaba por alto á Marius, y, con un empleo de fuerza inaudita, avanzaba siempre, pero siempre se hundia. Ya no tenía más que la cabeza fuera del agua, y sus dos brazos elevando á Marius. En las antiguas pinturas del diluvio, hay una madre que hace lo mismo con su hijo.

Todavía volvió á sumergirse más, é inclinó la cara hácia atrás para libertarse del agua y poder respirar; quien le hubiera visto en aquella oscuridad habria creído ver una careta flotando en la sombra; vagamente distinguía él encima la cabeza colgando y el rostro lívido de Marius; hizo al fin un esfuerzo desesperado y lanzó el pié hácia delante: el pié fué á encontrar un objeto sólido: un punto de apoyo. Ya era tiempo.

Se enderezó, se estiró y se arraigó con una especie de furia en aquel punto de apoyo, el cual le pareció ser el primer peldaño de una escalera que le hacia subir de nuevo á la vida.

Aquel punto de apoyo, hallado en el fango en el momento supremo, era el principio de la otra vertiente del zampeado, que se habia inclinado sin romperse, precipitándose bajo el agua como una tabla y en una sola pieza. Los embaldosados bien contruidos ofrecen de ordinario ejemplos de esta sólida consistencia. Aquel fragmento de zampeado, sumergido en parte, pero firme, era una verdadera rampa, y una vez apoyado en aquella rampa, ya estaba salvado. Juan Valjean ascendió aquel plano inclinado y llegó al lado opuesto de la hondonada.

Al salir del agua, fué á chocar contra una piedra y cayó sobre sus rodillas. Halló que esta actitud era justa y como providencial, y permaneció así algun tiempo, con el alma abismada en no sé qué palabras dirigidas á Dios.

Levantóse tembloroso, helado, infecto, encorvado bajo la carga de aquel moribundo á quien él conducia en peso, chorreando cieno por todas partes, pero con el alma inundada de una extraña claridad



Á VECES VARA EL BUQUE DONDE CREIA DESEMBARCAR

Volvió, pues, á proseguir de nuevo su camino.

Por lo demas, si no habia él dejado la vida en el fón-tis, parecia á lo ménos haber dejado allí la fuerza. Este supremo esfuerzo le habia rendido enteramente. Su cansancio era ahora tal, que á cada tres ó cuatro pasos que daba se veia obligado á tomar alientos, y á apoyarse contra la pared. Una vez tuvo que sentarse sobre la banqueta para cambiar la posicion de Marius, y creyó que de allí no pasaria. Pero si su vigor estaba muerto, su energia no lo estaba; y volvió á levantarse.

Púsose á andar desesperadamente, casi de prisa, y de esta manera dió unos cien pasos sin levantar la cabeza, casi sin respirar, y de repente tropezó contra la pared. Habia llegado á un recodo de la alcantarilla, y al pasar, con la cabeza baja, por la esquina, como no se volvió,

fré a tropezar con la pared de frente. Alzó los ojos, y en la extremidad del subterráneo, frente de él, allá léjos, muy léjos, distinguió una luz. Esta vez, no era ya la luz terrible; era la luz blanca y buena. Era la luz del dia.

Juan Valjean veia por fin la salida.

Un alma condenada que, de en medio de la hornaza, viesse de repente la salida de la gehenna, experimentaria sin duda lo que en este momento experimentó Juan Valjean, y volaria presurosa con el mañon de sus alas quemadas hácia la puerta radiante. Juan Valjean no sintió ya la fatiga, no sintió más el peso de Marius, volvió á encontrar sus piernas de acero, y más bien que andar, corrió desde este momento. Á medida que se iba acercando, la salida se dibujaba cada vez más distintamente. Era un arco cimbrado, ménos alto que la bóveda, la cual iba descendiendo por grados, y ménos ancho que la galeria, que se estrechaba al mismo tiempo que la bóveda bajaba. El túnel concluia, en interior de embudo; viciosa estrechez, imitada de los postigos de las prisiones; lógica en una cárcel ó presidio, pero ilógica en una alcantarilla, y que ha sido corregida despues.

Juan Valjean llegó á la salida.

Allí se detuvo.

Era, en efecto, la salida, pero no se podia salir.

El arco estaba cerrado con una fuerte verja, y esta verja que, segun todas las apariencias, giraba rara vez sobre sus goznes oxidados, se hallaba sujeta á sus jambas de piedra por medio de una cerradura gruesa y pesada que, enrojecida de herrumbre, se asemejaba á un enorme ladrillo. Veíase el agujero de la llave, y el robusto pestillo profundamente introducido en la armella de hierro. Evidentemente aquella puerta se hallaba cerrada con dos vueltas de llave. Era una de esas cerraduras de bastillas que el antiguo París prodigaba de buen grado

Más allá de la verja, el aire libre y puro, el río, la luz del día, el ribazo muy estrecho, es verdad, pero suficiente para marcharse por él. Los muelles lejanos. París, este abismo, este gran remolino donde es tan fácil ocultarse, el ancho horizonte, la libertad. Distinguiase á la derecha, hácia abajo, el puente de Iéna, y á la izquierda, hácia arriba, el puente de los Inválidos; el sitio habria sido excelente para esperar la noche y evadirse. Aquel era uno de los puntos más solitarios de París; el ribazo que hace frente al Gros-Cailloü. Las moscas entraban y salían por entre los barrotes de la verja.

Serian como las ocho y media de la tarde. El día iba ya bajando mucho.

Juan Valjean depositó á Marius á lo largo de la pared, en la parte seca del zampeado, y en seguida se dirigió á la verja y asió los barrotes con ambas manos; la sacudida que dió á la verja fué frenética, pero la conmoción fué nula. La verja no se movió. Juan Valjean cogió los barrotes, uno en pos de otro, esperando poder arrancar el ménos sólido y hacerse de él una palanca para levantar la puerta ó para romper la cerradura. Ningun barrote se movió. Los dientes de un tigre no son más sólidos en sus alvéolos. Nada de palanca; nada de contrapeso posible que oponer á la verja. El obstáculo era invencible. No habia medio alguno de abrir la puerta.

¿Era pues necesario concluir allí? ¿Qué hacer en tal situacion? ¿qué vendria á ser de él y de su interesante carga? ¿retrocederia? ¿recomenzaria el pavoroso trayecto que habia recorrido ya? No le quedaban fuerzas para hacerlo. Y además, ¿cómo atravesar de nuevo aquel hundimiento del cual no habia salido vivo sino milagrosamente? ¿Y despues de la hondonada peligrosa, no habia tambien aquella ronda de policia de la cual no escaparia seguramente dos veces? Y, por otra parte,

¿adónde ir? ¿qué direccion tomar? seguir la pendiente, no era ir al objeto. Aun cuando llegase á otra salida, la hallaria obstruida como esta por un tapon ó por una verja. Todas las salidas estaban indudablemente cerradas de esta manera. La casualidad habia arrancado la verja por la cual entró él, pero era evidente que todas las otras bocas de alcantarilla se hallaban cerradas. No le habia conseguido otra cosa que evadirse en una prision.

Era pues asunto concluido. Todo cuanto habia hecho Juan Valjean era inútil. El desfallecimiento sólo le daba por resultado un aborto completo.

Uno y otro se hallaban cogidos en la sombría é inmensa tela de la muerte, y Juan Valjean sentia correr sobre aquellos hilos negros estremeciéndose en las tinieblas, la espantosa araña.

Volvió la espalda á la verja, y cayó sobre las losas, abatido más bien que sentado, junto á Marius siempre sin movimiento, y su cabeza se postró entre sus rodillas. No habia salida. Era la última gota de la angustia.

¿En quién pensaba él en medio de este profundo abatimiento? Ni en si mismo, ni en Marius. Pensaba en Coseta.



En medio de este anonadamiento, sintió que le pusieron una mano sobre el hombro, y oyó una voz que hablando bajo le dijo :

— Hagamos dos partes.

¿ Alguien en aquella sombra? Nada se asemeja tanto al sueño como la desesperación. Juan Valjean creyó que estaba soñando. No había oído pasos. ¿ Era posible? levantó los ojos.

Un hombre se hallaba delante de él.

Aquel hombre estaba vestido de una blusa; llevaba los pies descalzos, y los zapatos en la mano izquierda; sin duda se los había quitado para poder llegar hasta Juan Valjean, sin que le oyeran andar.

Juan Valjean no tuvo un momento de vacilación. Por

más imprevisto que fuese tal encuentro, aquel hombre le era conocido. Aquel hombre era Thénardier.

Aunque despertado, por decirlo así, de sobresalto, Juan Valjean, avezado á las alarmas y aguerrido en los golpes inesperados y que es preciso parar con presteza, recobró la posesión de toda su presencia de ánimo inmediatamente. Por otra parte, la situación no podía empeorar ya; hay cierto grado de angustia y desamparo que no admite crescendo, y ni el mismo Thénardier podía ya añadir negrura á aquella noche.

Thénardier, levantando su mano derecha hasta la altura de su frente, hizose con ella una pantalla, en seguida acercó las cejas guiñando los ojos, lo que, con ligero fruncimiento de la boca, caracteriza la atención sagaz de un hombre que procura reconocer á otro. No lo consiguió.

Juan Valjean, como acabamos de decirlo, volvía la espalda á la luz, y estaba además tan desfigurado, tan cubierto de cieno y de sangre, que aún en mitad del día habría sido imposible reconocerle. Al contrario, alumbrado de frente por la luz de la verja, claridad de cueva, es verdad, livida, pero precisa en su lividez, Thénardier, como se expresa la enérgica metáfora vulgar, saltó en seguida á los ojos de Juan Valjean. Esta desigualdad de condiciones bastaba para asegurar alguna ventaja á Juan Valjean en aquel duelo misterioso que iba á empeñarse entre las dos situaciones y los dos hombres. El choque tenía efecto entre Juan Valjean encubierto y Thénardier desenmascarado.

Juan Valjean se apercibió al instante de que Thénardier no le había conocido.

Durante un momento se consideraron los dos en aquella penumbra, como si se midieran el uno al otro. Thénardier rompió al fin el silencio y dijo :

— ¿ Y cómo vas á arreglarte para salir?

Juan Valjean no contestó.

Thénardier prosiguió diciendo :

— Forzar la puerta es imposible. Y sin embargo, es preciso que salgas de aquí.

— Es verdad, dijo Juan Valjean.

— Pues bien, hagamos dos partes.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Tú has matado al hombre; bien. Pues yo tengo la llave.

Y al decir esto, Thénardier indicaba á Marius con el dedo. En seguida añadió :

— Yo no te conozco, pero quiero ayudarte. Tú debes ser un amigo.

Juan Valjean empezó á comprender. Thénardier le tomaba por un asesino.

Thénardier repuso aún :

— Escucha, camarada. Tú no has matado á ese hombre sin mirar lo que él tenía en sus bolsillos. Dáme la mitad, y te abro la puerta.

Y medio descubriendo por debajo de su blusa, toda agucercada, una enorme llave, añadió :

— ¿Quieres ver cómo está construida la llave de los campos? Héla aquí.

Juan Valjean « quedó como estúpido, » la frase es del viejo Corneille, en términos de poner en duda que lo que estaba viendo fuese una realidad. Era la Providencia que se le aparecía, con figura horrible, el ángel bueno saliendo de la tierra bajo la forma de Thénardier.

Thénardier metió el puño en un ancho bolsillo oculto bajo su blusa, sacó de él una cuerda y se la alargó á Juan Valjean.

— Ten, le dijo, ya ves, á mayor abundamiento, te doy la cuerda.

— ¿Para qué necesito yo esta cuerda?

— Y una piedra necesitas también, pero ahí fuera

hallarás. Hay un monton de escombros ahí al lado.

— ¿Y para qué también una piedra?

— Majadero, puesto que vas á echar al río tu mulé¹, claro es que necesitas una cuerda y una piedra, sin la cual quedaria flotando sobre el agua.

Juan Valjean tomó la cuerda. No hay nadie que no tenga de estas aceptaciones maquinales.

Thénardier se hizo estallar los dedos, como á la llegada de una idea súbita.

— Ah pero, camarada, ¿cómo te las has compuesto para atravesar la hondonada que está allá lejos? yo no me he atrevido á arriesgarme. ¡Puf! es que no echas muy buen olor.

Y despues de una pausa añadió :

— Yo te dirijo preguntas, pero tú haces bien en no responderme. Es un aprendizaje para el fastidioso cuarto de hora del juez de instruccion. Y sobre todo, no hablando nada absolutamente, nunca se arriesga el hablar demasiado alto. De todos modos, porque yo no vea tu cara ni conozca tu nombre, harás mal en creer que no sé quién eres y lo que quieres. Eso por sabido se calla. Tú has mulabao² un poco á este señor que traes aquí; y ahora quisieras hallar algun bujio³ donde meterle. Lo que te conviene es el río, que es el gran trágalo-todo. Yo te sacaré del apuro. Ayudar á un buen amigo en sus lances apurados es cosa que á mí me pesquivara but⁴.

Al mismo tiempo que aprobaba el silencio de Juan Valjean, era evidente que él procuraba hacerte hablar por todos los medios posibles. Dióle un empujon en el hombro, con el objeto de facilitar el verle de perfil, y exclamó sin que

¹ Cadáver.

² Matado.

³ Escondite.

⁴ Me agrada mucho.

excediera sin embargo los límites en los cuales procuraba él siempre mantener el tono de su voz:

— A propósito de la hondonada, ¡ valiente

¿ Por qué no arro, aste allí ese hombre?

Juan Valjean guardó silencio.

Thénardier añadió, elevando hasta la nuez de Adán el pingajo que le servía de corbata, gesto que completa el tono de capacidad de un hombre grave:

— En realidad, tal vez has obrado cuerdamente. Los obreros que vendrán mañana á tapar ese hoyo, habrían hallado sin duda al *pantinois* olvidado allí, y por el hilo habrían sacado el ovillo y descubierto la huella, hasta llegar á ti. ¿ Alguien ha pasado por la alcantarilla. ¿ Quién será? ¿ por dónde habrá salido? ¿ le han visto salir? La policía es sagaz como un diablo. Las alcantarillas son traidoras y nos delatan. Un hallazgo así es una rareza, es cosa que llama la atención, porque son pocas las gentes que se sirven de las cloacas para sus negocios, mientras que el río pertenece á todo el mundo. El río es la verdadera fosa. Al cabo de un mes, le pescan á usted su hombre en las orillas de Saint-Cloud. Y bien, ¿ qué le hace eso? no importa dos cominos; ¡ una carroña más! y se acabó la cuestión. ¿ Quien ha matado á este hombre? Paris. Y ni siquiera la justicia informa. Has hecho bien.

Cuanto más locuaz se mostraba Thénardier, más mudo estaba Juan Valjean. Thénardier le sacudió de nuevo el hombro.

— Ahora, concluyamos el negocio, dijo. Partamos. Ya has visto tú mi llave, enséñame tu dinero.

Thénardier estaba rudo, zahareño, salvaje, siniestro, un tanto amenazador, y sin embargo amistoso.

Sucedía una cosa bastante extraña; los modales de Thénardier no eran sencillos; no tenía él trazas de estar muy tranquilo y satisfecho; sin afectar un tono misterioso, pro-

curaba hablar en vez baja; de vez en cuando ponía el dedo en sus labios y murmuraba: ¡ chiton! Era difícil adivinar por que. Allí no había nadie más que ellos dos. Juan Valjean creyó que tal vez habría otros bandidos ocultos por allí en algun recodo, no muy léjos, y que Thénardier no quería hacerlos entrar á la parte.

Thénardier añadió:

— Concluyamos. ¿ Cuánto tenía el mulé en sus potosias? Juan Valjean se registró sus bolsillos.

Segun recordará el lector, tenía él la costumbre de llevar siempre dinero consigo. La vida sombría y de continuo expediente á la cual se hallaba condenado le hacía de ello una necesidad. Mas esta vez sin embargo se vió cogido al desprovisto. Al ponerse, la noche ántes, su uniforme de guardia nacional, lúgubremente absorto cual se hallaba, se olvidó de tomar su cartera. De modo que sólo tenía algunas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco. Dió vuelta á este bolsillo, todo el empapado en cieno, y depositó sobre la banqueta del zampeado un luis de oro, dos monedas de cinco francos y cinco ó seis monedas de cobre.

Thénardier avanzó el labio inferior con una contorsion de cuello significativa.

— Por bien poca cosa lo has matado, si no es más que eso, dijo.

Y en seguida se puso á palpar, con toda familiaridad, los bolsillos de Juan Valjean y los de Marius. Juan Valjean, preocupado como él se hallaba principalmente de tener la espalda vuelta á la luz, le dejaba hacer lo que quisiera. Mientras que manoseaba el frac de Marius, Thénardier, con una destreza de verdadero escamoteador, halló medio de arrancar de él, sin que lo notara Juan Valjean, un pedazo, que ocultó al punto bajo su blusa, pensando probablemente que aquel fragmento de paño podría servirle más adelante para reconocer al hombre asesinado y al ase-

sino. Por lo demas, no encontró ninguna otra moneda que los treinta francos.

— Y es verdad, dijo, entre uno y otro, no tenéis nada más que esto.

Y olvidando su propuesta de : *hagamos dos partes*, lo tomó el todo para sí.

Vaciló un poco ante las monedas de cobre; pero después de reflexionarlo un instante, las recogió también refunfuñando:

— ¡No importa! esto es marar! á la gente demasiado barato.

Hecho esto, volvió á sacar de nuevo la llave debajo de la blusa.

— Ahora, amigo, es menester que salgas. Aquí es como en la feria se paga al salir. Tú has pagado, sal.

Y se echó á reír.

Al prestar á un desconocido el auxilio de aquella llave, y al hacer salir por aquella puerta á otra persona que á él, ¿tenía la intención pura y desinteresada de salvar á un asesino? Hé aquí lo que, á nuestro juicio, es permitido dudar.

Thénardier ayudó á Juan Valjean á volver á colocar á Marius sobre sus hombros, y en seguida se dirigió hácia la verja sobre la punta de sus piés descalzos, haciendo seña á Juan Valjean de que le siguiera, miró hácia la parte de fuera, se puso el índice en la boca, y permaneció algunos segundos como en suspenso; una vez hecha la inspección, aplicó la llave á la cerradura. El pestillo corrió y la puerta giró sobre sus goznes, sin que se dejara oír el menor crujido ni rechino. Esta operación se efectuó muy suavemente. Veíase bien que aquella verja y aquellos goznes, bien untados de aceite y con el mayor esmero y disímulo, se abrían con más frecuencia de lo que se hubiera podido creer á primera

‡ Asesinar.

vista. Aquella suavidad era siniestra; vislumbrábanse allí las idas y venidas furtivas, las entradas y salidas silenciosas de los hombres nocturnos, y los pasos de lobo del crimen. La alcantarilla estaba evidentemente en complicidad con alguna banda misteriosa. Aquella verja taciturna era una encubridora.

Thénardier entreabrió la puerta, en términos que diese paso justamente á Juan Valjean, cerró de nuevo la verja, dando dos vueltas á la llave en la cerradura, y volvió á sumergirse en la oscuridad, sin hacer más ruido que un soplo. Diríase que andaba con la suave y delicada pata del tigre. Un momento después, aquella horrible providencia había vuelto á penetrar en lo invisible.

Juan Valjean se hallaba fuera.

formaban en la inmensidad otros tantos fulgores imperceptibles. Aquel crepúsculo desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las gracias serenas y apacibles del infinito.

Era esa hora indecisa y exquisita que ni dice sí, ni dice no. Había ya bastante noche para que pudiera uno perderse de vista á cierta distancia, y bastante día aún para que pudiera ser reconocido de cerca.

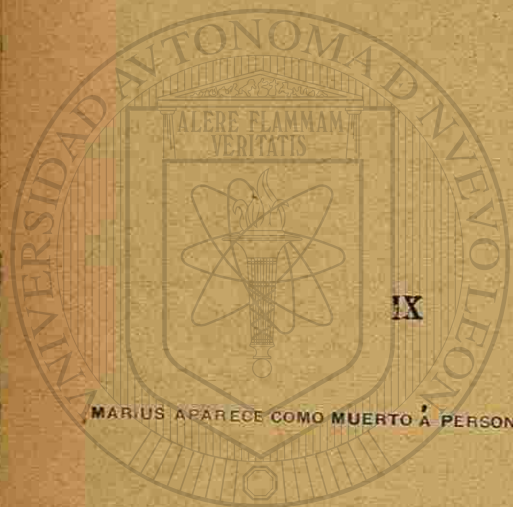
Durante algunos segundos, Juan Valjean se mantuvo irresistiblemente como vencido por toda aquella serenidad augusta y cariñosa; hay así ciertos momentos de olvido; el sufrimiento renuncia á hostigar al desgraciado: todo se eclipsa en el pensamiento; la paz cubre al soñador como una noche; y bajo el radiante crepúsculo, y á imitación del cielo que se ilumina, el alma se hiende y se abre. Juan Valjean no pudo ménos de contemplar aquella vasta y clara sombra que tenía sobre él; permaneció pensativo, tomando en el majestuoso silencio del cielo eterno un baño de éxtasis y de oración. En seguida, de súbito, como si renaciera en él en aquel instante el sentimiento de un deber, se inclinó hácia Marius, y, tomando un poco de agua del río en la palma ahuecada de su mano, le esparció suavemente algunas gotas en la cara. Los párpados de Marius no se movieron; sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Iba Juan Valjean á introducir segunda vez la mano en el río, cuando de repente sintió cierta especie de embarazo, como en esas ocasiones en que, sin verle, tiene uno á alguien detras de sí.

Ya hemos indicado en otra parte esta impresión, que todo el mundo conoce.

Miró hácia atras.

Como pocos momentos ántes, alguien en efecto estaba á espaldas de él.



Dejó caer á Marius con el mayor cuidado sobre el ribazo.
¡Ya estaban fuera!

Los miasmas, la oscuridad, el horror, los dejaba ya á la espalda. El aire salubre, puro, viviente, alegre, libremente respirable, le circundaba y le inundaba. El mayor silencio reinaba en derredor suyo, pero era el grato silencio del sol poniente en pleno azul del firmamento. Era el crepúsculo; y la noche se acercaba, la noche, esa grande libertadora, amiga de todos los que necesitan un manto de sombra para salir de una agonía. El cielo ofrecía por todas partes una gran calma. El río llegaba á sus pies con el ruido de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidot que se daban las buenas tardes en los olmos de los Campos Eliseos. Algunas estrellas, moteando débilmente el pálido azul del zenit, y sólo visibles al sueño que se cebra

Un hombre de elevada talla envuelto en un largo leviton, con los brazos cruzados, y empuñando en su derecha una macana cuyo pomo plumizo se dejaba ver por encima de la mano, estaba de pié á pocos pasos detras de Juan Valjean, que se hallaba inclinado sobre Marius.

Con el auxilio de la sombra, aquel hombre era una especie de aparicion. Un hombre sencillo habria tenido miedo á causa del crepúsculo, y un hombre reflexivo á causa del garrote con empuñadura de plomo.

Juan Valjean reconoció al punto á Javert.

El lector ha adivinado sin duda que el ojeador ó perseguidor de Thénardier no era otro que Javert. Despues de su inesperada salida de la barricada, Javert se fué derecho á la prefectura de policia, y en una corta audiencia dió verbalmente al prefecto en persona cuenta exacta de lo que le habia pasado; en seguida recobró sin demora su servicio, el cual implicaba, — segun recordará el lector por la nota que llevaba consigo y que le cogieron los de la barricada, — cierta vigilancia del ribazo de la orilla derecha, hácia los Campos Eliseos, paraje que hacia ya algun tiempo habia fijado la atencion de la policia. Allí fué donde vió á Thénardier y le siguió á la desfilada. Lo demas es ya cosa sabida.

Comprendese tambien que aquello de abrir tan obsequiosamente la verja á Juan Valjean era una habilidad de Thénardier. Thénardier barruntaba que Javert continuaba siempre allí en acecho; el hombre acechado tiene un olfato que rara vez le engaña; era menester arrojar un hueso á aquel podenco. Un asesino, ¡qué buena fortuna! Era la parte sacrificada para salvar el resto del incendio, parte que no debe rehusarse jamas. Lanzando afuera á Juan Valjean en su lugar, Thénardier daba una buena presa á la policia, la hacia abandonar su propia pista, se hacia él olvidar ante una aventura mucho más importante, recompensaba á Javert por su larga espera, lo que siempre fisonjea á un

espía, ganaba treinta francos, y contaba, por su parte, escapar á beneficio de esta oportuna diversion.

Juan Valjean habia pasado de un escollo á otro.

Aquellos dos encuentros, uno tras otro, caer de Thénardier en Javert, era una cosa ruda en extremo.

Javert no conoció á Juan Valjean, quien, como hemos dicho antes, no se parecia ya á sí mismo. No descruzó siquiera los brazos, aseguró su macana en el puño, por medio de un movimiento imperceptible, y dijo con voz breve y reposada :

— ¿Quién es usted ?

— Yo.

— ¿Quién su nombre ?

— Juan Valjean.

Javert sujetó su macana entre sus dientes, plegó las corvas, inclinó el torso, clavó sus robustas manos sobre los hombros de Juan Valjean, encajándolas como en dos tornos, le examinó, y le reconoció. Casi se tocaban sus rostros. La mirada de Javert era terrible.

Bajo el estrujon de Javert, Juan Valjean quedó inerte, como un leon que consintiera en las garras de un linco.

— Inspector Javert, dijo, me tiene usted á su disposicion. Por otra parte, desde esta mañana, me considero como prisionero de usted. No le he dado yo las señas de mi domicilio para tratar de evadirme. Préndame usted, pues. Sólo le pido que me conceda una cosa.

Javert parecia no oír nada de lo que se le decía; y continuaba fijando su pupila en Juan Valjean. Su barba fruncida le empujaba los labios hácia la nariz, signo de feroz delirio. Por fin soltó á Juan Valjean, se enderezó en un solo tiempo, volvió á empuñar su macana, y, como en un sueño, murmuró más bien que pronunció esta pregunta :

— ¿Qué hace usted aqui ? ¿ y qué viene á ser ese hombre ?

Continuaba hablando á Juan Valjean sin tutearle.

Juan Valjean respondió, y el sonido de su voz pareció despertar á Javert :

— De él precisamente es de quien quería yo hablar á usted. Disponga de mí como guste; pero ayúdeme usted antes á conducirme á su casa. Nada más que esto le pido.

El semblante de Javert se contrajo, como le sucedía siempre que se le pudiera creer capaz de una concesión. Sin embargo, no dijo que no.

Se inclinó nuevamente, sacó de su bolsillo un pañuelo que mojó en el agua y limpió con él la frente ensangrentada de Marius.

— Este hombre estaba en la barricada, dijo á media voz, y como si hablara consigo mismo. Es aquel á quien llamaban Marius.

Espía de primera calidad, que todo lo había observado, todo lo había escuchado, todo lo había oído y recogido, creyendo sin embargo que iba á morir; que espiaba hasta en la agonía, y que, puesto de codos sobre la primera grada del sepulcro, había tomado notas y apuntes allí mismo.

Tomó la mano de Marius, buscando el pulso.

— Es un herido, dijo Juan Valjean.

— Es un muerto, repuso Javert.

Juan Valjean respondió :

— No. Todavía no.

? — Conque usted le ha traído desde la barricada hasta aquí? observó Javert.

Bien era menester que su preocupación fuese profunda para que él no isinitiese eneste extraño é inquietante salvamento por medio de las alcantarillas, y para que niquiera notase el silencio de Juan Valjean despues de su pregunta.

Juan Valjean, á su vez, parecia dominado por un pensamiento único, y añadió :

— Habita en el Marais, calle de las Filles-du-Calvaire, en casa de su abuelo... Ya no me acuerdo del nombre.

Se puso á registrar en el frac de Marius, sacó del bolsillo su cartera, la abrió por la página en la cual había escrito Marius con lápiz su última recomendación, y se la pasó á Javert.

Aún había en el aire bastante claridad flotante para que se pudiera leer. Además Javert tenía en sus ojos la fosforescencia felina propia de las aves nocturnas. Descifró en seguida las pocas líneas escritas por Marius, y refunfuñó :

— Gillenormand, calle de las Filles-du-Calvaire, n.º 6.

En seguida gritó : — ¡ Cochero !

Ya sabemos que había allí un fiacre esperando, por si acaso se le necesitaba.

Javert se guardó la cartera de Marius.

Un momento despues, el coche bajaba por la rampa del abrevadero, y se hallaba sobre el ribazo. Marius fué depositado sobre la banqueta del fondo, y Javert se sentó junto á Juan Valjean en la banqueta delantera.

Cerrada la portezuela, el coche se alejó rápidamente, subiendo por los muelles en la dirección de la Bastilla.

Dejaron los muelles y penetraron en las calles. El cochero, negra sombra instalada en su asiento, daba de latigazos á sus demacrados caballos. Silencio glacial en el fiacre. Marius, inmóvil, con el torso respaldado en el rincón del fondo, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos colgando, las piernas rígidas, parecia no esperar ya más que un féretro ; Juan Valjean parecia hecho de sombra, y Javert de piedra ; y en aquel carruaje lleno de ánueblas, cuyo interior, cada vez que pasaba delante de un farol, aparecía lividamente palidecido como por un relámpago intermitente, la casualidad reumia y parecia confrontar hábilmente las tres inmóviles figuras trágicas, el cadáver, el espectro, la estatua.



EL HIJO PRÓDIGO DE SU VIDA VUELVE A LA CASA PATERNA

Á cada traqueo del empedrado, caía una gota de sangre de los cabellos de Marius.

Era ya noche oscura cuando el fiacre llegó al número 6 de la calle de las Filles-du-Calvaire.

Javert se apeó el primero, dirigió una mirada al número de la casa sobre el portal, para asegurarse de que era el que buscaban, y levantando el grueso picaporte de hierro batido, historiado á la moda antigua, con un macho cabrío y un sátiro mirándose de frente, sacudió un golpe violento. La puerta se entrebrió, y Javert la empujó. El portero enseñó la mitad de la cara, bostezando, vagamente despierto, y con una vela de sebo en la mano.

Todo el mundo estaba durmiendo en la casa. En el *Marais* se acuestan temprano, sobre todo en los días de revuelta. Asustado por la revolución, aquel antiguo y pa-

cible barrio se refugia en el sueño, á la manera que los niños, cuando oyen decir que viene el Coco, se tapan al instante la cabeza bajo la colcha de la cama.

Entre tanto Juan Valjean y el cochero sacaban á Marius del coche, Juan Valjean sosteniéndole por bajo de los sobacos y el cochero por las corvas.

Mientras que conducía á Marius de esta manera, Juan Valjean introdujo la mano bajo sus ropas, que se hallaban rasgadas en mil pedazos, le tentó el pecho y se aseguró de que aún le latía el corazón. Y aún latía con alguna ménos debilidad, como si el movimiento del carruaje hubiera determinado cierta resanimación de la vida.

Javert interpelló al portero con el tono que conviene al gobierno en presencia del portero de un faccioso.

— ¿Un tal Gillenormand?

— Aquí es. ¿Qué le quiere usted?

— Le traen su hijo.

— ¿Su hijo! dijo el portero con ademán estúpido.

— Le traen muerto.

Juan Valjean, que venía todo roto y manchado, detras de Javert, y á quien el portero miraba con cierto horror, le hizo un signo negativo con la cabeza.

El portero pareció no comprender la frase de Javert, ni tampoco el signo de negación que le hizo Juan Valjean.

Javert continuó:

— Se fué á la barricada, y hé aquí las resultas.

— ¡Á la barricada! exclamó el portero.

— Y se ha hecho matar. Vaya usted á despertar á su padre.

El portero no se movía.

— ¡Vaya usted pronto! repitió Javert.

Y despues añadió:

— Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert, los incidentes habituales de la via pú-

blica se hallaban clasificados categóricamente, en lo cual consiste el principio de la prevision y de la vigilancia, y cada eventualidad tenía su compartimiento; los hechos posibles estaban en cierto modo encerrados en unas gavetas de donde salían, en ocasiones dadas, y en cantidades variables; así que, para él, había en la calle alboroto, motín, carnaval, entierro, etc.

El portero se limitó á despertar á Basque. Basque despertó á Nicolette; Nicolette despertó á la señorita Gillenormand, la tia de Marius. Por lo que hace al abuelo, le dejaron dormir, juzgando que siempre sabría él demasiado pronto el suceso.

Subieron á Marius al primer piso, sin que, por lo demás, ninguna otra persona de la casa se apercibiera de lo que pasaba, y le depositaron sobre un sofá viejo que había en la sala del Señor Gillenormand. Mientras que Basque iba á llamar á un médico y Nicolette abría los armarios y cómodas de la ropa blanca, Juan Valjean sintió que Javert le tocaba con la mano en el hombro. Comprendió, y volvió á bajar la escalera, llevando tras sí el paso de Javert que le seguía.

El portero los vió marchar como los había visto llegar, con una somnolencia asustada.

Volvieron á subir al fiacre, y el cochero á su asiento.

— Inspector Javert, dijo Juan Valjean, concédame usted aún otra cosa.

— ¿Qué cosa? preguntó rudamente Javert.

— Déjeme entrar un instante en mi casa. Despues hará usted de mí lo que quisiere.

Javert permaneció silencioso algunos instantes, con la barba encajada en el cuello de su levita; en seguida bajó el cristal de la delantera y gritó:

— Cochero, calle de l'Homme-Armé, número 7.

XI

VACILACION EN EL ABSOLUTO

Durante todo el trayecto, no volvieron á despegar los labios.

¿Qué quería Juan Valjean? Acabar lo que había empezado; prevenir á Coseta, decirla donde estaba Marius, darla tal vez alguna otra indicacion útil, tomar, si le era posible, ciertas disposiciones supremas. En cuanto á él, á lo que le concierne personalmente, era asunto concluido; se hallaba prisionero de Javert, y no le oponía la menor resistencia; otro que él, en tal situacion, habria tal vez pensado vagamente en aquella cuerda que le dió Thénardier y en los barrotes del primer calabozo en donde le encerrarán; pero desde la crisis provocada por el obispo, había en Juan Valjean, en presencia de todo atentado, aún cuando fuera contra sí mismo, insistamos en esto, una profunda hesitacion religiosa.

El suicidio, esta misteriosa vía de hecho sobre lo desconocido, la cual puede contener, hasta cierto punto, la muerte del alma, era imposible á Juan Valjean.

Á la entrada de la calle de l'Homme-Arme, se detuvo el coche, pues aquella calle es demasiado estrecha para que puedan penetrar en ella los carruajes. Javert y Juan Valjean se apearon.

El cochero manifestó humildemente al « señor inspector » que el terciopelo de Utechit de su fiacre se había manchado todo él con la sangre del hombre asesinado y con el lodo del asesino. Esto era todo lo que él había comprendido; añadiendo que se le debía una indemnización. Al mismo tiempo, sacando su libreo del bolsillo, suplicó al señor inspector que tuviera la bondad de escribirle allí « un certificado como era así la verdad. »

Javert rechazó el librito que le alargaba el cochero, y dijo:

— ¿Cuánto se te debe, incluso tu estación y tu carrera?

— Hace en todo siete horas y un cuarto, respondió el cochero, y mi terciopelo era enteramente nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó de su bolsillo cuatro napoleones de oro y se los entregó al cochero.

Juan Valjean pensó desde luego que la intención de Javert era conducirlo á pié al cuerpo de guardia de los Blancs-Manteaux, ó al de los Archivos, que están allí muy cerca.

Entraron ambos en la calle, la cual se hallaba desierta, como de costumbre. Javert seguía á Juan Valjean. Llegaron al número 7, llamó Juan Valjean, y al momento se abrió la puerta.

— Está bien, dijo Javert... Suba usted.

Y añadió con una expresión extraña, como si hiciera esfuerzo al hablar de esta manera:

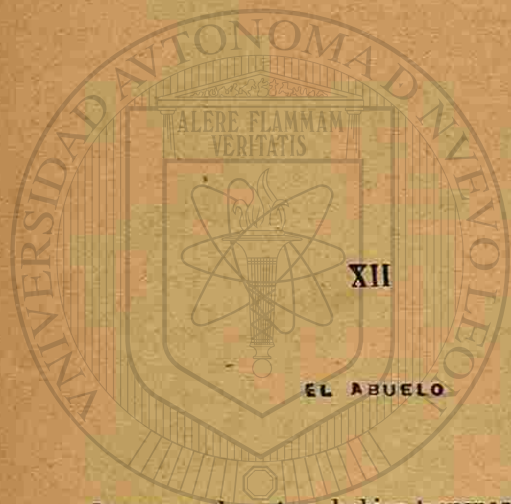
— Yo le espero á usted aquí.

Juan Valjean miró á Javert. Esta manera de obrar no era nada habitual en el inspector de policía. Sin embargo, que Javert tuviese ahora en él una especie de confianza activa, la confianza del gato que otorga al ratón una libertad de la longitud de sus garras, resuelto como estaba Juan Valjean á entregarse y á acabar por fin, era cosa que no podía sorprenderle mucho. Empujó la puerta, entró en la casa, gritó al portero que estaba acostado y que había tirado del cordón de la puerta, desde su cama: ¡ Soy yo! y subió la escalera.

Cuando llegó al primer piso, hizo allí una pausa. Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana que había en aquel descanso de la escalera, que era una de esas ventanas que llaman de guillotina, se hallaba abierta. Como sucede en muchas casas antiguas, la escalera tomaba luz y tenía vistas á la calle. El farol del alumbrado público, que precisamente estaba colocado en frente de la puerta de la casa, enviaba alguna luz sobre los escalones, lo que hacía una economía en el alumbrado interior.

Ora fuese para respirar, ó bien maquinalmente, asomó la cabeza á aquella ventana. Se inclinó hácia la calle, la cual era corta y se hallaba iluminada por el farol de un extremo á otro. Juan Valjean tuvo un deslumbramiento de estupor; ya no había nadie.

Javert se había marchado.



Basque y el portero habían transportado á la sala á Marius, siempre tendido y sin movimiento sobre el sofá donde le habían depositado al llegar. El médico que habían ido á buscar había acudido al instante. La tía, la señorita Gillenormand, se había levantado.

La señorita Gillenormand iba y venía, toda asustada y temblando, con las manos puestas, é incapaz de hacer otra cosa que decir: — ¡Dios mío! ¿es posible? Y por momentos añadía: Todo va á estar empapado en sangre! Luego que hubo pasado el primer horror, abrióse paso hasta á su cerebro cierta filosofía de la situación que ella tradujo por medio de la exclamación siguiente: ¡Esto debía concluir así! No llegó ella hasta el: ¡Bien lo había dicho yo! que es de uso en tales ocasiones.

Por orden del médico, habían dispuesto un catre de tijera junto al sofá. El médico examinó á Marius, y después de haber observado que el pulso persistía, que el paciente no tenía en el pecho ninguna herida penetrante, y que la sangre que le salía por las extremidades de los labios provenía de las fosas nasales, le hizo colocar bien extendido sobre la cama, sin almohada, con la cabeza en el mismo plano que el cuerpo, y aún algo más baja, y el busto desnudo, á fin de facilitar la respiración. La señorita Gillenormand, al ver que desnudaban á Marius, se retiró, y se puso á rezar el rosario en su cuarto.

El torso no había sufrido ninguna lesión interior; una bala, amortiguada por la cartera, había desviado su dirección y dado vuelta á las costillas, formando una desgarradura horrible, pero sin profundidad, y por consiguiente sin peligro. La larga marcha subterránea había acabado de dislocar la clavícula rota, resultando en aquel sitio graves desórdenes. Los brazos estaban acuchillados. Ninguna herida desfiguraba el rostro, á pesar de que la cabeza se hallaba cubierta de sablazos; ¿qué vendrían á ser estas heridas de la cabeza? ¿se detendrían en la piel cabelluda del cráneo? ¿se hallaría tal vez éste interesado? Nada podía decirse aún. Un síntoma grave era ya el que ellas habían causado el desmayo, y de este género de desmayos no siempre se despierta. Además, la hemorragia le había extenuado enteramente y agotado todas sus fuerzas. Á partir de la cintura, la parte inferior del cuerpo había sido protegida por la bar ricada.

Basque y Nicolette rasgaban ropas de hilo y preparaban vendas; Nicolette las cosía, y Basque las enrollaba. No habiendo hilas, el médico había detenido provisionalmente la sangre de las heridas con cabezales de al-

godon en rama. Al lado de la cama, ardian tres bujías sobre una mesa en la cual se hallaba extendido el estuche de cirugía. El médico lavó la cara y el cabello de Marius con agua fría. Un cubo lleno quedó enrojecido en un instante. El portero, con su vela de sebo en la mano, estaba alumbrando.

El médico parecía augurar tristemente. De vez en cuando, hacia con la cabeza un signo negativo, como si respondiera á alguna pregunta que él mismo se dirigiera interiormente. Mala señal para el enfermo son esos misteriosos diálogos del médico consigo mismo.

En el momento en que el facultativo limpiaba la cara y tocaba suavemente con el dedo los párpados siempre cerrados del paciente, abrióse una puerta en el fondo de la sala, y apareció una larga y pálida figura.

Era el abuelo.

Durante aquellos dos últimos días, la asonada de las calles había agitado, indignado y preocupado mucho al señor Gillenormand. La noche anterior no había podido dormir nada, y después tuvo una calentura que le duró todo el día. Así que aquella noche se había acostado muy temprano, recomendando que corra en bien, con trancas y cerrojos, todas la puertas de la casa, y rendido de cansancio, se había adormecido un poco.

Los ancianos tienen el sueño frágil; la alcoba del señor Gillenormand se hallaba contigua á la sala, y por más precauciones que se habían tomado, el ruido le despertó al fin. Sorprendido de la luz que penetraba por las rendijas de su puerta, se había levantado y había venido á tientas á informarse de lo que pasaba en casa.

Estaba en la entrada del dormitorio, apoyando una mano en la puerta entreabierta, con la cabeza un poco inclinada hácia adelante y tambaleándose, el cuerpo envuelto en una bata blanca, recta y sin pliegues como un

sudario, mostrando un semblante lleno de extrañeza. Parecía una fantasma mirando el interior de una tumba.

Vió desde allí la cama, y sobre el colchón, tendido aquel jóven ensangrentado, blanco con una blancura de cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios cárdenos, desnudo hasta la cintura, tajado su cuerpo en mil heridas de color bermejo, inmóvil, y alumbrado por varias luces que le hacian muy visible.

El abuelo experimentó de piés á cabeza todo el estremecimiento de que son capaces unos miembros osificados; sus ojos, cuya córnea estaba amarilla á causa de la mucha edad, se cubrieron de una especie de reflejo vidrioso; todo su rostro presentó en un instante los ángulos terrosos de una calavera; sus brazos cayeron colgando, como si en ellos se hubiera roto un resorte; y su estupor se manifestó por medio de una fuerte tension de los dedos que se abrieron enteramente en sus manos temblorosas; sus rodillas hicieron un ángulo hácia adelante, dejando ver por la abertura de la bata sus pobres piernas desnudas erizadas de vello blanco, y dijo balbuciente:

— ¡Marius!

— Señor, repuso Basque, acaban de traer al señorito. Había ido á la barricada, y...

— ¡Está muerto! gritó el anciano con voz terrible. ¡Ah! el bandido!

Una especie de transfiguración sepulcral hizo erguir á aquel centenario, apareciendo derecho como un jóven.

— Caballero, dijo, ¿es usted el médico? Principie usted por decirme una cosa. Está muerto, ¿no es verdad?

El médico, en el colmo de la ansiedad, guardó silencio.

El señor Gillenormand se retorció las manos dando una carcajada espantosa.

— ¡Está muerto! ¡está muerto! ¡Se ha hecho matar en las barricadas! ¡por odio á mí! ¡Contra mí, es contra

quien él ha hecho eso! ¡Ah! bebedor de sangre! ¡así es como vuelve á casa! ¡Válgame Dios, y está muerto!

En seguida se dirigió á una ventana, la abrió de par en par como si se ahogara, y allí, de pié ante la sombra, se puso á hablar en la calle á la noche:

— ¡Acuchillado, traspasado, degollado, exterminado, descuartizado, hecho mil pedazos! ¡vean ustedes esto, el miserable! ¡Y sabía él muy bien que yo le esperaba, que le habia hecho arreglar su cuarto, y que habian puesto en la cabecera de mi cama su retrato del tiempo en que era niño! ¡Sabía él que no tenia más que volver á casa, que hace años ya que yo le llamaba, y que todas las noches permanecía en un rincón de mi chimenea, con las manos sobre mis rodillas, sin saber qué hacer, que parecia un tonto! ¡Bien sabías tú eso, que no tenías más que entrar de nuevo en esta casa y decir: Soy yo, y serías aquí el amo, y que yo te obedecería, y que tú habrías hecho cuanto quisieras de tu viejo bobo de abuelo! ¡Lo sabías muy bien, y has dicho: No, es un realista, no iré allá! ¡Y has ido á las barricadas, y te has hecho matar por terquedad, por maldad! ¡para vengarte de lo que yo te habia dicho con respecto al señor duque de Berry! ¡Esto sí que es infame! Acuéstese usted y duerma tranquilamente! ¡Está muerto! ¡He aquí cómo le despiertan á uno.

El médico, que empezaba á estar inquieto por ambos lados, dejó un momento á Marius, se dirigió hácia donde estaba el señor Gillenormand, y le asió del brazo. El abuelo se volvió, le miró con ojos que parecian ensanchados y sangrientos, y le dijo con calma:

— Caballero, doy á usted mil gracias. Yo estoy tranquilo, soy un hombre, he visto la muerte de Luis XVI, y sé sobrellevar los acontecimientos. Hay en todo esto una cosa terrible, pensar que son los periódicos los que hacen

todo el mal. Tenga usted escritorzuelos, habladores, abogados, oradores, tribunas, discusiones, progresos, luces, derechos del hombre, libertad de imprenta, y hé aquí cómo le traerán á usted á casa sus hijos. ¡Ah! Marius! ¡esto es abominable! ¡Me han matado! ¡muerto ántes que yo! ¡Una barricada! ¡Ah! el bandido! Doctor, ¿usted habita en el barrio, segun creo? ¡Oh! le conozco á usted bien. Desde mi ventana veo yo pasar su cabriolé. Voy á decirle á usted, que haria mal en creer que estoy irritado. No se irrita uno contra un muerto. Eso sería estúpido. Es un niño que yo he criado. Ya era yo viejo, cuando aún era él muy pequenito. Jugaba en las Tullerías con su palita y con su sillita, y para que los celadores no reganaran, yo iba tapando con mi baston los hoyos que él hacia en el suelo con su pala. Un dia gritó: ¿Abajo Luis XVIII! y se marchó. Yo no tengo la culpa. Era rubio y encarnado como una rosa. Su madre murió. ¿Ha observado usted que todos los niños son rubios? ¿En qué consiste eso? Es hijo de uno de esos insurgentes del Loira, pero los hijos son inocentes de los crímenes de sus padres. Recuerdo bien cuando era el así de alto, No podia conseguir nunca el pronunciar bien la *d*. Tenia un charlar tan dulce y tan embrollado, que parecia un pájaro. Me acuerdo que una vez, hicieron círculo las gentes delante del Hércules Farnesio, para maravillarse y para admirarle; ¡tan hermoso era este niño! Era una cabeza la suya como algunas que se ven en los cuadros. Yo le asustaba ahuecando la voz, y le hacia miedo con mi baston, mas él sabia muy bien que todo aquello era broma. Por la mañana, cuando él entraba en mi cuarto, yo regañaba un poco, pero su presencia me producía el efecto del sol. No puede uno defenderse contra las gracias de esos muñecos. Le cogen á usted, le sujetan, y ya no le sueltan. Lo cierto es que no habia amor

comparable a ese niño. Ahora, qué es lo que usted me dice de sus La Fayette, de sus Benjamin Constant y de sus Tirecuir de Corcelles, que me le matan! Esto no puede pasar así.

Dicho esto, acercóse á Marius, quien siempre aparecía lívido y sin movimiento, y junto al cual había vuelto á instalarse el médico, y empezó de nuevo á retorcerse los brazos. Los labios blancos del anciano se movían maquinalmente, y dejaban pasar, como otros tantos resoplidos de un estertor, algunas palabras casi indistintas que apenas se oían: ¡Ah! sin corazón! ¡Ah! clubista! ¡Ah! malvado! ¡Ah! septembrista! Reprochesen voz baja de un agonizante á un cadáver.

Poco á poco, como es preciso siempre que las erupciones interiores se abran paso, volvió el encadenamiento de las palabras, pero el abuelo parecía no tener ya fuerzas para pronunciarlas; habiendosele puesto la voz tan sorda y tan apagada, que parecía venir del otro borde de un abismo:

— Me es enteramente igual, decía, yo también me voy á morir. ¡Y decir que no hay en París una picaruela que no se hubiera considerado muy dichosa en hacer feliz á ese miserable! Un majadero que, en vez de divertirse y gozar de la vida, ha ido á batirse y á hacerse ametrallar como un bruto! ¿Y por qué? ¿por quien? ¡Por la república! ¡En vez de irse á bailar á la Chaumiére, como es el deber de los jóvenes! ¡Vaya unos veinte años bien empleados! ¡La república, valiente necedad! Pobres madres, haced bonitos muchachos! Vamos, está muerto. Con eso habrá dos entierros en esta casa. ¡Te has hecho arreglar de ese modo; por la bella cara del general Lamarque! ¿Y qué es lo que te había hecho ese general Lamarque? ¡Un espadon! ¡un charlatan! ¡Hacerse matar por un muerto! ¡Vaya, si hay materia para perder el juicio! ¡Calculen ustedes! ¡Á veinte años! Y sin vol-

ver la cabeza atrás para mirar si no deja algo detras de sí! Hé aquí ahora ya á los pobres vejestorios obligados á morirse enteramente solos. ¡Anda, buho, y muérete solitario en un rincón! Pues bien, en realidad, tanto mejor, cabalmente es lo que yo esperaba, esto me va á matar de un golpe. Ya soy demasiado viejo, tengo cien años, tengo cien mil años, hace mucho tiempo que me asiste el derecho de morir. Con este golpe, es cosa terminada. Acabóse, pues, todo; ¡qué dicha! ¿Para qué hacerle respirar amoniaco y todo ese montón de drogas? Su trabajo de usted es inútil, médico imbécil! Máchese usted, está muerto, y bien muerto. Yo, que soy también un muerto, conozco eso mejor que usted. No ha hecho él las cosas á medias. Si, esta época es infame, infame, infame; hé aquí lo que yo pienso de ustedes, de sus ideas, de sus sistemas, de sus maestros, de sus oráculos, de sus doctores, de sus bribones de escritores, de sus abominables filósofos y de todas las revoluciones que de sesenta años á esta parte espantan á las nubes de cuervos de las Tullerías! Y puesto que tú te has mostrado sin piedad haciendote matar de esa manera, yo no tendré pena ninguna por tu muerte, lo oyes, asesino!

En este momento, Marius abrió lentamente los párpados, y su mirada, turbia y empañada aún por la conmoción letárgica, se fijó en el señor Gillenormand.

— ¡Marius! gritó el anciano. ¡Marius! ¡niño! ¡hijo mío! mi hijo muy amado! Tu abres los ojos, me miras estás vivo, gracias!

Y cayó en tierra desmayado.



LIBRO CUARTO

JAVERT DESCARRILADO

I

JAVERT DESCARRILADO

Habiase alejado Javert á paso lento de la calle de l'Homme-Armé.

Por la primera vez de su vida iba andando con la cabeza baja, y por la primera vez de su vida tambien, llevaba las manos á la espalda.

Hasta este dia, Javert no habia tomado nunca, de las dos actitudes de Napoleon, sino la que expresa la resolucion, es decir, los brazos cruzados sobre el pecho; la que expresa la incertidumbre las manos tras de la espalda, le era desconocida. Ahora ya se habia efectuado en él una transformacion completa; toda su persona, lenta y sombría, se hallaba en este momento marcada con un sello de ansiedad.

Penetró por las calles silenciosas.

Sin embargo, seguía una dirección.

Atajó por el camino más corto hacia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, fué costeano dicho muelle, dejó atrás la Grève, y se detuvo, á alguna distancia del cuerpo de guardia de la plaza del Châtelet, en la esquina del puente de Nuestra Señora. El Sena forma allí, entre el puente de Nuestra Señora y el puente del Cambio por una parte, y por otra entre el muelle de la Mégisserie y el muelle de las Flores, una especie de lago cuadrado que atraviesa una corriente.

Este paraje del Sena es muy temido de los marineros. Nada es más peligroso que esta corriente, encerrada en aquella época é irritada por las estacas del molino del puente, hoy ya demolido. Los dos puentes, tan inmediatos uno á otro, aumentan el peligro; apresurándose formidablemente el agua á pasar por bajo de los arcos; arrastrando allí enormes y terribles pliegues; acumulándose y amontonándose en aquel punto; las olas hacen esfuerzos contra los pilares de los puentes como para arrancarlos con gruesas maromas líquidas. Los hombres que caen allí no reaparecen jamás; los mejores nadadores se ahogan en aquel sitio.

Javert se apoyó de codos en el parapeto, reposando su barba en ambas manos, y, mientras que sus uñas se clavaban maquinalmente en la espesura de sus patillas, se puso á cavilar.

Una novedad, una revolución, una catástrofe acababa de efectuarse en su interior; habia pues materia para un exámen de conciencia.

Javert sufría horriblemente.

De algunas horas á esta parte, Javert habia dejado de ser sencillo. Hallábase turbado; su cerebro, tan neto en la ceguera, habia perdido su transparencia; aquel cristal estaba empañado por una nube. Javert sentía en su conciencia el deber de desdoblarse, y no podía disimularse. Cuando encontró tan inesperadamente á Juan Valjean en

el ribazo del Sena, hubo en él algo del lobo que recobra su presa y del perro que vuelve á encontrar á su amo.

Veía ante sus ojos dos caminos, ambos igualmente rectos; pero eran dos los que veía; y esto le aterraba, á él que no habia conocido en toda su vida sino una línea recta. Y, terrible angustia, estos dos caminos eran opuestos. Una de estas dos sendas excluía á la otra. ¿Cuál de las dos sería la verdadera?

Su situación era inexplicable.

Deber la vida á un malhechor, aceptar esta deuda y reembolsarla, hallarse, en despecho de sí mismo, colocado en el mismo plano que un desertor de presidio, y pagarle un servicio con otro servicio; dejarse decir: Vete, y decirle á su vez: Recobra tu libertad; sacrificar á motivos personales el deber, esta obligación general, y vislumbrar en estos motivos personales algo general también, tal vez superior; hacer traición á la sociedad para ser fiel á su propia conciencia; que todas estos absurdos se realizaran y que vinieran á acumularse sobre sí mismo, era lo que le abatía y le humillaba.

Una cosa le habia extrañado mucho, que Juan Valjean le hubiera perdonado; otra cosa le petrificaba á él en este momento, que él, Javert, hubiera perdonado á Juan Valjean.

¿En dónde se hallaba, pues? Buscábase á sí mismo y ya no se encontraba.

¿Qué hacer ahora? Entregar á Juan Valjean, sería mal hecho; dejar libre á Juan Valjean, malo también. En el primer caso, el hombre de la autoridad caía más bajo que el hombre del presidio, en el segundo, un galeote ascendía más alto que la ley y ponía el pié sobre ella. En ambos casos resultaba un deshonor para él. En todos los partidos que podia tomar habia un tropiezo. El destino tiene ciertas extremidades perpendiculares ó á pico sobre el imposible, y más allá de las cuales la vida no es más que un

precipicio. Javert se encontraba en uno de estos extremos.

Una de sus mayores angustias consistía en verse obligado á pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias le forzaba á ello. Pensar, cosa inusitada para él, y siuglarmente dolorosa.

Hay siempre en el pensamiento cierta dósis de rebelion interna, y él se irritaba de sentir esto en su interior.

En cualquier asunto que fuese, fuera del estrecho círculo de sus funciones, el pensamiento habria sido para él, en todas circunstancias, una inutilidad y una fatiga; pero el pensamiento sobre la jornada que acababa de pasar era un tormento. Y sin embargo, era preciso mirar en su conciencia, despues de tales sacudimientos, y darse cuenta á sí mismo de sí mismo.

Lo que acababa él de hacer le estremecía. Habia hallado bueno, él, Javert, el decidir, contra todos los reglamentos de policía, contra toda organizacion social y judicial, contra todo el código, una liberacion de tal naturaleza; aquello le habia convenido á él; él habia sustituido su propio interes al interes público; ¿no era esto una cosa incalificable? Cada vez que miraba de frente aquella accion sin nombre que habia cometido, temblaba de piés á cabeza. ¿Qué resolucion tomar al fin? Un solo recurso le quedaba: volver inmediatamente á la calle del Homme-Armé, y llevarse á la cárcel á Juan Valjean. Era evidente que esto es lo que á él le cumplia hacer. Pero le era imposible.

Cierta cosa le obstruia y cerraba el camino por aquel lado.

¿Cierta cosa? ¿Cuál? ¿Es que por ventura hay en el mundo otra cosa que los tribunales, las sentencias ejecutorias, la policía y la autoridad? Javert se hallaba trastornado.

¡Un presidiario seria pues un objeto sagrado! ¡un galeote inaccesible á la justicia! ¡y todo esto por obra de Javert!

Que Javert y Juan Valjean, el hombre hecho para atormentar y el hombre hecho para sufrir los tormentos, que estos dos hombres, ambos objeto é instrumento de la ley, hubiesen llegado hasta el punto de colocarse los dos sobre la ley, ¿no era una cosa espantosa?

¡Cómo! ¡sucederian tales enormidades y nadie seria castigado! ¡Juan Valjean, más fuerte que todo el órden social entero, quedaria libre, y él, Javert, continuaria comiendo el pan del gobierno!

Este delirio se le hacia cada vez más terrible.

En medio de estas cavilaciones, habria él podido tambien reprocharse el acto de haber conducido un insurrecto á la calle de las Filles-du-Calvaire; pero ni pensaba en esto siquiera. La falta menor se perdía en la mayor. Por otra parte, aquel insurrecto era sin duda un hombre muerto, y legalmente, la muerte pone fin á toda persecucion.

Juan Valjean, este era el peso enorme que tenía él sobre su alma.

Juan Valjean le desconcertaba. Todos los axiomas que le habian servido de punto de apoyo durante su vida venian á tierra ante aquel hombre. La generosidad de Juan Valjean para con él, para con Javert, era una cosa que le abrumaba. Otros hechos, que recordaba ahora, y que en otros tiempos habia él creído que eran embustes y locuras, se le representaban en este momento como realidades. El señor Magdalena reaparecia detras de Juan Valjean, y ambas figuras se sobreponian de tal manera, que sólo formaban una, la cual era venerable. Javert sentia penetrar en su alma una cosa horrible, la admiracion por un galeote. ¿Pero es posible acaso el respeto á un presidiario? Sólo de pensarlo temblaba, y no podia sustraerse á esta idea. Por más que forcejeaba y que luchaba, veíase reducido á confesar en su foro interno la sublimidad de aquel miserable. Y estole parecia una cosa odiosa.

Un malhechor benéfico, un galeote compasivo, afable, elemento, caritativo, que devuelve bien por mal, el perdón por el odio, que prefiere la piedad á la venganza, optando más bien por perderse que por perder á su enemigo, salvando al que le ha perseguido y castigado, arrodillado en la cumbre de la virtud, más próximo al ángel que al hombre. Javert se veía forzado á confesar que existía tal monstruo.

Eso no podía durar así.

Ciertamente, y nosotros insistimos en ello, no se había él rendido sin resistencia á aquel monstruo, á aquel ángel infame, á aquel héroe horrible, de quien estaba él casi tan indignado como estupefacto. Veinte veces, cuando se hallaba dentro de aquel coche frente á frente de Juan Valjean, el tigre legal había rugido en él. Veinte veces le habían venido tentaciones de lanzarse sobre Juan Valjean, de agarrarle y de devorarle, es decir, de arrojarle á un calabozo. En efecto. ¿qué cosa más sencilla? Gritar al primer cuerpo de guardia frente al cual hubiesen pasado: — ¡Hé aquí un desertor de presidio! llamar á los gendarmes y decirles: — ¡Este hombre os pertenece! y en seguida marcharse, dejar allí aquel condenado, ignorar todo lo demás, y no volverse á ocupar ya de él. Aquel hombre es ya para siempre prisionero de la ley; la ley hará de él lo que quisiere. ¿Qué cosa más justa? Javert se había dicho todo esto; había él querido pasar por encima de todo, obrar, prender á aquel hombre; pero entonces como ahora le fué imposible hacerlo; y cada vez que su mano se había levantado convulsivamente hacia el cuello de Juan Valjean, había ella vuelto á caer como bajo un peso enorme, mientras que oía él allá en el fondo de su pensamiento una voz extraña que le gritaba: — Está bien. Entrega á tu salvador. En seguida, haz que te traigan la palangana de Poncio Pilátos, y lávate las garras.

Su reflexion recaía despues sobre sí mismo, y al lado de Juan Valjean engrandecido, veíase él, Javert, degradado.

¡Un galeote era su bienhechor!

Pero también, ¿por qué había él permitido á aquel hombre que le dejara vivir? En aquella barricada tenía él derecho á que le mataran. Habría debido hacer uso de este derecho. Llamar á los otros insurrectos en su auxilio contra Juan Valjean, hacerse fusilar por fuerza, habría sido mucho mejor.

La angustia suprema que él sufría, era la desaparicion de toda certidumbre. Sentíase desarraigado y exterminado. El código ya no era más que un tarugo de madera en su mano. Veíase asaltado de escrúpulos de una especie desconocida. Hacíase en él una revelacion sentimental enteramente distinta de la afirmacion legal que había sido su única medida hasta entonces. Permanecer en la antigua honradez, no le bastaba ya. Todo un orden de hechos inesperados surgía y le subyugaba. Todo un nuevo mundo se aparecía á su alma: el beneficio aceptado y devuelto, la abnegacion, la misericordia, la indulgencia, las violencias hechas por la piedad á la austeridad, la acepcion de personas, no más reprobacion definitiva, no más condenacion, la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley, y cierta especie de justicia, segun Dios, que va en sentido inverso de la justicia segun los hombres. Percibía en las tinieblas el orto pavoroso de un sol moral desconocido que le causaba á la vez horror y deslumbramiento. El buho se veía forzado á lanzar miradas de águila.

Decíase que, con efecto, era cierto, que había sus excepciones, que la autoridad podía obrar turbada y desconcertada, que la regla podía hallarse cortada en presencia de un hecho, que todo no se encerraba en el texto del có-

digo, que lo imprevisto se hacía obedecer, que la virtud de un galeote podía tender un lazo á la virtud de un funcionario, que lo monstruoso podía ser divino, que el destino tenía emboscadas de esta naturaleza, y recordaba con desesperacion que él mismo no había estado al abrigo de una sorpresa.

Veíase forzado á reconocer que la bondad existía : que aquel galeote había sido bueno ; y que él mismo, cosa inaudita, acababa de ser bueno tambien. Luego se iba él ya depravando.

Hallábase cobarde. Horrorizábase de sí mismo.

El ideal, para Javert, no era el ser humano, el ser grande, el ser sublime ; era el ser irreprochable. Por consiguiente, acababa él de prevaricar.

¿Cómo había llegado á tal situación ? ¿cómo había pasado todo esto ? No habría él podido explicárselo á sí mismo. Cogíase la cabeza con ambas manos ; pero por más que hacía, no lograba hallar una explicacion.

Ciertamente que había él tenido siempre intencion de entregar á Juan Valjean en brazos de la ley, de la cual Juan Valjean era cautivo, y él, Javert, era esclavo. Mientras que le tuvo en su poder, no se había él imaginado un solo instante que abrigara el pensamiento de dejarle marchar libre. Hasta cierto punto fué, sin saberlo él mismo, el abrir su mano y soltarle.

Ante sus ojos relampagueaban numerosos puntos interrogantes de toda especie. Dirigiáse ciertas preguntas, y las daba sus respuestas correspondientes, pero estas respuestas le asustaban. Preguntábase : ese presidiario, ese desesperado, á quien yo he perseguido hasta atormentarle, y que me ha tenido bajo las plantas de sus piés, que podía vengarse, y aún debía hacerlo, tanto por su odio cuanto por su propia seguridad, al dejarme la vida, al perdonarme, ¿ qué es lo que ha hecho ? Su deber. No.

Algo más que esto. Y yo, perdonándole á mi vez, ¿ qué es lo que he hecho ? Mi deber. No. Algo más que esto. ¿ Luego hay algo que es más que el deber ? Al llegar aquí, se azoraba ; su balanza se dislocaba ; uno de los dos platillos caía en el abismo, el otro ascendía al cielo, y Javert no tenía ménos pavor del que estaba arriba que del que estaba abajo. Sin ser, ni con mucho, lo que llaman volteriano, filósofo, ó incrédulo, sino, al contrario, respetuoso, por instinto, para con la iglesia establecida, él no la conocía sino como un fragmento augusto del conjunto social ; su dogma era el orden material, y con esto le bastaba ; desde que tuvo edad de hombre y de funcionario, la policía era casi toda su religion ; siendo, y nosotros empleamos aquí las palabras sin la menor ironía y en su más formal acepcion, siendo, como lo hemos dicho en otra ocasion, espía con la misma buena fe y recta conciencia con que el sacerdote es sacerdote. Tenía un superior, M. Gisquet ; y hasta este día no había pensado nunca en este otro superior, Dios.

Este nuevo jefe, Dios, sentíale él inopinadamente, y le incomodaba bastante.

Hallábase desorientado por aquella presencia inesperada ; no sabía qué hacer de este superior, él que no ignoraba que el subordinado debe inclinarse y someterse siempre, que ni debe desobedecer, ni vituperar, ni discutir, y que, ante un superior que le asuste demasiado, el inferior no tiene más recurso que su dimision.

Pero ¿ cómo arreglarse para dar su dimision á Dios ?

De todos modos, y él siempre venía á parar á esto, había un hecho que, para él, los dominaba á todos, á saber, que acababa de cometer una espantosa infraccion. Acababa de cerrar los ojos sobre un condenado reincidente y desertor de presidio, Acababa de dar libertad á un galeote. Acababa de robar á las leyes un hombre que

las pertenecía. ¡ Y era él quien había hecho todo esto! Ya no se comprendía á sí mismo ni estaba seguro de ser el mismo hombre que hasta entónces había sido. Faltábanle hasta las razones de sus propios actos, no quedándole sino el desvarío, ó el vértigo. Hasta este momento, había él vivido de esa fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Esta fe le abandonaba, esta probidad se alejaba de él. Todo cuanto había creído se disipaba. Ciertas verdades que él no quería para nada le asediaban inexorablemente. Era menester en lo sucesivo ser ya otro hombre. Sufria los extraños dolores de una conciencia bruscamente operada de la catarata. Veía lo que le repugnaba ver. Sentíase gastado, inútil, dislocado de su vida pasada, destituido, arruinado. La autoridad estaba muerta en él. Ya no tenía razon de ser.

¡ Situacion terrible! hallarse tan conmovido.

¡ Ser el granito, y dudar! ser la estatua del castigo fundida de una sola pieza en el molde de la ley, y notar de improviso que se tiene bajo su tetilla de bronce cierta cosa absurda y desobediente que casi se asemeja á un corazón! Llegará de volver bien por bien, aunque se haya dicho hasta este día que aquel bien es el mal! ser el perro de presa, y lamer! ser el hielo, y derretirse! ser la tenaza, y convertirse en una mano! sentirse de improviso unos dedos que se abren! soltar la presa, cosa espantable y tremenda!

El hombre proyectil desconociendo ya su ruta y reculando!

Verse obligado á confesarse esto: la infalibilidad no es la infalibilidad, puede haber error en el dogma, no está dicho todo cuando un código ha hablado, la sociedad no es perfecta, la autoridad está complicada de vacilacion, es posible un crujido en lo inmutable, los jueces son hombres, la ley puede equivocarse, los tribunales pueden incurrir en error! ver una hendidura en el inmenso cristal azul del firmamento!

Lo que pasaba en Javert era el Fampoux de una conciencia rectilínea, el descarrilamiento de un alma, el de-plomamiento de una probidad irresistiblemente lanzada en línea recta y estrellándose en Dios. Era en verdad extraño que el fogonero del órden, el maquinista de la autoridad, montado en el ciego caballo de hierro, de huella indefectible, de vía rígida, ¡ pudiera ser desarzonado por un rayo de luz! que lo imperturbable, lo directo, lo correcto, lo geométrico, lo pasivo, lo perfecto, pudiera doblegarse! que hubiera para la locomotora un camino de Damasco!

Dios, siempre interior en el hombre, y refractario, él que es la verdadera conciencia, en la falsa; prohibicion á la chispa de extinguirse; órden al rayo luminoso de acordarse del sol; prescripcion al alma de reconocer el verdadero absoluto cuando este se confronta con el absoluto ficticio; la humanidad imperdible; el corazón humano inamisible, este espléndido fenómeno, el más bello tal vez de nuestros prodigios interiores, ¿ le comprendía Javert? ¿ le penetraba Javert? ¿ dábale Javert cuenta de él? Es evidente que no. Pero bajo la presión de este hecho tan incomprensible como incontestable, sentía él entreabrirse su cráneo.

Era más bien la víctima que el transfigurado de este prodigio; y le sufría, exasperado. En todo esto no veía él otra cosa que un inmenso obstáculo opuesto á su existencia. Parecíale que su respiracion se hallaba ya obstruida para siempre.

Tener sobre su cabeza lo desconocido; no estaba él acostumbrado á nada de esto.

Hasta entónces, todo lo que él tenía sobre sí había ofrecido á su mirada una superficie neta, sencilla y clara; allí no había para él nada ignorado, nada oscuro; nada que no fuese defuido, coordinado, encadenado, preciso, exacto, circunscrito, limitado, acabado todo previsto

la autoridad era una cosa plana; para ella, toda caída ó tropiezo, todo vértigo era un imposible. Javert no había visto nunca lo desconocido sino en las bajas regiones. Lo irregular, lo inesperado, la desordenada apertura del caos, el posible desliz en un precipicio, era obra de esas regiones inferiores, de los rebeldes, de los malos, de los miserables. Ahora Javert se inclinaba hácia atrás, miraba á las alturas, y se hallaba bruscamente des-pavorido en presencia de esta aparición inaudita: un abismo allá arriba.

¡Cómo! ¡hallarse demolido, derrocado de piés á cabeza! verse desconcertado absolutamente! ¿y en qué habría ya de fiarse? ¡Aquello de que estaba él íntima y profundamente convencido se desmoronaba!

¡Cómo! ¡la parte flaca y defectuosa de la sociedad podía así ser hallada por un miserable magnánimo! ¡Cómo! un honrado servidor de la ley podía verse de repente cogido entre dos crímenes, el crimen de dejar escapar á un hombre, y el crimen de prenderle! ¡conque no todo era cierto en la consigna dada por el Estado al funcionario! ¡Podía haber en el deber sendas sin salida! ¡Cómo! ¡todo esto real! ¿era cierto que un antiguo bandido, agobiado bajo el peso de las condenas, pud era eruirse y acabar por tener razon? ¿era esto creible? ¿luego había casos en que la ley debía retirarse ante el crimen transfigurado, formulando balbuciente sus excusas?

¡Sí, todo esto era exacto! ¡y Javert lo veía! ¡y Javert lo palpaba! y no sólo no podía negarlo, sino que tomaba parte en ello. Eran en efecto realidades. Cosa abominable, que los hechos reales pudiesen llegar á tal deformidad!

Si los hechos cumplieran con su deber, se limitarían á ser únicamente las pruebas de la ley; los hechos, Dios es quien los envía. ¿Es que por ventura iba ahora á descender la anarquía de lo alto?

Así pues, — y en el incesante crecimiento de la angus-

tía, y en la ilusion de óptica de la consternacion, todo cuanto hubiese podido restringir y corregir su impresion se borraba, y la sociedad, y el género humano, y el universo entero se resumían ya á sus ojos en un lineamiento sencillo y terrible, — así pues, la penalidad, la cosa juzgada, la fuerza debida á la legislacion, las decisiones de las córtes soberanas, la magistratura, el gobierno, la prevencion y la represion, la sabiduría oficial, la infalibilidad legal, el principio de autoridad, todos los dogmas sobre los cuales reposa la seguridad política y civil, la soberanía, la justicia, la lógica que emana del código, el absoluto social, la verdad pública, todo esto no sería ya, sino un monton de escombros y de ruínas, el caos; y é mismo, Javert, la vigía del órden, la incorruptibilidad puesta al servicio de la policia, la providencia-alano de la sociedad, vencido y aterrado; y sobre todas estas ruínas un hombre de pié, con el gorro verde en la cabeza y la aureola en la frente; hé aquí el trastorno al cual había llegado; hé aquí la vision espantosa que él tenía en el alma, ¿Y era esto soportable? No.

Era violento en extremo. No había sino dos maneras de salir de esta grave dificultad. La una, ir resueltamente en busca de Juan Valjean y entregar al calabozo al hombre del presidio. La otra...

Javert abandonó el parapeto, y, con la cabeza erguida esta vez, dirigióse con paso firme hácia el puesto indicado por un farol en una de las esquinas de la plaza del Châtelet.

Llegado allí, distinguió por entre las vidrieras á un agente de policia, y entró. Los hombres de policia se reconocen entre sí sólo por la manera cómo empujan ellos la puerta de un cuerpo de guardia. Javert declinó su nombre, mostró su tarja al sargento, y se sentó á la mesa del puesto, donde ardía una vela de sebo. Sobre aquella

mesa había una pluma, un tintero de plomo, y papel destinado para los casos de procesos-verbales sumarios y las consignaciones de las rondas nocturnas.

Esta mesa, acompañada siempre de su correspondiente silla de paja, es una institución; existe en todos los puestos de policía, y se halla invariablemente adornada de un platillo de boj lleno de serrín y de una cajita de cartón llena de obleas encarnadas, y es el piso bajo del establo oficial. En ella es donde principia la literatura del Estado.

Javert tomó la pluma y un pliego de papel y se puso á escribir. Hé aquí lo que escribió :

ALGUNAS OBSERVACIONES PARA EL BIEN DEL SERVICIO.

« En primer lugar : ruego al señor prefecto que ponga bien los ojos.

» En segundo lugar : los presos, cuando llegan de la instrucción, se quitan los zapatos y se quedan descalzos sobre las losas mientras que los registran. Muchos tosen al volver á entrar en la prisión. Esto produce gastos de enfermería.

» En tercer lugar : la desfilada es buena, con relevos de los agentes, de trecho en trecho, pero convendría que, en ciertas ocasiones importantes, dos agentes por lo ménos no se perdiesen de vista, en atención á que si, por una causa cualquiera, un agente llegara á flaquear en el servicio, el otro le vigile y le supla.

» En cuarto lugar : no se explica uno por qué el reglamento especial de la cárcel de las Madelonnettes prohíbe á los presos el tener una silla, áun pagándosela ellos.

En quinto lugar : en las Madelonnettes, no hay más que dos barrotes en la cantina, lo que permite á la cantinera el dejar que los presos la toquen la mano.

En sexto lugar : los presos llamados ladradores, por que son los que gritan para llamar á los otros presos al locutorio, se hacen pagar dos sueldos por cada uno

» para gritar su nombre distintamente. Esto es un robo.
» En séptimo lugar : por un hilo que se suelte, se retienen diez sueldos al preso en el taller de tejedores; esto es un abuso del empresario, puesto que la tela no por eso es ménos buena.

» En octavo lugar : es muy de sentir que los visitantes de la Force tengan que atravesar el patio de los rateros para ir al locutorio de Sainte-Marie l'Égyptienne.

» En noveno lugar : es cierto que todos los días se oye á los gendarmes referir en el patio de la prefectura los interrogatorios de los presos por los magistrados. Un gendarme, que debiera ser sagrado, repetir lo que ha oído en el gabinete del juez de instrucción; esto es un desorden muy grave.

» En décimo lugar : madama Henry es una mujer honrada; su cantina está muy limpia; pero siempre es malo que una mujer tenga el postigo de la trampa de incommunicación. Esto no es digno de la Conserjería de una grande civilización.

Javert escribió estas líneas con su letra más tranquila y más correcta, sin omitir ni una sola coma, y haciendo sonar fuertemente la pluma sobre el papel. Por bajo de la última línea firmó de esta manera :

» JAVERT,

• Inspector de 1.ª clase.

» En el puesto de la plaza del Châtelet.

• 7 de Junio de 1832, á eso de la una de la mañana. »

Javert hizo secar la tinta fresca sobre el papel, le dobló como una carta, le cerró con oblea, le puso este sobrescrito : *Nota para la administración*, le dejó sobre la mesa, y salió del cuerpo de guardia. La puerta vitriera con enrejado se cerró tras él.

Atravesó de nuevo diagonalmente la plaza del Châtelet,

cruzó otra vez el muelle, y se volvió con una precisión automática al mismo punto que había dejado un cuarto de hora ántes, se apoyó allí de codos, y se halló nuevamente en la misma actitud sobre la misma losa del parapeto. Díjase que no se había movido de aquel sitio.

La oscuridad era completa. Era el momento sepulcral que sigue á la hora de média noche. Una techumbre de nublados ocultaba las estrellas. El cielo no era más que una espesura siniestra. Las casas de la Cité no dejaban ya ver ni una sola luz; nadie pasaba; todo cuanto se divisaba, calles y muelles, estaba desierto; Nuestra Señora y las torres del Palacio de Justicia parecían lineamentos de la noche. Un farol enrojecia el brocal del muelle. Las sombras de los puentes se desfiguraban en la bruma, unas en pos de otras. Las lluvias habían acrecido las aguas del río.

Recordaremos que el sitio en donde Javert se hallaba apoyado de codos estaba precisamente situado encima de la corriente rápida del Sena, perpendicular sobre esa formidable espiral de remolinos que desanuda y se reanuda como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No se distinguía nada. Oíase un ruido de olas y espumas, pero no se veía el río. En ciertos instantes, un resplandor aparecía y serpeaba vagamente en aquella profundidad vertiginosa; pues el agua tiene la propiedad de tomar la luz, en la oscuridad más completa, no se sabe de dónde, y de darla la forma de culebrillas. Estos resplandores se desvanecían, y todo volvía á quedar indistinto. Parecía que la inmensidad se hallaba abierta á sus piés. Lo que tenía debajo, no era el agua, era el abismo. El muro del muelle, quebrado, confuso, mezclado con el vapor, desvanecidas sus formas, ofrecía el aspecto de una escarpa del infinito.

Nada se veía, pero se sentía la frialdad hostil del agua y el olor desabrido de las piedras mojadas. Un vaho siniestro ascendía de aquel abismo. El crecimiento del río, más bien adivinado que percibido, el trágico cuchicheo de las olas, la lúgubre enormidad de los arcos del puente, la caída imaginable en aquel vacío pavoroso, toda esta sombra estaba llena de horror.

Javert permaneció durante algunos minutos inmóvil, mirando hácia aquella region de las tinieblas, y considerando lo invisible con una fijeza que se parecía mucho á la atención. El agua zurraba y zumbaba sin cesar. De repente se quitó el sombrero y le colocó sobre el brocal del muelle. Un momento despues, una figura alta y negra, que algun transeunte en retraso, viéndole de lejos, habría podido tomar por una fantasma, apareció de pié sobre el parapeto, se inclinó hácia el Sena, en seguida se enderezó otra vez, y cayó desplomada en las tinieblas; siguióse un sordo claqueo; y sólo la sombra guardó el secreto de las convulsiones de aquella forma oscura desaparecida bajo el agua.



LIBRO QUINTO

EL NIETO Y EL ABUELO

UANL
I

DONDE SE VUELVE A VER EL ÁRBOL DEL PARCHÉ DE ZINC

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algun tiempo despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Boulatruelle experimentó una viva emocion.

Boulatruelle es el peon caminero de Montfermeil á quien hemos visto, ya en los pasajes tenebrosos de este libro.

Tal vez recordará el lector que Boulatruelle era un hombre que se ocupaba de diversas cosas, algunas de ellas nada claras ni limpias. Desmenuzaba gujarros y deterioraba á alguno que otro viajero de los que pasaban por aquella carretera. Terraplenero y ladron, acariciaba él un sueño

creía en los tesoros ocultos en el bosque de Montfermeil. Abrigaba siempre la esperanza de hallar algún día dinero bajo tierra, al pié de un árbol; y hasta tanto, se contentaba con buscarle en los bolsillos de los pasajeros.

No obstante, en este momento, era él prudente. Acababa de escapar de una buena. Le habían recogido, como sabemos ya, en el desvan de los Jondrette, con los otros bandidos. El vicio allí le fué provechoso: su borrachera le salvó. Jamas pudo aclararse el punto de si se hallaba él allí como robador ó como robado. Una sentencia de no-ha-lugar, fundada en su estado de embriaguez bien comprobado en la noche de la emboscada, le había puesto en libertad; y volvió á tomar la llave de los bosques. Tornóse á su camino de Gagny á Lagny, á desterronar y á empedrar por cuenta del Estado, bajo la vigilancia administrativa, con los ojos bajos, muy caviloso, un tanto frio para el robo, que por poco le había perdido, pero inclinándose con mayor ternura aún hácia el vino, que acababa de salvarle.

Por lo que hace á la viva connocion que él tuvo poco despues de haber vuello á entrar bajo el techo de césped de su barraca de peon caminero, hé aquí en lo que consistió.

Al ir una mañana Boulatruelle como de costumbre á su trabajo, y á su acecho tal vez, un poco ántes de amanecer, distinguió entre las ramas de los árboles á un hombre á quien no veía sino de espaldas, pero cuyo talante, segun le pareció á él, al traves de la distancia y del crepúsculo, no le era del todo desconocido. Aunque borracho, Boulatruelle tenía una memoria lúcida y correcta, arma defensiva indispensable á todo el que se halle un poco en lucha con el órden legal.

— ¿Dónde diablos he visto yo algo parecido á ese hombre? se preguntó á sí mismo.

Pero no pudo darse respuesta ninguna, sino que aque-

llo se asemejaba á álguien cuyas trazas tenía él confusamente en su espíritu.

Por lo demas, fuera de la identidad que él no lograba atrapar, Boulatruelle hizo paralelos, comparaciones y cálculos. Aquel hombre no era del país. Llegaba allí, á pié evidentemente. Ningun coche público pasa á aquellas horas por Monfermeil. Había andado toda la noche. ¿De dónde venía? no debía ser de muy léjos; pues no traía saco ni paquete alguno. De Paris, sin duda. ¿Por qué se hallaba en aquel bosque? ¿por qué estaba allí á aquellas horas? ¿qué venía á hacer en aquel sitio?

Boulatruelle pensó en el tesoro. Á fuerza de ahondar en su memoria, se acordó vagamente de haber tenido ya, algunos años ántes, una alerta semejante con respecto á un hombre que le parecia muy bien que pudiera ser este mismo.

Mientras que así cavilaba, bajo el peso mismo de su meditacion, había bajado la cabeza, cosa natural sin duda, pero poco hábil. Cuando la levantó, ya no había allí nada. El hombre se había eclipsado en la selva y en el crepúsculo.

— ¡Por vida del diantre, dijo Boulatruelle, que he de dar con él! Yo descubriré la parroquia de ese parroquiano. Ese paseante de Patron-Minette tiene su porqué; yo lo sabré. No hay secreto en mi bosque sin que yo tome parte en él.

Y echó mano á su azadon, el cual era bastante agudo. — Hé aquí, refunfuñó entre sí, con que poder escudriñar bien la tierra, y á un hombre también.

Y, como se empalma un hilo en otro, encajonando el paso como mejor pudo en el itinerario que había debido seguir el hombre, se puso en marcha atravesando el soto.

Cuando hubo andado como unos cien pasos, la luz del día que empezaba ya á aclarar, vino en su ayuda. Un assue

las grabadas en la arena, acá y acullá, yerbas pisadas, brezos y arbustos aplastados, tiernas ramas plegadas entre las malezas y enderezándose otra vez con graciosa lentitud, como los brazos de una hermosa niña que se espereza al despertar, le indicaron una especie de pista. La siguió, y la perdió al poco tiempo. El día avanzaba. Penetró más adelante en el bosque, y llegó á una pequeña eminencia. Un cazador matutino que pasaba á lo lejos por una senda silbando la canción de Guillery le sugirió la idea de trepar á un árbol. Aunque viejo, era ágil. Había allí una haya bastante elevada, digna de Tityro y de Boulatruelle. Boulatruelle trepó sobre el haya, todo lo más alto que pudo.

La idea era buena. Explorando la soledad por el lado en que el bosque está enteramente enredado y silvestre, Boulatruelle descubrió de repente á su hombre.

Pero no bien le había distinguido, cuando volvió á perderle de vista.

El hombre entró, ó más bien se deslizó en un claro bastante lejano, encubierto por grandes árboles, pero que Boulatruelle conocía muy bien, por haber notado allí junto á un gran monton de piedras molares, un castaño enfermo el cual tenía el apósito de una placa de zinc clavada en la corteza. Aquel claro es lo que en otro tiempo se llamaba el fundo Blarú. El monton de piedras, destinado no se sabe á qué uso, que se veía allí treinta años há, estará sin duda aún en el mismo sitio. Nada iguala á la longevidad de un monton de piedras, á no ser la de una empalizada de tablas. Son estas cosas provisionales. ¡Poderosa razon para que duren!

Con la rapidez de la alegría, Boulatruelle se dejó caer del árbol más bien que descender. La cueva estaba hallada, ya sólo se trataba de coger al animal. Este famoso tesoro soñado estaba allí probablemente.

No era fácil tarea la de llegar á aquel claro. Por vereda trilladas, que hacen mil zic-zacs incómodos, se necesitaba

un cuarto de hora largo. En línea recta, por un matorral que hay allí singularmente espeso, muy espinoso y muy agresivo, se necesitaba una média hora larga. Esto es lo que Boulatruelle hizo mal en no comprender. Creyó en la línea recta; ilusión de óptica respetable, pero que pierde á muchos hombres. El matorral, por más espeso y erizado que estuviese, le pareció ser el buen camino.

— Tomemos por la calle de Rivoli de los lobos, dijo.

Acostumbrado á ir siempre por sendas tortuosas, Boulatruelle cometió esta vez la falta de emprender la via recta.

Lanzóse resueltamente en la confusion de aquellas breñas.

Tuvo allí que luchar con acebuches, con zarzas, con ortigas, con oxiacantos, con cardos, con agabanzos y con escaramujos muy irascibles. Recibió infinitos arañazos.

En la parte baja del barranco, halló agua, que le fué preciso atravesar.

Por fin llegó al claro de Blarú, al cabo de unos cuarenta minutos, sudando, mojado, sofocado, arañado, ensangrentado, feroz.

Nadie había en el claro.

Boulatruelle corrió hácia el monton de piedras, y halló que este estaba en su lugar: nadie se le había llevado.

Por lo que hace al hombre, se había desvanecido en el bosque. Se habia escabullido. ¿Adónde? ¿hácia qué lado? ¿en qué espesura se hallaría oculto? Imposible era adivinarlo.

Y, cosa cruel, detras del monton de piedras, junto al árbol de la placa de zinc, había una porcion de tierra fresca y recientemente removida, un azadon olvidado allí ó abandonado, y un hoyo.

Este hoyo estaba vacío.

— ¡Ladron! gritó Boulatruelle mostrando sus dos puños al horizonte.



AL SALIR DE LA GUERRA CIVIL, MARIUS SE PREPARA
A LA GUERRA DOMÉSTICA

Marius permaneció mucho tiempo ni muerto ni vivo. Durante algunas semanas, tuvo fiebre acompañada de delirio, y otros síntomas cerebrales bastante graves, causados más bien por las rudas conmociones que sufrieron las heridas de la cabeza que por las mismas heridas.

Noches enteras pasaba repitiendo el nombre de Coseta, con la lúgubre locuacidad de la fiebre y el sombrío teson de la agonía. La grande extensión superficial de ciertas lesiones fué un peligro serio, porque la supuración de las grandes heridas puede siempre resolverse, y por consiguiente, matar al enfermo, bajo ciertas influencias atmosféricas; á cada cambio de tiempo, á la menor tempestad, el médico se mostraba inquieto. — Sobre todo que el herido no tenga ninguna emoción, repetía sin cesar. Las curaciones

eran complicadas y difíciles, pues la fijación de los aparatos y de los vendajes por medio del esparadrajo no había sido aún inventada en aquella época. Nicolette gastó en hilas una sábana «tan grande como un techo,» decía ella. Y no costó poco trabajo el impedir los estragos de la gangrena á fuerza de lociones chloruradas y de nitrato de plata. Mientras que el paciente estuvo de peligro, el señor Gillenormand, despavorido á la cabecera de la cama de su nieto, se hallaba como Marius, ni muerto ni vivo.

Todos los días, y en ocasiones dos veces al día, un señor de melenas blancas, muy bien puesto, — tales eran las señas que de él daba el portero, — venía á preguntar cómo estaba el herido, y dejaba un gran paquete de hilas para las curaciones.

Por último, el 7 de Setiembre, cuatro meses, día por día, después de la dolorosa noche en que le habían traído moribundo á casa de su abuelo, declaró el médico que respondía de él. Principió, pues, la convalecencia. Sin embargo, Marius tuvo que permanecer aún más de dos meses tendido en una silla larga, á causa de los accidentes producidos por la fractura de la clavícula. Nunca falta así una postrera herida que se niega á cerrarse y que eterniza las curas, con grande enojo del paciente.

Por lo demás, esta larga enfermedad y esta larga convalecencia le libraron de la persecución. En Francia, no es posible que la ira, aunque sea la ira pública, dure más de seis meses. Las rebeliones, en el estado actual de la sociedad, son de tal manera, por culpa de todo el mundo, que al instante se sigue á ellas cierta necesidad de cerrar los ojos.

Añádase á esto que habiendo indignado á la opinion, y no sólo á la opinion, sino al rey el primero, la incalificable medida de Gisquet que ordenaba á los médicos que delatasen á los heridos, quedaron estos á cubierto y como pro-

tegidos por la misma indignacion; y excepto los que habian sido hechos prisioneros en flagrante combate, los consejos de guerra no se atrevieron á inquietar á ninguno de ellos. Dejaron, pues, á Marius tranquilo.

El señor Gillenormand atravesó primero todas las angustias, y despues todos los éxtasis. No sin mucho trabajo lograron impedirle que pasase todas las noches junto al herido; hizo que le trajeran su grande butaca al lado de la cama de Marius; exigió que su hija tomara las ropas de hilo más finas de la casa para hacer con ellas los cabezales y las vendas. La señorita Gillenormand, como persona prudente y de experiencia, halló medios de salvar las ropas finas, haciendo mientras tanto creer á su padre que era en un todo obedecido. El señor Gillenormand no permitió que le explicasen que, para hacer hilas, la batista no está buena como el lienzo grueso, y que el lienzo usado es preferible al nuevo. Asistía él siempre á todas las curaciones de las cuales se ausentaba públicamente la señorita Gillenormand. Cuando cortaban con las tijeras las carnes muertas, exclamaba él: ¡Ay! ¡ay! Nada era tan patético y tan tierno como el verle ofrecer al enfermo una taza de tisana con su suave temblor senil. Á los médicos, los abrumaba con preguntas, sin que echara de ver que siempre repetía las mismas.

El día en que le anunció el facultativo que Marius estaba fuera de peligro, el pobre viejo deliraba de contento. Dió tres luises de propina á su portero. Al entrar en su cuarto aquella noche, se puso á bailar una gavota, tocando las castañuelas con sus dedos, y cantando esta cancion:

Jeanne est née à Fougère,
Vrai nid d'une bergère;
J'adore son jupon
Fripou.

Amour, tu vis en elle;
Car c'est dans sa prunelle
Que tu mets ton carquois,
Narquois!

Moi, je la chante, et j'aime,
Plus que Diane même,
Jeanne et ses durs tétons
Bretons¹.

En seguida se arrodilló sobre una silla, y Basque, que le observaba por la puerta entreabierta, creyó estar seguro de que rezaba alguna oracion.

Hasta entónces, nunca habia él creído en Dios.

Á cada nueva fase de la mejoría, que se iba marcando cada vez más, el abuelo divagaba y desbarraba. Ejecutaba una multitud de acciones maquinales, llenas de la mayor alegría; subía y bajaba las escaleras sin saber por qué. Una vecina, por cierto bastante linda, se halló sorprendida y estupefacta una mañana de recibir un gran ramo de flores; era el señor Gillenormand que se le enviaba. El marido, picado de los celos, promovió un alboroto. El señor Gillenormand probaba á tomar á Nicolette sobre sus rodillas. Á Marius le llamaba señor baron; y de vez en cuando gritaba: ¡Viva la república!

Á cada instante, preguntaba al médico: ¿Es verdad, que ya no hay peligro? Miraba á Marius con ojos de abuelita. Le cobijaba cuando estaba comiendo. Ya él no se conocía, no se contaba por nada ni para nada, Marius

¹ Juana nació en Fougère, propio nido de una pastora; yo adoro sus graciosas faldas.

Amor, tú vives en ella; pues en sus pupilas es en donde te pones tu carcaj, picaruelo.

Yo la canto, y, más que á la misma Diana, amo á mi Juana y á sus turgentes pechos bretones.

era el amo de la casa, había en su gozo una completa abdicacion, ahora era él ya el nieto de su nieto.

En medio de esta alegría que se había apoderado de él, era el más venerable de los niños. Temiendo cansar ó importunar al convaleciente, se colocaba á espaldas de él para sonreírle. Estaba contento, gozoso, enajenado, divertido, jóven. Sus mismas canas añadían una dulce majestad á la luz alegre y esplendente que tenía en su rostro. Cuando la gracia se mezcla con las arrugas, es adorable. En la ancianidad festiva y gozosa hay una especie de aurora.

Por lo que hace á Marius, mientras que así se dejaba curar y cuidar, tenía siempre una idea fija : Coseta.

Desde que le habían abandonado la fiebre y el delirio, ya no pronunciaba este nombre, y cualquiera habría creído que no pensaba más en él. Guardaba silencio, precisamente porque su alma estaba allí.

Ignoraba él que había venido á ser de Coseta; todos los sucesos de la calle de la Chanvrière formaban como una nube en su memoria; ciertas sombras casi indistintas flotaban en su espíritu, Eponina, Gavroche, Mabeuf, los Thénardier, todos sus amigos lúgubramente mezclados con el humo de la barricada; la extraña aparicion del señor Fauchelevent en aquella sangrienta aventura se le representaba como un enigma en una tempestad; nada comprendía él de su propia vida, ni sabía cómo ni por quién había sido salvado, y nadie en derredor suyo lo sabía tampoco; lo único que habían podido decirle, es que le habían traído por la noche en un coche á la calle de las Filles-du-Calvaire; pasado, presente, porvenir, todo esto no era en él más que la niebla de una idea vaga; pero en medio de esta bruma había un punto inmóvil, un lineamiento neto y preciso, algo que era de granito, una resolucion, una voluntad : volver á encontrar á Coseta. Para él

la idea de la vida no era distinta de la idea de Coseta, habiendo decretado en su corazón que no aceptaría la una sin la otra, y hallándose decidido á exigir de cualquiera que quisiese obligarle á vivir, de su abuelo, de la suerte, del infierno, la restitucion de su desaparecido Eden.

No se disimulaba él los obstáculos.

Hagamos notar aquí un detalle : todas las solicitudes y todas las ternuras de su abuelo no habían logrado captar su voluntad, ni enternecerle lo más mínimo. En primer lugar, no se hallaba él en el secreto de todas ellas; y despues, en sus delirios de enfermo, delirios de fiebre tal vez aún, desconfiaba de aquellas caricias como de una cosa extraña y nueva cuyo objeto era domeñarle. se mostraba frio en extremo. El pobre abuelo consumía en pura pérdida su afabilidad y su vetusta sonrisa. Marius decía para su colete que todo aquello era bueno mientras que él no hablaba y dejaba obrar; pero que, cuando se tratara de Coseta, hallaría él otro semblante, y que aparecería sin máscara la verdadera actitud del abuelo. Entonces vendría la rudeza; la recrudescencia de las cuestiones de familia, la confrontacion de las posiciones, todos los sarcasmos y todas las objeciones á la vez, Fauchelevent, Coupevent, la fortuna, la pobreza, la miseria, la cuerda al cuello, el porvenir. Resistencia violenta; conclusion : negativa. Marius se irritaba ya anticipadamente.

Y despues, á medida que iba recobrando sus fuerzas vitales, reaparecían sus anteriores agravios, las antiguas heridas de su memoria volvían á abrirse, pensaba de nuevo en lo pasado, el coronel Pontmercy reaparecía colocado entre el señor Gillenormand y él, decíase que no debía él esperar ninguna bondad verdadera de quien tan injusto y tan duro había sido para con su padre. Y con la salud, se iba apoderando de él una especie de aspe-reza contra su abuelo. El anciano sufría lentamente.

Sin que por otra parte se diera él por entendido, el señor Gillenormand notaba que Marius, desde que le habían traído á su casa y había recobrado el conocimiento, no le había apellidado padre ni una sola vez. No le decía señor, ni caballero, es verdad; pero siempre hallaba él modo de no decir lo uno ni lo otro, recurriendo á ciertos giros ó rodeos de frase.

Era evidente que una crisis se acercaba.

Como sucede casi siempre en tales casos, Marius, por vía de ensayo, empezó á maniobrar de escaramuza ántes de librar batalla. Esto se llama tantear el terreno. Sucedió una mañana que el señor Gillenormand, á propósito de un periódico que le había venido á las manos, habló ligeramente de la Convención, y lanzó una epifonema realista sobre Danton, Saint-Just y Robespierre. — Los hombres de 93 eran gigantes, dijo Marius con severidad. El anciano calló, y no volvió á resollar en todo el resto del día.

Marius, que siempre tenía presente en su imaginación al inflexible abuelo de sus primeros años, vió en aque silencio una profunda concentración de ira, previó una lucha encarnizada, y aumentó en los más profundos escondrijos de su pensamiento los preparativos de combate.

Decidió que, en caso de negativa, se arrancaría sus apó-sitos, dislocaría su clavícula, pondría al desnudo y al vivo lo que aún quedaba de sus heridas y rehusaría todo alimento. Sus heridas eran sus municiones. Poseer á Co-seta, ó morir.

Esperó, pues, el momento favorable con la solapada paciencia de los enfermos.

Este momento llegó al fin.

III

MARIUS ATACA

Hallábase un día el señor Gillenormand, mientras que su hija ponía en órden los frascos y las tazas sobre el mármol de la cómoda, reclinado hácia Marius, á quien decía con la mayor ternura:

— Ves, hijo mío, en tu lugar, yo comería ahora más bien carne que pescado. Un lenguado frito es una cosa excelente para empezar una convalecencia, mas para poner de pié al enfermo, se necesita una buena chuleta.

Marius, que había recobrado casi todas sus fuerzas, las reunió, alzó el cuerpo, sentóse sobre la cama, apoyó ambos puños cerrados sobre las sábanas, miró de frente á su abuelo, mostró un ademan terrible, y dijo:

— Esto me obliga á decir á usted una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Que quiero casarme.

— Previsto, contestó el abuelo. Y lanzó una carcajada.

— ¿Cómo previsto?

— Si, previsto. Tendrás tu muchachita.

Estupefacto y como agobiado por el deslumbramiento, Marius se puso á temblar en todos sus miembros.

El señor Gillenormand continuó :

— Si, la tendrás, á tu buena y linda niña. Todos los días viene ella á esta casa, bajo la forma de un señor anciano, á saber cómo va tu salud. Desde que estás herido, pasa ella el tiempo llorando y haciendo hilas. He tomado informes. Vive en la calle de l'Homme-Armé, número siete. ¡Ah! ¡ya llegamos á lo vivo! ¡Ah! ¿conque la quieres siempre? Pues bien, la tendrás. ¿No es mal chasco, eh? Tú habías formado tu pequeño complot, y habías dicho para tus adentros : — Voy á significarle esto de rondón á ese pobre abuelo, á esa momia de la Regencia y del Directorio, á ese antiguo bello, á ese Dorante convertido en Geronte; también él ha tenido sus ligerezas, y sus amoríos, y sus grisetas y sus Cosetas; ha hecho sus calaveradas, ha tenido sus alas correspondientes, ha comido el pan de la primavera; preciso será que él se acuerde de todo esto. Vamos á ver. Batalla. ¡Ah! tú agarras al chorlito por la cola. Está bien. Yo te ofrezco una chuleta, y tú me respondes : Á propósito, lo que yo quiero es casarme. ¡Es una bonita transición! ¡Ah! ¡habías contado sin duda con alguna pelotera! ¿No sabías que yo soy un viejo cobarde. ¿Qué dices tú de esto? Te pone de mal humor. Hallar que tu abuelo es aún más tonfo que tú, escosa que no esperabas, ni podías imaginarte, señor abogado; es muy fastidioso esto, ¿es verdad? Pues bien, paciencia, anda y rabia. ¡Hago al fin lo que se te antoja, esto te corta el revésino, majadero! Escucha. Me he informado bien de todo, también yo soy solapado; la chica es muy lindita y honrada, el lancero

no dice una palabra de verdad, ha hecho montones de hilas, es una perla y te adora; si hubieras muerto, habríamos sido tres; su féretro habria acompañado al mio. Desde que estás mejor, ya me han venido ideas de acampártela aquí boníticamente á la cabecera de tu cama, pero eso de introducir así á las jovencitas, sin decir oxe ni moxe, junto á la cama de los buenos mozos heridos que las interesan, sólo se ve en las novelas. Eso no se hace nunca. ¿Qué habria dicho tu tia? Estabas desnudo casi siempre, mi pobre bobo. Pregúntaselo á Nicolette, que no te ha abandonado un minuto, si habia medios de que se hallara aquí nunca una mujer. Y despues, ¿qué habria dicho el médico? Una muchacha bonita no es el mejor remedio para curar la calentura. En fin, está bien, no hablemos más de eso, ya está dicho, y está hecho, y es asunto concluido, tómala. Tal es mi ferocidad. ¿Lo ves? he conocido que tú no me querias, y he dicho para mí : ¿Qué haria yo para que ese animal me quiera? Y me acordé y dije : Toma, pues si tengo á la mano á mi Coselita, voy á dársela; y entónces no podrá ménos de quererme un poco, ó que se explique y me diga su porqué. ¡Ah! tú creías que el viejo iba á echar pestes y tempestades, ahuecar la voz, gritar que no, y levantar el baston sobre toda esa aurora de dicha. ¡Ni pensarlo! Coseta, sea en buen hora; amor, sea también; á mí me viene eso á pedir de boca. Caballerito, tenga usted la bondad de casarse. Que seas dichoso, es lo que desea tu abuelo, hijo mio muy amado.

Dicho esto, el anciano prorumpió en sollozos.

En seguida cogió la cabeza de Marius, la estrechó entre ambos brazos contra su pecho, y los dos se pusieron á llorar. Esta es una de las formas de la dicha suprema.

— ¡Padre mio! exclamó Marius.

— ¡Ah! conque me quieres! dijo el anciano.

Hubo entonces un momento inefable. Ahogada la respiración de entrambos, no podían articular palabra.

Por fin el viejo dijo con voz balbuciente :

— ¡Vamos! ya quiso Dios que se destapó. Me ha dicho :
¡Padre mio !

Marius desprendió su cabeza de entre los brazos del abuelo y dijo con dulzura :

— Pero, padre mio, ahora que ya estoy bueno, me parece que podría verla.

— Previsto también, la verás mañana.

— ¡Padre mio !

— ¿ Qué ?

— ¿ Y por qué no hoy mismo ?

— Pues bien, hoy. Será hoy, puesto que así lo quieres. Me has dicho « padre mio » tres veces, y esto merece aquello. Voy á ocuparme de ese negocio. Te la traerán. Previsto, te he dicho. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del *Jóven enfermo* de Andrés Chénier, de Andrés Chénier que fué degollado por los malv... por los gigan'es de 93.

El señor Gillenormand creyó notar un ligero fruncimiento de cejas de Marius, quien, en realidad, debemos decirlo, no le escuchaba ya, arrobado como estaba en el éxtasis, y pensando mucho más en Coseta que en 1793. El abuelo, temblando de haber introducido tan inoportunamente el nombre de Andrés Chénier, añadió con premura :

— Degollado no es la palabra adecuada. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malos, esto es incontestable, que eran unos héroes, ¡pardiez! hallaron que Andrés Chénier los incomodaba un poco, y le hicieron guillot... — Es decir, que aquellos grandes hombres, el 7 Thermidor, en el interés de la salud pública, rogaron á Andrés Chénier que tuviera la bondad de ir..

Cogido en la garganta por su propia frase, el señor Gillenormand no pudo continuarla ; sin tener fuerzas para terminarla, ni para retractarla tampoco, mientras que su hija arreglaba detras de Marius la almohada, trastornado por tantas emociones, el viejo se lanzó, con toda la prontitud que su edad le permitía, fuera de la alcoba, tiró de la puerta tras sí, y, amoratado, ahogándose, echando espuma por la boca, con los ojos que se le saltaban del cráneo, se halló frente á frente con el buen Basque que estaba dando unto á las botas en la antesala. Dirigióse frenético á Basque, le asió por el cuello y gritó enfurecido :

— ¡ Por todos los diablos del infierno, aquellos bandidos me le asesinaron !

— ¿ Á quién, señor ?

— ¡ Á Andrés Chénier !

— Sí, señor, dijo Basque lleno de espanto

Y en seguida se sonó con estrépito.

Coseta estaba como embriagada, hechizada, asustada, en el cielo. Se hallaba tan amedrentada como es posible hallarse por la dicha. Tartamudeaba, ora pálida, ora encarnada, queriendo precipitarse en los brazos de Marius, y no atreviéndose á hacerlo. Avergonzada de amar en presencia de todo el mundo. Nunca hay compasión para los amantes dichosos; todo el mundo se queda junto á ellos cuando más deseos tienen de quedarse solos. Y sin embargo, ellos no tienen ninguna necesidad de genio.

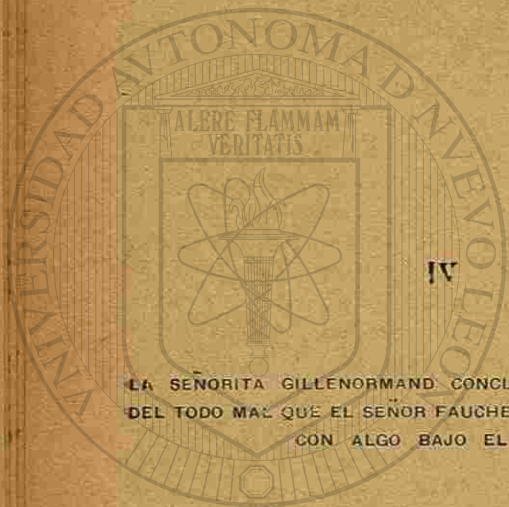
Con Coseta, y detras de ella, habia entrado un hombre de blanca cabellera, grave y á pesar de esto sonriendo, pero con una vaga y punzante sonrisa. Era « el señor Fauchelevant; » era Juan Valjean.

Iba *muy bien puesto*, como habia dicho el portero, enteramente vestido de nuevo y de negro, y con corbata blanca.

El portero estaba muy lejos de reconocer en aquel bourgeois correcto, en aquella estampa de notario, al pavoroso portador de cadáveres que habia surgido á su puerta en la noche del 7 de Junio, haraposos, lodientos, horrible, hurraño, con el rostro enmascarado de sangre y de fango, sosteniendo por bajo de los brazos á Marius desmayado; sin embargo, su olfato de portero acabó por despertarle. Cuando el señor Fauchelevant llegó con Coseta, el portero no habia podido ménos de confiar á su mujer este « aparte »: No sé por qué se me figura siempre que he visto ántes esa cara.

El señor Fauchelevant permanecía como apartado, cerca de la puerta, en el aposento de Marius. Llevaba bajo el brazo un paquete bastante parecido á un volumen en octavo, envuelto en un papel. Este papel que le envolvía era verdusco y parecia como enmohecido.

— ¿ Es que ese señor llevará siempre así libros bajo el



LA SEÑORITA GILLENORMAND CONCLUYE POR NO HALLAR
DEL TODO MAL QUE EL SEÑOR FAUCHELEVENT HAYA ENTRADO
CON ALGO BAJO EL BRAZO

Coseta y Marius volvieron á verse.

Renunciamos á decir lo que fué la entrevista. Hay cosas que no debemos tratar de pintar; el sol es del número de ellas.

Toda la familia, incluso Basque y Nicolette, se hallaba reunida en el cuarto de Marius en el momento en que entró Coseta.

Apareció bajo el dintel de la puerta como circundada de una auréola de luz.

Precisamente en aquel mismo instante el abuelo iba á sonarse; quedó como cortado, con la nariz cogida en su pañuelo, y mirando á Coseta por encima:

— ¡ Adorable! exclamó.

brazo? preguntó en voz baja á Nicolette la señorita Gillenormand, á quien no gustaban los libros.

— Y bien, respondió en el mismo tono el señor Gillenormand que la había oído, es un sabio. ¿Qué tiene eso de particular? ¿es culpa suya acaso? El señor Boulard, á quien yo conocí, no iba nunca tampoco sin el acompañamiento obligado de algún libro, y andaba siempre así con un libraco apretado contra el corazón.

Y, saludando, dijo en alta voz:

— Señor Tranchelevent...

El tío Gillenormand no hizo esto adrede, sino que la inatención á los nombres propios era en él una forma aristocrática.

— Señor Tranchelevent, tengo el honor de pedir á usted para mi nieto, el señor baron Marius Pontmercy, la mano de esta señorita.

El « señor Tranchelevent » se inclinó.

— Está dicho, añadió el abuelo.

Y volviéndose hácia Marius y Coseta, con los brazos extendidos y bendiciendo, exclamó:

— Permiso de adoraros.

No aguardaron á que se lo dijeran segunda vez. En seguida empezó entre ellos el gorjeo. Hablábanse en voz baja, Marius apoyado de codos sobre su silla larga, y Coseta de pie junto á él. — ¡Ay Dios mio! murmuraba Coseta, al fin le vuelvo á ver! ¡Eres tú! ¡es usted! ¡Haber ido á batirse de esa manera! ¿Pero por qué? Es una cosa horrible. Durante cuatro meses, he estado muerta. ¡Oh! ¡qué maldad, el haber ido á esa batalla! ¿Qué le había yo hecho á usted? Le perdono, pero ya no volverá á hacerlo. Hace poco, cuando fueron á decirnos que viniéramos, creí todavía que iba á morir, pero era de gozo. ¡Estaba tan triste! No he tomado siquiera el tiempo necesario para vestirme, debo estar hecha un horror.

¿Qué dirán sus parientes de usted al verme con una pañoleta toda arrugada? Pero hábleme usted! Me deja á mi sola hablármelo todo. Vivimos siempre en la calle de l'Homme-Armé. Parece que su hombró de usted estaba en un estado terrible. Me han dicho que se podía introducir el puño dentro. Y además, parece que han cortado las carnes con tijeras. ¡Pero si eso es una cosa horrible! He llorado tanto, que ya no tengo ojos. Es singular que se pueda sufrir así tanto. Su abuelo de usted tiene trazas de ser muy bueno! No se moleste usted, no se apoye así en el codo, cuidado, que va usted á hacerse daño. ¡Oh! qué dichosa soy!

¡Conque ya habrá concluido la desgracia! Estoy hecha una tonta. ¡Quería decirle á usted cosas que ya no recuerdo, nada! ¿Me ama usted siempre? Vivimos en la calle de l'Homme-Armé. No hay jardín. He estado haciendo hilas todo este tiempo; vea usted, mire aquí, usted tiene la culpa, tengo un callo en los dedos.

— ¡Ángel mio! decía Marius.

Ángel es la única palabra de la lengua que no puede gastarse. Ninguna otra voz resistiría al uso desapiadado é inclemente que de ella hacen los enamorados.

En seguida, como había gentes delante, interrumpieron la conversación, y sin hablar ya ni una sola palabra, se limitaron á tocarse las manos muy suavemente.

El señor Gillenormand se volvió entónces hácia todos los que estaban en aquel cuarto y gritó:

— Hablad en voz alta, vosotros. Haced ruido, ahí entre bastidores. Vamos, vamos, un poco de runrun, qué diablos! que esos chicos puedan charlar á sus anchas.

Y acercándose á Marius y á Coseta, les dijo en voz baja:

— Tutearos. No andéis con cumplimientos.

La señorita Gillenormand asistía con estupor á esta

irrupción de luz en aquella morada de la vejez. Pero su estupor no tenía nada de agresivo; no era, de ningún modo, la mirada envidiosa y escandalizada de un mochuelo á dos palomas; era la mirada estúpida de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida frustrada mirando aquel triunfo, el amor.

— Señorita Gillenormand primogénita, la dijo su padre, yo te lo había dicho bien, que te sucedería esto.

Permaneció un momento silencioso y añadió:

— Mira, mira la dicha de los otros.

Volviéndose despues hácia Coseta, exclamó:

— ¡Qué hermosa es! ¡qué bonita! Es una figura de Greuze. ¿Conque vas á tener todo eso para ti solo, perillan? ¡Ah! mi picaruelo, de buena te libras conmigo: grande fortuna tienes, si no tuviera yo quince años de más, nos baliríamos á la espada para disputárnosla. Toma, yo estoy enamorado de usted, señorita. Es una cosa muy natural; y que de derecho la corresponde á usted. ¡Ah! qué boda tan bella, tan linda, tan deliciosa vamos á tener aquí! Nuestra parroquia es San Dionisio del Santo Sacramento, pero yo tendré una dispensa para que os casen en San Pablo. Es mejor iglesia. La hicieron construir los jesuitas. Es de más lujo y más bonita. Está junto á la fuente del cardenal de Birague. La obra maestra de la arquitectura jesuita está en Namur. La llaman Saint-Loup. Será menester que vayáis á verla cuando os hayáis casado. El ver aquello merece bien el viaje. Señorita, yo soy enteramente de su opinion de usted, quiero que las muchachas se casen, para eso están ellas. Quisiera yo que ciertas santas se quedaran siempre sin gorras. Permanecer soltera es bonito, pero es frío. La Biblia dice: Creced y multiplicad. Para salvar al pueblo, se necesita á Juana de Arco; pero para hacer al pueblo, se necesita la tía Gigogne. Así, pues, hermosas, á casarse. En ver-

dad que yo no sé por qué habrían de quedarse solteras. Ya veo que estas tienen su capilla aparte en la iglesia y su puesto de honor en la cofradía de la Virgen; pero caramba, un guapo chico por marido, un mozo de chapa, honrado, y al cabo de un año, una criaturita, hermosa, blonda y rolliza, que os mama alegremente, que tiene bonitos pliegues de grasa en las piernas, y que os trastea el pecho á puñadas con sus manecitas de rosa riendo como una aurora, todo esto vale sin embargo mucho más que llevar un cirio en las visperas y cantar ¡*Turris eburnea!*

El abuelo hizo una pirueta sobre sus talones de noventa años y volvió á emprender su charla, como un resorte que se dispara de nuevo:

Ainsi, bornant le cours de ses réversations, Alcippe, il est donc vrai, dans peu tu te maries!¹

— ¡Á propósito!

— ¿Qué, padre mio?

— ¿No tenias tú un amigo íntimo?

— Sí, Courfeyrac.

— ¿Qué ha venido á ser de él?

— Ha muerto.

— Esto es bueno.

Se sentó junto á ellos, hizo sentar á Coseta, y tomando sus cuatro manos entre las suyas, vetustas y arrugadas:

— ¡Qué lindita y qué deliciosa es esta criatura! dijo.

¡En verdad que la tal Cosetita es una obra maestra! Es á la vez una niña chiquita y una gran señora. No será más que baronesa, lo cual es una verdadera derogacion, para ella, que ha nacido marquesa. ¡Y que no tiene pes-

¹ Así, pues, poniendo un límite al curso de tus devarios, ¿es verdad, Alcippo, que vas á casarte pronto?

tañas la niña, que digamos! Hijos míos, encasquetaos bien el cariño en la cabeza, que vosotros estáis en el terreno verdadero. Amaos de firme, enrocinaos bien. El amor es la necesidad de los hombres y el talento de Dios. Adoraos, sí. Sólo que, añadió el anciano entristecido de repente, ¡qué fatalidad! ¡Ahora pienso en ello! Más de la mitad de lo que poseo está colocado en renta vitalicia; mientras que yo os viva, esto marchará aún, pero después de mi muerte, dentro de unos veinte años, ¡ah! mis pobres niños, ¡no tendréis ni un real! Esas lindas y blancas manitas, señora baronesa, harán al diablo el honor de tirarle de la cola.

A este tiempo se oyó una voz grave y tranquila que decía:

— La señorita Eufrosia Fauchelevent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Juan Valjean.

Aún no había pronunciado él ni una sola palabra, nadie parecía saber siquiera que estaba allí, y se mantenía de pie e inmóvil detrás de todas aquellas personas dichosas.

— ¿Y quién es esa señorita Eufrosia en cuestión? preguntó estupefacto al abuelo.

— Soy yo, respondió Coseta.

— ¡Seiscientos mil francos! exclamó el señor Gillenormand.

— Méenos catorce ó quince mil francos tal vez, dijo Juan Valjean.

Y colocó sobre la mesa el paquete que la señorita Gillenormand había tomado por un libro.

Juan Valjean abrió él mismo el paquete, el cual no era otra cosa que un lío de billetes de banco. Los hojearon y los contaron. Había quinientos billetes de mil francos y

ciento sesenta y ocho de quinientos. En todo, quinientos ochenta y cuatro mil francos.

— Hé ahí un buen libro, dijo el señor Gillenormand.

— ¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! murmuró la tía.

— Esto arregla muchas cosas, ¿no es verdad, señorita Gillenormand primogénita? repuso el abuelo. ¡Este diablo de Marius, pues no ha ido á desanidar en el árbol de los sueños una griseta millonaria! ¡Fíese usted ahora en los amoreillos de los muchachos! Los estudiantes encuentran estudiantas de seiscientos mil francos. Querubín trabaja mejor que Rothschild.

— ¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! repetía á média voz la señorita Gillenormand. ¡Quinientos ochenta y cuatro! como quién dice seiscientos mil, ¡qué!

Por lo que hace á Marius y á Coseta, se estaban mirando mientras tanto, y apenas llamó su atención este letante,

duda que él se había llevado estos candeleros al evadirse de M. El hombre visto la primera vez una noche por Boulatruelle era Juan Valjean. Más adelante, cada vez que Juan Valjean tenía necesidad de dinero, iba á buscarle al claro de Blarú. Estas eran las ausencias de que hemos hablado. Tenía guardado un azadon en cierto paraje, entre los brezos, en un escondrijo que sólo él conocia. Cuando vió á Marius ya convaleciente, previendo que se acercaba la hora en que pudiera utilizarse aquel dinero, fué en busca de él; y él fué tambien el hombre que vió Boulatruelle en el bosque, pero esta vez era por la mañana, y no por la noche. Boulatruelle heredó el azadon.

La suma real era de quinientos ochenta y cuatro mil quinientos francos. Juan Valjean retiró los quinientos francos para él. — Despues, ya veremos, dijo para sí.

La diferencia entre esta suma y los seiscientos treinta mil francos sacados de la casa de Laffitte representaba el gasto de diez años, de 1823 á 1833. Los cinco años de residencia en el convento no habian costado más de cinco mil francos.

Juan Valjean colocó los dos candeleros de plata sobre la chimenea, donde resplandecian causando grande admiracion á Toussaint.

Por lo demas, Juan Valjean sabia que ya se hallaba libre de Javert. Habian referido en presencia suya, y él habia comprobado el hecho en el *Monitor*, que le publicó, que un inspector de policia, llamado Javert, habia sido encontrado ahogado bajo un barco de la vañderas, entre el puente del Cambio y el puente Nuevo, y que un escrito dejado por este hombre, quien por otra parte era irreprochable, y muy estimado de sus jefes, daba margen á creer en un acceso de enajenacion mental y en un suicidio. — En verdad, dijo entre sí Juan Valjean, pues que, teniéndome en su poder, me dejó en libertad, es preciso que estuviera él ya loco.

DEPOSITAD MAS BIEN VUESTRO DINERO EN TAL SELVA QUE EN
CASA DE TAL NOTARIO

Sin duda se ha comprendido, sin que sea necesario dar de ello una larga explicacion, que Juan Valjean, despues del proceso Champmathieu, habia podido, gracias á su primera evasion de algunos dias, venir á Paris y retirar á tiempo de casa de Laffitte la suma ganada por él, bajo el nombre del señor Magdalena, en M.; y que temiendo que le volvieran á capturar, como en efecto le sucedió así poco tiempo despues, habia escondido y enterrado esta suma en la selva de Montfermeil, en el paraje llamado el fundo Blarú. La suma, seiscientos treinta mil francos, toda en billetes de banco, tenía muy poco volumen y cabia muy bien en una caja; sólo que, para preservar la caja de la humedad, la habia encerrado en un cofrecito de encina lleno de virutas de castaño. En el mismo cofre habia puesto el otro tesoro que poseia, los candeleros del obispo. El lector recuerda sin



LOS DOS ANCIANOS HACEN TODO LO POSIBLE, CADA CUAL A SU MANERA, PARA QUE COSETA SEA DICHOSA

Preparóse todo para el casamiento. El médico, consultado al efecto, declaró que podría celebrarse en el mes de Febrero. Se estaba en Diciembre. Transcurrieron pues algunas deliciosas semanas de completa felicidad.

No era el abuelo el ménos dichoso, Pasaba los cuartos de hora enteros mirando y contemplando á Coseta.

— ¡Admirable y preciosa niña! exclamaba. ¡Y tiene unos modales tan finos, tan delicados, y es tan buena! Y no hay que decir que es la prenda de mi corazón, sino que, de todos modos, es ella la más linda chica que yo he visto en toda mi vida. Más adelante, eso hará brillar virtudes con perfume de violeta. ¡Cómo! ¡si es una gracia! Con semejante criatura, no se puede ménos de vivir noblemente. Marius, hijo mio, tú eres baron, eres rico, no ejerzas tu profesion abogadesca, te lo suplico.

Coseta y Marius habian pasado bruscamente del sepulcro al paraíso. La transición no habia sido preparada ni asistida de las menores precauciones, y los habria aturcido, si no los hubiera fascinado.

— ¿Comprendes tú algo de esto? decia Marius á Coseta.

— No, respondia Coseta, pero me parece que Dios nos está mirando.

Juan Valjean lo hizo todo, todo lo allanó y lo concilió y lo facilitó en extremo. Apresurábase hácia la felicidad de Coseta con tanta prisa y afán, y en apariencia, con tanta alegría como la misma Coseta.

Como él habia sido alcalde, supo resolver un problema delicado, cuyo secreto poseia él solo: el estado civil de Coseta. Decir secamente el origen, ¿quién sabe? tal vez esto habria impedido el casamiento. Sacó á Coseta de todas las dificultades. La fraguó una familia de gente muerta, que era el medio más seguro de no incurrir en ninguna reclamacion. Coseta era el único miembro que sobrevivía de una familia extinguida; Coseta no era su hija, sino hija de otro Fauchelevant. Dos hermanos Fauchelevant habian sido jardineros en el convento del Petit-Picpus. Dirigiéronse á aquel convento, donde abundaron los mejores informes y los testimonios más respetables: las buenas religiosas, poco aptas y nada propensas á penetrar en las cuestiones de la paternidad, y no maliciando nada, no habian sabido nunca á punto fijo de cuál de los dos Fauchelevant era hija la niña Coseta. Dijeron lo que se quería que dijeran, y lo dijeron con zelo y buena fe. Extendióse pues un acta de notoriedad. Coseta vino á ser, ante la ley, la señorita Enfrasia Fauchelevant. Fué declarada huérfana de padre y madre. Juan Valjean se arregló de tal manera que fué designado, bajo el nombre de Fauchelevant, tutor de Coseta, con el señor Gillenormand como tutor sustituto.

Por lo que hace á los quinientos ochenta y cuatro mil

francos, eran un legado que habia dejado á Coseta una persona que habia muerto y que deseaba que quedara su nombre desconocido. El legado primitivo habia sido de quinientos noventa y cuatro mil francos: pero se habian gastado diez mil francos para la educacion de la señorita Eufasia, de cuya suma se habian pagado cinco mil francos á dicho convento. Este legado, depositado en manos de una tercera persona, debia ser entregado á Coseta al llegar la época de su mayor edad, ó la de su casamiento. Todo este conjunto era, segun se ve, muy aceptable, sobre todo con un apoyo de más de medio millon. Es verdad que no faltaban, acá y acullá, algunas singularidades, pero no se las veia; pues uno de los interesados tenia los ojos vendados por el amor, y los otros por los seiscientos mil francos.

Coseta supo entónces que no era hija de aquel buen anciano á quien ella habia apellidado padre durante tanto tiempo; pero que no era sino un pariente suyo, siendo otro Fauchelevent su verdadero padre. En otra ocasion cualquiera, este descubrimiento la habria afligido en extremo. Mas en los momentos inefables en que ella se hallaba, no produjo esto en su espiritu sino un poco de sombra, una nube negra, y era tanto el gozo que experimentaba, que aquel nublado duró muy poco tiempo. Tenia ella á Marius. El jóven llegaba, y se borraba el viejo; tal es la vida humana.

Y ademas, Coseta estaba acostumbrada, hacia ya muchos años á ver enigmas en derredor de ella; toda criatura que ha tenido una infancia misteriosa está siempre dispuesta á ciertas renunciaciones.

No obstante, ella siempre continuó llamando « Padre » á Juan Valjean.

Coseta, en sus glorias, se hallaba entusiasmada del tío Gillenormand. Es verdad que él la colmaba de presentes

y de madrigales. Mientras que Juan Valjean construía á Coseta una situación normal en la sociedad y una posesion de estado invulnerable, el señor Gillenormand se ocupaba del ajuar y del canastillo de los regalos de boda. Nada le agradaba á él tanto como el mostrarse espléndido y munífico. Habia dado á Coseta un vestido de encaje ó guipure de Binche que provenia de la propia abuela del anciano. — Estas modas renacen, decia él, las antiguallas hacen furor, y las señoritas jóvenes de mi ancianidad se visten como las ancianas de mi infancia.

Deshalijaba sus respetables cómodas de laca de Coromandel con vientre combado, que no habian sido abiertas hasta ya algunos años. — Confesemos á estas nobles vejeconas, decia: vamos á ver qué es lo que guardan en el bauldullo. Abria con estrépido aquellos cajones ventrados llenos de trajes de todas sus mujeres, de todas sus queridas, y de todas sus abuelas. Pekines, damascos, lampas, moarés pintados, vestidos de gros de Tours, pañuelos de la India bordados de un oro que puede lavarse, delinas sin revers en piezas, encajes de Génova y de Alencon, aderezos de joyería antigua, cajitas de marfil adornadas de batallas microscópicas, joyas, alhajas, adornos, cintas, todo lo prodigaba él á Coseta. Coseta, maravillada, perdida de amor por Marius y azorada de reconocimiento hácia el señor Gillenormand, soñaba una dicha sin limites vestida de raso y terciopelo. Su canastillo de boda le aparecía sostenido por serafines. Su alma volaba hácia el firmamento con alas de encaje de Malinas.

La ebriedad de los novios sólo era comparable, como hemos dicho ya, al éxtasis del abuelo. Habia pues grande fiesta y algazara en la calle de las Filles-du-Calvaire.

Cada mañana se señalaba por una nueva ofrenda de ropaz y alhajas del abuelo á Coseta. Todas las cintas y todos

los farfalás posibles se desplegaban lujosamente en derredor de ella.

Un día Marius, que gustaba mucho hablar seriamente, aun en medio de sus ensueños de felicidad, dijo á propósito de no sé qué incidente :

— Los hombres de la revolucion son tan grandes, que ya tienen el prestigio de los siglos, como Catony como Focion, y cada uno de ellos parece una memoria antigua.

— ¡Moaré antiguo! exclamó el viejo. Gracias, Marius. Precisamente esa es la idea que yo buscaba.

Y al día siguiente se hallaba el canastillo de regalos de boda para Coseta aumentado con un magnífico vestido de moaré antiguo, color de té.

El abuelo extraía de estos trapos una lección de sabiduría :

— El amor, decía, está bien ; pero se necesita esto además. Es menester que lo inútil se mezcle con la dicha. La dicha no es sino lo necesario. Sazonádmela enormemente de superfluo. Un palacio y su corazon. Su corazon y el Louvre. Su corazon y las grandes aguas de Versáilles. Dadme mi pastora, y tratad de que sea duquesa. Traedme á Filis coronada de acianos, y añadidla cien mil libras de renta. Abridme una bucólica, á perder de vista bajo una columnata de mármol. Yo consiento en la bucólica, pero tambien en los maravillosos encantos del mármol y del oro. La dicha seca se asemeja al pan seco. Se come, pero sin hacer comida formal. Yo quiero superfluo, inútil, extravagante, quiero sobrante, quiero poseer de lo que no sirve para nada. Me acuerdo haber visto en la catedral de Estrasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos que marcaba la hora, que se dignaba marcar la hora, pero que no tenía trazas de estar hecho con este objeto ; y que despues de haber dado las doce del día, ó las doce de la noche, es decir, mediodía, la hora del sol, y média no-

che, la hora del amor, ó cualquiera otra hora que ustedes gusten, daba con ella todo el acompañamiento de la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, Febo y Hebé, y una letanía de cosas que salian de un nicho, y los apóstoles, y el emperador Cárlos Quinto, y Eponina y Sabino, y además, una caterva de muñequitos dorados que tocaban la trompeta. Esto sin contar los lindos repiqueos que á cada instante prodigaba al aire, sin saber por qué. ¿Un mal cuadrante, liso y pelado, que no dice más que las horas, vale tanto como esto? Yo soy de la opinion del gran reloj de Estrasburgo, y le prefiero al cuco de la Selva Negca.

El señor Gillenormand desatinaba especialmente á propósito de la boda, y todos los espejos y bastidores escénicos, toda la gran decoracion del siglo décimocuarto, pasaban confusamente en sus ditirambos.

— Vosotros no conocéis el arte de las fiestas. No sabéis hacer un día de gozo en estos tiempos, exclamó. Vuestro siglo diez y nueve es un siglo liviano y flaco. Carece de excesos. Ignora lo rico, ignora lo noble. En todo está pelado á rape. Vuestro tercer-estado es insípido, incoloro, inodoro é informe. El sueño dorado de vuestras *bourgeoises* que se establecen, como ellas dicen, es : un bonito gabinete de tocador, con muebles nuevos, ó frescos, de palisandro, y percal, ó indiana. ¡Abrid paso! ¡abrid paso! que el señor Grigon se casa con la señorita Grippe-sou. Suntuosidad y esplendor. Se ha pegado un luis de oro á un cirio. Tal es la época. Yo pido ahuyentarme de ella, más allá de los sármatas. ¡Ah! desde 1787, ya predije yo que todo estaba perdido, el día que vi al duque de Rohan, príncipe de Leon, duque de Chabot, duque de Montbazon, marqués de Soubise, vizconde de Thouars, par de Francia, ir á la romería de Longchamp sacudido en un miserable calesin! Aquello ha dado sus frutos. En

este siglo se hacen negocios, se juega á la Bolsa, se gana dinero, y se tiene mucha avaricia. Se cuidan con esmero y se barnizan y se charolan por la superficie; van estirados y prendidos con veinticinco alfileres, lavados, enjabonados, afeitados, raídos, raspados, peinados, encerados, untados, bandolinados, alisados, atusados, frotados, cepillados, limpios y lustrosos por fuera, irreprochables, tersos y lisos como un pedernal, discretos, curiosos, y al mismo tiempo. ¡voto al chapiro! llevan en el fondo de la conciencia estercoleros y cloacas para hacer recular á una porquera que se suena en los dedos de las manos. Á la presente época la concedo yo esta divisa: Limpieza sucia. Marius, no te me enfades, dame permiso para hablar, yo no digo mal del pueblo, ya lo ves, tengo yo ya de tu pueblo hasta por cima de la cabeza, pero no halles mal á lo ménos que yo sacuda una buena zurribanda á la bourgeoisie. Yo pertenezco á ella. Quien bien te quiere, te hará llorar. Presupuestas estas consideraciones, lo diré claro y neto, hoy se casan, pero no saben ya casarse. ¡Ah! en cuanto á eso es muy cierto, yo echo de ménos la hidalguía de las antiguas costumbres. Echo de ménos todo lo antiguo. Aquella elegancia, aquella caballerosidad, aquellas maneras corteses, delicadas y graciosas, aquel lujo espléndido que cada cual lucía, la música formando parte integrante de la boda, sinfonía arriba, tamboril abajo, las danzas, los semblantes alegres rodeando la mesa, los alambicados madrigales, las canciones, los cohetes y otros fuegos artificiales, las risas y algazaras, el diablo á cuatro, y los grandes lazos de cintas. Yo echo de ménos la liga de la novia. La liga de la novia es prima hermana del cinturón de Venus. ¿Sobre qué versó la guerra de Troya? Pardiez, sobre la liga de Elena. ¿Por qué se baten, por qué el divino Diomedes rompe en la cabeza de Merioneo su gran casco de bronce con diez puntas, por qué Aquiles

y Héctor se pellizcan asestándose sendos golpes con la pica? porque Elena dejó que París tomara su liga. Con la liga de Coseta, haría Homero la *Iliada*. Introduciria en su poema á un viejo hablador como yo, y le llamaria Nestor. Amigos míos, antaño, en aquel amable antaño, se casaban las gentes sapientísimamente; se celebraba un buen contrato, y despues se disfrutaba una buena comilona. En el momento en que salía Cújas, entraba Camacho. ¡Vaya! ¡no que no! como que el estómago es un animal de agradables conveniencias, que pide lo que se le debe, y que también él quiere tener su boda. Se cenaba bien, y se tenía á la mesa una linda vecinita sin camisolín, que no tapaba su pecho sino moderadamente! Oh! ¡cuántas bocas abiertas riendo, y qué alegres estaban las gentes en aquel tiempo! La juventud era un ramillete de flores; cada jovencito terminaba en un ramo de lilas ó de rosas; aunque fuera guerrero, en aquel momento era pastor; y si, por casualidad, era un capitán de dragones, hallaba siempre medio de llamarse Florian. Todos querían ser buenos mozos, é ir vestidos de brocado y de purpurino. Un bourgeois parecia una flor, un marqués se asemejaba á una joyería. No se usaban trabillas, y tampoco se llevaban botas. Iban elegantes, brillantes, rimbombantes, plateados, dorados, amariposados, tan graciosos, tan cucos y tan currutacos, lo que sin embargo no les impedía el llevar con gallardía su espada al costado. El colibrí tiene también pico y uñas. Era aquel el tiempo de las *Indias galantes*. Una de las fases del siglo era lo delicado, la otra era lo magnífico, ¡y por vida del dios Baco! que se divertían. Hoy la gente es grave. El bourgeois es avaro, la clase média, la bourgeoisie, es gazona; vuestro siglo es infortunado. Hoy expulsarian á las Gracias, por demasiado escotadas. ¡Oh! se tapa la hermosura como una fealdad. Desde la época de la revo-

lucion, todo el mundo lleva pantalones, hasta las bailarinas; una artista de piruetas debe ser grave; vuestros rigodones son doctrinarios. Es preciso ser majestuoso. Se enojan y se incomodan si no llevan la barba enterrada en la corbata. El ideal de un mocoso de veinte años que se casa es el parecerse al señor Royer-Collard. ¿Y saben ustedes adónde se llega con toda esa majestad? á ser pequeño. Aprendan lo que voy á decirles: la alegría no es solamente alegre; es grande. Pero á lo ménos, sed enamorados alegres, ¡qué diablos! casaos, pues, cuando os casáis, con la fiebre y el aturdimiento y la zambra y el estrepito de la dicha! Gravedad en la iglesia, sea en buen hora. Pero una vez concluida la misa, ¡caracoles! es preciso hacer revolotear una danza de sueños y de encantos en derredor de la recién casada. Un casamiento debe ser regio y quimérico; debe pasear su ceremonia nupcial desde la catedral de Reims á la pagoda de Chanteloup. Una boda pobretona me causa horror. ¡Cáspita! á lo ménos ese día estad en el Olimpo. Sed dioses. ¡Ah! podríais ser todos silfos, Juegos y Risas, argiráspides, y no seríais sino una golpines holgazanes! Amiguitos, todo recién casado debe ser el príncipe Aldobrandini. Aprovechad ese único minuto de la vida para volver al emperio con los cisnes y las águilas, salvo el caer de nuevo al día siguiente en las ranas de la bourgeoisie. No economicéis sobre el himeneo, no le escatiméis sus esplendores; no regateéis el día en que brilláis. La boda no es el hogar doméstico. ¡Oh! si hubiera yo de arreglarlo todo segun mi capricho, se oirían violines en los árboles. Hé aquí mi programa: azul celeste y plata. Yo mezclaria en la fiesta las divinidades agrestes, convocaria á las dryadas y á las neréidas. Las bodas de Amphitrito, una nube rosada, ninfas con preciosos tocados v enteramente desnudas, un académico ofreciendo quintillas á la

diosa. una carroza tirada por monstruos marinos.

Tritou trottait devant, et tirait de sa conque
Des sons si ravissants qu'il ravissait quiconque !¹

— ¿Hé aquí un programa de fiesta, hé aquí uno excelente, ó yo no lo entiendo, caramba!

Mientras que el abuelo, en completa efusion lirica, se escuchaba á sí mismo, Coseta y Marius se embriagaban de mirarse libremente.

La señorita Gillenormand consideraba todo esto con su imperturbable serenidad. En los últimos cinco ó seis meses habia ella tenido cierta cantidad de emociones; la vuelta de Marius, que á Marius le traen ensangrentado, que á Marius le conducen desde una barricada, Marius muerto, Marius resucitado, Marius reconciliado, Marius novio, Marius casándose con una pobre, Marius casándose con una millonaria. Los seiscientos mil francos habian sido su última sorpresa. Despues volvió á su indiferencia propia de primera comulgante. Iba con la mayor regularidad á los oficios, rezaba su rosario, dos veces al día, leía su devocionario, cuchicheaba en un rincon de la casa sus *Ave Marias*, mientras que en el otro cuchicheaban *I love you*, y, vagamente, veía ella á Marius y á Coseta como dos sombras. La verdadera sombra era ella.

Hay cierto estado de ascetismo inerte en que el alma, neutralizada por el entorpecimiento, extraña á lo que pudiera llamarse el negocio de la vida, no distingue, excepto los temblores de tierra y las catástrofes, ninguna de las impresiones humanas, ni las impresiones gratas, ni las impresiones penosas. Ese género de devoción, decia el tío Gillenormand á su hija, corresponde al

¹ Triton iba delante, trotando, y sacaba de su concha ciertos sonidos tan maravillosos, que maravillaban á cuantos los oían!

romadizo del cerebro. Tú nada sientes de la vida. Ningun mal olor percibes, pero ninguno bueno tampoco.

Por los demas, los seiscientos mil francos habian fijado las indecisiones de la vieja solterona. Su padre habia adquirido la costumbre de contar con ella tan rara vez, que ni siquiera la habia consultado sobre su consentimiento en el enlace de Marius. Habia obrado de improviso, de súbito, segun su moda, y no teniendo, ya, aquel despo'a transformado en esclavo, sino un solo pensamiento, satisfacer á Marius. Por lo que hace á la tía, que la tía existiese, y que ella pudiera tener una opinion sobre la materia de que se trataba, ni siquiera habia él pensado en semejante cosa, y por más que ella fuera un borrego de mansedumbre y de dulzura, este proceder del padre no pudo ménos de picarla y herirla algun tanto. Algo irritada en su foro interno, pero exteriormente impasible, habia dicho entre sí: Mi padre resuelve la cuestion de casamiento sin contar conmigo; yo resolveré la cuestion de herencia sin contar con él. Con efecto, ella era rica, y el padre no lo era. Por consiguiente, se habia ella reservado su propia decision sobre este punto importante. Es probable que si el casamiento hubiera sido pobre, pobre le habria ella dejado. ¡Tanto peor para mi señor sobrino! Se casa con una pordiosera, pues que sea él pordiosero tambien. Pero el medio millon de Coseta agradó á la tía y cambió enteramente su situacion interior con respecto á aquella pareja de enamorados. Seiscientos mil francos son dignos de la mayor consideracion, y era evidente que ella no podia ménos de dejar su fortuna á aquellos jóvenes, puesto que ellos ya no la necesitaban.

Dispusiéronse las cosas en términos que los recién casados habitarian en casa del abuelo. El señor Gillenormand se empeñó absolutamente en cederles su cuarto, que era el más hermoso de la casa. — *Eso me rejuvenecerá*, decia

él. *Es un antiguo proyecto que yo tenia. Siempre tuve la idea de celebrar una boda en mi cuarto.* Amuebló esta pieza con una porcion de trastos viejos y galantes. La hizo poner un cielo raso y colgaduras de una tela rara que él tenía en pieza, y que creia ser Utrech, fondo de raso, botones de oro, con flores de terciopelo orejas de oso. — De estatela, decia, eran las colgaduras de la cama de la señora duquesa d'Anville en la Roche-Guyon. — Sobre la chimenea colocó una figura de Sajonia, la cual llevaba un manguito sobre su vientre desnudo.

La biblioteca del señor Gillenormand se transformó en gabinete de abogado al uso de Marius; pues es cosa sabida que el consejo del colegio de abogados exigia como requisito indispensable el poseer un gabinete.



LOS EFECTOS DE SUEÑO MEZCLADOS CON LA DIGHA

Los novios se veían todos los días. Coseta venía con el señor Fauchelevent. — Esto es el mundo al revés, decía la señorita Gillenormand, que la futura venga á domicilio á hacerse hacer la corte de esa manera. Pero la convalecencia de Marius había hecho introducir la costumbre, y los sillones y sofás de la calle de las Filles-du-Calvaire, mejores como confidentes más cómodos para la tertulia que las sillas de paja de la calle de l'Homme-Armé, la habían arraigado. Marius y el señor Fauchelevent se veían, pero no se hablaban. Diríase que era como una cosa convenida. Toda jovencita necesita un rodrigon. Coseta no habría podido venir sin el señor Fauchelevent. Para Marius, el señor Fauchelevent era la condición de Coseta. Y él la aceptaba. Al lanzar sobre el tapete, vagamente y sin precisarlas, las cuestiones políticas, bajo el punto de vista

del mejoramiento general de la suerte de todos, es cuando llegaban á decirse algo más que sí y que no. En cierta ocasión, con respecto á la enseñanza, que Marius quería gratuita y obligatoria, multiplicada bajo todas las formas, prodigada á todos como el aire y el sol, en una palabra, respirable al pueblo entero, se hallaron al unísono y casi platicaron ya entre sí. Marius notó en esta ocasión que el señor Fauchelevent hablaba bien, y aun con cierta elevación de lenguaje. Faltábale sin embargo un no sé qué. El señor Fauchelevent tenía algo de ménos y algo de más que un hombre comun.

Interiormente, y en el fondo de su pensamiento, Marius rodeaba de toda especie de preguntas mudas á aquel señor Fauchelevent que era buenamente para él benévolo y frío. Por momentos le asaltaban dudas sobre sus propios recuerdos. En su memoria había como un hoyo, un paraje negro, un abismo ahondado por cuatro meses de agonía. Muchas cosas se habían perdido en aquel vacío oscuro. Llegaba hasta preguntarse si realmente sería cierto que hubiese él visto al señor Fauchelevent, un hombre tan formal y tan tranquilo, en la barricada.

Por lo demás, no era este el único estupor que las apariciones y desapariciones del tiempo pasado le habían dejado en su mente. Ni se crea tampoco que se hallase él libre de todas esas obsesiones de la memoria que nos obligan, aun cuando nos consideramos felices y satisfechos, á mirar melancólicamente hácia atrás. La cabeza que no se vuelve hácia los horizontes borrados no contiene pensamiento ni amor. En ciertos instantes, Marius apoyaba su cara contra sus manos, y entónces el pasado tumultuoso y vago atravesaba el crepúsculo que él tenía en el cerebro. Veía de nuevo caer á Mabeuf, oía cantar á Gavroche bajo la metralla, sentía en sus labios el frío de la frente de Eponina; Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire,

Combeferre, Bossuet, Grantaire, todos sus amigos, reaparecían de pie á su presencia, y despues se disipaban. Todos aquellos seres queridos, dolorosos, valientes, encantadores ó trágicos, ¿eran creaciones de la imaginacion elaboradas por el sueño? ¿habian existido en efecto? La insurreccion lo habia envuelto y arrollado todo entre sus nubes de humo. Esas grandes fiebres tienen grandes sueños. Se interrogaba, se consultaba, se tanteaba, y sufría el vértigo de todas aquellas realidades desvanecidas. ¿Pero dónde estaban todos? ¿Sería verdad que la muerte los habia arrebatado por completo? ¿que una caída en las tinieblas habia precipitado y lanzado al abismo á todo el mundo, excepto á él? Parecía que todo aquello habia desaparecido como detras de un telon de teatro. Hay en la vida cortinas que se corren y descienden de esta manera, Dios pasa al acto siguiente.

Y aún él mismo, ¿era ya en realidad el mismo hombre? Él, el pobre, estaba rico; él, el abandonado, tenía una familia; él, el desesperado, se casaba con Coseta. Se le figuraba que habia atravesado una tumba, que habia entrado en ella negro, y que habia salido blanco. Y que los otros habian quedado en aquella tumba. En ciertos momentos, todos aquellos seres del pasado se hallaban de vuelta y presentes, formaban círculo en derredor de él y le ponian sombrío; entónces pensaba en Coseta y recobraba su serenidad; pero nada ménos necesitaba que toda esta felicidad para borrar aquella catástrofe.

Casi tenía su puesto entre estos seres desvanecidos el señor Fauchelevent. Marius vacilaba en creer que el Fauchelevent de la barricada fuese el mismo que este otro Fauchelevent en carne y hueso, tan gravemente sentido junto á Coseta. El primero era probablemente una de esas pesadillas que traen y llevan consigo las horas de delirio. Por lo demas, sus dos naturalezas se hallaban como

escarpadas, no siendo posible ninguna pregunta por parte de Marius al señor Fauchelevent. Ni siquiera se le ocurrió la idea de dirigirselas. Ya hemos indicado ántes este detalle característico.

Dos hombres que tienen un secreto comun, y que, por una especie de acuerdo tácito, no cambian entre sí ni una sola palabra sobre aquel asunto en reserva, es un hecho ménos raro de lo que se cree.

Una sola vez intentó Marius un ensayo. Hizo venir en la conversacion la calle de la Chanvrerie, y volviéndose hácia el señor Fauchelevent, le dijo:

— ¿Usted conoce bien esa calle?

— ¿Qué calle?

— ¿La calle de la Chanvrerie?

— No tengo idea ninguna del nombre de esa calle, respondió el señor Fauchelevent con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que aludía al nombre de la calle, y no á la misma calle, pareció á Marius más concluyente de lo que era en realidad.

— Indudablemente, dijo él entre sí, yo he soñado. He sido víctima de una alucinacion. Era alguno que se le parecía. El señor Fauchelevent no estaba allí.

le presentaba para lo sucesivo. Le era imposible dejar todos estos atrasos á la espalda y por pagar, y queria, ántes de entrar alegremente en el porvenir, poseer el recibo ó finiquito del pasado.

Que Thénardier fuese un malvado, no destruía el hecho de que él habia salvado la vida al coronel Pontmercy. Thénardier era un bandido para todo el mundo, excepto para Marius.

Y Marius, ignorando la verdadera escena del campo de batalla de Warterloo, no conocía esta particularidad, á saber, que su padre se hallaba con respecto á Thénardier en la extraña situación de deberle la vida sin deberle reconocimiento.

Ninguno de los varios agentes que empleó Marius logró dar con la pista de Thénardier. Por esta parte, la desaparición parecia ser completa. La Thénardier habia muerto en la cárcel durante la instrucción del proceso. Thénardier y su hija Azelma, los dos únicos que quedaban de aquel lamentable grupo, habian vuelto á sumergirse en la sombra. El abismo de lo Desconocido social se habia vuelto á cerrar silenciosamente sobre aquellos seres. Ni siquiera se veía ya en la superficie aquel estrechamiento, aquel temblor, aquellos oscuros círculos concéntricos que anuncian que allí ha caído alguna cosa, y que se puede arrojar la sonda en aquel sitio.

Muerta la Thénardier, Boulatruelle declarado sin parte en el proceso, Claquesous desaparecido, escapados de la cárcel los principales acusados, el proceso criminal de la emboscada de la casucha Gorbeau habia casi abortado. El asunto habia quedado envuelto en la oscuridad. El tribunal de audiencia habia tenido que contentarse con dos subalternos, Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, y Demi-Liard, alias Deux Millions, que habian sido condenados contradictoriamente á diez años de ga-

Por más grande que fuese su encanto, no borró él en el espíritu de Marius otras preocupaciones.

Mientras que se disponían las cosas necesarias para el casamiento y esperando la época fijada á su celebración, hizo él practicar difíciles y escrupulosas investigaciones retrospectivas.

Tenia él deudas de reconocimiento por varios lados; debía por cuenta de su padre, y también debía por su propia cuenta.

Habia Thénardier; y habia el desconocido que le trajo á él, á Marius, á casa del señor Gillenormand.

Marius se proponía buscar hasta encontrar á estos dos hombres, no queriendo casarse, ser dichoso, y olvidarlos á ellos, y temiendo que estas deudas del deber, no pagadas, hiciesen sombra sobre su vida, que tan luminosa se

leras; habiendo sido sentenciados á cadena perpétua sus cómplices y coacusados, evadidos de la cárcel y en estado de rebeldía. Thénardier, jefe é instigador, habia sido condenado á muerte, tambien en rebeldía. Esta condena era la única cosa que quedaba de Thénardier, arrojando sobre este nombre sepultado un fulgor siniestro, como una vela de sebo al lado de un féretro.

Por otra parte, relegando á Thénardier en las últimas profundidades por temor de ser nuevamente capturado, esta sentencia capital venia naturalmente á aumentar el tenebroso espesor que cubria á este hombre.

En cuanto al otro, al hombre ignorado que habia salvado á Marius, las pesquisas obtuvieron al principio algun resultado, pero en seguida se detuvieron y quedaron cortadas enteramente. Se logró hallar el fiacre que habia transportado á Marius á la calle de las Filles-du-Calvaire en la noche del 6 de Junio. El cochero declaró que el 6 de Junio, por orden de un agente de policia, habia él « estacionado, » desde las tres de la tarde hasta la noche, en el muelle de los Campos Eliseos, encima de la salida de la Grande-Alcantarilla; que, á eso de las nueve de la noche, la verja de la alcantarilla que da sobre el ribazo del rio se habia abierto; que por allí habia salido un hombre, el cual llevaba á costas otro hombre que parecia muerto; que el agente, hallándose de observacion en aquel punto, habia preso al hombre vivo y apoderándose del muerto; que, por orden del agente, él, el cochero, habia recibido « á toda aquella gente » en su fiacre; que se dirigieron primeramente á la calle de las Filles-du-Calvaire; que allí depositaron el hombre muerto; que el hombre muerto, era el señor Marius, y que él, el cochero, le reconocia bien, aunque estuviere vivo « esta vez; » que despues volvieron á entrar en su coche, que él sacudió fuertes latigazos á sus caballos,

que á pocos pasos de la puerta de los Archivos, le gritaron que se detuviera, que allí, en la calle, le pagaron y le dejaron libre, llevándose el agente consigo al otro hombre; que él nada más sabia; y que la noche estaba muy oscura.

Como hemos dicho ántes, Marius no se acordaba de nada. Sólo tenia una vaga memoria de haber sido cogido por detras por una mano enérgica, en el momento en que él caia de espaldas en la barricada; desde aquel instante, todo quedaba borrado para él. No habia recobrado el conocimiento sino en casa del señor Gillenormand.

Perdiase, pues, en conjeturas.

No podia él dudar de su propia identidad. ¿Cómo sucedió sin embargo que, habiendo caido en la calle de la Chanvrerie, fué á recogerle un agente de policia sobre el ribazo del Sena, cerca del puente de los Inválidos? ¿Alguien le habia conducido desde el barrio de los mercados centrales hasta los Campos Eliseos. ¿Y cómo? Por las alcantarillas. ¡Sacrificio heroico! ¡abnegacion inaudita!

— ¿Álguen? ¿pero quién?

Este es el hombre á quien buscaba Marius.

De este hombre, que era quien le habia salvado, nada aparecia, nada se descubria; ninguna huella; ni el menor indicio.

Bien que se viesse obligado por esta parte á una grande reserva, Marius llevó sus investigaciones hasta la prefectura de policia. Pero los informes recogidos allí no aclararon más el punto que los adquiridos en otras partes. La prefectura sabia ménos sobre esto que el cochero del fiacre. Ningun conocimiento se tenia allí de que se hubiera efectuado prision alguna el 6 de Junio en la verja de la Grande-Alcantarilla; no se habia recibido ningun parte, ningun informe de agente sobre aque. hecho, que se consideraba en la prefectura como una fábula, cuya

invencion atribuian allí al cochero. Un cochero que quiere que le den propina para emborracharse es capaz de todo, hasta de imaginacion. El hecho sin embargo era cierto, y Marius no podia dudar de él ni un instante, á ménos de dudar de su propia identidad, como acabamos de decirlo.

En este extraño enigma, todo era inexplicable.

¿Qué habia venido á ser de aquel hombre, aquel sér misterioso á quien el cochero habia visto salir por la verja de la Grande-Alcantarilla, llevando á sus espaldas á Marius desmayado, y á quien el agente de policia puesto en acecho habia aprehendido en flagrante delito de salvar á un insurrecto? ¿qué habia venido á ser del mismo agente? ¿Por qué este agente habia guardado silencio? ¿habria logrado el hombre escaparse? ¿habria sobornado al agente de la autoridad? ¿Por qué aquel hombre no daba ninguna señal de vida á Marius que se la debía á él mismo? El desinterés no aparecia en esto ménos prodigioso que la abnegacion y el sacrificio. ¿Por qué habria desaparecido, por qué no se le presentaba aquel hombre? Tal vez era él superior á la recompensa, pero nadie es superior al reconocimiento. ¿Habria muerto? ¿Qué hombre seria éste? ¿qué trazas tenia? Nadie podia decirlo. El cochero respondia: La noche era muy oscura. Basque y Nicolette, aturdidos, pasmados, no habian fijado sus miradas sino en su señorito, todo ensangrentado. El portero, cuya vela de sebo habia alumbrado la trágica llegada de Marius, era el único que habia observado al hombre en cuestion, y hé aquí las señas que de él daba: « Aquel hombre era espantoso. »

Con la esperanza de sacar partido para sus indagaciones, hizo conservar Marius las ropas ensangrentadas que traia puestas cuando le trajeron á casa de su abuelo. Al examinar el frac, se notó que una de las faldas estaba

cortada de un modo extraño, faltándola un pedazo.

Una tarde hablaba Marius, delante de Coseta y de Juan Valjean, de toda esta singular aventura, de las innumerables investigaciones que habia él hecho y de la completa inutilidad de sus esfuerzos. El semblante sereno y frio del « señor Fauchelevent » le impacientaba: y exclamó con una vivacidad que casi tenia la vibracion de la ira:

— Sí, aquel hombre, quienquiera que él sea, estuvo sublime. ¿Sabe usted lo que hizo, caballero? Intervino como el arcángel. Preciso es que él se haya lanzado en medio del combate, que me haya arrebatado de aquel sitio, que haya abierto despues una reja de alcantarilla, que me haya introducido allí y me haya conducido en sus brazos! Es preciso que él haya andado más de legua y média por horribles galerías subterráneas, plegado, encorvado, en medio de las tinieblas, en la cloaca, más de legua y média, señor mio, con un cadáver á cuestras! ¿Y con qué objeto? Con el único objeto de salvar á aquel cadáver. Y aquel cadáver, era yo. Él dijo para sí: ¡Tal vez hay aún aquí algun destello de vida; yo voy á arriesgar mi propia existencia por esa vislumbre miserable! ¡Y no una sola vez, sino veinte veces arriesgó él su existencia! Y cada paso que daba era un peligro. La prueba es que, al salir de la alcantarilla, le prendieron. ¿Sabe usted, caballero, que aquel hombre ha hecho todo esto? Y sin que pudiera esperar ninguna recompensa. ¿Quién era yo? Un insurrecto. ¿Qué era yo? Un vencido. ¡Oh! si los seiscientos mil francos de Coseta fueran míos...

— De usted son, interrumpió Juan Valjean.

— ¡Pues bien, repuso Marius, los daría yo de buena gana por hallar á aquel hombre!

Juan Valjean guardó silencio.



LA NOCHE BLANCA

I

EL 16 DE FEBRERO DE 1833

La noche del 16 al 17 de Febrero de 1833 fué una noche bendita. Encima de su sombra tuvo ella el cielo abierto. Fué la noche de la boda de Marius y Coseta.

El día había sido adorable.

No había sido la fiesta azul fantaseada por el abuelo, maravilla de encantos acompañada de una confusión de querubines y de cupidos sobre las cabezas de los novios, es decir, un casamiento digno de figurar, con su vivísimo colorido, en una mampara; pero había sido agradable y alegre.

En 1833, no era la moda del casamiento lo que es hoy.

La Francia no había tomado aún á la Inglaterra esta suprema delicadeza de arrebatarse á la novia y huir con ella al salir de la iglesia, á ocultarse como avergonzado de su propia dicha, combinando así los movimientos furtivos del negociante en bancarota con enajenamiento del cantar de los cantares. Aún no se había comprendido todo lo que hay de casto, de exquisito y de decente en traquear su paraíso en silla de postas, en interrumpir su misterio por el chasquido del postillon ó del mayoral, en tomar por lecho nupcial una cama de posada, y en dejar tras sí, en la alcoba comun, alquilada á tanto cada noche, el más sagrado de los recuerdos de la vida mezclado con los diálogos del conductor de diligencias y de la criada del parador.

En esta segunda mitad del siglo diez y nueve en que estamos, el alcalde y su baston, el cura y su casulla, la ley y Dios, no bastan ya; es preciso completarlos con el postillon de Longjumeau; chaqueta azul con solapas y vueltas encarnadas y botones de cascabel, placa en brazal, calzon de ante verdoso, tacos y ternos á los caballos normandos de anudada cola, falsos galones, sombrero de hule, larga, encrespada y empolvada cabellera, grandes botas de montar y un látigo enorme. La Francia no lleva todavía la elegancia hasta el punto de hacer, como la *nobility* inglesa, que llueva sobre la silla de postas de los novios una granizada de chinelas rotas y de zapatos viejos, en memoria de Churchill, despues Marlborough, ó Malbrouck, acometido el dia de su boda por el iracundo y violento enojo de una tia suya, el cual fué causa de su dicha. Aún no forman los zapatos y las chancas parte obligada de nuestras celebraciones nupciales; pero, paciencia; como el buen gusto continúa propagándose, no dejarán de introducirse pronto.

En 1833, como quien dice, cien años há, no se conocian en Francia los casamientos á galope.

Imaginábanse aún en aquella época, cosa rara y extraña, que un casamiento es una fiesta íntima y social, que un banquete patriarcal no echa á perder una solemnidad doméstica, que la alegría, aún cuando fuera ella excesiva, con tal que sea decente y honesta, no daña nada á la felicidad, y por último, que es venerable y bueno que la fusion de aquellos dos destinos de donde habrá de salir una familia empiece en casa, y que el matrimonio tenga en adelante la cámara nupcial por testigo.

Y tenían entónces el descaro de casarse en su casa.

Celebróse, pues, la boda, conforme á la costumbre de aquella época, costumbre hoy ya caduca, en casa del señor Gillenormand.

Por más que sea muy natural y muy comun este asunto de casarse, la publicacion de las amonestaciones, los contratos y otros actos que hay que formular, la alcaldía, la iglesia, siempre ofrecen alguna complicacion. No pudo estar todo corriente ántes del 16 de Febrero.

Ahora bien, hacemos notar este detalle por la pura satisfaccion de ser exactos, hallóse que el 16 de Febrero era un martes de carnaval. Hesitaciones y escrúpulos, sobre todo, por parte de la tia, la señorita Gillenormand.

— ¡ Un martes de carnaval ! exclamó el abuelo, tanto mejor. Hay un proverbio que dice :

Mariage un mardi gras
N'aura point d'enfants ingrats ¹.

¡ Pasemos adelante, adelante ! ¡ Sea en buen hora el 16 de Febrero ! ¿ Es que querias tú retardarlo, Marius ?

— No, ciertamente ! contestó el novio.

— Pues, casémonos, repuso el abuelo.

La boda tuvo, pues, lugar el 16, á pesar de la alegría y

¹ Boda en martes de carnaval no producirá hijos ingratos.

de la algazara pública. Era un día de lluvia, pero nunca falta en el cielo un rinconcito, un pequeño claro de azul al servicio de la dicha, que los amantes ven, aun cuando todo el resto de la creación se hallara bajo un paraguas.

Juan Valjean había entregado á Marius la víspera, en presencia del señor Gillenormand, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Como el casamiento se celebraba bajo el régimen de la comunidad, los actos formulados habían sido en extremo sencillos.

Toussaint había venido ya á ser inútil á Juan Valjean; Coseta la heredó y la promovió al grado de doncella.

Por lo que hace á Juan Valjean, había en la casa Gillenormand una hermosa pieza amueblada que parecía expresamente destinada para él, y Coseta le había dicho tan irresistiblemente: «Padre, yo se lo suplico á usted,» que casi le hizo prometerla que si que vendría á habitar aquella pieza.

Algunos días ántes del fijado para el casamiento, había acaecido un accidente á Juan Valjean; se había lastimado un poco el dedo pulgar de la mano derecha. No era cosa grave; y no permitió que nadie se ocupase de ello, ni que le curasen, ni que viesen su herida, ni siquiera Coseta. Esto sin embargo le había obligado á arroparse la mano con un trapo, y á llevar el brazo sujeto, en cabestrillo, lo que le impidió firmar ningún documento. El señor Gillenormand, como tutor sustituto de Coseta, le había reemplazado.

No conduciremos al lector á la alcaldía, ni tampoco á la iglesia. No se sigue á los novios hasta allá, y se suele volver la espalda al drama desde el momento en que él se coloca en el ojal un ramito de recién casado. Nos limitaremos á anotar aquí un incidente que, por lo demás desapercibido á la boda, marcó el trayecto de la calle de las Filles-du-Calvaire á la iglesia de San Pablo.

Estaban á la sazón empedrando de nuevo la extremidad norte de la calle de San Luis, la cual se hallaba barreada á partir de la calle del Parque Real. Era por consiguiente imposible á los coches de la boda el ir directamente á San Pablo. Forzoso fué, pues, cambiar el itinerario, y lo más sencillo era dar la vuelta por el boulevard. Uno de los convidados hizo la observacion de que era mártes de carnaval, y que habría allí gran confusion y hacinamiento de carruajes. — ¿Por qué? preguntó el señor Gillenormand. — Á causa de las máscaras. — ¡Magnífico! dijo el abuelo. Vamos por allí. Estos jóvenes se casan; van á entrar en lo serio de la vida. Con eso se prepararán, viendole un poco de mascarada.

Emprendieron la marcha por el boulevard. La primera de las berlinas de la boda contenía á Coseta y á la señorita Gillenormand, al señor Gillenormand y á Juan Valjean. Marius, separado aún de la novia segun el uso, no iba sino en la segunda. Al salir de la calle de las Filles-du-Calvaire, el cortejo nupcial penetró en la larga procesion de carruajes que formaba la interminable fila desde la Magdalena hasta la Bastilla y desde la Bastilla hasta la Magdalena.

Las máscaras abundaban en los boulevards. Por más que llovía, de vez en cuando, con ciertos intervalos, Paillasse, Pantalón y Gille se obstinaban en lucir sus trajes y habilidades y en gritar desaforados. Con el buen humor de aquel invierno de 1833, París se hallaba disfrazado de Venecia. Hoy ya no se ven aquellos mártes de carnaval. Como todo cuanto ahora existe es un verdadero carnaval esparcido en todas direcciones, es consiguiente que ha debido desaparecer la singularidad estacional del carnaval que sólo queda ya relegado al almanaque.

Las anchas aceras estaban atestadas de paseantes y las veranas de curiosos. Las azoteas que coronan los peristilos de los teatros se hallaban pobladas de espectadores.

Además de las mascararas, era también objeto de las miradas ávidas y curiosas aquel desfile, propio del mártir de carnaval como del Longchamp, de vehículos de toda especie, coches y carricoches, tartanas, calesas, carretelas, fiacres, cabrioles, tilburís, marchando todos en orden, rigurosamente enfilados unos tras otros por los reglamentos de policía y como encarrilados en rieles. Todo el que va en estos vehículos es á la vez espectador y espectáculo. Numerosos agentes de la autoridad mantenían por ambos lados del boulevard aquellas dos interminables hileras paralelas moviéndose en contraria dirección, y vigilaban aquellos dos torrentes de carruajes que se deslizaban, uno hacia bajo y otro hacia arriba, el uno hacia la Chaussée-d'Antin, y el otro hacia el arrabal de San Antonio, á fin de que nada impidiera su doble corriente. Los coches blasonados de los pares de Francia y de los embajadores caminaban por el medio de la calzada, yendo y viniendo libremente. Ciertos cortejos lujosos y alegres señaladamente el del Buey Gordo, tenían el mismo privilegio. En esta alegre festividad de París, la Inglaterra hacia crujir su látigo; la silla de postas de lord Seymour, hostigada por un apodo que la inventó y aplicó el populacho, pasaba con el mayor estrépito.

En toda la doble hilera, á lo largo de la cual galopaban sin cesar los guardias municipales como otros tantos perros de rebaño, varias herlinas modestas ó simples tartanas de familia, repletas de abuelas y de mamás, ostentaban en sus portezuelas frescos grupos de niños disfranzados, payasos de siete años, payasas de seis, deliciosas criaturitas que parecían satisfechas y convenidas de que también ellas formaban parte de la alegría pública, penetradas de la dignidad de su arlequinada y mostrando una gravedad de funcionarios.

De vez en cuando surgía una dificultad en algun punto

de la larga procesion de vehículos; la una ó la otra de las dos hileras laterales se paraba hasta que el nudo se deshacía; un solo carruaje impedido bastaba para paralizar toda la línea. Y en seguida volvían á emprender la marcha.

Los coches de la boda iban en la fila que caminaba hacia la Bastilla, costeando el lado derecho del boulevard. Al llegar á la calle del Pont-aux-Choux, hubo una parada. Casi al mismo tiempo, en el lado opuesto, la otra fila que iba hacia la Magdalena se detuvo igualmente. En este punto de aquella fila habia un coche de mascararas.

Estos coches, ó por mejor decir, estas carretadas de mascararas son bien conocidas de los parisienses. Si ellas faltaran en un mártir de carnaval ó en el dia en que media la cuaresma, se maliciaría en seguida y se oiría decir: *Hay algo. Probablemente será la caída del ministerio.* Una multitud de Casandras, de Arlequines y de Colombinas, zangoloteando encima de los transeuntes, todos los grotescos posibles, desde el turco hasta el salvaje, hércules soportando marquesas, verduleras que harían tapar los oídos á Rabelais, á la manera que las bacantes hacían bajar los ojos á Aristófanes, péluca de estopa, envolturas color de rosa, sombreros de faraute, gafas de gesticulador, tricornios de Janot impacientados por una mariposa, gritos lanzados á la gente pedestre, puños en las caderas, posturas atrevidas, hombros desnudos, rostros enmascarados, impudencias desbozaladas; un caos de descaro y de desvergüenza paseado por un cochero coronado de flores; he aquí á lo que se reduce esta institución.

La Grecia necesitaba el carro de Théspis, la Francia necesita el fiacre de Vadé.

Todo puede ser parodiado, hasta la misma parodia. La saturnal, esta gesticulación de la belleza antigua, llega, de aumento en aumento, hasta el mártir de carnaval; y

la bacanal, en otros tiempos coronada de pámpanos, inundada de sol, mostrando sus senos de mármol en una semi desnudez divina, hoy apoltronada y apandorgada bajo el guinapo mojado del norte, ha concluido por llamarse la *chie en lit*¹.

La tradición de los carruajes de máscaras remonta á los tiempos más antiguos de la monarquía. Las cuentas de Luis XI abonan al bailio de palacio « veinte sueldos » torneses para tres coches de mascarada de calles y plazas. En nuestros tiempos, estos ruidosos grupos de criaturas se hacen generalmente conducir por algún antiguo carromato, tartana ó diligencia cuya imperial va atestada de gente, ó bien se amontonan y se estrechan en una calesa ó en una vieja carretela de alquiler. De ordinario van veinte en un carruaje para seis. Se instalan en los asientos, en la banquetta, en la bigotera, en la lanza, y hasta entre los pliegues laterales de la capota. Algunos se encaraman sobre los faroles del carruaje. Están, unos sentados, otros de pié, otros acostados, con las corvas encogidas y las piernas colgando. Las mujeres ocupan las rodillas de los hombres. Á lo lejos, sobre el hormiguero de infinitas cabezas, vense descollar aquellas furiosas pirámides. Estas carrozas son como otras tantas montañas de alegría en medio de la infernal baraunda. Collé, Panard y Piron se desprenden de aquellas alturas enriquecidos de *argot*. Desde allí vomitan sobre el pueblo todo el catecismo truhanesco de pillos y verduleras. Aquel fiacre, desmesurado, enorme á causa de su cargamento, tiene todas las trazas de una conquista. Murmullo va en la delantera, cáos en la trasera. Allí se grita, se canta, se aulla, se ladra, se berrea, se rien á careajadas, se deshacen de dicha y de contento;

¹ Grito popular de los pillucos.

la alegría ruge, el sarcasmo echa chispas, la jovialidad se ostenta como una púrpura; dos jamelgos arrastran la farsa desplegada en apoteosis; es el carro triunfal de la Risa.

Risa demasiado cinica para ser franca. Y, en efecto, aquella risa es sospechosa. Aquella risa tiene una mision. Está encargada de demostrar el carnaval á los parisienses.

Aquellos carruajes picarescos, donde se vislumbra un no sé qué de tenebroso, hacen pensar al filósofo. Hay allí algo del gobierno. Se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Que las bajezas é ignominias erigidas en un tablado den un total de alegría; que ostentando la indecencia combinada con el oprobio se entretenga y se engolose en el pueblo; que el espionaje, sirviendo de caríatide á la prostitucion, divierta á las turbas arrostrándolas; que las turbas gusten de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un fiacre aquel monstruoso grupo viviente, en andrajosos oropel, mitad luz mitad basura, que ladra y que canta; que se palmoree y se aplauda á esa gloria hecha de todas las vergüenzas; que no haya fiesta posible para la muchedumbre si la policia no pasea en medio de ella, esas especies de hidras de alegría con veinte cabezas, es en verdad cosa triste. ¿Pero qué hacer? Esos chirriones cargados de fango cubierto de cintas y de flores son insultados y amistiados por la risa del público. La risa de todos es cómplice de la degradacion universal. Ciertas fiestas malsanas descomponen el pueblo y le hacen populacho. Y como los tiranos, tambien los populachos necesitan bufones. El rey tiene su Roquelaure, y el pueblo tiene su Payaso. Paris es la grande poblacion loca, siempre que no es la grande ciudad sublime. Aquí el car-

naval forma parte de la política. Preciso confesarlo, París se deja de buen grado dar la comedia por la infamia. No pide á sus amos, cuando tiene amos, — sino una cosa : acicálame el lodo. El mismo humor caracterizaba á Roma. Esta idolatraba á Neron, que era un mozo de cordel titánico.

La casualidad hizo, como acabamos de decir, que uno de aquellos diformes racimos de mujeres y de hombres enmascarados, arrastrado en una enorme calesa, se detuvo en el lado izquierdo del boulevard mientras que el cortejo de la boda se detenía en el lado derecho. Del uno al otro borde del boulevard, el carruaje donde iban las máscaras divisó en frente de él al carruaje en el cual iba la novia.

— ¡ Toma ! dijo un enmascarado, una boda.

— Una falsa boda, replicó otra máscara. Nosotros somos la verdadera.

Y como se hallaban demasiado léjos para interpelar á la boda, temiendo por otra parte las reconvenciones de los agentes de policía, las dos máscaras se pusieron á mirar hácia otro lado.

Al cabo de unos instantes tuvo ya mucho que hacer toda aquella carretada de máscaras, pues la gente se puso á gritarla y á silbarla, que es el modo de acariciar la muchedumbre á las máscaras; y las dos que acababan de hablar tuvieron que hacer frente á todo el mundo en unión con sus camaradas, bastándoles apénas todos los proyectiles del repertorio de las verduleras y lavanderas para responder á la insultante gritería que por muchos de miles de bocas les lanzaba la multitud de curiosos; cruzándose entre esta y las numerosas comparsas de máscaras un espantoso tiroteo de dicharachos y desvergüenzas, á todo gritar.

Sin embargo, otras dos máscaras del mismo carruaje,

un español de enormes narices, con trazas de viejo, y enormes bigotes negros, y una mozueta delgada, y muy jóven, con média careta negra, habían observado la boda, ellos también, y mientras que los compañeros y los transeúntes se insultaban á porfía, entablaron entre sí un diálogo en voz baja.

Su « aparte » quedaba cubierto por el tumulto, perdiéndose en él enteramente. Las bocanadas de lluvia habían mojado el coche, que iba del todo abierto; el viento de Febrero no es caliente; mientras que respondía al español, la mozueta, escotada, iba tiritando, riendo y tosiendo.

Hé aquí el diálogo.

— Oyes.

— ¿ Qué dices, bato¹ ?

— ¿ Ves aquel viejo ?

— ¿ Qué viejo ?

— Aquel que va allá en el primer bisdosten² de la boda, hácia nuestro lado.

— ¿ El que lleva el brazo sujeto con una corbata negra ?

— Si.

— ¿ Y bien, qué ?

— Estoy seguro de que le conozco.

— ¡ Ah !

— Yo manguelo que me chinen el garlo, y no haber dicho en mi ochibiden ostré, ni tueue, ni menda, si o pinchardo á ese pantinois³.

— Hoy sí que París es Pantin.

— ¿ Puedes tú ver desde ahí á la novia, in linándote ?

— No.

— ¿ Y al novio ?

¹ Bato es padre, en caló.

² Coche.

³ Yo consiento que me corten el cuello, y no haber dicho en toda mi vida uated, ni tú, ni yo, si no conozco á ese parisiense.

- No hay novio en ese bisdoston.
 — ¡Cómo!
 — A ménos que no sea el otro viejo.
 — Trata pues de ver á la novia, inclinándote bien.
 — No puedo.
 — No importa, á ese viejo que tiene algo en la pata de lantera, estoy seguro de que le conozco.
 — ¿Y qué adelantas tú con conocerle?
 — ¡Quién sabe! ¡Á veces!...
 — Yo no hago maldito el caso de los viejos.
 — No hay duda, le conozco.
 — Pues bien, conócele á tus anchas.
 — ¿Cómo diablos se halla él en esa boda?
 — Tambien nos hallamos nosotros.
 — ¿De dónde viene esta boda?
 — ¿Qué diablos sé yo de dónde viene?
 — Escucha.
 — ¿Qué?
 — ¡Tú deberías hacer una cosa.
 — ¿Qué cosa?
 — Apearte de nuestro bisdoston y plastarar¹ esa boda.
 — ¿Y para qué seguirla?
 — Para saber adónde va, y lo que es. Despáchate á bajar, corre, mi chavori², tú eres joven.
 — Yo no puedo dejar el carruaje.
 — ¿Por qué?
 — Estoy alquilada.
 — ¡Ah, car... amba!
 — Debo mi jornada de máscara-verdulera á la prefectura.
 — ¡Y es verdad!

¹ Seguir.

² Mi chavori, nija mía.

- Si abandono el coche, el primer inspector que me vea me prende. Eso bien lo sabes tú.
 — Sí, ya lo sé.
 — Hoy es Gobrelen¹ quien me compra.
 — Corriente; pero, de todos modos, ese viejo me carga.
 — ¿Te cargan los viejos? Y sin embargo, tú no eres ninguna joveneita.
 — Va en el primer coche.
 — Y bien, ¿qué le hace eso?
 — En el bisdoston de la novia.
 — ¿Y qué más?
 — Luégo él es el padre.
 — ¿Y qué me importa á mí todo eso?
 — Te digo que él es el padre.
 — ¿Y no hay más padre que ese en el mundo?
 — Escucha.
 — ¿Qué?
 — Yo no puedo salir sino enmascarado. Aquí, voy oculto, nadie sabe quién soy. Pero mañana, ya no hay máscaras. Es miércoles de ceniza. Estoy expuesto á ser sinastrao². Es preciso que vuelva á encerrarme en mi agujero. Tú, eres libre.
 — No mucho, tampoco.
 — Siempre lo eres más que yo.
 — Está bien, ¿y qué más decías?
 — Es preciso que procures indagar adónde se dirige esa boda.
 — ¿Adónde va?
 — Sí.
 — Yo lo sé.

¹ Gobrelen, es el gobierno, en caló.

² Preso.

— ¿Pues adónde va?

— Al Cadran-Bleu.

— En primer lugar, no es hacia ese lado.

— ¡Pues bien! á la Rapée.

— Ó á otra parte.

— Es libre. Las bodas son libres.

— No me basta con eso. Te digo que es menester que procures averiguar qué viene á ser esa boda, á la cual pertenece por lo visto ese viejo, y donde habita la tal boda.

— ¡Ni más ni menos! ¡vaya una cosa graciosa! Es muy cómodo el hallar, ocho días despues, una boda que ha pasado por Paris el miércoles de carnaval. ¡Un chingabi¹ en un pajar! ¿Es que crees tú eso posible?

— No importa, es preciso tratar de indagarlo. ¿Comprendes, Azelma?

Las dos hileras de carruajes de los dos lados del boulevard recobraron su movimiento de marcha en sentido inverso, y el coche de las máscaras perdió de vista al « bistoston » de la novia.

¹ Alfiler.

II

JUAN VALJEAN CONTINÚA LLEVANDO EL BRAZO EN CABESTRILLO

¿Á quién es dado en este mundo realizar su ensueño? Para esto debe haber elecciones en el cielo; todos nosotros somos candidatos sin saberlo; los ángeles votan. Coseta y Marius habian sido electos.

En la alcaldía y en la iglesia, Coseta estuvo brillante é interesantísima. Toussaint, ayudándola Nicolette, la habia vestido.

Coseta llevaba sobre una falda de tafetan blanco, su vestido de encaje de Binche, un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas, y una corona de azahar; todo esto era blanco, y ella resplandecía en medio de esta blancura. Era un candor exquisito dilatándose en claridad. Diríase una virgen á punto de convertirse en diosa.

La hermosa cabellera de Marius iba lustrosa y perfumada; bajo la espesura de los bucles entreveíanse acá y acullá

vàrias líneas pàlidas, que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo, con ademan arrogante, la cabeza erguida, amalgamando más que nunca en su traje y en sus maneras todas las elegancias del tiempo de Barras, conducía á Coseta. Reemplazaba á Juan Valjean, quien, á causa de su brazo en cabestrillo, no podía dar la mano á la novia. Juan Valjean, vestido de negro, los seguía y sonreía.

— Señor Fauchelevent, le decía el abuelo, hé aquí un hermoso día. Yo voto por el fin de todas las aflicciones y de todas las pesadumbres. De hoy más, ya no debe de haber tristeza en ninguna parte. Pardiez! ¡yo decreto la alegría universal! El mal no tiene derecho de existencia. En verdad, que es vergonzoso para el azul del firmamento el que haya hombres desgraciados en este mundo. El mal no proviene del hombre, que, en el fondo, es bueno. Todas las miserias humanas tienen por capital y por gobierno central el infierno, llamado también por otro nombre las Tullerías del diablo. Bien, hé aquí que ahora estoy yo diciendo palabras sediciosas y demagógicas! En cuanto á mí, ya no tengo opinion política; que todos los hombres sean ricos, es decir, alegres; hé aquí á lo que yo me limito.

Cuando, al concluirse todas las ceremonias, despues de haber pronunciado delante del alcalde y delante del cura todos los sí posibles, despues de haber firmado en los registros de la municipalidad y de la sacristía, despues de haber cambiado sus anillos, despues de haber estado arrodillados codo con codo bajo el velo de moaré blanco que cubre á los desposados entre el humo del incienso, llegaron asidos de la mano, admirados y envidiados de todos, Marius de negro y ella de blanco, precedidos del suizo con charreteras de coronel que va golpeando las losas del templo con su alabarda, entre dos filas de asistentes maravillados, bajo el portal de la iglesia

abierto á dos batientes, dispuestos á volver á entrar en el coche y quedando ya todo concluido, Coseta no podía aún creer lo que estaba sucediendo. Miraba á Marius, miraba á la muchedumbre, miraba al cielo; y parecía como si temiera ella despertar de tan bello ensueño. Su semblante admirado é inquieto aumentaba aún en cierto modo sus encantos. Para volverse á casa, subieron juntos en el mismo carruaje, Marius junto á Coseta; llevando en frente al señor Gillenormand y á Juan Valjean. La señorita Gillenormand había retrocedido un puesto, y se hallaba ahora en el segundo coche. — Hijos míos, decía el abuelo, hé aquí ya al señor baron y á la señorita baronesa con treinta mil libras de renta. Y Coseta, inclinándose hácia Marius, le acariciaba el oído con este cuchicheo angelical: — ¿Conque es verdad? Yo me llamo Marius. Soy madama Marius, madama Tú.

Aquellos dos seres iban de esplendor. Hallábanse en ese minuto irrevocable y que parece no encontrarse nunca, en ese delicioso y deslumbrador punto de interseccion de toda la juventud y de toda la alegría. Realizaban el verso de Juan Prouvaire; juntos los dos, no reunían cuarenta años. Era el matrimonio idealizado á lo sublime; aquellas dos criaturas eran dos azucenas. Ellos no se veían, se contemplaban. Coseta vislumbraba á Marius en una gloria; Marius distinguía á Coseta sobre un altar. Y sobre este altar y en esta gloria, mezclándose las dos apoteosis, en el fondo, no se sabe cómo, detras de una nube para Coseta, en un resplandor para Marius, había la cosa ideal, la cosa real, la cita del beso y del sueño, la almohada nupcial.

Todos los tormentos que habían sufrido se transformaban en la más grata ebriedad. Parecía que las pesadumbres, los insomnios, las lágrimas, las angustias, el espanto, la desesperacion, convertidos en rayos luminosos y en caricias, hacían más encantadora aún la hora deliciosa que se acer-

caba; y que sus tristezas eran otras tantas doncellas que hacían la toilette á la alegría. ¡Qué cosa tan buena es haber sufrido! Sus desdichas formaban la auréola á su dicha. La larga agonía de su amor tenía por término una ascension.

Era el mismo encanto en aquellas dos almas, acompañado de voluptuosidad en Marius y de pudor en Coseta. Decíanse en voz baja: — Iremos á ver de nuevo nuestro jardinito de la calle de Plumet. Los pliegues del vestido de Coseta caían sobre Marius.

Un día de esta naturaleza es una mezcla inefable de sueño y de certidumbre. Se posee y se supone. La imaginación acrece y adorna los vivos esplendores de la realidad con sus creaciones portentosas. Todavía tiene uno tiempo delante de sí para adivinar. Es una indecible emoción, en esa dichosa jornada, hallarse á las doce del día y pensar en las doce de la noche. Las delicias de aquellos dos corazones rebosaban, desbordando sobre la noche tumbre y esparciendo la alegría á los transeuntes.

Deteníanse las gentes en la calle de San Antonio frente á la iglesia de San Pablo, para ver por entre las vidrieras del coche cómo temblaban las nevadas flores de azahar sobre la cabeza de Coseta.

En seguida volvieron á entrar en su casa, calle de las Filles-du-Calvaire. Marius, llevando á su lado á Coseta por la mano, subió radiante y triunfal á aquella escalera por donde le habían arrastrado moribundo. Una multitud de pobres, agrupados á la puerta de la casa, se repartían entre sí las larguezas de la boda, y bendecían á los desposados. Las flores abundaban por todas partes. La casa no estaba ménos embalsamada que la iglesia; despues del incienso, las rosas. Creían oír ciertas voces que cantaban en el infinito; tenían á Dios en el corazón; el destino se les aparecía como una bóveda estrellada; veían sobre sus cabezas un resplandor del sol naciente. De improviso oyóse la hora

del reloj. Marius miró el lindo brazo desnudo de Coseta, y las nubes color de rosa que se pereñaban vagamente al traves de los encajes de su corpiño, y Coseta, al ver la mirada de Marius, se puso encarnada hasta lo blanco de los ojos.

Muchos antiguos amigos de la familia Gillenormand habían sido convidados á la boda; todo el mundo se apresuraba al rededor de Coseta, para ver y contemplar á la novia. Todos se disputaban el honor y el placer de dirigir la palabra á la señora baronesa.

El oficial Théodulo Gillenormand, que ya era capitán, había venido de Chártres, donde se hallaba de guarnición, para asistir á la boda de su primo Pontmercy. Coseta no le conoció.

Por su parte él, acostumbrado á que las mujeres le hallaran buen mozo, no se acordó más de Coseta que de cualquiera otra.

— ¡Cómo tuve yo razon en no creer en aquella historia del lancero! decía entre sí el tío Gillenormand

Nunca se había mostrado Coseta más tierna y cariñosa con Juan Valjean. Hallábase ella acorde y como al unísono con el tío Gillenormand; mientras que él erigia al placer y la alegría en máximas y aforismos, ella exhalaba el amor y la bondad como un perfume. La dicha quiere que todo el mundo sea dichoso.

Para hablar á Juan Valjean, encontraba ella medio de reproducir las suaves inflexiones de voz y los acentos cariñosos propios del tiempo en que era niña. De vez en cuando le acariciaba con una graciosa sonrisa.

En el comedor habían preparado un gran banquete.

Un alumbrado *a giorno* es requisito indispensable de toda grande fiesta. Los dichosos no aceptan la bruma y la oscuridad. No consienten ellos en ser envueltos entre negras nubes. La noche, sí; pero no las tinieblas. Si no hay sol, es preciso hacer uno.

El comedor era una hornaza de cosas alegres. En el centro, sobre la mesa, blanca y espléndida, una araña de Venecia, de hojas planas, con toda especie de pájaros de color, azules, morados, encarnidos, verdes, colgados de las bujías; al rededor de la araña, numerosas girándulas, en las paredes multitud de cornucopias de galería, con triples y quintuples ramales; espejos, cristalería, vidriado, vajillas, porcelanas, lozas, cuchillería, servicio de plata y oro, todo brillaba de una manera deslumbradora, todo contribuía á deleitar y á regocijar la fiesta. Los espacios que dejaban entre sí los candelabros se hallaban ocupados por vistosos ramilletes; de modo que, allí donde no había una luz, había una flor.

Tres violines y una flauta tocaban en la antesala, á la sordina, quatuors de Haydn.

Juan Valjean se había sentado en una silla en la sala, detrás de la puerta, cuya hoja ó batiente se replegaba sobre el enterminos de dejarle casi oculto. Algunos momentos antes de sentarse á la mesa, Coseta vino, como por vía de calaverada ó de capricho, á hacerle una grande reverencia, extendiendo con ambas manos y mostrando su traje de novia, y, con una mirada tiernamente juguetona, le preguntó

— ¿Padre, está usted contento?

— Sí, respondió Juan Valjean, estoy contento.

— Pues bien, entónces riase usted.

Juan Valjean se echó á reír.

Algunos instantes despues, Basque anunció que la comida estaba ya en la mesa.

Los convidados, precedidos del señor Gillenormand, quien daba el brazo á Coseta, entraron en el comedor, colocándose todos, conforme al orden establecido, al rededor de la mesa.

Dos grandes sillones figuraban en el testero, á la derecha y á la izquierda de la novia, el primero para el señor Gille-

normand, y el segundo para Juan Valjean. El señor Gillenormand tomó asiento. El otro sillón permaneció vacío.

Miraron en derredor buscando al «señor Fauchelevent.»

Ya no se hallaba allí.

El señor Gillenormand interpeló á Basque.

— ¿Sabes tú dónde está el señor Fauchelevent?

— Señor, respondió Basque, precisamente el señor Fauchelevent me ha encargado que le diga á usted que sufría un poco de su mano enferma, y que no podría acompañar á la mesa al señor baron y á la señora baronesa; rogaba que le dispensaran, que volverá mañana por la mañana. En este momento acaba de salir.

Aquel sillón vacío entibió un poco la efusion de la comida de boda. Pero, aunque se hallaba ausente el señor Fauchelevent, quedaba allí el señor Gillenormand, y el abuelo radiaba por dos. Afirmó que el señor Fauchelevent hacia bien en acostarse temprano, si sufría, pero que lo que tenía no era más que un poco de «pupa.» Esta declaración fué suficiente. Por otra parte, ¿qué es un rincón oscuro en tal inundación de alegría? Coseta y Marius se hallaban en uno de esos momentos egoistas y benditos, en los cuales no hay otra facultad que la de percibir la dicha. Y además, el señor Gillenormand tuvo una idea. — ¡Pardiez! este sillón está vacío. Ven tú aquí, Marius. Tu tia, aunque ella tiene derecho á ti, te lo permitirá. Este sillón es para ti. Es legal, y es galante. Fortunatus junto á Fortunata. — Á estas palabras siguieron los aplausos de toda la mesa. Marius ocupó al lado de Coseta el puesto destinado á Juan Valjean; arreglándose las cosas de tal modo, que Coseta, triste al principio por la ausencia de Juan Valjean, acabó por estar contenta. Desde el momento en que Marius le reemplazaba, Coseta no habría echado de ménos al mismo Dios. Y apoyó ella en seguida su ligero y delicado piececito, calzado de raso blanco, sobre el pié de Marius.

Una vez así ocupado el sillón, quedó borrado el señor Fauchelevent en la fiesta, á la cual nada faltaba. Y cinco minutos despues, la mesa entera reía del uno al otro extremo con todo el esplendente númen del olvido.

Á los postres, el señor Gillenormand se puso de pié, y tomando en la mano un vaso de vino de Champaña, medio lleno, para que el temblor propio de sus noventa y dos años no le hiciera verter, brindó á la salud y felicidad de los recién casados.

— No os escaparéis hoy de dos sermones, exclamó. Por la mañana habéis tenido el del cura, por la tarde tendréis el del abuelo. Escuchadme; voy á daros un consejo: Adorad. Yo no hago un montón de circunloquios y de jeremiadas, voy desde luego al objeto; sed dichosos. No hay en toda la creación otros sabios que los palomos y los tórtolos. Los filósofos dicen: Moderad vuestros goces. Pero yo digo: Soldad la rienda á vuestros placeres. Sed enamorados como diablos. Sed rabiosamente enamorados. Los filósofos no hacen más que desatinar. De buena gana les haría yo entrar á ellos su filosofía en el gahzate. ¿Es que por ventura puede nunca haber demasiados perfumes, demasiados pimpollos de rosa abiertos, demasiados ruiseñores cantando, demasiado follaje verde, demasiada aurora en la vida? ¿es que los amantes pueden amarse demasiado? ¿pueden agradecerse demasiado el uno al otro? ¡Cuidado, Estela, tú eres demasiado bonita! ¡Cuidado, Nemorino, tú eres demasiado hermoso! ¡Valiente patochada! ¿Es que pueden requebrarse, acariciarse, mimarse, camelarse, hechizarse, encantarse demasiado? ¿Es posible estar demasiado vivo? ¿es posible ser demasiado feliz? Moderad vuestros goces. ¡Qué disparate!... ¡Abajo los filósofos, con todas sus pamplinas! La verdadera sabiduría es el júbilo, el regocijo.

Regocijaos, pues, regocijémonos todos. ¿Somos dichosos porque somos buenos? ¿ó más bien, somos buenos por-

que somos dichosos? ¿El Sancy se llama el Sancy porque perteneció á Harlay de Sancy, ó porque pesa ciento seis quilates? Yo no lo sé; la vida está llena de estos problemas; lo que importa es poseer el Sancy, y poseer tambien la felicidad. Seamos dichosos sin sutilizar ni embrollar la dicha. Obedezcamos ciegamente al sol. ¿Qué cosa es el sol? El sol es el amor. Quien dice amor, dice mujer. ¡Ah! ¡ah! Hé aquí una omnipotencia, la mujer. Preguntad á este demagogo de Marius si no es él un esclavo de esta tiranuela de Coseta. Y con toda su voluntad, y muy á gusto, el cobarde! ¡La mujer! No hay Robespierre que valga, la mujer reina siempre. Yo no soy ya realista, no soy monárquico, sino de esa monarquía. ¿Qué cosa es Adan? Adan no es más que el reinado de Eva. Para Eva no hay 89. Había el cetro real terminado en una flor de lis, había el cetro imperial que acababa en un globo, había el cetro de Carlomagno que era de hierro, había el cetro de Luis el Grande, la revolucion los ha triturado todos entre su dedo pulgar y su dedo índice, como simples aristas de paja; concluyeron, están hechos mil pedazos, están rodando por el suelo, ya, no hay cetros; pero háganme ustedes revoluciones contra ese pañuelito de batista bordado que huele á esencia de rosa! Quisiera yo verlos á ustedes empeñados en esa tarea. Pruébenlo, por via de ensayo. ¿Por qué es eso tan sólido? Porque es una friolera. ¡Ah! ¿ustedes son el siglo diez y nueve? Pues bien, y ¿qué tenemos con eso? ¡Nosotros tambien éramos el siglo diez y ocho! Y éramos tan tontos como ustedes. No creáis que habéis cambiado gran cosa en el universo, porque vuestro *trousse-galant* se llama ahora el cólera-morbo, y porque vuestra *bourrée* se apellida la caclu-cha. En el fondo, será preciso amar siempre á las mujeres. Yo os desafío á que prescindáis de esto. Esos diablejos son nuestros ángeles. Si, el amor, la mujer, el beso, hé

un círculo del cual os reto yo á que salgáis; y, por lo que hace á mi, á fe que quisiera bien volver á entrar en él. ¿Quién de vosotros no ha visto levantarse en el infinito, apaciguándolo todo bajo su dominio, mirando á las olas como una mujer, á la estrella Vénus, la grande coqueta del abismo, la Celimena del Océano? El Océano, hé aquí un rudo Alcéstes. Pues bien, por más que él refunfuñe y que regañe y se desespere, aparece Vénus, y ya es preciso que se sonría. Aquel animal feroz se somete a instante. Así somos todos nosotros. Despecho, ira, tem estad, rayos, truenos, centellas, la espuma gasta el techo de la casa. Entra una mujer en escena, una estrella se levanta; póstrate en tierra, cobarde! Marius se batia hace seis meses; y hoy se casa. Está muy bien hecho. Si, Marius, sí, Coseta, tenéis razon. Existid osadamente el uno para el otro, haceos mil mimos y caricias, haced amorcitos, bellos y rollizos como ángeles, y hacednos á nosotros reventar de rabia, porque no podemos ya hacer otro tanto; idolatraos. Tomad en vuestros picos todos los ramitos y yerbecitas, todas las hebras de felicidad que hay sobre la tierra, y construïros con ellas un nido para toda la vida. ¡Pardiez! amar, ser amado, gran milagro cuando es uno jóven! No os figuréis que sois vosotros los que habeis inventado eso. Yo tambien he delirado y he desvariado y he soñado y he suspirado; tambien yo he tenido un alma con una claridad como la de la luna. El amor es un niño de seis mil años. El amor tiene derecho á una larga barba blanca. Mathusalén es un granujilla, un *gamin*, comparado con Cupido. De sesenta siglos acá, el hombre y la mujer salen de todos sus apuros amándose. El diablo, que es mal bicho, se puso á aborrecer al hombre; el hombre, que es más maligno aún que el diablo, se ha puesto á amar á la mujer. De esta manera ha conseguido él hacerse más bien, que mal le habia hecho á el el diablo.

Desde el paraíso terrestre se halló ya esta sutileza. Amigos míos, la invencion es antigua, pero está enteramente nueva. Aprovechaos de ella. Sed Daphnis y Chloé, nasta tanto que podáis ser Filemon y Baucis. Haced de manera que, cuando estáis el uno al lado del otro, nada os falte, y que Coseta sea el sol para Marius, y que Marius sea el universo para Coseta. Coseta, que el buen tiempo sea la sonrisa de vuestro marido; Marius, que la lluvia sea las lágrimas de tu mujer. Y que no llueva nunca en vuestro hogar. Vosotros habeis atrapado el buen número en la loteria, el amor en el sacramento; tenéis el premio gordo, guardadle bien, ponedle bajo llaves, no le derrochéis, adoraos y reiros de todo lo demas. Creed lo que os esto y diciendo. Todo esto es producto del buen sentido; y el buen sentido no puede mentir. Sed el uno para el otro una religion. Cada cual tiene su manera de adorar á Dios. ¡Voto al chápiro! el mejor modo de adorar á Dios, es el amar á su mujer. ¡Yo te amo! hé aquí mi catecismo. Todo el que ama es ortodoxo. El juramento de Enrique IV coloca la santidad entre la francachela y la embriaguez. *Ventre-saint-gris!* yo no soy de la religion de este juramento, en el cual está olvidada la mujer. Y no deja de sorprenderme esto, tratándose de un voto de Enrique IV. Amigos míos, ¡viva la mujer! Yo soy viejo, segun dicen; es singular como me siento con disposiciones de ser jóven. Quisiera ir á los bosques á escuchar los ecos de las dulzainas. Me embriaga el ver á estos muchachos que logran ser hermosos y estar contentos. De buena gana me casaria yo, si álguien quisiera. Es imposible imaginar que Dios nos haya criado para otra cosa que para esto: idolatrar, arrullar, adonizar, ser pichon, ser gallo, picotear sus amores desde por la mañana hasta la noche, mirarse y extasiarse en su mujérita, mostrarse envanecido y orgulloso y triunfal con ella y, darse tono é importancia; hé aquí el objeto

de la vida. Hé aquí, mal que os pese, lo que nosotros pensábamos en nuestros tiempos, cuando éramos jóvenes. ¡Ah! ¡voto va al diablo! ¡y como había hermosas muchachas en aquella época, y qué lindos palmitos y qué tiernos pimpollos! Yo entónces hacia mis estragos. Por consiguiente, amaros. Si las gentes no hubieran de amarse, no veo yo en verdad de qué serviría que haya una primavera; y, por lo que hace á mí, yo rogaria á Dios que se guarde todas las cosas buenas que nos muestra, que nos las quite, y que vuelva á encerrar en una caja las flores, las aves y las niñas bonitas. Hijos míos, recibid la bendición de vuestro pobre viejo.

Pasaron todos una velada alegre, viva y amable. El soberano buen humor del abuelo imprimió la entonación á toda la fiesta, procurando cada cual acomodarse á aquella cordialidad casi centenaria. Bailaron un poco, rieron mucho; en suma, fué aquella una boda sencilla, festiva, infantil. Habría podido convidar á ella al buen Antaño. Es verdad que se hallaba allí representado en la persona del tío Gillenormand.

Hubo gran tumulto, y despues gran silencio.

Los desposados desaparecieron.

Un poco despues de média noche la casa Gillenormand se convirtió en un templo.

Aquí nos detendremos. Bajo el dintel de las noches de boda está un ángel de pié, sonriendo, con el dedo índice puesto sobre sus labios cerrados.

El alma entra en contemplación ante ese santuario en el cual se consuma la celebración del amor.

Encima de esas casas debe de haber ciertos resplandores. La alegría que ellas encierran debe escaparse por entre las piedras de las paredes en forma de claridad, é irradiar vagamente en las tinieblas. Imposible es que esa fiesta sagrada y fatal deje de enviar un destello celeste

al infinito. El amor, es el crisol sublime en el cual se hace la fusión del hombre y de la mujer; el sér uno, el sér triple, el sér final, la trinidad humana, sale de él. Este nacimiento de dos almas en una debe ser una emoción para la sombra. El amante es sacerdote; la virgen embelesada se extasia y se conmueve. Algo de esta alegría va hasta Dios. Allí donde hay verdadero casamiento, es decir, donde hay amor, se introduce el ideal. Un lecho nupcial forma en las tinieblas un rincón de aurora. Si á la pupila de carne fuera dado el distinguir las visiones formidables y hechiceras de la vida superior, es probable que se verían las formas de la noche, los alados misteriosos, los transeúntes azules de lo invisible, inclinarse, multitud de cabezas sombrías, en derredor de la casa luminosa, satisfechos, bendiciéndola, mostrándose uno á otros la virgen esposa dulcemente azorada, y ostentando el reflejo de la felicidad humana en sus semblantes divinos. Si, en esa hora suprema, escucharan los esposos deslumbrados de voluptuosidad y que se creen solos, oírían sin duda en su alcoba un zumbido de alas sordo y confuso. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. Aquella reducida y oscura alcoba tiene por techumbre todo el cielo. Cuando dos bocas, las cuales ha hecho el amor sagradas, se aproximan para crear, es imposible que encima de ese beso inefable deje de haber un estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Esas felicidades son las verdaderas. No hay goce fuera de esos goces. El amor, es el único éxtasis. Todo lo demás es llanto.

Amar ó haber amado, esto basta. No pidáis más despues. No hay ninguna otra perla que encontrar en los tenebrosos pliegues de la vida. Amar es un complemento, una consumación.



¿Qué había venido á ser de Juan Valjean?
Inmediatamente despues de haber reido, á consecuencia de la graciosa prescripcion de Coseta, no prestando ya nadie la menor atención á él, Juan Valjean se había levantado, y, sin que le notaran, se había salido á la antesala. Era aquella misma pieza donde, ocho meses ántes, había él entrado ennegrecido de lodo, de sangre y de pólvora, trayéndole el nieto al abuelo. El antiguo maderámen se hallaba cubierto de guirnaldas de flores y de verde follaje; los músicos estaban sentados en el sofá donde había depositado á Marius. Basque, de frac negro, calzón corto, média blanca y guante blanco, colocaba coronas de rosas al rededor de cada uno de los platos que se iba á servir en la mesa. Juan Valjean le había mostrado su

brazo en cabestrillo, le había encargado que explicara y disculpara su ausencia, y se había marchado.

Las ventanas del comedor daban á la calle. Juan Valjean permaneció algunos minutos de pié é inmóvil en la oscuridad, bajo aquellas ventanas radiosas. Aplicó el oído. El confuso rumor del banquete llegaba hasta él. Oía desde allí perfectamente la palabra, alta y magistral, del abuelo, los violines, el ruido de los platos y de los vasos, las carcajadas, y entre todo aquel rumor festivo, distinguía la alegre y delicada voz de Coseta.

Dejó la calle de las Filles-du-Calvaire, y se volvió á la calle de l'Homme-Armé.

Para trasladarse á esta calle, tomó por la de San Luis, la calle Culture-Sainte-Catherine y la de Blancs-Manteaux; era algo más largo, pero este era el camino por donde, durante los tres meses últimos, con el objeto de evitar los obstáculos embarazosos y los lodos de la calle Vielle-du-Temple, acostumbraba él á venir todos los días, desde la calle de l'Homme-Armé á la calle de las Filles-du-Calvaire, con Coseta.

Este camino por donde Coseta había pasado excluía para él cualquier otro itinerario.

Juan Valjean entró en su casa, encendió su vela y subió la escalera. El cuarto estaba vacío enteramente. Ni Tousaint se hallaba allí ya tampoco. Los pasos que daba Juan Valjean hacían en aquellas habitaciones más ruido que de ordinario. Todos los armarios estaban abiertos. Entró en el cuarto de Coseta. No había sábanas en la cama. La almohada de cutí, sin funda y sin encajes, estaba puesta sobre las colchas dobladas al pié del colchon cuya tela se veía y donde nadie debía ya acostarse. Todos los objetos pequeños y femeninos que interesaban á Coseta se los había llevado ella; no quedando allí ya sino los grandes muebles y las cuatro paredes. La cama

de Tousaint estaba tambien desguarnecida. Una sola cama estaba hecha y parecia esperar á alguién, la de Juan Valjean.

Juan Valjean miró las paredes, cerró algunas puertas de armarios, y fué y vino de una á otra pieza.

Por último, se halló en su cuarto, y colocó su vela sobre una mesa.

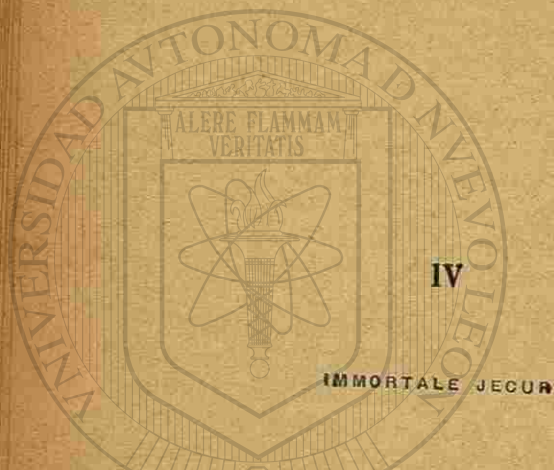
Habia desprendido el brazo del cabestrillo, y se servia de la mano derecha como si nada tuviera en ella.

Acercóse á su cama, y sus ojos se fijaron, ¿fué por casualidad, ó fué con intencion? en la *inseparable*, de la cual habia tenido celos Coseta, en la maletita que no le abandonaba jamas. El 4 de Junio, al llegar á la calle de l'Homme-Armé, la habia depositado sobre un velador junto á la cabecera de su cama. Dirigióse á este velador con cierta vivacidad, tomó en su bolsillo una llave, y abrió con ella la maleta.

Fué sacando de esta poco á poco las ropas con las cuales habia salido Coseta, diez años ántes, de Montfermeil; primero sacó el vestidito negro, despues la pañoletita negra, en seguida los zapatonés de niña que casi podrian servir aún á Coseta, tan pequeño era su pié, despues la almilla de fustan bien gruesa, las enaguas de punto, el delantal de bolsillo, y las medicitas de lana. Estas médias, en las cuales se hallaba aún graciosamente marcada la forma de una pierna pequeña, no eran más largas que la mano de Jean Valjean. Toda esta ropita era de color negro. Él mismo fué quien llevó este traje á Montfermeil para vestir á la niña. Segun que los iba sacando de la maleta, los colocaba sobre la cama. Mientras tanto, cavilaba, y la imaginacion le representaba al vivo ciertos recuerdos. Era en un invierno, un mes de Diciembre muy frío, estaba ella tiritando, medio desnuda entre sucios harapos, con sus pobres piececitos encar-

nados calzando rudos zuecos. Él, Juan Valjean, le habia hecho desembarazarse de aquellos andrajos, para que vistiera este traje de luto. La madre debió estar muy contenta en su tumba, al ver que su hija llevaba luto por ella, y sobre todo, al ver que estaba ya vestida y abrigada. Pensaba él ahora en aquella selva de Montfermeil, que habian atravesado juntos, Coseta y él; pensaba en el tiempo que hacia, en los árboles sin hojas, en el bosque sin aves, en el cielo sin sol; sin embargo, aquello era una delicia. Colocó y arregló todos los pequeños atavíos sobre su cama, la pañoleta junto á la enagua, las medias al lado de los zapatos, la almilla junto al vestido, y los estuvo mirando uno en pos de otro. No era ella más alta que esto, llevaba en brazos su grande muñeca, guardó su luis de oro en el bolsillo de este delantal, reia contenta, ambos iban caminando asidos de las manos, nada no tenia más que á él en el mundo.

Entónces su encanecida y venerable cabeza cayó sobre la cama, aquel viejo corazon estoico se deshizo, su rostro se abismó por decirlo así entre las ropas de Coseta, y si alguién hubiera pasado por la escalera en aquel momento, habria oido pavorosos y lamentables sollozos.



La antigua y formidable lucha, de la cual hemos visto ya diferentes fases, recomenzó desde este momento.

Jacob no luchó con el ángel sino una sola noche. Pero ¡ah! cuántas veces no hemos visto nosotros á Juan Valjean cogido cuerpo á cuerpo en las tinieblas por su conciencia, y luchando desatinado contra ella!

¡Lucha inaudita! En ciertos momentos, es el pié que resbala; en otros, es el suelo que se hunde bajo el pié. ¡Cuántas veces aquella conciencia forzada y arrastrada al bien, le había estrechado y abrumado! ¡Cuántas veces la verdad, la inexorable verdad, le había puesto la rodilla sobre el pecho! ¡Cuántas veces, aterrado por la luz, le había él gritado: perdón! ¡Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le había deslumbrado por fuerza cuando su anhelo era el ser cegado!

¡Cuántas veces se había él vuelto á levantar en medio del combate, retenido en la roca, respaldado en el sofisma, arrastrado por el polvo, ora derribando su conciencia debajo de sí mismo, ora derribado él por ella! ¡Cuántas veces, despues de un equívoco, despues de un razonamiento traidor y especioso del egoísmo, había él oído á su conciencia gritarle de cerca: ¡Eso es una emboscada! miserable! ¡Cuántas veces su pensamiento refractario había prorumpido en convulso estertor bajo la evidencia del deber! Resistencia á Dios. Sudor es fúnebres. ¡Cuántas heridas secretas, cuya sangre sólo él veía chorrear! ¡Cuántas desolladuras en su lamentable existencia! ¡Cuántas veces se había él levantado del suelo, ensangrentado, macerado, quebrantado, iluminado, desesperado el corazón, serena y tranquila el alma! y vencido, sentíase vencedor. Y despues de haber dislocado, tenaceado y destrozado su conciencia, puesta de pié sobre él, formidable, luminosa, tranquila, le decía: ¡Ahora, véte en paz!

Pero, ¡ah! qué paz tan lúgubre debía seguirse á una lucha tan sombría!

Aquella noche sin embargo, Juan Valjean conoció que ya libraba él su postrera batalla.

Una cuestion se presentaba, cuestion punzante y desgarradora.

No todas las predestinaciones son rectas; no se desenvuelven en una senda ó en una avenida rectilínea ante el predestinado; sino que tienen sus atascaderos y sus callejones sin salida, sus cæcum, oscuros rodeos, peligrosas encrucijadas que ofrecen diversos caminos. Y Juan Valjean hacía alto en este momento en la más peligrosa de tales encrucijadas.

Había llegado al supremo cruzamiento del bien y del mal. Tenía ante sus ojos esta tenebrosa interseccion. Esta vez también, como le había ya sucedido en otras dolorosas

peripecias, dos sendas se abrían en su presencia; la una tentadora, la otra pavorosa. ¿Cuál de las dos elegir?

La que causaba pavor era aconsejada por el misterioso dedo indicador que percibimos todos nosotros cada vez que fijamos nuestra vista en la sombra.

Otra vez se le presentaba á Juan Valjean la elección entre el puerto terrible y la emboscada seductora.

¿Conque esto es verdad? el alma puede curar; pero la suerte, no. ¡Cosa terrible! ¡un destino incurable!

La cuestion que se presentaba era esta:

¿De qué manera debería comportarse Juan Valjean con la dicha de Coseta y de Marius? Esta dicha, él era quien la había querido, él era quien la había hecho; él se la había introducido en sus propias entrañas, y á estas horas, al considerarla podía él tener la especie de satisfaccion que experimentaria un armero que reconociese su marca de fábrica en un puñal, al sacársele humeante de su propio pecho.

Coseta tenía á Marius, Marius poseía á Coseta. Todo lo tenían, hasta la riqueza. Y era por obra suya.

Pero ahora que ya existía esta dicha, ahora que estaba allí como un hecho consumado, ¿qué es lo que iba á hacer de ella Juan Valjean? ¿Se impondría él á aquella dicha? ¿La trataría como cosa propia? Sin duda Coseta pertenecía á otra persona; ¿pero es que él, Juan Valjean, debería retener de Coseta todo cuanto pudiera retener? ¿Continuaría siendo la especie de padre, entrevisto, pero respetado, que había sido hasta entónces? ¿Se introduciría él tranquilamente en la casa de Coseta? ¿Llevaría, sin decir una palabra, todo su triste pasado y le instalaria en medio de este naciente y gozoso porvenir? ¿Se presentaria allí como investido de autoridad y de ciertos derechos, é iria á sentarse, velado y oculto en misterioso secreto, en medio de aquel hogar luminoso? ¿Tomaria él,

sonriéndoles, las manos de aquellas inocentes criaturas entre sus manos trágicas? ¿Apoyaria en los apacibles morillos de chimenea de la sala Gillenormand aquellos piés que arra-traban tras sí la sombra infamante de la ley? ¿Entraría á participar en comun de la suerte reservada á Coseta y á Marius? ¿Ennegrecería él aún la oscuridad sobre su propia frente y espesaría la nube sobre la frente de ellos? ¿Colocaría como tercera, con sus dos felicidades, su propia catástrofe? ¿Continuaría callándose? ¿En una palabra, sería él, para con aquellos dos seres dichosos, el siniestro mudo del destino?

Preciso es estar muy acostumbrado á los rudos golpes de la fatalidad, para tener el valor de atreverse á levantar los ojos cuando ciertas cuestiones nos aparecen en toda su horrible desnudez. El bien ó el mal se hallan detras de este severo interrogante. ¿Qué es lo que harás? pregunta el esfinge.

Esta costumbre de la prueba, la tenía Juan Valjean. Y miró al esfinge con ojos fijos y serenos.

Examinó, pues, el desapiadado problema bajo todas sus fases.

Coseta, esta preciosa existencia, era la balsa de aquel naufrago. ¿Qué hacer? ¿Asirse á ella, ó soltarla enteramente?

Si se asia á ella, si se refugiaba en la balsa, se libertaba del desastre, ascendía de nuevo al cielo, dejaba correr de sus vestidos y de sus cabellos y desprenderse de él el agua amarga, se hallaba en salvo, volvía á la vida.

¿Iba á soltarla, á prescindir de ella?

Entónces, esto era para él el abismo.

Así celebraba dolorosamente consejo con su conciencia y con su pensamiento. Ó por mejor decir, así combatía, sacudíase furioso sendos golpes en el interior de sí mismo, ya contra su voluntad, ya contra su conviccion.

Fué una grande felicidad para Juan Valjean el haber podido llorar. Tal vez esto le esclareció la mente y le iluminó. Sin embargo, el principio fué terrible. Una tempestad más furiosa aún que la que en otro tiempo le había lanzado hácia Arras, se desencadenó en él. Recordaba el tiempo pasado confrontándole con el presente; los comparaba y sollozaba en la mayor angustia. Una vez abierta la esclusa de las lágrimas, torciase en mortal desesperacion.

Sentíase como cortado, embarazado y detenido.

¡Oh! en este tremendo pugilato entre nuestro egoísmo y nuestro deber, cuando retrocedemos así paso á paso ante nuestro ideal inmutable, extraviados, enfurecidos, exasperados de ceder, disputando el terreno, esperando la posibilidad de una evasión, de una fuga, buscando una salida, ¡cuán brusca y siniestra resistencia forma la pared á nuestra espalda!

¡Sentir la sombra sagrada que opone obstáculo!

Lo invisible inexorable, ¡qué obsesion tan tremenda!

Luego jamás se ha concluido con la conciencia. Adopta el partido que quieras, Bruto; toma la resolución que más te agrade, Catón. La conciencia carece de fondo, porque es el mismo Dios.

Arroja uno en ese pozo el trabajo de toda su vida, arroja allí la fortuna, arroja allí sus riquezas, arroja sus trofeos y sus triunfos, arroja su libertad ó su patria, arroja su bienestar, arroja su reposo, arroja su alegría. ¡No basta! ¡no basta! ¡no basta! ¡Arroja más aún! ¡vacía la copa! ¡vuelca la urna! Es preciso acabar por arrojar allí también su corazón.

Existe en alguna parte, entre la bruma del viejo infierno, un tonel de esta naturaleza.

¿Y no será perdonable el rehusar al fin? ¿Acaso lo agotable puede alegar un derecho? ¿Acaso las cadenas sin fin no son superiores á toda fuerza humana? Quien,

pues, censuraria á Sisyfo y á Juan Valjean que dijeran: ¡basta!

La obediencia de la materia se halla limitada por el frotamiento: ¿es que por ventura no habría un límite á la obediencia del alma? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿es que la abnegacion perpétua será exigible?

El primer paso no es nada; el último es el difícil. ¿Qué era el proceso Champmathieu en comparacion con el casamiento de Coseta y de lo que él llevaba consigo? ¿Qué es esto: volver á presidio, comparado con estotro: entrar en la nada?

¡Oh, primera grada del descenso, y cuán sombría eres!

¡Oh, segunda grada, y cuán negra eres!

¿Cómo no apartar la cabeza esta vez?

El martirio es un sublimado, pero un sublimado corrosivo. Es un tormento que consagra. Puede consentirse en él la primera hora; sientase uno en el trono de hierro rojo, colócase sobre su frente la corona de hierro rojo, acepta el globo de hierro rojo, toma el cetro de hierro rojo, pero aún le falta vestir el manto de llama, y ¿no hay un momento en que la carne miserable se subleva, y en que se abdica el suplicio?

Por último, Juan Valjean entró en la calma del abatimiento.

Se puso á cavilar, á pesar y á considerar las alternativas de la misteriosa balanza de luz y de sombra.

Imponer su presidio á aquellas dos criaturas esplendentes de alegría y de dicha, ó consumir él mismo su irremediable perdición, su propio aniquilamiento. Por un lado el sacrificio de Coseta, por otro el suyo propio. ¿Cuál de estas dos soluciones eligió?

¿Qué óete minacion adoptó al fin? ¿Cuál fué, en el interior de sí mismo, la respuesta definitiva al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á

abrir? ¿Qué lado de su vida tomó él el partido de cerrar y de condenar? Entre todas estas escarpas insondables que le rodeaban, ¿cuál fué su elección? ¿Qué extremo aceptó? ¿Á cuál de estos dos abismos hizo él un señal de cabeza?

Su delirio vertiginoso duró toda la noche.

Allí permaneció hasta el día, en la misma actitud, plegado en dos sobre aquella cama, prosternado bajo la enormidad de la suerte, tal vez anonadado, cerrados los puños, tendidos los brazos en ángulo recto como un crucificado desenclavado de la cruz y que hubieran arrojado allí con el rostro hacia abajo. Doce horas estuvo en esta postura, las doce horas de una larga noche de invierno, helado sin levantar la cabeza y sin pronunciar ni una sola palabra. Hallábase inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo ó volaba á las nubes, ora como la hidra, ora como el águila. Al verle así sin movimiento, cualquiera habría creído que era un muerto; de improviso se estremecía convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Coseta, los besaba con avidez; entónces se notaba que estaba vivo.

¿Pero quién lo notaba, puesto que Juan Valjean se hallaba solo, y no había allí nadie?

El misterioso impersonal que está en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO

EL ÚLTIMO TRAGO DEL CÁLIZ

EL SÉPTIMO CÍRCULO Y EL OCTAVO CIELO

El día siguiente á una boda es siempre solitario. Generalmente suele respetarse el recogimiento de los felices desposados, y algo también su sueño en retraso. El ruido de las visitas y de las felicitaciones empieza más adelante. En la mañana del 17 de Febrero, eran ya algo más de las doce cuando Basque, que con su mandil puesto y el plumero bajo el brazo, estaba ocupado en « limpiar su antesala, » oyó un ligero golpecito á la puerta. No habían hecho sonar la campanilla. lo que es pru-

abrir? ¿Qué lado de su vida tomó él el partido de cerrar y de condenar? Entre todas estas escarpas insondables que le rodeaban, ¿cuál fué su elección? ¿Qué extremo aceptó? ¿Á cuál de estos dos abismos hizo él un señal de cabeza?

Su delirio vertiginoso duró toda la noche.

Allí permaneció hasta el día, en la misma actitud, plegado en dos sobre aquella cama, prosternado bajo la enormidad de la suerte, tal vez anonadado, cerrados los puños, tendidos los brazos en ángulo recto como un crucificado desenclavado de la cruz y que hubieran arrojado allí con el rostro hacia abajo. Doce horas estuvo en esta postura, las doce horas de una larga noche de invierno, helado sin levantar la cabeza y sin pronunciar ni una sola palabra. Hallábase inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo ó volaba á las nubes, ora como la hidra, ora como el águila. Al verle así sin movimiento, cualquiera habría creído que era un muerto; de improviso se estremecía convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Coseta, los besaba con avidez; entónces se notaba que estaba vivo.

¿Pero quién lo notaba, puesto que Juan Valjean se hallaba solo, y no había allí nadie?

El misterioso impersonal que está en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO

EL ÚLTIMO TRAGO DEL CÁLIZ

EL SÉPTIMO CÍRCULO Y EL OCTAVO CIELO

El día siguiente á una boda es siempre solitario. Generalmente suele respetarse el recogimiento de los felices desposados, y algo también su sueño en retraso. El ruido de las visitas y de las felicitaciones empieza más adelante. En la mañana del 17 de Febrero, eran ya algo más de las doce cuando Basque, que con su mandil puesto y el plumero bajo el brazo, estaba ocupado en « limpiar su antesala, » oyó un ligero golpecito á la puerta. No habían hecho sonar la campanilla. lo que es pru-

dente y discreto en tales días. Basque abrió al señor Fauchelevent. Hizole entrar en la sala, la cual se hallaba aún revuelta y atestada de objetos de la vispera, ofreciendo el aspecto del campo de batalla de la celebración nupcial.

— Ya ve usted, señor, observó Basque, hoy hemos despertado tarde.

— ¿Y su amo de usted se ha levantado? preguntó Juan Valjean.

— ¿Cómo se halla usted del mal que sufre en el brazo? repuso Basque.

— Mejor. ¿Su amo de usted se ha levantado?

— ¿Cuál? ¿el antiguo, ó el nuevo?

— El señor Pontmercy.

— ¿El señor baron? dijo Basque con la cabeza erguida.

Los títulos de los amos sirven ante todo á los criados, á quienes siempre les toca algo; ellos tienen lo que un filósofo llamaría la salpicadura del título, y esto los lisonjea. Marius, digámoslo de paso, republicano militante, y lo había él probado de un modo más que suficiente para ser creído, era ahora sin embargo baron á pesar suyo. Una pequeña revolución se había operado en la familia á propósito de este título. Ahora era el señor Gillenormand el que le tenía afición y mostraba el mayor cuidado é interés en que su nieto fuese reconocido por todo el mundo como tal baron, mientras que Marius procuraba eliminarle en cuanto le era posible. Pero como el coronel Pontmercy había escrito: *Mi hijo llevará mi título*, Marius tuvo que obedecer. Y además, Coseta, en quien la mujer empezaba ya á despuntar, se hallaba contentísima de ser baronesa.

— ¿El señor baron? repitió Basque. Voy á ver. Voy á decirle que el señor Fauchelevent está aquí.

— No. No le diga usted que soy yo. Digale que un sugeto desea hablarle en particular, y no le diga nombre ninguno.

— ¡Ah! dijo Basque.

— Quiero darle una sorpresa.

— ¡Ah! repuso Basque, dándose á sí mismo su segundo: ¡Ah! como explicación del primero.

Y salió.

Jean Valjean quedó solo.

Como acabamos de decirlo, la sala se hallaba en completo desorden. Parecía que, aplicando el oído, se habría podido oír aún el vago rumor de la boda. Veíanse por el suelo mil flores de toda especie, caídas las unas de las guirnaldas y las otras de los tocados de señora. Las bujías, que habían ardido hasta consumirse enteramente, formaban en los cristales de las arañas numerosas estalactitas de cera. Ni un solo mueble se hallaba en su sitio. En algunos rincones, tres ó cuatro sillones aproximados entre sí y formando círculo, parecían continuar aún los diálogos de una conversacion. El conjunto ofrecía un aspecto risueño. Queda aún cierta gracia en una fiesta muerta. Allí ha reinado la dicha. Sobre aquellas sillas en desorden, entre aquellas flores que se marchitan, bajo aquellas luceas apagadas, se ha pensado, y gozado alegremente. El sol sucedía á la araña, y entraba contento y satisfecho en la sala.

Algunos minutos transcurrieron. Juan Valjean se hallaba inmóvil en el sitio en que Basque le había dejado. Estaba muy pálido. Sus ojos parecían hundidos y de tal manera encajados en el cráneo por el insomnio, que casi desaparecían bajo la órbita. Su frac negro mostraba los pliegues y las fatigadas arrugas de la ropa con que hemos pasado la noche vestidos. Los codos blanqueaban con esa pelusa que deja en el paño el roce con ropa blanca. Juan Valjean miraba á sus piés la ventana que la luz del sol dibujaba en el suelo.

Un ruido que se oyó en la puerta le hizo levantar los ojos.

Era Marius que entraba, con la cabeza erguida, la boca

risueña, cierto destello de luz en el semblante, la frente despejada, la vista triunfal. Tampoco él había dormido.

— ¡Es usted, padre! exclamó al ver á Juan Valjean; ¡y ese imbécil de Basque parecía hablarme con tanto misterio! Pero viene usted demasiado temprano. Todavía no son más que las doce y media. Coseta está durmiendo.

Esta palabra: Padre, dicha, al señor Fauchelevent por Marius, significaba: Felicidad suprema. Siempre había habido, como hemos visto, cierta sequedad, frialdad, encogimiento y falta de confianza entre ellos; hielo que había de romperse ó derretirse. Marius se hallaba en ese punto de ebriedad en que se inspira y afirma la confianza, en que el hielo se disuelve, y en que el señor Fauchelevent era para él, como para Coseta, un verdadero padre.

Y continuó, rebotándole las palabras, como suele suceder en esos divinos paroxismos de la alegría:

— ¡Cuánto me alegro de ver á usted! ¡Si usted supiera cuánto le hemos echado ayer de ménos! Buenos días, padre. ¿Como está usted de la mano? ¿Mejor, no es verdad?

Y satisfecho de la buena respuesta que él mismo se daba, prosiguió:

— Hemos hablado mucho de usted los dos. ¡Coseta le quiere á usted tanto! No olvidará usted que tiene aquí su cuarto. Ya no queremos más calle de l'Homme-Armé. No la queremos, de ningún modo. ¿Cómo había usted podido ir á habitar en semejante calle, que es vieja, fea, enferma, gruñona, que tiene una barrera en un extremo, donde hace frío, donde no se puede entrar? Vendrá usted á instalarse aquí. Y desde hoy mismo. Ó tendrá usted que habérselas con Coseta. Le prevengo á usted que ella se propone dominarnos á todos como á unos corderitos. Ya ha visto usted su cuarto, está, muy cerca del nuestro, y da á los jardines; ya se ha hecho componer lo que se había descompuesto en la cerradura; la cama está hecha, todo está dispuesto, no

tiene usted más que llegar. Coseta ha puesto junto á su cama de usted una grande y antigua poltrona, de terciopelo de Utrech, á la cual ha dicho: recíbele en tus brazos. Todas las primaveras viene un ruiseñor á la espesura de acacias que está en frente de sus ventanas de usted. Dentro de dos meses recibirá usted esa visita y contará con esa compañía más. Tendrá usted su nido á su izquierda y el nuestro á su derecha. De noche cantará él, y de día hablará Coseta. El cuarto de usted está enteramente al mediodía. Coseta le arreglará allí sus libros, su Viaje del capitán Cook, y el otro, el de Vancouver, todas las cositas de usted. Parece que hay, según creo, una maletita que usted tiene en mucha estima; ya he dispuesto yo para ella un rinconcito, un puesto de honor. Ha hecho usted la conquista de mi abuelo, está prendado de usted. Viviremos muy bien todos juntos. ¿Sabe usted jugar al whist? colmará usted de dicha al abuelo si sabe el whist. Usted será quien lleve á Coseta á pasear los días que esté yo en el Palacio de Justicia; la dará usted el brazo, ya usted sabe, como en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos enteramente resueltos á ser muy dichosos. Y usted será uno de tantos, en participacion de nuestra dicha, ¿lo entiende usted, padre? Ah, ¿pero lo que es hoy no dejará usted de almorzar con nosotros?

— Caballero, dijo Juan Valjean, tengo que decir á usted una cosa. Yo soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede ser traspasado lo mismo por el espíritu que por el oído. Estas palabras: *Yo soy un antiguo presidiario*, saliendo de la boca del señor Fauchelevent y entrando en el oído de Marius, iban más allá de lo posible. Marius no oyó nada. Le pareció que acababan de decirle algo; pero no supo lo qué. Y se quedó con la boca abierta.

Entonces observó que el hombre que le hablaba tenía un aspecto pavoroso. Entregado todo él á su propio des-

lumbramiento, no había notado hasta este momento aquella palidez terrible.

Juan Valjean desató la corbata negra que le sostenía el brazo, deshizo el vendaje en que tenía envuelta la mano, puso al desnudo su dedo pulgar y le enseñó á Marius.

— Vea usted, dijo, nada tengo en la mano.

Marius miró el dedo pulgar.

— No he tenido en él nunca nada, añadió Juan Valjean. En efecto, no había el menor señal de herida.

Juan Valjean prosiguió :

— Convenía que me hallara yo ausente del casamiento de ustedes. Y me he ausentado tanto cuanto me ha sido posible. He supuesto esta herida para cometer una falsificación, para no introducir nulidad en los actos del matrimonio, para hallarme dispensado de firmar.

Marius dijo, en tono balbuciente :

— ¿Qué es lo quiere decir todo esto ?

— Esto quiere decir, respondió Juan Valjean, que he estado en galeras.

— ¡Usted me vuelve loco! exclamó Marius azorado.

— Señor Pontmercy, dijo Juan Valjean, yo he estado diez y nueve años en galeras. Por robo. Y después, he sido condenado á cadena perpétua. Por robo. Por reincidente. A estas horas, soy un desertor de presidio.

Por más que se esforzaba Marius en retroceder, espantado ante la realidad, en rehusar el hecho, en resistir á la evidencia, era preciso rendirse. Empezó á comprender, y como sucede siempre en casos semejantes, comprendió más allá aun de la misma realidad. Sufrió el estremecimiento de un siniestro resplandor interior; una idea que le hizo temblar le atravesó el cerebro. Entrevió en el porvenir, para él mismo, un destino horrible.

— ¡Dígalo usted todo!; dígalo usted todo! exclamó. ¡Usted es el padre de Coseta!

dió dos pasos hácia atrás, con un movimiento de indecible horror.

Juan Valjean levantó la cabeza con tan majestuosa actitud, que pareció engrandecerse y elevarse hasta el techo.

— Es preciso que usted dé crédito á mis palabras, caballero ; bien que el juramento de los hombres como yo no sea recibido en justicia...

Al llegar aquí, guardó silencio ; en seguida, con una especie de autoridad soberana y sepulcral, añadió articulando despacio y apoyando y acentuando bien cada sílaba :

— ... Me dará usted crédito. ¡ El padre de Coseta, yo ! poniendo á Dios por testigo, declaro que no. Señor baron Pontmercy, yo soy un labriego de Faverolles, que ganaba mi vida podando árboles. Mi nombre no es Fauchelevent, me llamo Juan Valjean. Nada soy de Coseta. Tranquílcese usted.

Marius dijo balbuciente :

— ¿ Pero quién me prueba á mí ?...

— Yo. Puesto que yo lo digo.

Marius miró á aquel hombre. Estaba lúgubre y tranquilo. Ninguna mentira podía salir de tal calma. Lo que es helado es sincero. Tocábase la verdad en aquella frialdad de tumba.

— Le creo á usted, dijo Marius.

Juan Valjean inclinó la cabeza, como para tomar acta, y prosiguió :

— ¿ Qué soy yo para Coseta ? un pasajero. Hace diez años, no sabía yo siquiera que ella existiese en el mundo. La quiero, es verdad. Una criatura á quien uno ha visto niña, siendo uno ya viejo, no se puede menos de quererla. Los viejos nos creemos abuelos de todos los niños. Me parece que puede usted suponer que yo tengo alguna cosa que se asemeja á un corazón. Ella era huérfana ; sin padre ni madre. Tenía necesidad de mí. Hé ahí por qué me puse

yo á amarla. Son tan débiles los niños, que el primero que pasa, aunque sea un hombre como yo, puede ser su protector. Yo he cumplido ese deber con respecto á Coseta. No creo que se pueda en realidad llamar á tan poca cosa una buena accion; pero si esto es una buena accion, está bien, ponga usted que yo la he hecho. Consigne esta circunstancia atenuante. Hoy Coseta deja mi vida; nuestros dos caminos se separan. En adelante, ya no puedo yo hacer nada por ella. Es la señora Pontmercy. Su providencia ha cambiado. Y Coseta gana en el cambio. Todo está bien. Por lo que hace á los seiscientos mil francos, usted no me habla de esto, pero yo voy á anticiparme á su pensamiento: eso es un depósito. ¿Cómo llegó ese depósito á mis manos? ¿Qué importa? Yo entrego el depósito. Nada más se me puede exigir. Completo la restitution diciendo mi verdadero nombre. Esto tambien es asunto que me concierne. Yo tengo el mayor empeño en que usted sepa quién soy.

Y Juan Valjean miró á Marius cara á cara.

Todo lo que experimentaba Marius era tumultuoso é incoherente. Ciertos vendavales del destino producen tales oleadas en nuestra alma.

Todos nosotros hemos tenido de esos momentos de perturbacion en los cuales todo se dispersa en nuestro espíritu; decimos las primeras cosas que se nos ocurren, las cuales no siempre son precisamente las que convendria decir. Hay ciertas revelaciones súbitas que no se pueden soportar, y que embriagan como un vino funesto. Marius se hallaba estupefacto en presencia de la nueva situacion que le aparecia, en términos de hablar á aquel hombre casi como quien le quisiera mal por haber hecho tal revelacion.

— Pero, en fin, exclamó. ¿por qué me dice usted todo eso? ¿Qué es lo que le obliga á ello? Podia usted haber guardado para sí ese secreto. Nadie le delata á usted, ni le persigue, ni le acusa. Sin duda tiene usted alguna razon para

hacer, de propósito deliberado, semejante revelacion. Acabe usted. Sin duda hay otra cosa. ¿Á propósito de qué hace usted esa confesion? ¿Por qué motivo?

— ¿Por qué motivo? repuso Juan Valjean con una voz tan baja y tan sorda que parecia hablar consigo mismo, más bien que con Marius. ¿Por qué motivo, en efecto, viene este galeote á decir: Yo soy un galeote? ¡Pues bien, si el motivo no deja de ser extraño. Es por honradez. Vea usted, lo que hay en esto más triste y desgraciado para mí es un hilo que siento aquí en el corazon y que me tiene atado. Sobre todo, cuando uno es ya viejo es cuando esos hilos son sólidos. Toda la vida se descompone en derredor, y ellos sin embargo resisten. Si yo hubiera podido arrancar ese hilo, romperle, deshacer el nudo ó cortarle, é irme bien lejos, me hallaria ahora en salvo; y yo no tenia más que haberme marchado; hay diligencias en la calle de Bouloy; vosotros sois dichosos, y yo me voy. He probado á romper ese hilo, he tirado fuertemente de él, pero él se ha mantenido firme, no se ha roto, me arrancaba con él el corazon. Entonces he dicho: No puedo vivir en otra parte que allí. Es preciso que me quede. Y bien, sí; pero usted tiene razon, yo soy un tonto. ¿por qué no me he decidido á permanecer lisa y llanamente? Ustedes me ofrecen un cuarto en la casa; la señora Pontmercy me quiere bien, ha dicho á ese sillon: Tiéndele los brazos; su abuelo de usted no desea otra cosa más que el tenerme en su compania, yo le agrado bastante, viviremos todos juntos, comeremos en la misma mesa, yo daré el brazo á Coseta... — á madama Pontmercy, dispense usted, es la costumbre, — no tendremos sino un solo techo, una mesa, un hogar, el mismo rincon de chimenea en invierno, el mismo paseo en verano, esto es la alegría, esto es la dicha, esto es todo. Viviremos en familia. ¡En familia!

Al pronunciar esta palabra, Juan Valjean presentó un

aspecto terrible. Cruzóse de brazos, se puso á considerar el suelo, como si quisiera abrir un abismo á sus piés, y su voz apareció de improviso con un acento penetrante y formidable :

— ¡ En familia! no. Yo no soy de ninguna familia. No pertenezco á la de ustedes. Tampoco soy de la familia de los hombres. Yo estoy de más en todas partes donde me hallo entre gentes. Hay familias en el mundo, pero no son para mí. Yo soy el desgraciado; yo estoy á la parte de fuera. ¿ Por ventura he tenido yo un padre y una madre? Casi lo pongo en duda. El día en que he cazado á esa niña, ha sido para mí asunto concluido; la he visto dichosa, unida al hombre á quien ama, y que habia ahí también un buen anciano, un matrimonio de dos ángeles, todas las alegrías en esta casa, y que todo estaba perfectamente, dije para mí: Tú, no entres. Yo podía mentir, no hay duda, engañarlos á todos ustedes, continuar siendo el señor Fauchelevent. Mientras que ha sido en provecho de ella, he podido mentir; pero ahora sería en provecho mio, y no debo hacerlo. Bastaría con callarme, es verdad, y todo continuaria en los mismos términos. Usted me pregunta: ¿ qué es lo que me obliga á hablar? una cosa bien rara; mi conciencia. Y sin embargo, callarme, era muy fácil. He pasado la noche probando á persuádmelo; usted me confiesa, y lo que yo acabo de decirle es tan extraordinario, que le da á usted derecho á ello; pues bien, sí, he pasado la noche dándome razones, me he dado muy buenas razones, ande usted, que he hecho todo cuanto he podido. Pero hay dos cosas en las cuales no he logrado adelantar nada: ni á romper el hilo que me tiene sujeto por el corazón, clavado aquí y remachado, ni á hacer que calle una voz que me habla bajo cuando estoy solo. Por eso he venido á confesárselo á usted todo esta mañana. Todo ó casi todo. Hay cosas inútiles de decir, que no conciernen á nadie más que á mí, y que yo me las reservo. Lo esencial, ya lo

sabe usted. He cogido, pues, mi misterio y se le he traído á usted. Y he hecho reventar mi secreto en su presencia. No era por cierto esta resolución muy fácil de tomar. Toda la noche he estado luchando. ¡ Ah! cree usted que yo lo he dicho para mí que este no era caso igual al del proceso Champmathieu; que al ocultar mi nombre, á nadie causaba daño; que el nombre de Fauchelevent me le habia dado el mismo Fauchelevent en reconocimiento de un servicio que yo le habia prestado, y que bien podía yo guardarle; y que sería dichoso en ese cuarto que ustedes me ofrecen; que ahí no estorbaria á nadie; que me estaria en mi rinconcito; y que mientras que usted tendria á Coseta, yo tendria la idea de estar en la misma casa que ella. Cada cual habria disfrutado su dicha proporcionada. Continuar siendo el señor Fauchelevent, era una solución que todo lo componia y lo arreglaba. Sí, todo, excepto mi alma. Todo estaria alegre en derredor mio, pero el fondo de mi alma permaneceria negro. No basta ser dichoso, es preciso estar contento y satisfecho de sí mismo, de su propia conciencia. Así, pues, yo habria continuado siendo el señor Fauchelevent; así, habria ocultado mi verdadero rostro; así, en presencia de vuestra expansión, habria yo sido un enigma; así, en medio de vuestro claro día, yo habria estado envuelto en tinieblas; así, pues, sin dar el menor aviso ni alerta, abria yo introducido buenamente el presidio en vuestro hogar; me habria sentado á vuestra mesa con el pensamiento de que, si llegarais á saber quién soy, me expulsarais de ella; me habria dejado servir por criados que, si lo hubieran sabido, también ellos habrian dicho: ¡ Qué horror! Os habria yo tocado con estos mis codos que tenéis derecho á repeler y á rechazar; os habria yo robado, estafado vuestros apretones de manos! Habria habido en vuestra casa una distribución de respeto entre canas venerables y canas deshonoradas; en vuestras horas más íntimas, cuando todos los corazones se

creerian abiertos hasta el fondo los unos para los otros, cuando hubiéramos estado todos cuatro juntos, vuestro abuelo, vosotros dos, y yo, habria habido entre nosotros un desconocido! Habria yo estado al lado de vosotros, en medio de vuestra existencia, teniendo por único cuidado el de no quitar jamas la tapadera á mi terrible pozo. Así, yo, un muerto, me habria impuesto á vosotros, que sois vivientes. Y á ella, la habria yo condenado á mi, á perpetuidad. ¡Usted, Coseta y yo, habríamos sido tres cabezas en el gorro verde! ¿Es que usted no tiembla y no se estremece, sólo de pensarlo? Yo no soy sino el más abyecto y el más abatido de los hombres, y entónces habria sido el más monstruoso. ¡Y este crimen, le habria cometido yo todos los dias! ¡Ya esta mentira, la habria yo renovado á cada instante! ¡Y esta careta de noche la habria llevado yo todos los dias sobre mi cara verdadera! ¡Y cada dia os habria dado una parte de mi propio envilecimiento y de mi deshonra? ¡todos los dias, sí! á vosotros, mis muy amados, á vosotros mis hijos, á vosotros mis inocentes criaturas! Callarse ¿no es nada? guardar silencio ¿es cosa muy sencilla? No, no es cosa sencilla. Hay un silencio que miente. Y mi mentira y mi fraude, y mi indignidad, y mi cobardia, y mi traicion, y mi crimen, todo esto lo habria yo bebido gota á gota, lo habria vomitado y vuelto á beber despues, habria concluido á media noche y recommenzado á mediodia, y mis buenos dias habrian mentido, y mis buenas-noches habrian mentido tambien, y sobre todo esto habria yo dormido, y habria comido esto con mi pan, y habria mirado á Coseta de frente, y habria respondido á la sonrisa del ángel con la sonrisa del condenado, y habria yo sido un embustero abominable! Y todo esto ¿para qué? para ser dichoso. Para ser dichoso, yo! Por ventura ¿tengo yo derecho á ser dichoso? Yo estoy fuera de la vida, caballero.

Juan Valjean se detuvo al llegar aquí. Marius escuchaba

atónito. Tales encadenamientos de ideas y de angustias no se pueden interrumpir. Juan Valjean bajó la voz nuevamente, pero ya no era la voz sorda, era la voz siniestra.

— ¿Me pregunta usted por qué hablo? nadie me delata, nadie me persigue, nadie me acosa, dice usted. ¡Sí! me delatan, me persiguen, me acosan. ¿Quién? yo mismo. Yo soy quien me intercepto el paso á mi mismo y me arrastro, y me empujo, y me detengo, y me ejecuto, y cuando uno se tiene á sí mismo, está bien tenido.

Y cogiendo su propio frac con el puño y tirando de él hácia Marius:

— Vea usted este puño, continuó diciéndole, ¿No halla usted que tiene él asido este cuello de tal manera que no se le escapa? ¡Pues bien! la conciencia es un puño de otra especie! Si quiere uno ser feliz, caballero, es preciso que no comprenda jamas el deber; pues desde el momento en que ha llegado á comprenderle, es éste implacable. Diríase que nos castiga por haberle comprendido; pero no; él mismo nos indemniza, nos recompensa; pues nos introduce en un infierno donde sentimos que á nuestro lado está Dios. Apenas se ha desgarrado uno las entrañas, cuando ya se halla en paz consigo mismo.

Y con una acentuacion punzante, añadió:

— Caballero Pontmercy, esto no tiene sentido comun, yo soy un hombre de bien. Degradándome á sus ojos de usted, es como yo me elevo y me realzo á mis propios ojos. Lo mismo me ha sucedido ya otra vez, pero era ménos doloroso; aquello no era nada. Sí, un hombre de bien. Y no lo seria yo si, por culpa mia, hubiera usted continuado estimándome; ahora que usted me desprecia, lo soy. Pesa sobre mí esta fatalidad, que no pudiendo tener nunca sino la consideracion robada, esta consideracion me humilla y me abruma interiormente, y que, para que yo me respete, es preciso que me desprecien. Entónces es cuando yo me

pongo erguido. Soy un galeote que obedece á su conciencia. Bien sé que estas son cosas que no se ligan bien, que no se asemejan. ¿ Pero qué quiere usted que yo haga? esto es la realidad. Yo he adquirido ciertos comprimosos conmigo mismo; y me mantengo fiel á ellos. Hay choques á veces que nos ligan, hay acontecimientos azarosos que nos arrastran hácia ciertos deberes. Ya usted ve, señor Pontmercy, á mi me han sucedido cosas extrañas en la vida.

Juan Valjean hizo una nueva pausa, tragando su saliva con esfuerzo, como si sus palabras le dejaran un sabor amargo, y prosiguió:

Cuando sobre uno pesa un tamaño infortunio, no tiene derecho de hacerle participar á los demás sin saberlo ellos, no tiene derecho de comunicarles su peste, no tiene derecho de hacerlos deslizar en su precipicio sin que ellos se aperciban, no tiene derecho de dejarlos llevar su casaca roja, no tiene derecho de agrupar solapadamente su miseria con la dicha de otros. Acercarse á los que están sanos y tocarlos en la sombra con su propia úlcera invisible, es cosa horrenda. Por más que Fauchelevent me haya prestado su nombre, yo no tengo derecho de servirme de él; él ha podido dármele, yo no he podido tomarle. Un nombre es un yo. Ya usted ve, caballero, yo he pensado algo, he leído algo, aunque sea un labriego; y como usted observará, me expreso de una manera decente. Me doy cuenta de las cosas. Me he formado una educación propia para mí. Pues bien, si, sustraer un nombre y refugiarse debajo de él, no es obrar honradamente. Las letras del alfabeto son cosas que se estafan como una bolsa ó como un reloj de bolsillo. Ser una firma falsa de carne y hueso, ser una llave falsa viviente, entrar en casa de las gentes honradas trampeando la cerradura de su puerta, no mirar nunca, dirigir siempre los ojos bizcos y orecidos, ser un infame en mi interior; ¡ oh! ¡ eso no! no! no! Vale más sufrir, destilar ó sudar sangre, llorar, arrancarse la

piel de la carne con las uñas, pasar las noches torciéndose en mortales angustias, desgarrarse el vientre y el alma. Hé ahí por qué vengo á referir á usted todo esto. De propósito deliberado, como usted dice.

Al llegar aquí respiró penosamente, y despues lanzó esta última palabra:

— Para vivir, en otro tiempo, robé un pan; hoy, para vivir, no quiero robar un nombre.

— ¡ Para vivir! interrumpió Marius. ¿ Es que para vivir necesita usted por ventura de ese nombre?

— ¡ Ah! yo me entiendo, respondió Juan Valjean, levantando y bajando de seguida la cabeza muy despacio y diferentes veces.

Siguióse un momento de silencio. Ambos callaban, cada cual sumergido en un abismo de pensamientos. Marius se habia sentado junto á una mesa y apoyaba en uno de sus dedos replegado el extremo lateral de su boca. Juan Valjean iba y venía. Se detuvo delante de un espejo, y permaneció allí sin movimiento. En seguida, como si respondiera á un razonamiento interior, dijo mirando aquel espejo donde él no se veía:

— ¡ Mientras que ahora me siento aliviado!

Y volvió á andar de nuevo, dirigiéndose al otro extremo de la sala. En el instante en que se volvió, notó que Marius le miraba andar. Entónces le dijo con un acento difícil de expresar:

— Arrastro un poco la pierna. Ahora ya comprende usted por qué.

Acabó de volverse de frente hácia Marius y añadió:

— Y ahora, caballero, figúrese usted esto: Que no he dicho nada, que continúo siendo el señor Fauchelevent, que vengo á ocupar mi puesto en su casa de ustedes, que soy un miembro de la familia, que estoy instalado en mi

cuarto, que vengo á desayunarme por las mañanas, en chinelas, que por las noches nos vamos los tres juntos al teatro, que yo acompaño á madama Pontmercy á las Tullerías y á la plaza Real, estamos juntos, ustedes me creen su semejante, su igual; y que un día cualquiera, estoy yo con ustedes, nos hallamos todos reunidos en familia, estamos conversando, estamos riendo, y de improviso oyen ustedes una voz que grita este nombre: ¡Juan Valjean! y hé aquí que aquella mano espantosa, la policía, sale de la sombra y me arranca mi máscara bruscamente!

Y volvió á callar de nuevo; Marius se había levantado, experimentando un fuerte estremecimiento. Juan Valjean repuso:

— ¿Qué dice usted á esto?

El silencio de Marius respondía suficientemente.

Juan Valjean continuó:

— Ya usted ve muy bien que tengo razón para no callarme. Así, pues, sea usted dichoso, esté usted en el cielo, sea el ángel de un ángel, tenga su morada en el sol, y conténtese con esto, y no se inquiete de la manera cómo un pobre condenado se arregla para abrir su pecho y cumplir con su deber; caballero, tiene usted en su presencia un hombre miserable.

Marius atravesó la sala muy despacio, y cuando llegó junto á Juan Valjean, le alargó la mano.

Marius tuvo que ir á tomar aquella mano que no se le presentaba. Juan Valjean le dejó obrar, y le pareció á Marius que estrechaba una mano de mármol.

— Mi abuelo tiene amigos, dijo Marius: ya conseguimos gracia para usted.

— Es inútil, contestó Juan Valjean. Me creen muerto, esto basta. Los muertos no están sujetos á la vigilancia de la policía. Se cree que están pudriéndose tranquilamente. La muerte es lo mismo que la gracia.

Y soltando su mano, que Marius retenía asida, añadió con una especie de dignidad inexorable:

— Por otra parte, cumplir con mi deber; hé aquí el amigo al cual debo yo recurrir, y nada más; yo no necesito más que una gracia, la de mi conciencia.

En este momento, se entreabrió muy despacio la puerta en la otra extremidad de la sala, asomando entre sus dos hojas medio abiertas la cabeza de Coseta. No se distinguía más que su rostro delicado, estaba admirablemente despeinado, y tenía aún los párpados hinchados de sueño. Hizo el movimiento del pájaro que pasa su cabeza fuera del nido, miró á su marido primero, después á Juan Valjean, y les gritó riendo, como si aquella sonrisa saliera del fondo de una rosa:

— ¿Apostemos á que están ustedes hablando de política. ¡Qué tontería, en vez de estar conmigo!

Juan Valjean se estremeció.

— Coseta... dijo Marius balbuciente. — Y se detuvo. Dírase que eran dos culpables.

Coseta, radiante de gozo y de hermosura, continuaba mirando á los dos. De sus ojos parecían desprenderse vivos destellos del paraíso.

Los cojo á ustedes en flagrante delito, dijo Coseta. Acabo de oír por entre la puerta á mi padre Fauchelevent que decía: La conciencia... — cumplir con su deber... — Esto no es otra cosa más que política. Pues bien, yo no quiero. No debe empezarse á hablar de política desde el día siguiente. Eso no está bien.

— Te equivocas, Coseta, respondió Marius. Estamos hablando de negocios. Nos ocupamos en buscar la mejor colocación posible á tus seiscientos mil francos...

— ¡No es más que eso! interrumpió Coseta; pues yo también vengo. ¿Me admiten á mí aquí?

Y pasando resueltamente de la puerta, penetró en la

sala. Estaba vestida con un gran peinador blanco de mil pliegues y de anchas mangas que, partiendo del cuello, la caía hasta los piés. En los dorados cielos de los antiguos cuadros góticos hay de esos sacos deliciosos que envuelven un ángel.

Miróse y contemplóse ella de piés á cabeza en un grande espejo, y despues exclamó con una explosion de éxtasis inefable :

— Era una vez un rey, y este rey tenía una reina. ¡ Oh ! ¡ qué contenta estoy !

Y al decir esto, hizo la reverencia á Marius y á Juan Valjean.

— Véle ahí, dijo, yo voy á instalarme junto á ustedes en una butaca, dentro de media hora se almuerza, ustedes dirán todo cuanto se les antoje, bien sé yo que es menester que los hombres hablen, tendré mucho juicio.

Marius la asió de un brazo, y la dijo amorosamente :

— Estamos hablando de negocios.

— Á propósito, respondió Coseta, heabierto mi ventana, acaban de llegar un monton de gorriones al jardín. ¡ Chillan tanto ! ¡ están tan alegres y tan revoltosos ! Hoy es miércoles de ceniza ; pero no para los pájaros.

— Te digo que estamos hablando de negocios, véte de aquí, Cosetita mia, déjanos un momento. Hablamos de números. Es asunto que te fastidiará.

— Esta mañana te has puesto una corbata muy bonita, Marius. Vaya, monseñor, que está usted más elegante que galante. No, eso no me fastidiará.

— Te aseguro que te fastidiaría.

— No, puesto que son ustedes. Yo no comprenderé ni una palabra, pero no le hace, escucharé. Cuando una oye las voces que ama, no necesita comprender las palabras que ellas dicen. Que estemos aquí todos juntos, es todo lo que yo deseo ; Vaya ! Yo me quedo aquí con ustedes.

— ¡ Tú eres mi Coseta bien amada ! Imposible.

— ¡ Imposible !

— Sí.

— Está bien, repuso Coseta. Y yo les habria dado á ustedes algunas noticias importantes de la casa. Les habria dicho que abuelito está aún durmiendo, que su tia de usted ha ido á misa, que la chimenea del cuarto de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolette ha hecho venir al deshollinador, que Toussaint y Nicolette han andado ya en disputas, que Nicolette se burla de Toussaint porque es tartamuda. Pues bien, no sabrán ustedes nada. ¡ Ah ! ¿ cómo es imposible ? ya verá usted, caballero, cómo yo á mi vez le diré tambien : es imposible. ¿ Quién será el más chasqueado ? Yo te lo ruego, mi esposito Marius, ¡ déjame aquí con ustedes dos !

— Yo te juro que es preciso que estemos solos, que no haya aquí nadie.

— Y bien, ¿ es que yo soy alguien ?

Juan Valjean no pronunciaba ni una sola palabra. Coseta se volvió hácia él, y le dijo :

— En primer lugar, padre, yo quiero que venga usted á besarme. ¿ Qué es lo que usted hace ahí, sin decir nada, en vez de tomar partido en mi favor ? ¿ quién me ha dado un padre así ? Ya ve usted que soy muy desgraciada en el matrimonio. Mi marido me regaña. Vamos, béseme usted en seguida.

Juan Valjean se acercó á ella.

Coseta se volvió hácia Marius.

— Á usted, le pongo mala cara.

Y presentó en seguida su frente á Juan Valjean.

Juan Valjean dió un paso hácia ella.

Coseta retrocedió.

— ¡ Padre, qué pálido está usted ! ¿ Es que tiene usted peor el brazo ?

— Ya está bueno, contestó Juan Valjean.

— ¿ Ha pasado usted mala noche?

— No.

— ¿ Está usted triste?

— No.

— Pues béseme usted. Si está usted bueno, si duerme bien, si está contento, no le regañaré.

Y volvió de nuevo á presentarle la frente.

Juan Valjean depositó un beso sobre aquella frente donde había un reflejo celestial.

— Sonriase usted.

Juan Valjean obedeció. Era la sonrisa de un espectro.

— Ahora, defiéndame usted contra mi marido.

— ¡ Coseta!... dijo Marius.

— Enfádese usted, padre. Dígale que es preciso que yo me quede aquí. ¿ Por qué no ha de poderse hablar delante de mí? ¡ Tan tonta me creen ustedes! ¡ Por cierto que son cosas muy extraordinarias las que ustedes tienen que decir! hablar de negocios, colocar el dinero en un banco, ¡ vaya una gran cosa! Los hombres se hacen los misteriosos por nada. Yo quiero quedarme. Estoy muy bonita esta mañana. Miráme, Marius.

Y con un encogimiento de hombros adorable y no sé qué especie de gestillo exquisito, miró á Marius. Hubo como un relámpago que se cruzó entre aquellos dos seres. Que se hallaba allí álguien en su presencia, poco les importaba.

— ¡ Te amo! dijo Marius.

— ¡ Te adoro! dijo Coseta.

Y cayeron irresistiblemente uno en brazos de otro.

— Ahora, añadió Coseta deshaciendo un pliegue de su peñador con ademan triunfante, me quedo aquí.

— Eso no, respondió Marius en tono suplicante. Tenemos algo que terminar.

— ¿ Otra vez, no?

Marius tomó una inflexion de voz grave :

— Te aseguro, Coseta, que es imposible.

— ¡ Ah! me hace usted su voz de hombre, caballero. Está bien, nos iremos. Usted, padre, tampoco ha querido apoyar mi demanda. Señor marido, señor papá, son ustedes unos tiranos. Voy á decírselo á abuelito. Si ustedes creen que voy á volver, y á hacerles bajezas y bobadas, se equivocan mucho. Tambien yo tengo mi orgullo. Ahora los espero yo á ustedes. Ya verán cómo ustedes son los que van á aburrirse sin mí. Yo me voy, eso está muy bien hecho.

Y salió.

Dos segundos despues, volvió á abrirse la puerta, su fresca y rosada cabeza pasó otra vez aún entre las dos hojas batientes, y gritó :

— Estoy muy incomodada.

Volvió á cerrarse la puerta y todo quedó ya en tinieblas. Fué aquello como un rayo de sol descarriado que, sin pensarlo, hubiera atravesado bruscamente la noche.

Marius se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada.

— ¡ Pobre Coseta! dijo entre dientes, cuando ella llegue á saber...

Al oír estas palabras, Juan Valjean se puso á temblar en todos sus miembros. Y fijó en Marius sus ojos extrañados.

— ¡ Coseta! oh, sí, es verdad, va usted á decir esto á Coseta. Es justo. Toma, yo no habia pensado en ello. Tiene uno fuerzas para una cosa, y no las tiene para otra. Caballero, yo le ruego á usted, se lo suplico con toda mi alma y con todo mi corazón, caballero, déme usted su palabra de honor más sagrada, de que no se lo dirá. ¿ Es que no basta ya con que usted lo sepa? Yo he podido decirlo de mi propia cuenta y por mi propio impulso, sin

que nadie me forzara á ello, lo habria dicho al universo, á todo el mundo, me es igual. ¡ Pero ella! ella no sabe lo que es eso, y la causaria gran terror y espanto. ¡ Un galeote!; cómo! y habria necesidad de explicarla y de decirle: Es un hombre que ha estado en galeras! Un día vió ella pasar una cadena, una cuerda de presidiarios. ¡ Oh, Dios mio!

Y cayó postrado sobre un sillón, ocultando su rostro con ambas manos. No se le oía, pero por los sacudimientos de sus hombros, veíase que lloraba. Llanto silencioso, llanto terrible.

Hay cierto ahogamiento, cierta sofocacion en el sollozo. Le acometió una especie de convulsion, se reclinó hácia atras sobre el respaldo del sillón, como para respirar, dejando caer sus brazos, lo que hizo que Marius viese su rostro inundado de lágrimas. Marius le oyó murmurar tan bajo que su voz parecia salir de un abismo sin fondo: — ¡ Oh! quisiera morir!

— Seréncese usted, dijo Marius, que yo guardaré su secreto para mi solo.

Y, menos enternecido tal vez de lo que debiera estarlo, pero obligado, hacia ya una hora, á familiarizarse con aquella inesperada y espantosa historia, viendo por grados substituirse en su presencia un galeote al señor Fauchelevent, dominado insensiblemente por aquella lúgubre realidad, y conducido por la pendiente natural de la situacion á consignar y á medir el intervalo que acababa de formarse entre aquel hombre y él, Marius añadió:

— Es imposible que deje yo de decir á usted algo acerca del depósito que tan fiel y honradamente ha guardado usted y ha entregado. Ese es un acto de probidad: y es justo que por ello reciba usted una recompensa. Fija usted mismo la suma, y se le entregará en seguida. No tema fijarla demasiado alto.

— Doy á usted mil gracias, caballero, respondió Juan Valjean con dulzura.

Y permaneció un momento pensativo, pasando maquinalmente la yema de su dedo índice sobre la uña del pulgar. Despues levantó la voz:

— Casi está ya todo concluido. Me queda una postrera cosa...

— ¿ Cuál?

Juan Valjean tuvo como una suprema hesitacion, y, sin voz, casi sin aliento, pronunció en tono balbuciente las siguientes palabras:

— Ahora que ya lo sabe usted todo, ¿ cree usted, caballero, usted que es el amo, que no debo ya ver nunca á Coseta?

— Creo que eso seria lo mejor, respondió friamente Marius.

— Ya no la veré jamas, murmuró Juan Valjean.

Y se dirigió hácia la puerta.

Puso la mano en el picaporte, cedió el pestillo, y la puertaseentabrió. Juan Valjean la abrió suficientemente para poder pasar, permaneció inmóvil un segundo, y despues volvió á cerrar la puerta dirigiéndose hácia Marius.

Ya no estaba pálido, estaba lívido. No habia ya lágrimas en sus ojos, sino una especie de llama trágica. Su voz habia adquirido cierta serenidad extraña.

— Escuche usted, caballero, dijo, si usted quiere, vendré á verla. Le aseguro á usted que lo deseo muchisimo. Si yo no hubiera tenido empeño en ver á Coseta, no le habria hecho á usted la revelacion que ha oido de mi boca, sino que me habria marchado; pero deseando quedarme en el mismo lugar en que se halle Coseta, y continuar viéndola, he debido decirselo á usted todo, honrada y lealmente. Usted sigue el hilo de mi razonamiento, ¿ no es verdad? esto es una cosa que se comprende fácilmente. Ya

ve usted, hace nueve años cumplidos que la tengo á mi lado. Hemos habitado primeramente en aquella casucha vieja del boulevard, despues en el convento, y por último, junto al Luxemburgo. Allí fué donde usted la vió por primera vez. Sin duda recuerda usted su gorro de felpa azul. Despues estuvimos en el barrio de los Inválidos, donde habia una verja y un jardín, en la calle de Plumet. Yo habitaba junto á un patiecito interior, desde donde oia su piano. Hé ahí cuál era mi vida. No nos separábamnos jamas. Y esto ha durado nueve años y algunos meses. Yo era como su padre, y ella era mi hija. No sé si usted me comprende, señor Pontmercy, pero irse ahora, no volverla á ver jamas, no volverla á hablar, no tener ya nada, seria cosa difícil. Si usted no lo toma á mal, vendré de vez en cuando á ver á Coseta. No vendria con frecuencia. No estaria mucho tiempo. Diria usted que me recibiera en la salita baja, en el piso bajo. Yo entraria de buena gana por la puerta falsa, por donde entran y salen los criados, pero esto tal vez se extrañaria. Creo que vale más que entre yo por la puerta de todo el mundo. Caballero, se lo digo á usted con todas veras. Yo quisiera poder ver aún algunas veces á Coseta. Tan rara vez como usted quisiera. Póngase usted en mi lugar, ya no me queda más que eso. Y ademas, es preciso tener mucho cuidado y mucha cautela. Si yo no volviera aquí nunca, esto produciria mal efecto, no dejaria de extrañarse, y lo hallarian singular. Por ejemplo, lo que pudiera yo hacer es venir por la noche, cuando empieza á anocheecer.

— Venga usted todas las noches, dijo Marius, y Coseta le esperará.

— Viva usted muchos años, señor, dijo Juan Valjean.

Marius saludó á Juan Valjean, la dicha recondujo á la desesperacion hasta la puerta, y aquellos dos hombres se separaron.

II

LAS OSCURIDADES QUE PUEDE CONTENER UNA REVELACION

Marius se hallaba trastornado.

La especie de alejamiento que habia él tenido siempre por aquel hombre junto al cual veia á Coseta se la explicaba ya claramente. Habia en aquel sugeto un no sé qué de enigmático y sospechoso de lo cual le advertia su instinto. Este enigma, era la más horrible vergüenza, era el presidio. Aquel señor Fauchelevent no era otro que el galeote Juan Valjean.

Hallar bruscamente tal secreto en medio de su dicha, es una cosa parecida al descubrimiento de un escorpion en un nido de tórtolas.

¿ Estaba condenada para siempre la dicha de Marius y de Coseta á semejante compañía? ¿ Era esto un hecho consumado? ¿ Es que la aceptacion de aquel hombre constituia parte integrante del casamiento efectuado?

¿No había ya nada más que hacer sobre este asunto?

¿Se había desposado Marius también con el galeote?

Por más que uno se halle coronado de luz y de alegría, por más que saboree la grande hora de púrpura de la vida, el amor feliz, tales sacudimientos harían estremecer hasta al arcángel en su éxtasis, hasta en su gloria al semi-dios.

Como sucede siempre en los cambios á vista de esta especie, Marius se preguntaba si por ventura no tendría él que dirigirse reproches y reconvenciones á sí mismo? ¿Había él pecado por falta de prevision? ¿Había carecido de la prudencia necesaria? ¿Se habría aturdido involuntariamente? Tal vez, un poco. ¿Se había él empeñado, sin las convenientes precauciones para esclarecer los alrededores, en aquella aventura amorosa que había dado por resultado su casamiento con Coseta? Él comprobaba, — y así es, por una serie de comprobaciones sucesivas de nosotros mismos sobre nosotros mismos, como la vida nos va corrigiendo y mejorando poco á poco, — comprobaba el lado quimérico y visionario de su naturaleza, especie de nublado interior, propio de muchas organizaciones, y que, en los paroxismos de la pasión y del dolor, se dilata, pues la temperatura del alma cambia, é invade al hombre todo entero, en términos de no hacer de él otra cosa que una conciencia envuelta entre la niebla. Ya hemos indicado más de una vez este elemento característico de la individualidad de Marius. Recordaba él que, en la calle de Plumet, durante aquellas seis ó siete semanas extáticas, no había hablado siquiera á Coseta de aquel drama del desvan Gorbeau cuya víctima había mostrado un empeño tan obstinado y tan extraño por guardar el silencio más completo durante la lucha, habiendo recurrido después á la evasión. •Cómo sucedió que no hubiese él hablado de esto á Co-

seta? ¡Y sin embargo era un suceso tan reciente, y tan espantoso! ¿Cómo sucedió que no la hubiese nombrado siquiera á los Thénardier, y, particularmente, el día en que halló á Eponina? Casi le costaba á él ahora trabajo el explicarse su silencio de entónces. Sin embargo, dábase cuenta de él. Se acordaba de su aturdimiento, de su ebriedad por Coseta, el amor absorbiéndolo todo, aquel arrobamiento del uno por el otro en el ideal, y tal vez también, como la imperceptible dosis de razón mezclada con ese estado violento y delicioso del alma, un vago y sordo instinto de ocultar y de borrar en su memoria aquella pavorosa aventura, cuyo contacto temía él, en la cual no quería desempeñar ningún papel, á la cual procuraba sustraerse, y finalmente, en la cual no podía él ser narrador ni testigo, sin ser acusador. Por otra parte, aquellas pocas semanas habían sido para él un relámpago; no había habido tiempo para nada, sino para amarse. Por último, una vez pesado, considerado y examinado todo, aun cuando él hubiera referido la emboscada Gorbeau á Coseta, aun cuando la hubiese nombrado los Thénardier, cualesquiera que hubiesen sido las consecuencias, aun cuando hubiese él descubierto que Juan Valjean era un galeote, ¿es que todo esto le habría cambiado á él, á Marius? ¿habría cambiado también á ella, á Coseta? ¿Había él retrocedido? ¿La habría adorado ménos por eso? ¿Habría dejado de casarse con ella? ¿No habría cambiado esto en lo más mínimo los hechos que acababan de consumarse? No. Por consiguiente, nada había que sentir de lo pasado, nada que reprocharse, nada que echarse en cara. Todo estaba bien hecho. Hay un Dios para esos borrachos á quienes llaman los enamorados. En su ceguedad, Marius había seguido la misma ruta que habría él escogido en su más clara perspicacia. El amor le había ven-

dado los ojos, para conducirlo ¿adónde? Al paraíso.

Pero este paraíso se hallaba en adelante complicado con un flanco infernal.

El antiguo alejamiento de Marius por aquel hombre, por aquel Fauchelevent convertido en Juan Valjean, se hallaba ahora mezclado de horror.

En este horror, preciso es decirlo, había alguna compasión, y aún cierta sorpresa.

Aquel ladrón, aquel ladrón reincidente, había restituido un depósito. ¡Y qué depósito! Seiscientos mil francos. Y él solo estaba en el secreto del depósito. Pudiera haberlo guardado todo, y todo lo había entregado.

Además, él había revelado libre y espontáneamente su misteriosa situación. Nada le obligaba á ello. Si se sabía quién era, por él mismo era por quien se sabía. En esta confesión, había más que la aceptación de la humillación, había la aceptación del peligro. Para un condenado, una máscara no es una máscara, sino un refugio, un abrigo. Y él había renunciado á este abrigo. Un falso nombre es un amparo y una seguridad; y él había rechazado este falso nombre. Él, el galeote, podía ocultarse para siempre en el seno de una familia honrada; y había resistido á esta tentación. ¿Y por qué motivo? por escrúpulo de conciencia. El mismo lo había explicado con el irresistible acento de la realidad. En suma, quienquiera que fuese este Juan Valjean, era incontestablemente una conciencia que despertaba. Vislumbrábase allí cierta misteriosa rehabilitación empezada; y, según toda apariencia, hacía ya mucho tiempo que los escrúpulos dominaban á aquel hombre. Tales accesos de bondad y justicia no son propios de las naturalezas vulgares. Despertamiento de conciencia, prueba grandeza de alma.

Juan Valjean era sincero. Esta sinceridad, visible, palpable, irrefragable, evidente aún por el dolor que le

causaba, hacía inútil todo género de informes y daba plena autoridad á todo cuanto aquel hombre decía. De aquí, para Marius, una extraña inversión de las situaciones. ¿Qué resultaba del señor Fauchelevent? la desconfianza. ¿Qué se desprendía de Juan Valjean? la confianza.

En el misterioso balance que de este Juan Valjean hacía Marius en medio de sus calvilaciones, verificaba el activo, verificaba el pasivo, y procuraba llegar á un coitejo que los balanceara. Mas todo esto era como una tempestad. Esforzándose por formarse una idea neta de aquel hombre, y persiguiendo, por decirlo así, á Juan Valjean en el fondo de su pensamiento, Marius le perdía y le hallaba de nuevo en una bruma fatal.

El depósito honradamente devuelto, la probidad de la revelación, todo esto estaba bien. Esto formaba un claro en la nube, pero después la nube volvía á ennegrecerse.

Por más turbios que fuesen los recuerdos de Marius, siempre le venía de allí alguna sombra.

¿Qué era por fin aquella aventura del desvan Jondrette? ¿Por qué, al llegar la policía, en vez de quejarse, aquel hombre se apresuró á evadirse? Ahora hallaba aquí Marius la respuesta. Porque aquel hombre era un desertor de presidio.

Otra cuestión: ¿Por qué había ido aquel hombre á la barricada? Pues ahora Marius veía ya distintamente este recuerdo, el cual reaparecía, en medio de las recientes emociones, como la tinta simpática en el fuego. Aquel hombre estaba en la barricada. Pero no combatía. ¿Qué habría venido á hacer allí? Ante esta pregunta, levantábase un espectro y la daba respuesta: Javert. Marius recordaba ahora perfectamente la fúnebre visión de Juan Valjean conduciendo á Javert agarrotado fuera de la barricada, y le parecía oír aún detrás de la callejuela

de Mondétour el horrible pistoletazo. Era verosímil que existía un grande odio entre aquel espion y este galeote. El uno estorbaba al otro. Juan Valjean había ido á la barricada para vengarse. Había llegado allí tarde. Sabía probablemente que Javert se hallaba allí prisionero.

La vendetta corsa ha penetrado en ciertas capas bajas de la sociedad y hace allí ley; es tan sencilla, que no causa nunca extrañeza á las almas medio convertidas al bien; y de tal manera están formados esos corazones, que un criminal en via de arrepentimiento puede ser escrupuloso sobre el robo y no serlo sobre la venganza. Juan Valjean había matado á Javert. Á lo ménos esto parecia una cosa evidente.

Última pregunta, en fin; pero esta no hallaba contestacion. Esta pregunta, sentíala Marius como una tenaza ardiendo. ¿Cómo sucedía que la existencia de Juan Valjean se hallara unida durante tanto tiempo á la de Coseta? ¿Qué venía á ser aquel juego sombrío de la Providencia que había puesto á aquella niña en contacto con aquel hombre? ¿Por ventura, hay también allá en el cielo cadenas de doble forjadura, y se complace Dios en emparejar al ángel con el demonio? ¿Un crimen y una inocencia pueden acaso ser camaradas de albergue en el misterioso presidio de las miserias? En ese desfile de condenados que se llama el destino humano, ¿pueden pasar dos frentes, una junto á otra, la una sencilla y candorosa, la otra formidable, bañada la primera con todos los divinos albores de la aurora, y la segunda palidecida para siempre por el siniestro fulgor de un relámpago eterno? ¿Quién había podido determinar esta asociacion inexplicable? ¿De qué manera, á consecuencia de qué prodigio había podido establecerse la comunidad de vida entre aquella criatura celestial y aquel viejo condenado? ¿Quién había podido

asociar el cordero con el lobo, y lo que es más incomprendible aún, hacer que el lobo tomase afeccion al cordero? Pues el lobo amaba al cordero, pues el sér feroz adoraba al sér débil, pues, durante el espacio de nueve años, el ángel había tenido por punto de apoyo al monstruo. La infancia y la adolescencia de Coseta, su venida al mundo, su virginal crecimiento hácia la vida y la luz, habían recibido el amparo y auxilio de aquella afeccion disforme. Aquí, las cuestiones se exfoliaban, por decirlo así, en innumerables enigmas, abriéndose abismos en el fondo de los abismos, y Marius no podía ya mirar hácia Juan Valjean sin experimentar un vértigo. ¿Qué venía á ser pues aquel hombre precipicio?

Los antiguos simbolos genesiacos son eternos; en la sociedad humana, tal cual ella existe, hasta el dia en que una claridad más grande la cambie, hay siempre dos hombres, uno superior, y el otro subterráneo; el primero, segun el bien, que es Abel, y el segundo, segun el mal, que es Cain. ¿Qué venía pues á ser aquel Cain tierno? ¿Qué cosa era aquel bandido religiosamente absorto en la adoracion de una vírgen, cuidándola y vigilándola solícito, educándola, guardándola, dignificándola y rodeándola, él el impuro, de nevada pureza? ¿Quién sería aquel leproso que había venerado á aquella inocencia hasta el punto de no dejar en ella ni una sola mancha? ¿Quién era aquel Juan Valjean haciendo la educacion de Coseta? ¿Qué era aquella figura de las tinieblas cuyo único cuidado era preservar de toda sombra y de toda nube el oriente de un astro?

Aquí estaba el secreto de Juan Valjean; aquí estaba también el secreto de Dios.

Ante este doble secreto, Marius retrocedía. Hasta cierto punto, el uno le tranquilizaba acerca del otro. En esta aventura, estaba Dios tan visible como el mismo Juan

Valjean. Dios tiene sus instrumentos. Se sirve de los órganos que quiere. No es responsable para con el hombre. ¿Acaso sabemos nosotros cómo procede Dios en sus obras? Juan Valjean había trabajado á Coseta. Había contribuido mucho á formar aquella alma. Esto era incontestable. ¿Mas qué resultaba de esto? El artífice era horrible; pero la obra era admirable. Dios produce sus milagros como le parece. Él había construido aquella encantadora Coseta, y para ello se había valido de Juan Valjean. Había tenido por conveniente escoger aquel extraño colaborador. ¿Qué cuenta habremos de pedirle nosotros? ¿Es esta la primera vez que el estiércol ayuda á la primavera á hacer la rosa?

Marius se daba estas respuestas y se declaraba á sí mismo que eran buenas. Sobre todos los puntos que acabamos de indicar no se había él atrevido á estrechar á Juan Valjean, sin que sin embargo se confesara él á sí mismo que no se atrevía. Él adoraba á Coseta, poseía á Coseta, Coseta estaba espléndidamente pura. Esto le bastaba. ¿Qué mayores esclarecimientos podía él necesitar? Coseta era una luz. ¿Es que la luz necesita ser esclarecida? Él lo tenía todo; ¿qué podía desear? Todo: ¿es que esto no es suficiente? Los asuntos personales de Juan Valjean no le importaban. Al volverse hácia la sombra fatal de aquel hombre, refugiábase él en esta solemne declaración del miserable: *Yo no soy nada de Coseta.*

Hee diez años, ignoraba que ella existiera en el mundo.

Juan Valjean era un pasajero. Él mismo lo había dicho. Pues bien, ahora le tocaba pasar. Quienquiera que él fuese, había concluido ya el papel que hasta aquel momento había desempeñado. En lo sucesivo, estaba allí Marius para desempeñar las funciones de la Providencia cerca de Coseta. Coseta había venido á encontrar en las azuladas regiones del puro firmamento, su igual, su

amante, su esposo, su varon, su macho celestial. Al emprender su vuelo, Coseta, alada y transfigurada, dejaba tras sí en el suelo, vacía y horrible, su crisálida, Juan Valjean.

Cualquiera que fuese el círculo de ideas en que se resolviese Marius, siempre venía á inspirarle cierto horror el recuerdo de Juan Valjean. Horror sagrado tal vez, pues, como acabamos de indicarlo, sentía él un *quid divinum* en aquel hombre. Pero, por más que se hiciese, y por más atenuacion que se le buscase, preciso era siempre venir á parar á esto: que era un desertor de presidio, es decir, el sér que no tiene siquiera puesto en la escala social, hallándose por bajo del postrer escalon. Despues del último de los hombres, viene el galeote. El galeote no es ya, digámoslo así, el semejante de los vivientes. La ley le ha destituido de toda la dosis de humanidad que puede ella quitar á un hombre. Aunque demócrata, Marius se hallaba aún, con respecto á las cuestiones penales, en el sistema inexorable, y tenía sobre los que la ley condena, todas las ideas de la ley. Digamos que aún no había él realizado en sí mismo, en sus ideas, en sus principios, en sus creencias, todos los progresos. Todavía no llegaba él siquiera á distinguir entre lo que está escrito por el hombre y lo que está escrito por Dios, entre la ley y el derecho. No había él examinado y pesado el derecho que adquiere el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. Aún no se había rebelado contra la palabra *vindicta*. Hallaba muy natural que ciertas infracciones de la ley escrita se castigasen con penas eternas, y aceptaba, como un procedimiento de civilizacion, la conderacion social. Todavía se hallaba á este punto, salvo el realizar despues infaliblemente mayores progresos, teniendo como tenía una excelente naturaleza, y un alma hecha toda ella de progreso latente.

En este orden de ideas, Juan Valjean le aparecía diforme y repugnante. Era el réprobo, era el galeote. Esta palabra era para él como un sonido de la trompeta del juicio; y después de haber considerado largo rato á Juan Valjean, su último gesto era el volver la cabeza. *Vade retro.*

Marius, preciso es reconocerlo y aún insistir en ello, al mismo tiempo que interrogaba á Juan Valjean en términos que Juan Valjean le había dicho: *Me está usted confesando*, no le había dirigido sin embargo dos ó tres preguntas decisivas. No porque ellas hubieran dejado de presentarse á su espíritu, sino porque le habían infundido miedo. ¿El desvan Jondrette? ¿La barricada? ¿Javert? ¿Quién sabe adónde habrían ido á parar las revelaciones? Juan Valjean no parecía hombre capaz de retroceder; y ¿quién sabe si Marius, después de haberle excitado, no habría deseado retenerle? ¿No nos ha sucedido á todos, en ciertas ocasiones supremas, después de haber hecho una pregunta, el taparnos los oídos para no oír la respuesta? Sobre todo, cuando uno ama, es cuando muestra este género de cobardía. No es prudente el cuestionar hasta el fin las situaciones siniestras, sobre todo, cuando en ellas se mezcla fatalmente el lazo indisoluble de nuestra propia vida. De las explicaciones desesperadas de Juan Valjean, podía salir alguna luz espantosa, y ¿quién sabe si esta horrible claridad no habría alcanzado hasta á Coseta? ¿Quién sabe si no habría quedado un resto de resplandor infernal sobre la frente de aquel ángel? La chispa de un relámpago forma también parte del rayo. La fatalidad tiene solidaridades de este género, en que la misma inocencia adquiere la marca del crimen por la ley sombría de los reflejos colorantes. Las figuras más puras pueden guardar para siempre la reverberación de una horrible vecindad. Con razón ó sin llac,

Marius tenía miedo. Sabía él ya demasiado. Procuraba más bien aturdirse que iluminarse. Desatinado, llevábase en sus brazos á Coseta, cerrando los ojos sobre Juan Valjean.

Este hombre era noche todo él, noche viva y terrible. ¿Cómo atreverse á penetrar hasta él fondo? Es espantoso el haber de interrogar á la sombra. ¿Quién sabe lo que va ella á responder? El alba misma podría tal vez quedar ennegrecida para siempre.

En semejante situación de espíritu, era para Marius una punzante perplejidad el pensar que aquel hombre tuviera en lo sucesivo cualquiera especie de contacto con Coseta. Estas cuestiones formidables, ante las cuales había él retrocedido, y de donde habría podido salir una decisión implacable y definitiva, casi se reconvenía él ahora por no habérselas suscitado á Juan Valjean. Hallábase demasiado bueno, demasiado afable, ó por mejor decir, demasiado débil. Esta debilidad le había conducido á hacer una concesión imprudente. Se había dejado ablandar. Había hecho un absurdo. Habría debido rechazar á Juan Valjean lisa y llanamente. Juan Valjean era la parte que se sacrifica en el incendio; así debió él considerarle, y desembarazar la casa de aquel hombre. Irritábase contra sí mismo, irritábase contra la bruesa sacudida de aquel torbellino de emociones que le había ensordecido, cegado y arrastrado. Y estaba descontento de sí mismo.

¿Qué hacer ahora, pues? Las visitas de Juan Valjean le repugnaban profundamente. ¿Por qué había de venir á casa aquel hombre? ¿Qué hacer en tan duro trance, en tan terrible compromiso? Aquí él se aturdira, no quería investigar, no quería profundizar; no quería sondearse á sí mismo. Había prometido, se había dejado llevar hasta prometer; Juan Valjean tenía su promesa

hasta con un galeote, sobre todo con un galeote, se debe mantener la palabra empeñada. Sin embargo, su primer deber era hácia Coseta. En suma, una repulsion que lo dominaba todo, le indignaba.

Todo este conjunto de ideas le revolvía Marius confusamente en su espíritu, pasando de la una á la otra, y removido por todas ellas. De aquí una profunda turbacion. No le fué fácil empresa la de ocultar á Coseta esta turbacion, pero el amor es un talento, y Marius lo consiguió.

Por lo demas, sin que dejara el traslucir ningun objeto aparente, dirigió algunas preguntas á Coseta, cándida como una paloma, y que estaba muy ajena de sospechar nada; la habló de su infancia y de su juventud, y se convenció cada vez más de que aquel galeote habia sido para Coseta todo lo bueno, paternal y respetable que puede ser un hombre. Todo lo que Marius habia entrevisto y supuesto era la realidad. Aquella ortiga siniestra habia amado y protegido á aquella azucena.

LIBRO OCTAVO

EL DECRECIMIENTO CREPUSCULAR

EL CAURTO BAJO

Al anoecer del dia siguiente, llamaba Juan Valjean á la puerta de la casa Gillenormand. Basque fué quien le recibió. Basque se hallaba esperando en el patio á la hora precisa, y como si hubiese recibido órdenes al efecto. Á veces sucede que se dice á un criado: Esté usted á la mira para cuando llegue el señor fulano.

Sin esperar á que Juan Valjean llegara hasta él, Basque le dirigió la palabra:

— El señor baron me ha encargado que le pregunte á usted si desea subir, ó quedarse abajo?

hasta con un galeote, sobre todo con un galeote, se debe mantener la palabra empeñada. Sin embargo, su primer deber era hácia Coseta. En suma, una repulsion que lo dominaba todo, le indignaba.

Todo este conjunto de ideas le revolvía Marius confusamente en su espíritu, pasando de la una á la otra, y removido por todas ellas. De aquí una profunda turbacion. No le fué fácil empresa la de ocultar á Coseta esta turbacion, pero el amor es un talento, y Marius lo consiguió.

Por lo demas, sin que dejara el traslucir ningun objeto aparente, dirigió algunas preguntas á Coseta, cándida como una paloma, y que estaba muy ajena de sospechar nada; la habló de su infancia y de su juventud, y se convenció cada vez más de que aquel galeote habia sido para Coseta todo lo bueno, paternal y respetable que puede ser un hombre. Todo lo que Marius habia entrevisto y supuesto era la realidad. Aquella ortiga siniestra habia amado y protegido á aquella azucena.

LIBRO OCTAVO

EL DECRECIMIENTO CREPUSCULAR

EL CAURTO BAJO

Al anoecer del dia siguiente, llamaba Juan Valjean á la puerta de la casa Gillenormand. Basque fué quien le recibió. Basque se hallaba esperando en el patio á la hora precisa, y como si hubiese recibido órdenes al efecto. Á veces sucede que se dice á un criado: Esté usted á la mira para cuando llegue el señor fulano.

Sin esperar á que Juan Valjean llegara hasta él, Basque le dirigió la palabra:

— El señor baron me ha encargado que le pregunte á usted si desea subir, ó quedarse abajo?

Quedarme abajo, respondió Juan Valjean.

Basque, quien por lo demas se mostraba absolutamente respetuoso, abrió la puerta de la sala baja y dijo: Voy á prevenir á la señora.

La pieza donde entró Juan Valjean era un cuarto bajo, abovedado y húmedo, que en ocasiones solia servir de despensa, que daba á la calle, cuyo pavimento era de baldosas encarnadas, y mal alumbrado por una ventana con reja.

Esta sala no era de aquellas que se ven muy atormentadas por el sacudidor, la escoba y el plumero. El polvo reposaba allí tranquilo. La persecucion de las arañas no estaba organizada. Una enorme telaraña, bien extendida y muy negra, adornada de moscas muertas, hacia la rueda sobre una de las vidrieras de la ventana. La sala, pequeña y baja, se hallaba amueblada con un monton de botellas vacias aglomeradas en uno de los rincones. La pared, embadurnada con un jalbegue de ocre amarillo, se desconchaba en grandes placas. En el fondo, habia una chimenea de madera pintada de negro, con tablilla estrecha. En esta chimenea habia lumbre encendida; lo que indicaba que se habia contado con la respuesta de Juan Valjean. *Quedarme abajo.*

Dos sillones habian colocado, uno á cada lado de la chimenea. Entre ámbos sillones se hallaba tendido y sirviendo de alfombra un viejo tapiz ó ruedo de cama, que mostraba más cuerda que lana.

El alumbrado del cuarto no era otro que el fuego de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Juan Valjean estaba cansado. Hacia ya algunos días que sufría casi entera privacion de alimento y de sueño. Se dejó caer sobre uno de los sillones.

Basque volvió, colocó sobre la chimenea una bujía encendida y se retiró. Juan Valjean, con la cabeza inclinada

y la barba sobre el pecho, ni vió á Basque, ni tampoco notó la bujía.

De improviso se enderezó como sobresaltado. Coseta se hallaba detras de él.

No la habia visto entrar, pero habia sentido que entraba.

Se volvió, y la contempló. Estaba adorablemente hermosa. Pero lo que él miraba, con su mirada profunda, no era la hermosura, era el alma.

— Ea bien, padre, exclamó Coseta, yo sabía que usted era singular, pero jamas habria imaginado una como esta. ¡Vaya una idea! Marius me dice que usted es el que quiere que le reciba yo aquí.

— Sí, yo soy.

— Esperaba esa respuesta. Bien. Le prevengo á usted que le voy á armar un escándalo. Ante todo, principiemos por el principio. Padre, béseme usted.

Y le mostró su mejilla.

Juan Valjean permaneció inmóvil.

— No se mueve usted. Está bien, tomo acta de esto. Actitud de culpable. Pero, de todos modos, le perdono á usted. Jesucristo dijo: Mostrad la otra mejilla. Héla aquí.

Y le presentó la otra mejilla.

Juan Valjean no se movió. Parecia como que tenia clavados los piés en el suelo.

— Esto es ya cosa seria, dijo Coseta. ¿Qué es lo que yo le he hecho á usted? Me declaro enojada. Usted me debe mi reconciliacion. Comerá usted con nosotros.

— Ya he comido.

— Eso no es verdad. Yo haré que el señor Gillenormand le riña á usted. Para eso están los abuelos, para zurrar á los papás. Vamos. Suba usted conmigo á la sala. Al momento.

— Imposible.

Coseta aquí perdió ya un poco de terreno. Dejó de ordenar y pasó á preguntar.

— ¿Pero por qué? y escoge usted para verme el cuarto más feo de la casa. Esto es horrible

— Tú sabes...

Juan Valjean se contuvo.

— Usted sabe, señora, yo soy un hombre raro, tengo mis manías y mis extravagancias.

Coseta golpeó sus manecitas una contra otra.

— ¡Señora!... ¡usted sabe!... ¡otra novedad aún! ¿Pero qué quiere decir esto?

Juan Valjean fijó en ella una de aquellas sonrisas afeccionadas á las cuales solía él recurrir á veces:

— Usted ha querido ser señora. Y lo es.

— No para usted, padre.

— No me llame usted ya padre.

— ¿Pues, cómo?

— Llámeme usted señor Juan. Juan, si usted quiere.

— ¿Ya no es usted padre? ¿Yo no soy yo Coseta? ¿Señor Juan? ¿Pero qué significa todo esto? ¿Estasson revoluciones completas, segun veo? ¿Mas qué es lo que ha pasado? Míreme usted pues un poco, de frente. ¡Y no quiere usted habitar con nosotros! ¡No quiere usted venir á ocupar mi cuartito! ¿Qué le he hecho yo á usted? ¿qué le he hecho yo á usted? ¿Conque ha habido algo?

— Nada.

— ¿Pues bien, y entónces?

— Todo está como de ordinario.

— ¿Por qué cambia usted de nombre?

— Tambien usted lo ha cambiado.

Volvió á sonreír con aquella misma sonrisa desgarradora, y añadió:

— Puesto que usted es la señora Pontmercy, bien puedo yo ser el señor Juan.

— Yo no comprendo nada. Todo eso es tonto. Yo pediré á mi marido permiso para que usted sea el señor Juan. Estoy segura de que no consentirá en ello. Me causa usted mucha pena. Se tienen caprichos y rarezas, pero nose debe dar disgustos á su Cosetita. Eso no está bien. Usted que es tan bueno, no tiene derecho á ser malo.

Juan Valjean no respondió.

Tomóle ella vivamente ambas manos, y, con un movimiento irresistible, levantándolas hácia su rostro, las estrechó contra su propio cuello por bajo de la barba, que es un acto de la más profunda ternura.

— ¡Oh! le dijo, ¡sea usted bueno!

Y despues prosiguió:

— Hé aquí lo que yo llamo ser bueno: ser amable, venirse á vivir con nosotros, tenemos aquí pájaros como en la calle de Plumet, estar en nuestra compañía, dejar aquel zaquizamí de la calle de l'Homme-Armé, no darnos charadas que adivinar, ser como todo el mundo, comer con nosotros, almorzar con nosotros, ser mi padre.

Él desprendió sus manos.

— Ya no tiene usted necesidad de padre, tiene usted un marido.

Coseta se incomodó.

— ¡Qué ya no tengo necesidad de padre! ¡En verdad que de tales cosas, que no tienen sentido comun, no sabe una qué decir!

— Si estuviera aquí Toussaint, repuso Juan Valjean como quien trata de buscar el apoyo de alguna autoridad y que se agarra á cualquiera rama, si estuviera aquí Toussaint, ella sería la primera en convenir conmigo, y en declarar que es cierto, que yo siempre he tenido mis maneras particulares de obrar. Nada nuevo hay en esto. Á mí siempre me ha gustado mi rincón oscuro.

— Pero si aquí hace frio. Está esto lóbreo. Y eso de

querer llamarse el señor Juan es abominable. Yo no quiero que usted me hable de usted.

— Hace poco, al venir aquí, respondió Juan Valjean, he visto en la calle de San Luis un mueble, en casa de un ebanista. Si yo fuera una mujer bonita, me obsequiaría con aquel mueble. Es una mesa de tocador muy linda; género de ahora. Lo que llaman ustedes, según creo, palo de rosa. Está incrustada. El espejo es bastante grande. Y tiene sus cajones. Es cosa bonita.

— ¡Oh! el oso feo! repuso Coseta.

Y con un donaire supremo, apretando los dientes y separando los labios, se puso á soplar contra Juan Valjean. Era una Gracia remedando á una gata.

— Estoy furiosa, añadió. Desde ayer, todos ustedes me hacen rabiar. Tengo muy mal humor. No comprendo nada. Usted no me defiende contra Marius, Marius no me sostiene contra usted, me encuentro enteramente sola. Arreglo bonitamente un cuarto. Si hubiera podido colocar allí al mismo Dios, le habría colocado, para que hiciera la mejor de las compañías; y me dejan plantado mi cuarto. Mi inquilino me hace bancarota. Encargo á Nicolette una buena comidita. No queremos su comida de usted, señora. Y mi padre Fauchelevent se empeña en que yo le llame el señor Juan, y que le reciba en una horrible y asquerosa cueva vieja, enmohecida toda ella, cuyas paredes tienen barba, y donde sólo hay, tocante á vidrieras, unas botellas vacías, y tocante cortinas, grandes telarañas! Usted es un hombre singular, convengo en ello, es su género favorito, pero se concede una tregua á las gentes que se casan. No habría usted debido ponerse á hacer el singular en seguida. ¿Conque tan contento va usted á estar en su abominable calle de l'Homme-Armé? ¡Lo que es yo, bien desesperada estaba allí! ¿Qué es lo que usted tiene contra mí? Me causa usted mucha pena. Quite usted allá!

Y poniéndose seria de improviso, miró fijamente á Valjean, y añadió:

— ¡Me tiene usted rencor acaso porque soy dichosa!

La sencillez, sin saberlo, penetra á veces demasiado adelante. Esta pregunta, sencilla para Coseta, era profunda para Juan Valjean. Coseta quería arañar y desgarraba.

Juan Valjean se puso pálido. Quedó sin responder unos instantes, al cabo de los cuales, murmuró con un acento inexplicable y hablándose á sí mismo:

— Su dicha, era el objeto de mi vida. Ahora, ya puede Dios firmarme mi pasaporte. Coseta, tú eres feliz; mi tiempo ha concluido.

— ¡Ah! usted me ha dicho *tú!* exclamó Coseta.

Y se le abalanzó al cuello.

Juan Valjean, desatinado, la estrechó contra su pecho como en un transporte de delirio. Casi le parecía que la recobraba.

— ¡Gracias, padre! le dijo Coseta.

Este arrobamiento iba á aumentar aún la grande pesadumbre que agobiaba á Juan Valjean. Desprendióse pues suavemente de los brazos de Coseta, y tomó el sombrero.

— ¿Y bien? dijo Coseta.

Juan Valjean respondió:

— La dejo á usted, señora, la están esperando arriba. Y desde el umbral de la puerta, añadió:

— La he hablado á usted de tú. Dígale á su marido que no volverá á sucederme. Perdóneme usted.

Juan Valjean salió, dejando á Coseta estupefacta en vista de esta despedida enigmática.



Al día siguiente, á la misma hora, volvió Juan Valjean. Coseta no le dirigió ninguna pregunta, no manifestó ya extrañeza ninguna, no se quejó de que allí hacía frío, no habló más del cuarto; y además, procuró evitar el llamarle padre y también el llamarle señor Juan, dejando que la hablara á ella de usted, y que la llamara señora. Sólo que se notaba en ella ménos alegría. Habría estado triste, si la tristeza la hubiera sido posible.

Es probable que había ella tenido con Marius una de esas conversaciones en las cuales el hombre amado dice lo que quiere, no explica nada, y satisface plenamente á la mujer amada. La curiosidad de los amantes no va nunca mucho más allá de su amor.

La sala baja había hecho un poco de toilette. Basque había suprimido las botellas y Nicolette las telarañas.

Los días que se siguieron trajeron todos allí á la misma hora á Juan Valjean. Vino todos los días, no teniendo fuerzas para tomar las palabras de Marius de otro modo que á la letra. Marius se arregló de tal manera, que se hablaba ausente á las horas en que venía Juan Valjean. La casa se acostumbró al nuevo modo de ser del señor Fauchelevant. Toussaint ayudó á ello: *Mi señor ha sido siempre así*, repetía ella sin cesar. El abuelo expidió este decreto: — Es un original. Y no hubo más que decir. Por lo demás, á los noventa años, no hay ya ligazon posible; todo es yuxtaposición; un nuevo conocimiento es un estorbo. Ya no hay sitio donde recibirle; todos los hábitos están adquiridos. El señor Fauchelevant, el señor Tranchelevant; el tío Gillenormand se alegró mucho de hallarse desembarazado de « aquel señor. » Y añadió: — Nada es más comun que esos originales. Hacen toda especie de rarezas; y sin el menor motivo. El marqués de Canaples era aún peor. Compró un palacio para irse él á habitar el granero. Esas son apariencias fantásticas que suelen tener ciertas gentes.

Nadie entrevió el motivo siniestro que se ocultaba bajo esta rara apariencia. Por lo demás, ¿quién habría podido adivinar semejante cosa? En la India hay pantanos de esta especie; el agua parece extraordinaria, inexplicable, agitada y temblorosa sin que haga viento; revuelta allí donde debiera estar tranquila. Se mira en la superficie aquella ebullición sin causa; y no se ve la hidra que se arrastra en el fondo.

Muchos hombres tienen así un monstruo secreto, un mal que ellos nutren, un dragon que los corroe, una desesneracion que habita en su noche. Tal hombre se parece á los demás, va y viene. No se sabe que tiene en sí un espantoso dolor parásito, con mil dientes, el cual vive en aquel miserable, que de él recibe la muerte. No

se sabe que aquel hombre es un abismo. Está estancado, pero profundo. De vez en cuando se nota en su superficie una perturbacion de la cual nada se comprende. Pliegase una arruga misteriosa, despues se desvanece, y otra vez vuelve á aparecer; una burbuja de aire asciende y se deshace. Poca cosa, pero terrible. Es la respiracion de la bestia desconocida.

Ciertos hábitos extraños, llegar á la hora en que se van los demas, borrarse mientras que los otros se ponen de manifesto, guardar en todas las ocasiones lo que pudiera llamarse el manto color de muralla, busear la avenida de árboles solitaria, preferir la calle desierta, no tomar parte en las conversaciones, evitar la muchedumbre y las fiestas, ser hombre de posibles y vivir pobremente, tener, rico y todo, la llave de casa en el bolsillo y la palmatoria de la bujía en el cuarto del portero, entrar por la puerta falsa, subir por la escalera excusada, todas estas singularidades insignificantes, arrugas, burbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, vienen generalmente de un fondo formidal le.

Así transcurrieron algunas semanas. Una vida nueva se fué apoderando poco á poco de Coseta; las relaciones que crea el casamiento, las visitas, los cuidados de la casa, los placeres, estos grandes negocios. Los placeres de Coseta no eran costosos; consistian en uno sólo: estar con Marius. Salir con él, quedarse con él, talera la grande ocupacion de su vida. Para ellos era una alegria siempre nueva el salir de brazo, á la faz del sol, por en medio de la calle, sin ocultarse, en presencia de todo el mundo, los dos enteramente solos. Coseta tuvo una contrariedad. Tous-saint no pudo vivir en armonía con Nicolette, pues dos viejas solteronas no pueden avenirse jamas; y se marchó. El abuelo lo pasaba bastante bien; Marius abogaba de vez en cuando en algunas causas; su tia, la señorita

Gillenormand, hacia pacificamente cerca del nuevo matrimonio esa vida lateral que la era á ella suficiente. Juan Valjean venia todos los dias.

Una vez desterrado el tuteo, el usted, el señora, el señor Juan, todo esto le hacia ya otro para Coseta. El cuidado que él mismo habia puesto para separarla de él, le salia bien. Cada vez estaba ella más alegre y menos tierna. Sin embargo, le queria siempre mucho, y él lo conocia. Un dia le dijo ella de improviso: Usted era mi padre, y ya no es mi padre, era usted mi tio, y ya no es mi tio, era usted el señor Fauchelevent, y ahora es usted Juan. ¿Quién es usted por fin? Á mí no me gusta nada de eso. Si yo no supiera que es usted tan bueno, tendria miedo de usted.

Él continuaba siempre viviendo en la calle de l'Homme-Armé, no pudiendo decidirse á alejarse del barrio que habitaba Coseta.

En los primeros tiempos sólo permanecia junto á Coseta algunos minutos, y despues se marchaba.

Poco á poco fué tomando la costumbre de hacer sus visitas ménos cortas. Diríase que se aprovechaba de la autorizacion de los dias que iban alargando: venia más temprano y se iba más tarde.

Un dia se le escapó á Coseta el decirle: Padre. Un vivo resplandor de gozo iluminó el viejo y sombrío rostro de Juan Valjean. La reprendió sin embargo, diciéndola: Llámeme usted Juan. — ¡Ah! y es verdad, repuso ella dando una carcajada, señor Juan. — Está bien, dijo él. Y volvió la cara, para que ella no le viera enjugarse las lágrimas.



Aquella fué ya la última vez. Á partir de esta postrera vislumbre, la extincion fué completa. No más familiaridad, no más saludo acompañado de un beso, no más, nunca, esta palabra tan profundamente dulce: ¡padre! hallábase á petición suya y por su propia complicidad, sucesivamente privado de todas sus dichas; y tuvo que sufrir esta miseria, que despues de haber perdido á Coseta toda entera en un día, le fué preciso ir la perdiendo de nuevo en detalle.

La vista acabó por acostumbrarse á las luces de cueva. Bastábale, en suma, tener cada día una aparicion de Coseta. Toda su vida se hallaba concentrada en aquella hora. Se sentaba junto á ella, la miraba en silencio, ó bien la hablaba de los años pasados, de su infancia, del convento de sus amiguitas de aquella época.

Una tarde, — era uno de los primeros días de Abril, fresco aún, pero en que ya el calor se hace sentir, el momento de la grande alegría del sol, los jardines que rodeaban las ventanas de Marius y de Coseta tenían la emocion de este despertamiento de la naturaleza, el oxia-canto iba ya á abrir sus capullos, toda una joyería de alielies se ostentaba sobre las vetustas paredes, las rosadas bocas-de-lobo se entreabrian al traves de las hendiduras de las piedras, entre la yerba principiaban á brotar graciosamente dorados pimpollos y lindas margaritas, las blancas mariposas empezaban á formar su bello cortejo á las flores, el viento, este tañedor de instrumentos campes-tres en la eterna fiesta nupcial de la naturaleza, ensayaba en los árboles las primeras notas de esa grande sinfonia de la aurora primaveral que los antiguos poetas llamaban renovamiento. — Marius dijo á Coseta: — Hemos dicho que iríamos á ver nuestro antiguo jardin de la calle de Plumet. Vamos allá. No seamos ingratos. — Y echaron á volar como dos golondrinas hácia la primavera. Aquel jardin de la calle de Plumet les causaba á ellos el efecto del alba. Tenian ellos ya en el pasado período de la vida algo que parecia ser la primavera de su amor. Como la casa de la calle de Plumet se hallaba ar-rendada por un largo plazo, pertenecia aún á Coseta. Dirigiéronse pues á aquel jardin y á aquella casa. Vol-vieron á encontrarse allí, y volvieron á olvidarse. Por la noche, á la hora ordinaria, vino Juan Valjean á la calle de las Filles-du-Calvaire. — La señora ha salido con el señor, y aún no han vuelto, le dijo Basque. Se sentó con el mayor silencio, y esperó durante una hora. Coseta no entró en este tiempo. Bajó él la cabeza, y se marchó.

Tan embriagada estaba Coseta de su paseo á « su jardin, de ellos, » y tan gozosa de haber vivido todo un dia en su vida pasada, » que no habló de otra cosa al dia si-

guiente. Ni siquiera se apercibió de que no había visto el día anterior á Juan Valjean.

— ¿De qué manera fueron ustedes allá? la preguntó Juan Valjean.

— Á pié.

— ¿Y cómo volvieron ustedes?

— En fiacre.

De algun tiempo á esta parte, Juan Valjean notaba la vida estrecha que hacía la jóven pareja. Y esto le importunaba bastante. La economía de Marius era severa, y esta palabra tenía para Juan Valjean su sentido absoluto. Por fin se resolvió á aventurar una pregunta :

— Por qué no tienen ustedes un carruaje propio? Un bonito cupé no les costaría más de unos quinientos francos al mes. Y ustedes son ricos.

— No sé, respondió Coseta.

— Lo mismo que Toussaint, añadió Juan Valjean. Se ha marchado, y ustedes no la han reemplazado. ¿Por qué?

— Con Nicolette tenemos bastante.

— Pero usted necesitaría una doncella.

— ¿Es que no tengo á Marius?

— Deberían ustedes tener casa propia, criados para el servicio de ustedes dos, coche, palco en el teatro. No hay nada que sea demasiado hermoso para ustedes. ¿Por qué no se han de aprovechar de los bienes que poseen? La riqueza es una cosa que aumenta la felicidad.

Coseta no respondió nada.

Las visitas de Juan Valjean no se abreviaban. Bien léjos de esto, cuando el corazón es el que resbala, nunca se desliza en la pendiente.

Cuando Juan Valjean quería prolongar su visita y olvidar la hora, se ponía á hacer el elogio de Marius : le hallaba hermoso, noble, valiente, entendido, elocuente, bueno. Hablaba despues Coseta encareciéndole

aún; y Juan Valjean recomenzaba. Materia era esta que no se apuraba jamas. Marius, esta palabra era inagotable! volúmenes enteros podían hacerse con estas seis letras. De esta manera conseguía Juan Valjean permanecer allí largo rato. Ver á Coseta, olvidarse junto á ella, todo esto le era tan grato, le hacía tanto bien! Así curaba él sus heridas. En várias ocasiones sucedió que Basque vino á decir por dos veces : El señor Gillenormand me envía para que recuerde á mi señora la baronesa que la comida está en la mesa esperando.

En aquellos días, Juan Valjean se volvía á su casa muy pensativo.

¿Habrá pues algo de exacto en aquella comparacion de la crisálida que se había presentado á la mente de Marius? ¿Sería, en efecto, Juan Valjean una crisálida que se obstinaria, y que vendría á hacer visitas á su mariposa?

Un día permaneció aún mucho más tiempo que de ordinario. Al día siguiente observó que no había lumbre en la chimenea. — ¡Toma! dijo para sí; no hay lumbre. Y se dió á sí mismo la explicacion :

— Es muy natural. Estamos en Abril. Los frios han cesado.

— ¡Jesus! ¡qué frio hace aquí! exclamó Coseta al entrar.

— ¡Qué! ¡no! dijo Juan Valjean.

— ¿Á que es usted quien ha dicho á Basque que no en-
sienda lumbre?

— Sí, Estaremos pronto en el mes de Mayo.

— Pero se debe hacer lumbre hasta el mes de Junio : y en esta cueva se necesita todo el año.

— Pues yo he creído que la lumbre era inútil.

— ¡Ya se conoce que esta es una de sus ideas de usted! repuso Coseta.

El día siguiente, había lumbre. Pero los dos sillones se hallaban colocados en la otra extremidad de la sala, junto á la puerta. — ¿Qué querrá decir esto? dió entre sí Juan Valjean.

Fué á tomar los sillones, y los trajo á su sitio ordinario, junto á la chimenea.

Aquella lumbre que volvía á ver encendida le dió ánimo sin embargo. Hizo durar la conversacion más tiempo que de costumbre. Cuando se levantaba para marcharse, le dijo Coseta :

— Mi marido me decía ayer una cosa rara.

— ¿Qué cosa ?

— Me decía : Coseta, tenemos treinta mil libras de renta. Veintisiete que tú tienes, y tres que me da mi abuelo. Yo le respondí : Eso hace treinta. Y él me dijo : ¿Tendrás tú valor para vivir con las tres mil solamente? Yo le respondí : Sí, y con nada también, con tal que sea contigo. Y despues le pregunté : ¿Por qué me dices eso? y me respondió : Para saberlo.

Juan Valjean no encontró ni una sola palabra. Coseta esperaba probablemente de él alguna explicacion; pero él la escuchó con un silencio melancólico. Volvióse á la calle de l'Homme-Armé; iba tan profundamente absorto en sus cavilaciones, que se equivocó de puerta, y en vez de entrar en su casa, entró en la casa inmediata. Ya había subido cerca de dos pisos, cuando se apercibió de su error y volvió á bajar.

Tenia el espíritu atormentado de conjeturas. Era evidente que Marius abrigaba sus dudas acerca de la procedencia de aquellos seiscientos mil francos, que tenía algun origen impuro; ¿quién sabe? que tal vez habria descubierto que aquel dinero provenia de él mismo, de Juan Valjean, que vacilaba en presencia de aquella fortuna sospechosa, y tenía repugnancia de disfrutarla como suya

prefiriendo continuar una vida pobre, él y Coseta, á ser ricos con una riqueza turbia.

Ademas de esto, Juan Valjean empezaba vagamente á comprender que se le quería despedir de la casa.

El día siguiente, al entrar en la sala baja, experimentó como un sacudimiento que le hizo estremecer. Los sillones habían desaparecido. Ni siquiera había en aquella pieza una silla.

— ¡Ah! ¿pero qué es esto? exclamó Coseta al entrar, ¡no hay aquí hoy sillas donde sentarse! ¿Pues dónde están nuestras butacas?

— Ya no están aquí, respondió Juan Valjean.

— ¡Esto es ya demasiado!

Juan Valjean dijo balbuciente :

— Yo soy quien he dicho á Basque que las quitara.

— ¿Y por qué razon?

— Porque hoy no permaneceré sino algunos minutos.

— Estar poco tiempo, no es tampoco una razon para estar de pié.

— Creo que Basque necesitaba los sillones en la sala.

— ¿Para qué?

— Sin duda tienen ustedes gente esta noche.

— No tenemos á nadie.

Juan Valjean no pudo decir ni una palabra más. Coseta se encogió de hombros.

— ¡Hacer que se lleven las butacas! El otro día hizo usted apagar la lumbre. ¡Qué original es usted!

— Á Dios, dijo entre dientes Juan Valjean.

No dijo : Á Dios, Coseta. Pero no tuvo fuerzas para decir : Á Dios, señora.

Y se marchó, postrado en el mayor abatimiento.

Esta vez, había él ya comprendido.

Al otro día no vino. Coseta no lo notó hasta por la noche.

— ¡Toma! dijo, el señor Juan no ha venido hoy.

Y experimentó como una ligera opresión al corazón, pero apenas se apercibió de ella, distraída que fué al instante por un beso de Marius.

El día siguiente, tampoco vino.

Coseta no reparó en la falta siquiera, pasó la velada y durmió la noche tan tranquila como de ordinario, y sólo al despertar fué cuando pensó en ello. ¡Era tan dichosa! Inmediatamente envió á Nicolette á casa del señor Juan, para saber si estaba enfermo, y por qué no había venido la víspera. Nicolette trajo la respuesta del señor Juan. No estaba enfermo. Estaba ocupado. Pronto vendría. Lo más pronto que le fuera posible. Por lo demás, iba á hacer un corto viaje. Que la señora debía recordar que él acostumbraba á hacer algunos viajes de vez en cuando. Que no se inquietaran. Que no pensarán en él.

Al entrar en casa del señor Juan, Nicolette le había repetido las mismas palabras de su ama: Que la señora la enviaba para saber « por qué el señor Juan no había venido la víspera. » — Hace dos días que no he ido allá dijo Juan Valjean con dulzura.

Pero la observación se deslizó por la mente de Nicolette, quien nada de esto refirió á Coseta.

IV

LA ATRACCION Y LA EXTINCION

Durante los últimos meses de la primavera y los primeros del estío de 1833, los raros transeúntes que vagan diseminados por el barrio del Marais, los tenderos, los paseantes, los ociosos que se plantan en el portal á ver la gente que pasa, fijaban su atención en un anciano muy limpio y decentemente vestido de negro, que, todos los días, hacía la misma hora, á la caída de la tarde, salía de la calle de l'Homme-Armé, por el lado de la calle de Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, pasaba por delante de los Blancs-Manteaux, tomaba la calle de Culture-Sainte-Catherine, y luégo que llegaba á la calle de l'Echarpe, tiraba á la izquierda, y entraba en la calle de San Luis.

Desde allí andaba ya muy despacio, con la cabeza baja, sin ver nada, sin oír nada, con la vista inmutablemente fija en un punto, que era siempre el mismo, que parecía

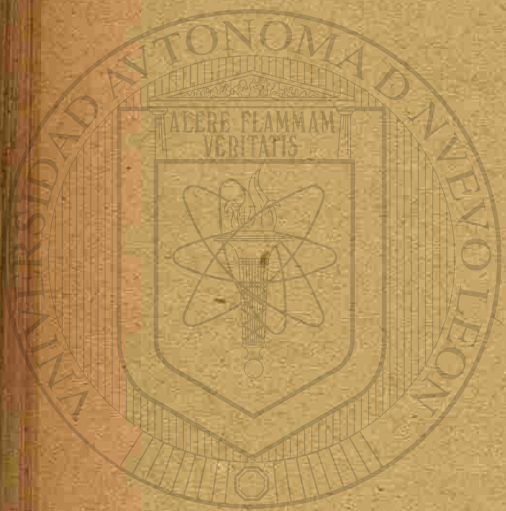
estrellado para él, y que no era otro que la esquina de la calle de las Filles-du-Calvaire. Cuanto más se iba él acercando á aquella esquina, más se esclarecían y se avivaban sus ojos; una especie de gozo iluminaba sus pupilas como una aurora interior, tenía el semblante fascinado y enternecido, sus labios hacían oscuros movimientos, como si hallara á alguien á quien no veía, sonreía de una manera vaga, y avanzaba todo lo más lentamente que podía. Diríase que, al mismo tiempo que deseaba llegar, tenía miedo del momento en que se hallaría cerca de aquel punto. Cuando ya no había sino algunas casas entre él y aquella calle que parecía atraerle, sus pasos se acortaban y se iban haciendo cada vez más lentos, de modo que por instantes podía creerse que ya no andaba. La vacilación de su cabeza y la fijeza de su pupila hacían recordar la aguja magnética que busca el polo. Por más que empleara mucho tiempo en hacer que durase su llegada, preciso era al fin llegar; tocaba á la calle de las Filles-du-Calvaire; y entónces se detenía, temblaba, pasaba su cabeza con cierta timidez sombría más allá de la esquina de la última casa, miraba á aquella calle, y había en su trágica mirada algo parecido al destumbramiento del imposible y á la reverberación de un paraíso cerrado. Y después, una lágrima, que se había ido formando y aglomerando poco á poco en el ángulo de los párpados, bastante gruesa ya para caer, se deslizaba por su mejilla, y á veces se detenía en su boca. El anciano sentía su sabor amargo. Así permanecía algunos minutos como si fuera una estatua de piedra; y después se volvía por el mismo camino y al mismo paso, y á medida que se iba alejando, su mirada se extinguía.

Poco á poco, aquel anciano dejó de ir hasta la esquina de la calle de las Filles-du-Calvaire; deteniase en mitad del camino, en la calle de San Luis; ora un poco más

adelante, ora un poco más atrás. Un día, se quedó en la esquina de la calle Culture-Sainte-Catherine y miró hácia la calle de las Filles-du-Calvaire, desde lejos. En seguida, meneó silenciosamente la cabeza, de derecha á izquierda, como si se rehusara alguna cosa, y se volvió hácia atrás.

Bien pronto no vino ya siquiera hasta la calle de San Luis. Llegaba hasta la calle Pavée, sacudía la frente, y se volvía; más adelante, no pasó ya más allá de la calle de los Trois-Pavillons; después, no avanzó más allá de los Blancs-Manteaux. Diríase un péndulo al cual no se da cuerda y cuyas oscilaciones se abrevian, hasta tanto que cesan definitivamente.

Todos los días salía de su casa á la misma hora, emprendía la misma travesía, pero ya no la concluía, y, tal vez sin que tuviera conciencia de ella, la acortaba sin cesar cada día. Todo su rostro expresaba esta única idea: ¿Y para qué? Su pupila estaba apagada; ya no irradiaba luz ninguna. Las lágrimas también estaban agotadas; ya no se aglomeraban en el ángulo de los párpados. Aquellos ojos meditabundos estaban secos. La cabeza del anciano iba siempre inclinada hácia adelante; por momentos se removía un poco la barba; causaba pena el ver las arrugas de su cuello descarnado. Á veces cuando hacía mal tiempo, llevaba bajo el brazo un paraguas, que no abría nunca. Las buenas mujeres del barrio decían: Es un inocente. Los muchachos le seguían riendo.



LIBRO NOVENO

SUPREMA SOMBRA, AURORA SUPREMA

UANL
I

PIEDAD PARA LOS DESDICHADOS, PERO INDULGENCIA
PARA LOS DICHOSCS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

¡ Es una cosa terrible el ser feliz ! ; Cómo se contenta uno con esto ! ; Cómo cree que nada más necesita ! ; Cómo, hallándose en posesión del falso objeto de la vida, la dicha, se olvida del objeto verdadero, el deber !

Digámoslo sin embargo, no habría razón para acusar á Marius.

Ya lo hemos explicado : ántes de su casamiento, Marius no había dirigido pregunta ninguna al señor Fauchelevent, y despues, había temido dirigírselas á Juan Val-

jean. Sintió la promesa á la cual se habia dejado llevar. Se dijo y se repitió muchas veces á si mismo, que habia hecho mal en otorgar tamaña concesion al desesperado. Habíase limitado á ir alejando poco á poco de su casa á Juan Valjean, y á horrarle cuanto le fuera posible en el espíritu de Coseta; colocándose él siempre en cierto modo entre Coseta y Juan Valjean, seguro de que de esta manera ella no le vería y no pensaría siquiera en que dejaba de verle. Esto era más que horrarle, era eclipsarle.

Obrando así, Marius hacia lo que él juzgaba necesario y justo. Creía tener, para alejar á Juan Valjean, sin dureza, pero sin debilidad, ciertas razones muy serias que se han visto ya, y otras que se verán más adelante. La casualidad hizo que se encontrara, en un proceso que él habia defendido en el foro, con un antiguo dependiente de la casa Laffitte, y sin que él las buscara, tuvo por este conducto ciertas noticias misteriosas que, á la verdad, no pudo profundizar, por respeto á aquel mismo secreto que habia él prometido guardar, y por consideraciones también á la peligrosa situacion de Juan Valjean. Y aún creía él, en este momento, tener un gravísimo deber que cumplir: la restitucion de los seiscientos mil francos á alguna persona á quien buscaba con la mayor discrecion posible. Entre tanto, se abstenia de tocar á aquel dinero.

Por lo que hace á Coseta, no se hallaba iniciada en ninguno de estos secretos; pero no por eso sería ménos duro el condenarla, á ella también.

De Marius á ella existía un magnetismo omnipotente, que la obligaba á hacer, por instinto y casi maquinalmente, todo cuanto Marius deseaba que hiciera. Así que ella sentía, con respecto al «señor Juan,» una voluntad de Marius; y se conformaba á esta voluntad. Nada habia tenido que decirle su marido; ella recibía la presion vaga, pero clara, de sus tácitas intenciones, y

obedecia ciegamente. Su obediencia en esta parte consistía en no acordarse de lo que Marius olvidaba. Ningun esfuerzo tenia ella que hacer para esto. Sin que ella misma supiera por qué, y sin que haya de qué acusarla, su alma habia venido á ser de tal manera el alma de Marius, que todo lo que se cubria de sombra en el pensamiento de su marido se oscurecía al instante en su propio pensamiento.

No vayamos sin embargo demasiado léjos; en lo que concierne á Juan Valjean, este olvido y esta indiferencia no eran sino superficiales. Estaba más bien aturdida que olvidosa. En el fondo, queria ella siempre mucho á aquel á quien habia llamado padre durante tanto tiempo. Pero amaba aún más á su marido. Esto es lo que habia falseado un poco la balanza de su corazon, que sólo se inclinaba á un lado.

Á veces sucedía que Coseta hablaba de Juan Valjean y mostraba grande extrañeza. Entónces Marius la tranquilizaba: Está ausente, segun creo. ¿No dijo que iba á hacer un viaje? — Es verdad, decía Coseta. Él acostumbraba á hacer así de esas desapariciones. Pero nunca tardaba tanto. Dos ó tres veces envió ella á Nicolette á informarse en la calle de l'Homme-Armé si el señor Juan habia vuelto de su viaje. Juan Valjean hizo responder que no.

Coseta no preguntó ya más, no teniendo sobre la tierra sino una necesidad, Marius.

Diremos también qué, á su vez, Marius y Coseta habian estado ausentes. Habian ido á Vernon. Marius habia llevado á Coseta á visitar la tumba de su padre.

Marius habia ido sustrayendo poco á poco á Coseta de la influencia moral de Juan Valjean; y Coseta habia dejado obrar insensiblemente.

Por lo demas, lo que suele llamarse, con demasiada

dureza en ciertos casos, la ingratitud de los niños. no siempre es una cosa tan vituperable como se cree. Es la ingratitud de la naturaleza. La naturaleza, lo hemos dicho ya en otra ocasion, « mira siempre hácia delante. » La naturaleza divide los seres vivientes en los que llegan y en los que se van. Los que se van están vueltos hácia la sombra, los que llegan hácia la luz. De aquí un desvío que, con respecto á los viejos, es fatal, y con respecto á los jóvenes, involuntario. Este desvío, insensible al principio, se acrece lentamente como sucede en toda separacion de ramas. Sin desprenderse del tronco, estas se alejan de él. Ellas no tienen culpa ninguna. La juventud va allí donde está la alegría, á las fiestas, á las vivas claridades, á los amores. La ancianidad marcha hácia el término de su carrera. No se pierden de vista, pero ya no hay ligazon. Los jóvenes sienten el enfriamiento de la vida; los ancianos el de la tumba. No acusemos á estos pobres niños.

II

ÚLTIMAS PALPITACIONES DE LA LÁMPARA SIN ACEITE

Un día bajó Juan Valjean la escalera de su casa, dió tres pasos en la calle, se sentó sobre un guardacanton, sobre aquel mismo en que Gavroche le habia encontrado cavilando en la noche del 5 al 6 de Junio; permaneció allí algunos minutos, y despues volvió á subir á su habitacion. Esta fué ya la última oscilacion del péndulo. Al otro día, no salió de su casa. Al siguiente, no salió de la cama.

Su portera, que era quien le preparaba su pobre comida, la cual consistia en algunas coles ó algunas patatas con un poco de tocino, miró á su plato de barro vidriado, y exclamó :

- ¡ Pero usted no comió ayer, mi pobre buen señor!
- Sí tal, respondió Juan Valjean.
- El plato está enteramenté lleno.

— Mire usted el jarro del agua, y verá que está vacío.

— Eso prueba que usted ha bebido; pero no prueba que haya usted comido.

— Y bien, repuso Juan Valjean, ¿si no he tenido hambre sino de agua?

— Eso se llama sed, y cuando no se come al mismo tiempo, eso se llama calentura.

— Mañana comeré.

— Ó por la Trinidad, ¿Y por qué no comer hoy? Es que se dice por ventura: ¡Mañana comeré! ¡Dejarme ahí todo mi plato sin tocarle! ¡Mis patatitas que estaban tan buenas!

Juan Valjean tomó la mano de la anciana:

— La prometo á usted que las comeré, la dijo en tono benévolo.

— No estoy contenta de usted, respondió la portera.

Juan Valjean no veía á otra criatura humana que á aquella buena mujer. Hay en París calles por donde nunca pasa nadie, y casas adonde nadie va nunca tampoco. Él se hallaba en una de esas calles y en una de esas casas.

En el tiempo en que él salía aún, había comprado á un calderero, por algunos sueldos, un pequeño crucifijo de cobre que colgó en un clavo frente á su cama. Ese suplicio es siempre bueno tenerle á la vista.

Una semana transcurrió sin que Juan Valjean diera un paso en su cuarto; permaneciendo siempre acostado. La portera decía á su marido:

— El buen hombre de arriba no se levanta ya, no come ya, no durará mucho. Se conoce que tiene pasión de ánimo. Á mí no hay quien me quite de la cabeza que su hija no ha hecho buen casamiento.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

— Si es rico, que haga llamar al médico. Si no es rico, que no le haga llamar. Si no tiene médico, morirá.

— ¿Y si le tiene?

— Morirá, dijo el portero.

La portera se puso á escarvar con un cuchillo viejo la yerba que brotaba en lo que ella llamaba su empedrado, y, sin dejar de arrancar yerba, refunfañaba entre sí:

— Es lástima. ¡Un viejo que es tan limpio! Es blanco como un pollo.

Á este tiempo distinguió en el extremo de la calle á un médico del barrio que á la sazón pasaba por allí; y tomó sobre sí la responsabilidad de rogarle que subiera.

— Es en el piso segundo, dijo ella al médico. No tiene usted más que entrar. Como el buen hombre no se mueve ya de su cama, la llave está siempre en la puerta.

El médico vió á Juan Valjean y le habló.

Cuando volvió á bajar, la portera le interpelló:

— ¿Y bien, doctor?

— El enfermo está bastante enfermo.

— ¿Qué es lo que tiene?

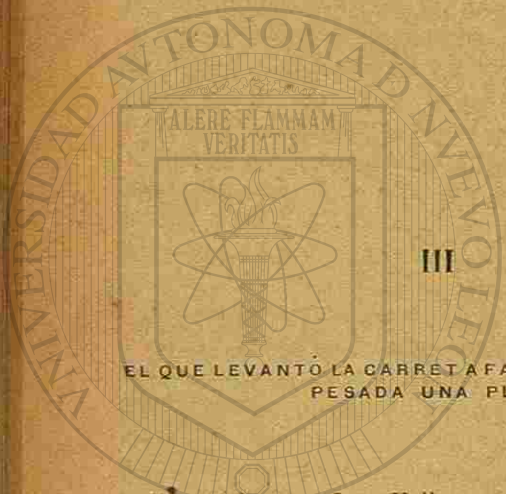
— Todo y nada. Es un hombre que, según toda apariencia, ha perdido una persona querida. Eso suele ocasionar la muerte.

— ¿Qué le ha dicho él á usted?

— Me ha dicho que está bueno.

— ¿Volverá usted, doctor?

— Sí, respondió el médico. Pero sería menester que volviera otra persona que yo.



Una noche tuvo Juan Valjean mucho trabajo para solivarse apoyado en un codo; se tomó la mano, y no se halló el pulso; su respiración era corta y se detenía por instantes; reconoció que estaba más débil de lo que se había el sentido nunca. Entonces, sin duda bajo la presión de alguna preocupación suprema, hizo un esfuerzo, se sentó sobre la cama y se vistió. Se puso su antiguo traje de obrero. Como ya no salía, había vuelto á él, y le daba la preferencia sobre otra ropa cualquiera. Tuvo que interrumpirse varias veces, al vestirse; sólo para pasar las mangas de la chaqueta, le corría el sudor de la frente.

Desde que se hallaba solo, había puesto su cama en la antesala, á fin de habitar lo ménos posible aquel cuarto desierto.

Abrió la maletita, y sacó de ella el ajuar de Coseta. Le extendió sobre su cama.

Los candeleros del obispo estaban en su sitio, sobre la chimenea. Tomó de un cajón dos velas de cera y las colocó en los candeleros. En seguida, bien que aún fuese de día muy claro, era en verano, las encendió. Á veces se ven así en mitad del día hachas encendidas, en las habitaciones donde hay muertos.

Cada paso que daba yendo de uno á otro mueble le extenuaba, y se veía obligado á sentarse. No era este ya el cansancio ordinario que gasta las fuerzas para renovarlas; era el resto de los movimientos posibles; era la vida agotada que se destila en molestos y fatigosos esfuerzos que no se recomenzarán.

Una de las sillas en que él se dejó caer estaba colocada delante del espejo, tan fatal para él, tan providencial para Marius, donde había leído él en la cartera de Coseta el borrador de su carta. Se vió en aquel espejo, y no se reconoció. Tenía ochenta años; ántes del casamiento de Marius, apenas le habrían dado cincuenta. Este año había contado por treinta. Lo que tenía él en la frente, no eran ya las arrugas de la edad, sino la marca misteriosa de la muerte. Distinguiase allí el ahondamiento de la uña implacable. Sus mejillas estaban colgando; el cutis de su rostro presentaba ese color que haría creer que hay ya tierra sobre él; las dos extremidades de la boca descendían como en esa careta que los antiguos esculpían sobre las tumbas; miraba el vacío con cierto ademán de reproche; diríase uno de esos grandes seres trágicos que tienen que quejarse de alguien.

Hallábase en esta situación, la postrera fase del abatimiento, en que el dolor ya no corre, estando por decirlo así coagulado, y formándose en el alma como unos cuajrones de desesperación.

Ya era de noche. Arrastró penosamente una mesa y el

sillon viejo junto á la chimenea, y puso sobre la mesa una pluma, tinta y papel.

Hecho esto, sufrió un desmayo. Cuando recobró el conocimiento, tenía sed. No pudiendo levantar el jarro del agua, le inclinó con mucho trabajo hácia su boca, y bebió un sorbo.

Después se volvió hácia la cama, y, siempre sentado, pues no podía estar de pie, se puso á mirar el vestidito negro y todos aquellos queridos objetos.

Duraban estas contemplaciones horas enteras, que á él le parecían minutos. De improviso experimentó un estremecimiento, sintió que le iba dando frío; apoyóse de codos en la mesa, que alumbraban los candeleros del obispo, y tomó la pluma.

Como hacía ya mucho tiempo que ni la pluma ni la tinta habían servido, los picos de la pluma estaban torcidos, la tinta estaba seca, le fué preciso levantarse y echar algunas gotas de agua en el tintero, lo que no pudo hacer sin detenerse y sentarse dos ó tres veces, y se vió obligado á escribir con el dorso de la pluma. De vez en cuando se limpiaba el sudor de la frente.

Su mano temblaba. Y se puso á escribir muy despacio algunas líneas. Hélas aquí:

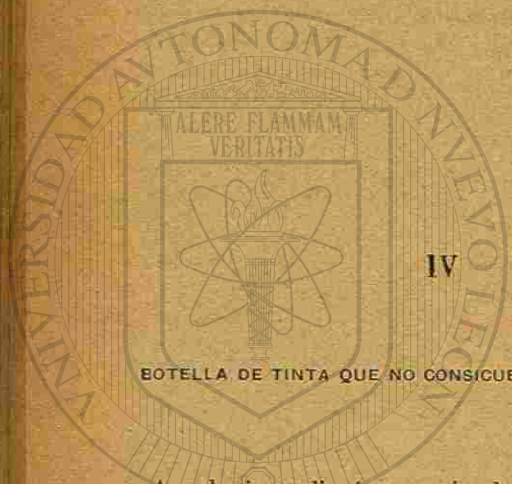
« Coseta, yo te bendigo. Voy á explicarte. Tu marido ha »
 » tenido razon para hacerme comprender que debíairme; »
 » sin embargo, hay algun error en lo que él ha creído, »
 » pero ha tenido razon. Él es un excelente sugeto. Amale »
 » siempre mucho cuando yo haya muerto. Señor Pont- »
 » mércy, ame usted siempre bien á mi niña muy amada. »
 » Coseta, se hallará este papel, hé aqui lo que quiero avi- »
 » sarte; vas á ver los números, si tengo fuerza para recor- »
 » darlos, escucha bien lo que voy á decirte, ese dinero es »
 » muy tuyo. Hé aquí toda la historia: El azabache blanco »
 » viene de Noruega, el azabache negro viene de Inglaterra,

» las cuentas de vidriería negra vienen de Alemania. El »
 » azabache es más ligero, más precioso, más caro. En »
 » Francia pueden hacerse imitaciones, como en Alemania. »
 » Se necesita un yunque pequenito, una bigornia de dos »
 » pulgadas en cuadro, y una lámpara de espíritu de vino »
 » para ablandar la cera. En otro tiempo se hacía la cera »
 » con resina y negro de humo, y costaba á cuatro francos »
 » la libra. Yo he imaginado hacerla con goma laca y tre- »
 » mentina. No cuesta más de treinta sueldos, y es mejor. »
 » Las hebillas se hacen con un vidrio morado que se pega »
 » por medio de esta cera sobre una pequeña armazon de »
 » hierro negro. El vidrio debe ser morado para las joyas »
 » de hierro y negro para los joyas de oro. La España »
 » compra mucho de esto. Es el país del azabache... »

Al llegar aquí se interrumpió, la pluma cayó de sus dedos, avinóle uno de esos sollozos desesperados que por momentos ascendian de las profundidades de su alma, el desdichado apoyó su cabeza en ambas manos, y quedó como soñando.

— ¡Oh! exclamó en el interior de su espíritu (gritos lamentables, que solo Dios oye), es asunto terminado. Ya no volveré á verla. Era una sonrisa que ha pasado sobre mí. Voy á entrar en la noche sin volver á verla siquiera. ¡Oh, ¡un minuto, un instante, oír su voz, tocar á su vestido mirarla, á ella, al ángel! ¡y después, morir! Morir no es nada; lo que es horrible, es morir sin verla. Y ella me sonreiria y me diria una palabra. ¿Es que esto haria mal á nadie? No, concluyó, jamas! Vedme aquí ya solo. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡ya no volveré á verla jamas!..

En este momento llamaron á la puerta.



BOTELLA DE TINTA QUE NO CONSIGUE MÁS QUE BLANQUEAR

Aquel mismo día, ó por mejor decir, aquella misma noche, al levantarse Marius de la mesa, para retirarse á su gabinete, donde tenía un legajo que examinar, Basque le había entregado una carta diciéndole La persona que ha escrito la carta está en la antesala.

Coseta había cogido el brazo del abuelo y daba una vuelta por el jardín.

Una carta puede, lo mismo que un hombre, tener malas trazas. Papel ordinario, pliegues groseros, sólo al verlas, ciertas misivas desagradan. La carta que había traído Basque era de esta especie.

Marius la tomó, y sintió que olía á tabaco. Nada es tan á propósito como un olor para despertar un recuerdo. Marius reconoció aquel tabaco. Miró el sobrescrito: *Al señor baron Pommerci. En su hotel.* Una vez conocido el tabaco,

no le fué difícil reconocer también la letra. Podría decirse que el asombro despidió ciertos resplandores. Marius fué como iluminado por uno de estos vivos relámpagos.

El olfato, este misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Era aquel, en efecto, el mismo papel, la misma manera de cerrar la carta, el mismo color pálido y blanquizco de la tinta; era sin duda la letra que él conocía, sobre todo, aquel era el inolvidable olor á tabaco. Aparecíasele allí al vivo el desvan de los Jondrette.

Así pues, extraño capricho de la casualidad! una de las dos huellas que tanto había él buscado, aquella por la cual había hecho aún últimamente tantos esfuerzos, y que creía él ya perdida para siempre, venía á ofrecérselle ella misma. Abrió con avidez la carta, y leyó:

« Señor baron,

« Si el Sér Supremo me hubiera dado los talentos que necesito, habría yo podido ser el baron Thenard miembro del Instituto (academia de ciencias), pero no lo soy. Solamente tengo el mismo nombre que él, y me contemplaré dichoso si este recuerdo me recomienda á la excelencia de sus bondades de usted. El acto benéfico con que usted me onrará será recíproco; yo me hallo en posición de un secreto que consierne á cierto individuo. Y este individuo le concierne á usted. Tengo el secreto consabido á la disposición de usted, deseando tener el honor de serle útil. Yo le daré á usted el medio sencillo de arrojar de nuestra honorable familia ese individuo que no tiene derecho á estar en ella, siendo la señora varonesa de alto nacimiento. El santuario de la virtud no podría coabitar por más tiempo con el crimen sin abdicar.

« En la antesala espero las órdenes del señor barón.

» Con respeto

» THENARD. »

La carta se hallaba firmada.

Esta firma no era falsa. Sólo que estaba un poco abreviada.

Por lo demás, ese baturrillo y esta ortografía acababan de completar la revelación. La certificación de origen era evidente. No cabía la menor duda acerca de la procedencia de la tal carta.

La emoción de Marius fué profunda. Después de movimiento de sorpresa, tuvo un movimiento de dicha. Ahora ya no le faltaba más que hallar al otro hombre á quien buscaba, el que le habia salvado á él, á Marius, y nada tendría ya que desear.

Abrió una gaveta de su escritorio, sacó de ella algunos billetes de banco, se los guardó en el bolsillo, volvió á cerrar el escritorio, y tiró de la campanilla. Basque entró.

Hágale usted entrar, dijo Marius.

Basque anunció:

— El señor Thenard.

Un hombre entró.

Nueva sorpresa para Marius. El hombre que entró le era enteramente desconocido.

Era este un viejo de grandes narices, con la barba enterrada en la corbata, anteojos verdes con doble traga luz de tafetan verde sobre los ojos, el pelo alisado y aplastado sobre la frente al nivel de las cejas como la peluca de los cocheros ingleses de high life. Tenía el pelo gris. Iba vestido de negro, de piés á cabeza, de un negro muy raído, pero aseado; un manojito de colgajos que le salía del bolsillo del chaleco daba á entender que allí se albergaba un lerojo. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Andaba

corcovado, aumentando además la curvatura de su dorso con sus profundos saludos y cumplidos.

Lo que á primera vista chocaba desde luégo, era que el frac de este personaje, demasiado ancho, aunque cuidadosamente abotonado, no parecia haber sido hecho para él. Y aquí creemos necesaria una corta digresión.

Habia en París, en aquella época, en un casuchon viejo y lóbrego de la calle de Beautreillis, junto al Arsenal, un judío ingenioso cuya profesion consistia en transformar á un bribon en hombre de bien. No por mucho tiempo, pues esto habria podido ser tal vez molesto y perjudicial al bribon. Este cambio se hacia á la vista, por un dia ó dos, á razon de treinta sueldos cada dia, mediante un traje tan parecido como fuese posible al que suelen llevar las personas decentes y honradas. Aquel alquilador de trajes se llamaba *el Cambista*, los rateros de París le habian bautizado con este nombre, y no le conocian otro. Poseia un vestuario bastante completo. Los arambeles con que él disfrazaba á las gentes eran casi llevaderos. Tenia sus especialidades y categorías; de cada clavo de su almacen pendia, usada y ajada, una condicion social; aquí el traje de magistrado, allí el hábito de eclesiástico, allá el frac de banquero, en un rincón, la casaca de militar retirado, en otro sitio las ropas de literato, más lejos las vestiduras de hombre de Estado. Aquel judío era el alquilador de trajes del inmenso drama que la pillería representa en París. Su misero tabuco eran los bastidores escénicos de donde salia el robo y en donde entraba la estafa. Un truhan desarrapado llegaba á aquel vestuario, depositaba allí treinta sueldos, y escogia, segun el papel que queria representar aquel dia, el traje que le acomodaba, y, al bajar por aquella escalera, el truhan parecia ya álguien. Al dia siguiente eran devueltos fielmente aquellos atavíos, y el Cambista,

que todo lo confiaba á los ladrones, jamás era robado. Estas vestimentas ofrecían un inconveniente, que «no iban bien,» como que no habían sido hechas para las personas que las llevaban; siendo anchas para unos, estrechas para otros, cortas para éste, largas para aquel, y no adaptándose bien á ningun cuerpo. Todo ratero que discrepaba del término medio de la estatura humana, por demasiado alto ó demasiado bajo, se hallaba mal envuelto en los trajes del Cambista. Era preciso también no ser demasiado grueso ni demasiado delgado. El Cambista no había previsto sino los hombres ordinarios. Había él tomado medida á la especie en la persona del primer tunante que se le presentó, el cual no era grueso, ni delgado, ni alto, ni bajo. De aquí ciertas adaptaciones á veces difíciles con las cuales se arreglaban como podían los parroquianos ó clientes del Cambista. ¡Tanto peor para las excepciones! El frac de hombre de Estado, por ejemplo, negro de arriba abajo, y por lo tanto, muy decente, habría sido demasiado ancho para Piti y demasiado estrecho para Castelcicala. El traje de *hombre de Estado* se hallaba designado del modo siguiente en el catálogo del Cambista; copiamos literalmente: «Un frac de paño negro, un pantalon de cuero de lana negro, un chaleco de seda, botas y ropa blanca.» En el margen se leía: *Antiguo embajador*, y además también había allí una nota que transcribimos igualmente al pie de la letra: «En una caja, por separado, una peluca bien limpia y rizada, anteojos verdes, un juego de joyitas colgantes para el reloj de faltriquera, y dos cañoncitos de pluma, de una pulgada de largo, envueltos en algodón.» Todo esto pertenecía á la vestimenta del hombre de Estado, antiguo embajador. Este traje estaba, si es licito hablar así, extenuado; las costuras blanqueaban, un ojal se entreabría vagamente en uno de los codos; además, fal-

taba al frac un boton en el pecho; pero esto no pasa de ser un detalle sin trascendencia, puesto que la mano del hombre de Estado debe ir siempre aplicada al frac, y sobre el corazon, llevando así la discreta mision de ocultar el boton ausente.

Si á Marius hubiera sido familiar el conocimiento de las instituciones ocultas de París, al momento habría él reconocido, sobre los hombros del visitante que Basque acababa de introducir, el frac de hombre de Estado descolgado del clavo del Cambista.

El chasco de Marius al ver entrar á un hombre distinto del que él esperaba recibir, tornó en desgracia para el recién venido. Le examinó de piés á cabeza, mientras que el personaje se inclinaba desmesuradamente, y le preguntó en un tono seco y breve:

— ¿Qué quiere usted?

El hombre respondió con un rictus amable del cual podría dar alguna idea la cariñosa sonrisa de un codrilo:

— Me parece imposible que no haya yo tenido ya el honor de ver al señor baron en el mundo. Y áun creo muy bien haberle encontrado particularmente, hace algunos años, en casa de la señora princesa Bagration y en los salones de su señoria el vizconde Dambray, par de Francia.

Es siempre una táctica excelente, en bellaquería, el fingir así que se reconoce á quien no se conoce absolutamente.

Marius prestaba la mayor atención á las palabras de aquel hombre. Espiaba sin cesar el acento y los gestos; pero su chasco ó contrariedad iba en aumento; era una pronunciacion gangosa, absolutamente distinta del sonido de voz acre y seco que él esperaba oír. Hallábase completamente desorientado.

— No conozco, dijo, ni á la señora Bagration, ni al señor Dambray. No he puesto en mi vida los piés en casa de la una ni del otro.

La respuesta era áspera. El personaje, mostrando, á pesar de todo, su graciosa sonrisa, insistió.

— ¡Pues entonces será en casa de Chateaubriand donde habré visto al señor baron! Yo conozco mucho á Chateaubriand. Es muy afable. Algunas veces me dice: Thenard, amigo mio,... ¿es que no beberá usted una copita conmigo?

La frente de Marius aparecía cada vez más severa:

— Yo no he tenido nunca el honor de ser recibido en casa de Chateaubriand. Abreviemos. ¿Qué es lo que usted quiere?

Ante la voz más dura de Marius, el hombre saludó en voz más baja.

— Señor baron, dijo al fin, díguese usted escencharme. En América, en un país que está al lado de Panamá, hay un pueblecito que se llama la Joya. Aquel lugarcito se compone de una sola casa. Es una casa grande, cuadrada, de tres pisos, de adobes, ó sea, de ladrillos cocidos al sol, cada lado del cuadrilátero tiene quinientos piés de largo, cada piso se retira internándose doce piés sobre el piso inferior, en términos que deja de frente una azotea que da vuelta al edificio; en el centro hay un patio interior donde están las provisiones y las municiones, en vez de ventanas, unas troneras, en vez de puerta, unas escalas, escalas para subir desde el suelo á la primera azotea, y desde esta á la segunda, y desde esta á la tercera, escalas para bajar al patio interior, en vez de puertas en las habitaciones, trampas, en vez de escaleras en las viviendas, escalas también, siempre escalas; por la noche, cierran las trampas ó escotillones. retiran las escalas, asestan trabucos y carabinas en las

troneras; no hay medio de entrar allí; una casa de día, una ciudadela de noche, ochocientos habitantes; hé aquí lo que es aquel lugarcito. ¿Y por qué tantas precauciones? Porque aquel país es pel goso; está lleno de antropófagos. Y entonces, ¿por qué van allí las gentes? por que aquel país es maravilloso; abunda allí el oro.

— ¿Adónde quiere usted ir á parar con todo eso? interrumpió Marius, quien iba pasando ya de la contrariedad á la impaciencia.

— Á esto, señor baron. Yo soy un antiguo diplomático abrumado de cansancio. La antigua civilizacion me ha dejado exhausto. Quisiera ensayar la vida salvaje.

— ¿Y qué más?

— Señor baron, el egoísmo es la ley del mundo. La aldeana proletaria que trabaja á jornal se vuelve cuando oye pasar la diligencia; la aldeana propietaria que trabaja en su campo no se vuelve. El perro del pobre ladra al rico, el perro del rico ladra al pobre. Cada cual para sí. El interes, hé aquí el fin que se proponen todos los hombres. El oro, hé aquí el verdadero iman.

— ¿Y qué más? acabe usted.

— Quisiera yo ir á establecerme en la Joya. Somos tres. Tengo mi esposa y mi hija, una muchacha que es muy linda. El viaje es largo y caro. Necesito algun dinero.

— ¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? preguntó Marius.

El desconocido alargó el cuello sacándole de su corbata, gesto propio del buitre, y replicó con un redoble de sonrisa:

— ¿Es que el señor baron no ha leído mi carta?

Casi era esto verdad. El hecho es que el contenido de la epístola habia pasado para Marius desapercibido. Habia visto la letra más bien que leído la carta. Apenas

si se acordaba ya de ella. Hacia un momento acababa de recibir otra impresion que le dió un nuevo alerta. Habia notado este detalle : mi esposa y mi hija. Y fijaba sobre el desconocido una mirada penetrante. Un juez de instruccion no habria mirado más atento ni con más interes. Casi le espiaba y le acechaba. Y se limitó á responderle :

— Precise usted.

El desconocido introdujo ambas manos en los bolsillos de su chaleco, levantó la cabeza sin enderezar más su espina dorsal, pero escudriñando á su vez á Marius con la verde mirada de sus gafas.

— Está bien, señor baron. Precisaré los hechos. Tengo un secreto que revelar... que vender á usted.

— ¿ Un secreto ?

— Un secreto.

— ¿ Que me concierne ?

— Un poco.

— ¿ Cuáles ese secreto ?

Sin dejar de escucharle, Marius examinaba cada vez más á aquel hombre.

— Comenzaré gratis, dijo el desconocido. Ya verá usted cómo soy interesante.

— Hable usted.

— Señor baron, usted tiene en su casa un ladrón y un asesino.

Marius se estremeció.

— ¿ En mi casa ? no, dijo.

El desconocido, imperturbable, cepilló con el codo su sombrero, y prosiguió :

— Asesino y ladrón. Haré observar á usted, señor baron, que yo no hablo aquí de hechos antiguos, atrasados, caducos, que pueden ser borrados por la prescripcion ante la ley y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de

hechos recientes, de hechos actuales, de hechos ignorados aún á estas horas por la justicia. Continúo, pues. Este hombre se ha insinuado en su confianza de ustedes, y casi en su propia familia, bajo un nombre supuesto. Yo voy á decir su verdadero nombre. Y se lo voy á decir por nada.

— Ya estoy escuchando.

— Se llama Juan Valjean.

— Lo sé.

— Voy á decir á usted, tambien por nada, sin interes ninguno, quién es él.

— Diga usted.

— Es un antiguo presidiario.

— Lo sé.

— Lo sabe usted desde que yo he tenido el honor de decirselo.

— No. Ya lo sabia yo ántes.

El tono frio de Marius, esta doble réplica *lo sé*, su laconismo refractario al diálogo, excitaron en el desconocido alguna ira sorda. Y lanzó á hurtadillas sobre Marius una mirada furiosa, que procuró retirar al instante. Por más que fuera ella rápida en extremo, esta mirada era de aquellas que se reconocen cuando ya se han visto una vez ; y no escapó á la atenta observacion de Marius. Ciertos reflejos no pueden venir sino de ciertas almas ; la pupila, esta lumbrera del pensamiento, se inflama con ellos ; los anteojos no ocultan nada ; pongan ustedes pues vidrieras al infierno.

El desconocido repuso sonriendo :

— Yo no me permitiré desmentir al señor baron. En todo caso, usted deberá observar que estoy bien informado. Ahora, lo que tengo que revelar á usted no es conocido sino de mí solamente. Esto interesa á la fortuna de la señora baronesa. Es un secreto extraordinario. Esta

de venta. Á usted es á quien yo se le ofrezco ante todo. Y por poco dinero. Por veinte mil francos.

— Yo sé ese secreto, lo mismo que los otros, dijo Marius.

El personaje sintió la necesidad de bajar un poco su precio :

— Señor baron, ponga usted diez mil francos, y hablaré en seguida.

— Repito á usted que nada nuevo podrá comunicarme. Sé todo lo que usted quiere decirme.

En los ojos de aquel hombre se dejó ver un nuevo relámpago. Al fin exclamó :

— Sin embargo, preciso será que yo coma hoy. Le digo á usted que es un secreto extraordinario. Señor baron, yo voy á hablar. Ya estoy hablando. Déme usted veinte francos.

Marius le miró fijamente :

— Conozco el extraordinario secreto que usted me anuncia; lo mismo que conocía el nombre de Juan Valjean, lo mismo que conozco el nombre de usted.

— ¿Mi nombre?

— Sí.

— No es cosa difícil, señor baron. Yo he tenido el honor de escribirsele á usted y decirsele. Thénard.

— ... dier.

— ¿Eh?

— Thénardier.

— ¿Quién es ese?

En el peligro, el puerco espin se eriza, el escarabajo se hace el muerto, la antigua guardia forma en cuadro; este hombre se echó á reír.

En seguida se sacudió de un papirotazo un grano de polvo sobre la manga de su frac.

Marius continuó :

— Usted es también el obrero Jondrette, el cómico Fabanton, el poeta Genflot, el español don Álvarez, y la mujer Balizard.

— ¿La mujer qué?

— Y ha tenido usted una posada-bodegon en Montfermeil.

— ¡Una posada! Jamas.

— Yo le digo á usted que es Thénardier.

— Y yo lo niego.

— Y que es usted un miserable. Tenga usted.

Y, sacando de su bolsillo un billete de banco, Marius se le arrojó á la cara.

— ¡Gracias! ¡perdone usted! ¡quinientos francos! ¡señor baron!

Y el hombre, trastornado, saludando, apoderándose del billete, le examinó.

— ¡Quinientos francos! repitió embaido de gozo. Y refulsionó á média voz: ¡Un bindoy¹ formal!

Y en seguida añadió bruscamente :

— Pues bien, sea. Estemos á nuestras anchas.

Y con la presteza de un mono, echándose el pelo hácia atras, arrancándose sus anteojos, sacándose de la nariz y oculiando los dos cañoncitos de pluma de que hablábamos hace poco, y que por lo demás hemos visto ya en otra página de este libro, se quitó la cara como pudiera quitarse el sombrero.

Sus ojos se inflamaron; su frente desigual, llena de surcos y barrancos, abultada en ciertos parajes, horriblemente arrugada en la parte superior, se puso toda ella de manifiesto, mostrando la nariz aguda como un pico de cigüeña; el perfil sagaz y feroz del hombre de presa reapareció en aquel rostro inmundo.

¹ Bilete.

— El señor baron es infalible, dijo en voz clara y neta, habiendo desaparecido ya todo gangueo, yo soy Thénardier.

Y enderezó su dorso encorvado.

Thénardier, pues en efecto era él, se halló sorprendido de una manera extraña; y aún se habria turbado, si fuera él capaz de turbarse. Había venido á traer una sorpresa, y era él quien la recibia. Esta humillacion le valia ya quinientos francos, y bien considerado todo, la habia aceptado sin escrúpulo; mas no por eso se hallaba él ménos atónito.

Por primera vez en su vida veía á aquel baron Pontmercy, y á pesar de su disfraz, aquel baron Pontmercy le reconocía, y le reconocía á fondo. Y no solamente aquel baron se hallaba enterado de lo que concernia á Thénardier, sino que también estaba al corriente de la vida y milagros de Juan Valjean. ¿Quién seria pues aquel jóven casi imberbe, tan glacial y tan generoso, que conocia los nombres de las gentes, que sabia todos sus nombres, y que las abria su bolsillo, que maltrataba á los bribones como un juez, ¿que los pagaba como una incauta víctima?

Aunque habia sido vecino de Marius, Thénardier, segun recordará el lector, no le habia visto jamas, lo que es harto frecuente en París; en otros tiempos habia él oido vagamente hablar á sus hijas de un jóven muy pobre llamado Marius que habitaba en la casa. Le habia escrito, sin conocerle, la carta consabida, pero no existia en su mente ningun punto de relacion, ningun término de comparacion posible entre aquel Marius y el señor baron Pontmercy.

Por lo demas, gracias á su hija Azelma, á quien él habia puesto á la pista de los novios del 16 de Febrero, y gracias á sus investigaciones personales, habia él llegado á saber muchas cosas, y desde el fondo de sus tinieblas, habia logrado apoderarse de ciertos hilos misteriosos. Á fuerza

de industria, habia descubierto, ó á lo ménos, á fuerza de inducciones habia él adivinado quién era el hombre á quien él habia encontrado cierto dia en la Grande-Alcantarilla. Desde el hombre, habia llegado al nombre fácilmente. Sabia que la señora baronesa Pontmercy no era otra que Coseta. Pero por este lado se proponia él guardar la mayor discrecion posible. ¿Quién era Coseta? Él mismo no lo sabia de un modo claro y exacto. No dejaba de entrever en la oscuridad de aquella historia algun origen bastardo; la vida de Fantina le pareció siempre misteriosa; ¿mas para qué hablar de ella? ¿para hacerse pagar su silencio? Tenia él ó creía tener, que vender cosas mejores que esa. Y, segun todas las apariencias, venir á hacer, sin pruebas, esta revelacion al baron Pontmercy: *Su mujer de usted es bastarda*, tal vez no habria producido otro resultado que atraer la punta de la bota del marido hácia los riñones del revelador.

En la mente de Thénardier, aún no habia empezado la conversacion con Marius. Habia tenido que retroceder, que modificar su estrategia, abandonar una posicion, cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aún comprometido, y ya tenia quinientos francos en su bolsillo. Además, tenia él algo decisivo que decir, y aún contra aquel baron Pontmercy que parecia tan bien informado y tan bien armado, sentíase él fuerte. Para los hombres de la naturaleza de Thénardier, todo diálogo es un combate. En este que iba á empeñarse, ¿cuál era su situacion? Él no sabia á quién hablaba, pero sabia de qué hablaba. Hizo rápidamente esta revista interior de sus fuerzas, y despues de haber dicho: *Yo soy Thénardier*, esperó.

Marius habia quedado pensativo. Conque al fin tenia ya á Thénardier. Este hombre á quien tanto habia el dese. de encontrar, estaba allí presente. Por consiguiente, iba ya á poder honrar la memoria y la recomendacion del coro-

nel Pontmery. Estaba humillado al considerar que aquel héroe pudiera deber algo á este bandido, y que la letra de cambio girada desde el fondo de la tumba por su padre á cargo de él, de Marius, estuviese protestada hasta esta fecha. Pareciale también, en la situación compleja en que se hallaba su espíritu con respecto á Thénardier, que había lugar á vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por semejante bribon. De todos modos, estaba él contento. Iba pues al fin á libertar de este acreedor indigno la sombra del coronel, y le parecía como que iba á sacar de la cárcel de deudores la memoria de su padre.

Al lado de este deber, existía otro; aclarar, averiguar si era posible el origen de la fortuna de Coseta. La ocasión parecía presentarse. Tal vez sabía algo de esto Thénardier. Podría ser útil el examinar el fondo de este hombre. Por aquí empezó pues.

Thénardier había hecho desaparecer el « bindoy » en los bolsillos de su chaleco, y miraba á Marius con una amabilidad casi tierna.

Marius rompió el silencio.

— Thénardier, le he dicho á usted su nombre. Por lo que hace ahora á su secreto, á lo que venía á revelarme, ¿quiere usted que se lo diga igualmente? También yo recibo mis informaciones. Va usted á ver cómo voy mucho más allá que usted tocante á noticias. Juan Valjean, como usted lo ha dicho, es un asesino y un ladrón. Un ladrón, porque robó á un rico manufacturero cuya ruina ha causado, al señor Magdalena. Un asesino, porque asesinó al agente de policía Javert.

— No comprendo, señor baron, repuso Thénardier.

— Voy á hacerme comprender. Escuche usted. En un distrito del Pas-de-Calais, había, por los años de 1822, un hombre que había tenido algun antiguo altercado con la justicia, y que, bajo el nombre del señor Magdalena, se

había levantado y rehabilitado. Este hombre había llegado á ser en toda la fuerza de la expresión, un justo. Con una industria, la fabricacion de azabaches imitados, de cuentas y avalorios negros, había hecho la fortuna de toda una ciudad. En cuanto á su fortuna personal, la había él hecho también, pero secundariamente, y en cierto modo, por ocasión. Era la providencia de los pobres. Fundaba hospitales, abría escuelas, visitaba á los enfermos, dotaba á las solteras necesitadas, sostenía á las viudas, adoptaba á los huérfanos; finalmente, era como el tutor del país. Había rehusado la cruz, le habían nombrado alcalde. Un antiguo presidiario licenciado sabía el secreto de una pena infligida en otro tiempo á aquel hombre; le delató, le hizo prender, y se aprovechó de la prision para venir á París y hacer que le entregara el banquero Laffitte. — yo he sabido el hecho por el mismo cajero, — mediante falsificación de firma, una suma de más de medio millon de francos que pertenecía al señor Magdalena. Este presidiario que robó al señor Magdalena es Juan Valjean. Por lo que respecta al otro hecho, tampoco puede usted decir nada que yo ignore. Juan Valjean mató al agente Javert; le mató de un pistoletazo. Yo que le estoy hablando á usted, me hallaba presente.

Thénardier lanzó á Marius la mirada soberana de un hombre derrotado que impone su mano sobre la victoria y que acaba de ganar en un minuto todo el terreno que había perdido. Pero recobró en seguida la sonrisa; el triunfo del inferior sobre el superior debe ser cariñoso y zalamero; Thénardier se limitó á decir á Marius:

— Señor baron, caminamos por sendas extraviadas.

Y acentuó bien esta frase, haciendo dar vueltas de un modo expresivo al manajo de joyas que pendía del reloj.

— ¡Cómo! repuso Marius, ¿duda usted de esto? ¡Pero si son hechos comprobados!

— No son sino quimeras. La confianza con que me honra el señor baron me hace un deber de decirselo. Ante todo, la verdad y la justicia. No me gusta á mi ver que se acuse á las gentes injustamente. Señor baron, Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, ni Juan Valjean ha matado á Javert.

— ¡Eso sí que es singular! ¿pues cómo?

— Por dos razones.

— ¿Cuáles son esas razones? hable usted.

— Hé aquí la primera: no ha robado al señor Magdalena, por la sencilla razon de que el mismo Juan Valjean es el señor Magdalena.

— ¿Qué me cuenta usted?

— Y hé aquí la segunda: tampoco él asesinó á Javert, por la razon de que quien mató á Javert, fué Javert.

— ¿Qué es lo que usted quiere decir?

— Que Javert se suicidó.

— ¡Pruébelo usted! ¡pruébelo usted! exclamó Marius fuera de sí.

Thénardier contestó, escandiendo su frase á la manera de un alejandrino antiguo:

— El agente-de-policia-Ja-vert-fué-en-con-tra-do-ahogado-ba-jo-un-arco-del-puente-del-Cambio.

— ¡Pero pruebe usted eso!

Thénardier sacó de su bolsillo lateral una ancha cubierta de papel de estraza que parecia contener algunos periódicos doblados, de diversos tamaños.

— Yo tambien poseo mis legajos, dijo con calma.

Y despues añadió:

— Señor baron, en el interes de usted, he querido yo conocer á fondo á Juan Valjean. Digo y repito que Juan Valjean y Magdalena son un mismo hombre, y digo y repito que Javert no ha tenido otro asesino que á Javert; y cuando yo hablo, es que tengo pruebas. No pruebas

manuscritas, pues la letra de mano es sospechosa por que suele ser complaciente, sino pruebas impresas.

Sin dejar de hablar, Thénardier iba sacando de su cubierta ó carpeta dos números de periódicos amarillentos, muy ajados y fuertemente saturados de tabaco. Uno de estos dos periódicos, roto en todos sus doblezes y colgando en varios jirones cuadrados, parecia ser mucho más antiguo que el otro.

— Dos hechos, dos pruebas, dijo Thénardier. Y alargó á Marius los dos periódicos desplegados.

El lector conoce ya estos dos periódicos. Uno de ellos, el más antiguo, un número del *Drapeau blanc* del 25 de Julio de 1823, cuyo texto ha podido verse en la página 94 del tomo segundo de esta obra, establecia la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean. El otro, un *Moniteur* del 15 de Junio de 1832, consignaba el suicidio de Javert, añadiendo que, de un informe verbal de Javert al prefecto de policia resultaba que, habiendo sido hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, habia debido la vida á la magnanimidad de un insurrecto que, teniéndole bajo el cañon de su pistola, en vez de levantarle la tapa de los sesos, disparó al aire, y le puso en libertad.

Marius leyó. Habia allí evidencia, fechas exactas, prueba irrefragable, aquellos dos periódicos no habian sido impresos expresamente para apoyar el dicho de Thénardier: la nota publicada en el *Moniteur* habia sido comunicada administrativamente por la prefectura de policia. Marius no podia dudar. Los informes del dependiente cajero de la casa Laffitte eran falsos, y él mismo se habia engañado. Engrandecido bruscamente, Juan Valjean salia del nublado en que se hallaba envuelto. Marius no pudo contener un grito de alegría:

— ¡Pues bien, entónces, ese desdichado es un hombre

admirable! ¡ toda esa fortuna era realmente suya! ¡ Él es Magdalena, la providencia de todo un país! ¡ es Juan Valjean, el salvador de Javert! ¡ es un héroe! ¡ es un santo!

— No es un santo, ni tampoco es un héroe, repuso Thénardier. Es un asesino y un ladrón.

Y añadió, con el tono de un hombre que empieza á sentirse alguna autoridad: — Calmémonos.

Ladrón, asesino, estas palabras que Marius creía haber desaparecido ya, y que volvían á la escena, cayeron sobre él como un chorro de hielo.

— ¿Todavía? dijo.

— Siempre, contestó Thénardier. Juan Valjean no ha robado á Magdalena, pero es un ladrón. No ha asesinado á Javert, pero es un asesino.

— ¿Quiere usted hablar, repuso Marius, de ese miserable robo de hace cuarenta años, expiado, según resulta de sus mismos periódicos de usted, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

— Digo asesinato y robo, señor baron. Y repito que me refiero á hechos actuales. Lo que tengo que revelar á usted es absolutamente desconocido. Es cosa inédita. Y tal vez hallará usted aquí el origen de la fortuna tan hábilmente ofrecida por Juan Valjean á la señora baronesa. Digo hábilmente, pues, por medio de una donación de este género, escurrirse en una casa honorable y decente, cuyas comodidades participará, y del mismo golpe, ocultar su crimen, gozar de su robo, sepultar su nombre y crearse una familia, no parece todo esto obra de ningún torpe.

— Yo podría interrumpirle á usted, aquí, observó Marius, pero continúe usted.

— Señor baron, voy á decirlo todo, dejando, la recompensa á su generosidad de usted. Este secreto vale oro macizo. Usted me dirá: ¿Por qué no te has dirigido

más bien á Juan Valjean? por una razón muy sencilla: yo sé que él se ha desappropriado, y desappropriado en favor de usted, y encuentro la combinación ingeniosa; pero él ya no tiene un cuarto; me mostraria sus manos vacías; y puesto que yo necesito algún dinero para mi viaje á la Joya, prefiero dirigirme á usted, que lo posee todo, en vez de dirigirme á él, que no tiene ya nada. Estoy algo cansado, permítame usted que tome una silla.

Marius se sentó y le hizo á él seña para que se sentara.

Thénardier se instaló en un sillón forrado, recogió sus dos periódicos, volvió á introducirlos en su carpeta, y murmuró picoteando con la uña el *Drapeau blanc*: Este me ha costado muchísimo trabajo el conseguirle. Hecho esto, cruzó la piernas y se repantigó bien apoyándose de espaldas, actitud propia de las gentes que están seguras de lo que dicen, y después entró en materia, con la mayor gravedad y acentuando bien sus palabras.

— Señor baron, el 6 de Junio de 1832, hará cosa de un año, el día de la insurrección, se hallaba un hombre en la Grande-Alcantarilla de Paris, en el paraje en que la cloaca viene á desembocar en el Sena, entre el puente de los Inválidos y el puente de Iéna.

Marius acercó bruscamente su silla á la de Thénardier. Thénardier notó este movimiento y continuó con la calma de un orador que sabe interesar á su interlocutor y que siente la palpación de su adversario bajo sus palabras.

— Aquel hombre, obligado á ocultarse, por motivos completamente ajenos á la política, había elegido la alcantarilla por domicilio y poseía una llave. Repito que esto era el 6 de Junio; serían como las ocho de la tarde. El hombre oyó ruido en la alcantarilla. Muy sorprendido se acurrucó y se puso en acecho. Era un ruido de pasos, alguien andaba en la sombra, y venía hácia donde él se

hallaba. Cosa extraña, había en la alcantarilla otro hombre que él. La verja de salida de la alcantarilla no estaba lejos. Un poco de luz que por ella penetraba le permitió reconocer al recién venido y ver que este hombre llevaba algo sobre sus espaldas. Andaba encorvado. El hombre que iba así andando encorvado era un antiguo presidiario, y lo que conducía á cuestas era un cadáver. Flagrante delito de asesinato, si los hay. Por lo que hace al robo, es cosa que se comprende desde luego; no se mata á un hombre gratuitamente. Aquel galeote iba á echar aquel cadáver al río. Un hecho digno de notarse es que, ántes de llegar á la verja de salida, aquel presidiario, que venía de muy lejos por la alcantarilla, había encontrado necesariamente una hondonada espantosa donde parece que hubiera podido dejar el cadáver, pero entonces, al día siguiente, los poceros, al ir á trabajar en la reparación del barranco subterráneo, habrían encontrado el hombre asesinado, y esto no ajustaba del todo bien las cuentas del asesino. Prefirió pues atravesar la hondonada, con su carga, y sus esfuerzos han debido ser inauditos; imposible es arriesgar más completamente su propia vida; yo no comprendo cómo pudo él salir de allí vivo.

Marius acereó aún más su silla. Thénardier se aprovechó de esta circunstancia para respirar largamente y á sus anchas. Al fin prosiguió su relato:

— Señor baron, una alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí se carece de todo, hasta de espacio. Cuando hay allí dos hombres, es preciso que ellos se encuentren. Así sucedió en efecto. El domiciliado y el pasajero se vieron obligados á darse los buenos días, á despecho el uno del otro. El pasajero dijo al domiciliado: — *Ya ves lo que traigo á cuestas, es menester que yo salga de aquí, tú tienes la llave, dámela.* Aquel presidiario era un hombre de una fuerza terrible. No había medio de rehusarle

nada. Sin embargo, el que tenía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó aquel muerto, pero nada pudo ver, sino que era joven, bien puesto, con trazas de rico, y desfigurado todo él por la sangre. Mientras que hablaba, halló medio de romper y arrancar por detras, sin que lo notara el asesino, un pedazo del frac del hombre asesinado. Pieza de convicción, como usted comprende desde luego; medio excelente para volver á encontrar la huella de las cosas, y para probar el crimen al criminal. Esta pieza de convicción se la guardo él en el bolsillo. Hecho esto, abrió la verja, hizo salir al hombre con su muerto á la espalda, cerró de nuevo la verja y se ahuyentó de allí á fin de evitar que le mezclaran á él en la historia de aquella aventura, y sobre todo, no queriendo hallarse allí cuando el asesino arrojara al río el asesinado. Ahora ya lo comprende usted todo. El que conducía el cadáver es Juan Valjean; el que tenía la llave es el que tiene el honor de hablar á usted en este momento; y el pedazo del frac...

Thénardier concluyó la frase sacando de su bolsillo y sosteniendo á la altura de sus ojos, cogido entre las puntas de sus dos pulgares y de sus dos índices, un trozo de paño negro recortado, ó más bien, rasgado, cubierto todo él de manchas oscuras.

Marins se había levantado, pálido, respirando apenas, fijos los ojos en aquel pedazo de paño negro, y sin pronunciar una palabra, sin apartar la vista de aquel arambel, retrocedía hácia la pared y, con su mano derecha extendida detras de él, buscaba á tientas la llave que estaba puesta en la cerradura de una alacena que había junto á la chimenea de la sala. Por fin dió con la llave, abrió la alacena, introdujo en ella el brazo sin mirar siquiera á aquel sitio, y sin que su azorada pupila se desprendiese un instante del trapo que Thénardier tenía desplegado.

Entre tanto Thénardier continuaba diciendo :

— Señor baron, yo tengo las más sólidas razones para creer que el jóven asesinado era un opulento extranjero atraído por Juan Valjean á una emboscada y portador de una suma enorme.

— ¡El jóven era yo, y hé aquí el frac! gritó Marius, y arrojó al suelo un frac negro y viejo todo el manchado de sangre.

En seguida, arrancando el pedazo de paño de las manos de Thénardier, se inclinó sobre el frac, y acreó á la falda recortada el trozo arrancado. El jiron hecho en la falda se adaptaba exactamente, y el trapo completaba el frac.

Thénardier se hallaba petrificado; y dijo para sí : Me deja chafado.

Marius se levantó tembloroso, desesperado y radiante.

Se metió la mano en el bolsillo, y marchó furioso hácia Thénardier, presentándole y casi apoyándole contra la cara el puño lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

— ¡Usted es un infame! Usted es un embustero, un calumniador, un malvado. Venía usted á acusar á ese hombre, y lo que ha hecho es justificarle; queria usted perderle, y sólo ha conseguido glorificarle. ¡Usted sí que es un ladrón! ¡Usted sí que es un asesino! Yo le he visto á usted, Thénardier, Jondrette, en esa casucha del boulevard del Hospital. Sé bastante acerca de usted para poder enviarle á un presidio; y aún más léjos, si quisiera. ¡Tenga usted, allá van mil francos, bribon, sin vergüenza!

Y arrojó un billete de mil francos á Thénardier.

— Ah! Jondrette Thénardier, picaro villano! Sirvale á usted esto de lección, especulador de secretos, traficante de misterios, escudriñador de tinieblas, miserable! Tome usted esos quinientos francos, y salga de aquí inmediatamente! Waterloo le protege.

— ¡Waterloo! gruñó Thénardier, guardándose en el bolsillo los quinientos francos juntamente con los mil que había recibido ántes.

— Sí, ases. no! allí salvó usted la vida á un coronel..

— Á un general, dijo Thénardier, levantando la cabeza.

— Á un coronel! repuso Marius con furia. Yo no daría un ochavo por un general. Y venía usted aquí á hacer infamias! Yo le digo á usted que ha cometido toda especie de crímenes. Máchese usted corriendo! desaparezca de aquí inmediatamente! Sea usted feliz á su manera, es todo lo que yo deseo. Ah! monstruo! Ah! tiene usted otros tres mil francos. Tómelos. Mañana mismo saldrá usted para América, con su hija, pues su mujer de usted ha muerto, embustero abominable. Yo vigilaré su salida, bandido, y en aquel momento le entregaré á usted veinte mil francos. Vaya usted á hacerse ahorear á otra parte!

— Señor baron, respondió Thénardier saludando hasta el suelo, reconocimiento eterno.

Y Thénardier salió, sin comprender nada de lo que le sucedía, estupefacto y enajenado, viéndose así abrumado y aterrado bajo aquella granizada de sacos de oro y aquellos rayos que caían sobre su cabeza bajo la forma de billetes de banco.

Abismado, lo estaba, pero contento también; y por cierto que le habría disgustado mucho hablar un pararrayo contra aquella tormenta.

Concluyamos cuanto ántes con este hombre. Dos días después de los acontecimientos que acabamos de referir en este momento, marchó, presidiendo á su marcha los cuidados de Marius, con dirección á América, bajo un nombre supuesto, y en compañía de su hija Azelma, provisto de una letra de cambio de veinte mil francos sobre New-York. La miseria moral de Thénardier, el bourgeois frustrado, era irremediable; en América fué lo mismo que

habia sido en Europa. El contacto de un malvado basta á veces para corromper una buena accion, y para hacer brotar de ella una cosa mala. Con el dinero de Marius, Thénardier se hizo traficante en negros.

Luégo que Thénardier se hallaba ya fuera, corrió Marius al jardín donde Coseta se estaba aún paseando.

— Coseta! Coseta! gritó repetidas veces. Ven aca! ven corriendo. Marchemos. Basque, un fiacre! Coseta, ven. Ah! Dios mio! Y es él quien me salvó la vida! No perdamos un minuto! ponte un pañuelo y ven al instante.

Coseta le creyó loco, y obedeció.

Marius no respiraba, y aplicaba la mano sobre su corazon para comprimir sus latidos. Iba y venia, dando grandes pasos, y besaba á Coseta: — Ah! Coseta! soy un de-graciado! decia.

Se hallaba como desatinado. Comenzaba á ver en aquel Juan Valjean cierta figura elevada y sombría. Apareciade allí una virtud maudita, suprema, suave y humilde en su inmensidad. El galeote se transfiguraba en Cristo. Marius sufría el deslumbramiento de este prodigio. No sabia él á lo justo lo que veia, pero era grande.

En un instante se halló un coche á la puerta.

Marius hizo subir en él á Coseta y él se lanzó allí dentro tambien.

— Cochero, gritó, calle de l'Homme-Armé, número 7.

El coche partió.

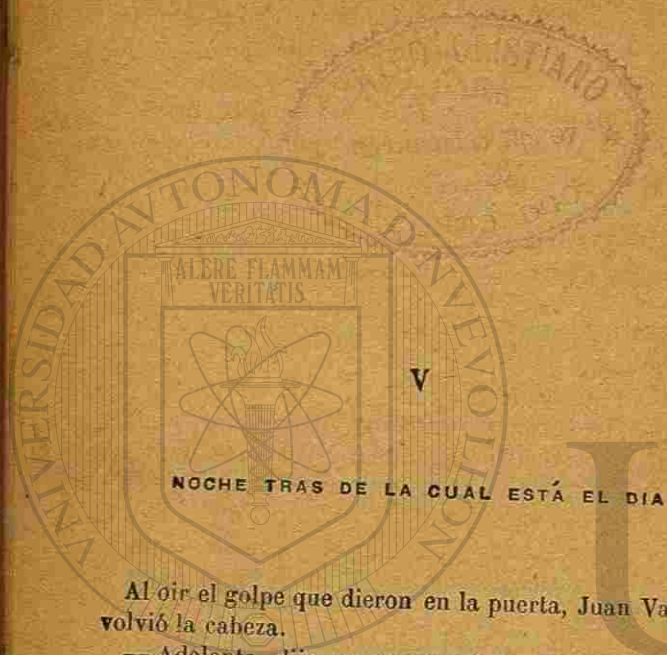
— Ah! qué dicha! dijo Coseta, calle de l'Homme-Armé. Yo no me atrevia ya á hablarte de ella. Vamos á ver al señor Juan.

— Á tu padre! Coseta, tu padre hoy más que nunca. Coseta, ya lo adivino todo. Tú me has dicho que jamas has recibido la carta que yo te envié por medio de Gavroche. Sin duda fué á parar á sus manos, Coseta, y en seguida se fué á la barricada para salvarme. Como en él es una

necesidad en ser un ángel, de paso salvó tambien á otros; salvó á Javert. Me sacó de aquel abismo para darme á ti. Me condujo sobre sus hombros al traves de esa pavorosa cloaca. Ah! soy un monstruo de ingratitud! Coseta, despues de haber sido tu providencia, ha sido tambien la mia. Figúrate que habia allí una hondonada espantosa, capaz de ahogarse uno en ella cien veces, y ahogarse en el cieno. Coseta! él me la hizo atravesar. Yo estaba desmayado, sin conocimiento; nada veia, nada oia, nada podia saber de mi propia aventura. Vamos á traérnosle, á hacerle venir con nosotros, que quiera ó que no, ya no nos abandonará jamas. Con tal que esté en su casa! Con tal que le hallemos! Pasaré el resto de mi vida venerándole! Si, ¿ves, Coseta? debe de ser eso sin duda. Á él es á quien Gavroche entregaria mi carta. Todo se explica. Tú comprendes.

Coseta no comprendia ni una palabra.

Entre tanto, el fiacre iba rodando.



Al oír el golpe que dieron en la puerta, Juan Valjean volvió la cabeza.

— Adelante, dijo con voz apagada.

Abrióse la puerta, y aparecieron Coseta y Marius.

Coseta se precipitó en la habitación.

Marius permaneció á la entrada de pié, apoyado contra el montante de la puerta.

— ¡Coseta! dijo Juan Valjean, y se enderezó sobre su silla, con los brazos abiertos y temblorosos, trágico, lívido, siniestro, rebosando los ojos una inmensa alegría.

Coseta, sofocada por la emoción, cayó sobre el pecho de Juan Valjean.

— ¡Padre! le dijo.

Juan Valjean, trastornado, decia como tartamudeando y balbuciente :

— ¡Coseta! ¡ella! ¡usted, señora! ¡eres tú! ¡Ah, Dios mío! Y, estrechado en los brazos de Coseta, exclamó :

— ¡Eres tú! ¡estás aquí! ¡Conque me perdonas!

Marius, bajando los párpados para impedir que le corrieran las lágrimas, dió un paso y murmuró entre sus labios contraidos convulsivamente para detener los sollozos :

— ¡Padre mío !

— ¡ Y usted también, me perdona ! dijo Juan Valjean.

Marius no pudo hallar ni una palabra, y Juan Valjean añadió : — Gracias.

Coseta se desembarazó del pañuelo y arrojó el gorro sobre la cama.

— Eso me estorba, dijo.

Y sentándose sobre las rodillas del anciano, separó sus canas con un movimiento adorable, y le besó la frente.

Juan Valjean dejaba obrar, entregado á una especie de extravío cerebral.

Coseta, que no comprendía sino muy confusamente, redoblaba sus caricias, como si quisiera ella pagar la deuda de Marius.

Juan Valjean dijo en tono balbuciente :

— ¡Qué tonto es uno! Creía yo que ya no la vería jamás. Figúrese usted, señor Pontmercy, que en el momento en que ustedes entraban en esta casa, me estaba yo diciendo á mi mismo : — Es cosa concluida. Hé ahí su vestidito, soy un hombre miserable, ya no volveré á ver á Coseta; y decia esto en el instante mismo en que ustedes subían la escalera. ¡Qué idiota era yo! ¡ Hé ahí hasta qué punto es uno de idiota ! Porque no cuenta con los designios de Dios. Dios dice : ¡ Tú te imaginas que te van á abandonar, bobo ! No, no, eso no sucederá así. Vamos, allí hay un pobre hombre que necesita un ángel Y el ángel viene; y vuelve uno á ver á su Coseta! ¡ y vuelve á ver á su Cosetita ! ¡ Ah ! yo era muy desgraciado.

Durante un momento, permaneció sin poder hablar, y despues prosiguió :

— Tenía yo una grande necesidad de ver á Coseta, si quiera un ratito, de vez en cuando. Un corazon necesita siempre un huesecito que roer. Sin embargo, conocía yo que estaba allí de más; y me daba mis razones : Ellos no necesitan de ti para nada, quédate en tu rincon, nadie tiene derecho para eternizarse. ¡ Ah! bendito sea Dios, vuelvo á verla ! ¿ Sabes, Coseta, que tu marido es muy guapo ? ¡ Ah! tienes un bonito cnello bordado, esto está muy bien. Me gusta mucho este dibujo. ¿ Te lo ha escogido tu esposo, no es verdad ? Y además, necesitarás cachemiras. Señor Pontmercy, déjeme usted tutearla. Ya no será por mucho tiempo.

Y Coseta añadió :

— ¡ Qué picardía, el habernos dejado de esa manera ! ¿ Pues adónde ha ido usted ? ¿ por qué se ha estado por allá tanto tiempo ? Otras veces, sus viajes de usted no duraban más de tres ó cuatro días. Yo he enviado aquí á Nicolette, y siempre la respondían : Está ausente. ¿ Desde cuándo está usted de vuelta ? ¿ Por qué no nos lo hizo avisar al instante ? ¿ Sabe usted que le encuentro muy cambiado ? ¡ Ah! mi picarillo padre ! ¡ ha estado malo y nosotros no lo hemos sabido ! ¡ Ven, Marius, toca su mano, y verás qué fria está !

— ¡ Conque así, también usted ha venido, señor Pontmercy ! ¡ usted también me perdona ! añadió Juan Valjean.

Al oír esta palabra, que Juan Valjean acababa de repetir, todo lo que se iba agolpando en el corazon de Marius, é hinchándole, halló salida y estalló al fin :

— ¿ Coseta, lo oyes ? ¡ mira qué empeño tan singular ! me pide perdón ¿ Y sabes lo que me ha hecho, Coseta ? me ha salvado la vida. Más aún. Me ha unido contigo. Y despues de haberme salvado, y despues de habernos

unido en santo enlace, ¿ Coseta, qué ha hecho de sí mismo ? se ha sacrificado. Hé ahí lo que es este hombre. Y, á mí el ingrato, á mí el olvidoso, á mí el desapiadado, á mí el culpable, me dice : ¡ Gracias ! Coseta, toda mi vida pasada á los piés de este hombre, será aún demasiado poco ! Esa barricada, esa alcantarilla, aquella hornaza, esta cloaca, todo lo ha atravesado él y lo ha arrastrado por mí, por ti, Coseta ! El me ha conducido por en medio de todas las muertes que apartaba de mí y que aceptaba para él. Todas las bravuras, todas las virtudes, todos los heroísmos, todas las santidades se reúnen en ese hombre, Coseta, todo esto lo posee ese hombre, es el ángel.

— ¡ Chiton ! ¡ chiton ! dijo en voz baja Juan Valjean. ¿ Á qué viene el decir todo eso ?

— ¡ Pero usted ! exclamó Marius con una ira mezclada de veneración, ¿ por qué no nos lo ha dicho ? También usted ha tenido mucha culpa. ¡ Salva usted la vida á las gentes, y guarda para sí luégo el secreto, sin decir las nada ! Aún más hace usted, so pretexto de desenmascarse, se calumnia á sí mismo. Esto es horrible.

— Yo no he dicho más que la verdad, respondió Juan Valjean.

— No, repuso Marius, la verdad, es toda la verdad ; y usted no la ha dicho. Usted era el señor Magdalena ; ¿ por qué no nos lo ha dicho ? Usted había salvado á Javert ; ¿ por qué no nos lo ha dicho ? Yo le debía á usted la vida ; ¿ por qué no nos lo ha dicho ?

— Porque yo pensaba como usted. Yo hallaba que usted tenía razón. Era menester que me fuera. Si usted hubiera sabido el suceso de las alcantarillas, me habría hecho quedar con ustedes. Por consiguiente, debía yo callarme. Si hubiera hablado, esto lo habría estorbado todo.

— ¿ Estorbado, qué ? ¿ estorbado, á quién ? repuso Marius. ¿ Cree usted por ventura que va á quedarse aquí ?

Venimos á llevárnosle á usted. ¡Ah! santo Dios! ¡cuando pienso que ha sido una casualidad el que yo sepa todo esto! Vamos á llevárnosle á usted. Usted forma parte de nosotros mismos. Usted es su padre y el mio. No pasará usted ya en esta horrible casa ni un dia más. No se figure usted que mañana estará aquí.

Mañana, dijo Juan Valjean, no estaré aquí, pero tampoco estaré en su casa de ustedes.

— ¡Qué quiere usted decir con eso? replicó Marius. ¡Ah! pero es que ya no permitiremos más viajes. Jan'as volverá usted á separarse de nosotros. Usted nos pertenece, y no le soltaremos.

— Esta vez ya va de véras, añadió Coseta. Tenemos un coche abajo. Le arrebataré á usted; sí, haré con usted un raptó. Si es preciso, emplearé la fuerza.

Yriendo, hizo el ademán de levantar al anciano en sus brazos.

— Su habitación de usted está allí siempre preparada en casa, prosiguió Coseta. ¡Si usted supiera qué hermoso está el jardín en este momento! Las azaleas vienen muy bien. Las calles de árboles están enarenadas con arena de río: hay muchas conchitas moradas. Comerá usted de mis fresas. Yo soy quien las riego. Y no más « señora, » y no más « señor Juan, » estamos en república, todo el mundo se habla de tú, ¿no es verdad, Marius? El programa ha cambiado. Si usted supiera, padre, he tenido un disgusto, habia allí un jilguerito que habia hecho su nido en un agujero de la pared, y un horrible gato me le ha comido. ¡Mi pobrecito jilguero, tan bonito, que asomaba su cabecita á la ventana y me miraba! He llorado por él. ¡De buena gana habria matado al gato! Pero ahora ya nadie llora. Todo el mundo rie, todo el mundo es dichoso. Usted va á venirse con nosotros. ¡Qué contento se pondrá el abuelo! Usted tendrá su cuadro en el

jardín. y le cultivará, y veremos si las fresas de usted son tan hermosas como las mías. Y despues, yo haré todo cuanto usted quiera, y despues, usted me obedecerá bien.

Juan Valjean la escuchaba sin oírle. Oía la música de su voz más bien que el sentido de sus palabras; y entre tanto, una de esas gruesas lágrimas que son las perlas sombrías del alma brotaba lentamente de sus párpados. Entónces dijo él entre dientes:

— La prueba de que Dios es bueno, es que está ella aquí.

— ¡Padre mio! dijo Coseta.

Juan Valjean continuó:

— Es muy cierto que seria delicioso el vivir allí todos juntos. Tienen sus árboles poblados de pájaros. Yo me pasearia con Coseta. Ser de las gentes que viven, que se dan los buenos dias, que se llaman en el jardín, es una cosa en extremo agradable. Se ven desde por la mañana. Cultivaríamos cada uno un rinconcito de tierra. Ella me daría á comer sus fresas, yo la haría coger mis rosas. Seria, en efecto, una vida llena de encantos. Sólo...

Se interrumpió y dijo en tono triste y afable:

— Es lástima.

La lágrima no cayó, sino que volvió á entrar, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Coseta estrechó entre las suyas las manos del anciano.

— ¡Dios mio! dijo al tomarlas, sus manos de usted es tán aún más frías. ¿Está usted enfermo? ¿Sufre usted?

— ¿Yo? no, contestó Juan Valjean, estoy muy bien. Sólo...

Y se detuvo.

— ¿Sólo qué?

— Que voy á morir.

Coseta y Marius se estremecieron.

— ¡Morir! exclamó Marius.

— Sí, pero eso no es nada, dijo Juan Valjean.

Después respiró, sonrió y añadió:

— Coseta, tú me hablabas, continúa, háblame aún: ¿conque tu jilguerito murió? ¡habla, que oiga yo tu voz!

Marius, petrificado, miraba de hito en hito al anciano.

Coseta lanzó un grito desgarrador:

— ¡Padre! ¡padre mío! vivirá usted. Va usted á vivir, sí. Yo quiero que usted viva; ¡entiende usted!

Juan Valjean levantó la cabeza hacia ella con adoración.

— Oh, sí, prohibeme morir. ¡Quién sabe! Tal vez obedeceré. Muriéndome estaba ya cuando ustedes llegaron. Eso me ha detenido, me parecía renacer.

— Usted está lleno de fuerza y de vida, exclamó Marius.

¿Es que por ventura se imagina usted que se muere uno así de esa manera? Ha tenido usted penas y disgustos, pero ya no tendrá más. ¡Yo soy quien pide á usted ahora perdón, y de rodillas! Va usted á vivir, y á vivir con nosotros, y á vivir largo tiempo. Ahora mismo le recobramos á usted. ¡Aquí nos tiene usted á dos personas que no tendremos de hoy más sino un solo pensamiento, su felicidad de usted!

— Ya usted ve, repuso Coseta anegada en lágrimas, que Marius dice que no se morirá usted.

Juan Valjean continuaba sonriendo.

— Aún cuando usted me recobrara, me llevara en su compañía, señor Pontmercy, ¿esque eso haría que yo no sea quien soy? No, Dios ha pensado como usted y como yo, y él no muda de opinión; es útil que yo me vaya. Para casos como este, la muerte es el mejor de los arreglos. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que ustedes sean dichosos, que el señor Pontmercy posea á Coseta, que el astro matutino y la aurora sean desposados, que haya en derredor vuestro, hijos míos, lilas y

y azucenas y alegres ruiseñores, que vuestra vida sea una bella pradera cubierta de sol, que todos los encantos del cielo inunden vuestra alma, y ahora, yo que no sirvo ya para nada, debo morir; es seguro que todo esto se acomoda y se armoniza perfectamente. Ya lo ven ustedes, seamos razonables, ahora ya no hay nada posible, yo distingo claramente que todo está concluido. Hace una hora, tuve un desmayo. Y además, en la noche pasada, he bebido todo ese jarro de agua que está ahí. ¡Qué bueno es tu marido, Coseta! Estás mucho mejor que conmigo.

Á este tiempo oyóse un ruido que hizo la puerta. Era el médico que entraba.

— Buenos días y á Dios, doctor, dijo Juan Valjean. Hé aquí mis pobres niños.

Marius se acercó al médico, á quien dirigió esta sola palabra: ¿Caballero?... pero en la entonación, en la manera de pronunciarla, había una pregunta completa.

El médico respondió á la pregunta con una mirada expresiva.

— Porque las cosas desagraden, dijo Juan Valjean, no es una razón para ser injustos con Dios.

Siguióse un momento de silencio. Todos tenían el pecho oprimido.

Juan Valjean se volvió hacia Coseta, y se puso á contemplarla como si quisiera estamparla para la eternidad. En la profundidad de sombra á la cual había él ya descendido, aún le era posible el éxtasis, mirando á Coseta. La reverberación de aquel rostro delicado iluminaba su pálido semblante. El sepulcro puede tener su deslumbramiento.

El médico le tomó el pulso.

— ¡Ah! ustedes son los que él necesitaba! murmuró mirando á Coseta y á Marius.

É inclinándose al oído de Marius, añadió en voz muy baja :

— Demasiado tarde.

Juan Valjean, casi sin dejar de mirar á Coseta, consideró á Marius y al médico con serenidad; y oyeron salir de su boca esta palabra apénas articulada :

— Es nada el morir; es horrible el no vivir.

De repente se levantó. Estos retornos de fuerza son á veces un señal de agonía. Fué andando con paso firme hácia la pared, apartó de sí á Marius y al médico que querian ayudarle, descolgó de la pared el pequeño crucifijo de cobre que estaba allí colgado, volvió á sentarse en su silla con toda la libertad de movimientos propia del estado de plena salud, y dijo en alta voz colocando el crucifijo sobre la mesa :

— Hé aquí el gran mártir.

En seguida se le hundió el pecho, su cabeza experimentó cierto movimiento de vacilacion, como si se apoderara de él la ebriedad de la tumba, y sus manos, apoyadas sobre sus rodillas, se pusieron á hincar las uñas en la tela de su pantalon.

Coseta le sostenia los hombros, y sollozaba de continuo, procurando hablarle sin poder conseguirlo. Entre otras palabras mezcladas con esa saliva lúgubre que acompaña á las lágrimas, distinguianse algunas como estas : — ¡Padre! no nos abandone usted, ¿Es posible que no hayamos de encontrar á usted sino para perderle?

Podria decirse que la agonía se mueve serpeando. Va, viene, avanza hácia el sepulcro, y se vuelve hácia la vida. Hay cierto titubeo en el acto de morir.

Pasado este medio síncope, Juan Valjean se halló fortalecido, sacudió su frente como para hacer que cayeran de ella las tinieblas, y volvió á aparecer casi en su plena

lucidez. Tomó con sus dedos una manga del vestido de Coseta y la besó.

— ¡Se va recobrando! ¡doctor, se va recobrando! dijo Marius.

— Ustedes son buenos ambos, dijo Juan Valjean. Yo voy á decirles lo que me ha causado mucha pena. Lo que me ha causado grande pena, señor Pontmercy, es que usted no haya querido tocar á aquel dinero. Ese dinero pertenece legitimamente á su mujer de usted. Yo voy á explicárselo á ustedes todo, hijos míos, y aún por eso tambien estoy tan contento de verlos. El azabache negro viene de Inglaterra, el azabache blanco viene de Noruega. Todo esto se halla en este papel que aqui tienen ustedes y cuya lectura les recomiendo. Para los brazaletes ó pulseras, he inventado yo reemplazar los pasadores de chapas soldados por los pasadores de chapas sencillamente aproximadas. Es más bonito, mejor y más barato. Ustedes comprenden cuánto dinero se puede ganar con esto. Por consiguiente, la fortuna de Coseta la pertenece con justo título, como legitima propiedad. Les doy á ustedes estos detalles para que tengan el ánimo tranquilo.

La portera habia subido y se estaba mirando por la puerta entreabierta. El médico la despidió, pero no pudo él impedir que, ántes de marcharse de allí, aquella buena y zelosa mujer gritara al moribundo :

— ¿Quiere usted un sacerdote?

— Tengo uno, respondió Juan Valjean.

— Y pareció indicar con el dedo un punto encima de su cabeza, donde se diria que estaba él viendo á álguien. Con efecto, es probable que el obispo asistiese á esta agonía.

Coseta le introdujo suavemente una almohada bajo los riñones.

Juan Valjean prosiguió diciendo :

— Señor Pontmercy, no tenga usted temor alguno, yo se lo ruego encarecidamente. Los seiscientos mil francos son verdadera propiedad de Coseta. Así, pues, yo habré perdido mi vida si ustedes no los disfrutaran! Habíamos conseguido fabricar muy bien toda esa vidriería. Rivalizábamos con lo que suele llamarse las joyas de Berlín. Pero lo que no hay posibilidad de igualar es el vidrio negro de Alemania. Una gruesa, que contiene mil doscientos granos muy bien tallados, no cuesta más de tres francos.

Cuando un sér que nos es caro va á morir, le miramos con una mirada que se afianza á él y que quisiera retenerle. Mudos de angustia, no sabiendo qué decir á la muerte, desesperados y temblorosos, ambos estaban de mí delante de él, Coseta dando la mano á Marius.

De instante en instante iba declinando Juan Valjean. Descendía y se acercaba al horizonte sombrío. Su hábito había llegado ya á ser intermitente, entrecortado por un poco de estertor. Costábale mucho trabajo el mover su antebrazo, sus pies habían perdido todo movimiento, y al mismo tiempo que crecía la miseria de los miembros y el abatimiento del cuerpo, elevábase y se desplegaba toda la majestad del alma en su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en su pupila.

Su semblante palidecía, y sonreía al mismo tiempo. Ya no existía allí la vida, pero había otra cosa. Su respiración decaía y su mirada se engrandecía. Era un cadáver en el cual se vislumbraban ciertas alas.

Hizo seña á Coseta para que se aproximara, y después á Marius; evidentemente era este el postrar minuto de la hora postrera, y se puso á hablarles con una voz tan débil, que parecía venir de lejos. Diríase que desde este momento había una muralla entre ellos y él.

— Acércate, acercaos ambos. Yo os quiero mucho.

¡Oh! ¡qué bueno es morir de esta manera! Tú también me quieres. Coseta mía. Bien sabía yo que siempre tenía tu afección y amistad por tu pobre viejo. ¡Qué bien has hecho, hija mía, en ponerme esta almohada aquí bajo los riñones! Me llorarás un poco, ¿es verdad? No demasiado. Yo no quiero que tengas grandes penas. Será preciso que tratéis de distraeros y de divertirlos mucho, hijos míos. Había olvidado deciros que en las hebillas sin clavillo se gana aún más que en todos los demás artículos. La gruesa, es decir, las doce docenas, salía á diez francos, y se vendía á sesenta. Era en verdad aquel un buen comercio. Así que no hay que extrañarse de los seiscientos mil francos, señor Pontmercy. Es dinero honrado. Pueden ustedes disfrutar de sus riquezas tranquilamente. Será menester que tengan un coche, de vez en cuando palco en los teatros, bonitos trajes de baile, Coseta mía, y después, dar buenas comidas á vuestros amigos, ser muy dichosos. Hace poco escribía yo á Coseta. Ya hallaréis por ahí mi carta. Á ella es á quien lego los dos candeleros que están aquí sobre la chimenea. Son de plata; pero para mí son de oro, son de diamantes; transforman en cirios las velas de sebo que en ellos se ponen. Yo no sé si el que me los dió está contento de mí allá en el cielo. Yo he hecho todo cuanto he podido. Hijos míos, no olvidaréis que soy un pobre, me haréis enterrar en el primer rincón de tierra que se hallare bajo una piedra que sirva para indicar el sitio de mi sepultura y nada más. Tal es mi voluntad. Ningun nombre se inscribirá sobre la piedra. Si Coseta quiere venir alguna vez á visitarme un momento, me dará un gran placer. Y usted también, señor Pontmercy. Es menester que yo le confiese á usted que no siempre le he querido bien; le pido á usted que me perdone. Ahora, ella y usted, no son sino una sola y misma persona para mí. Le estoy á usted

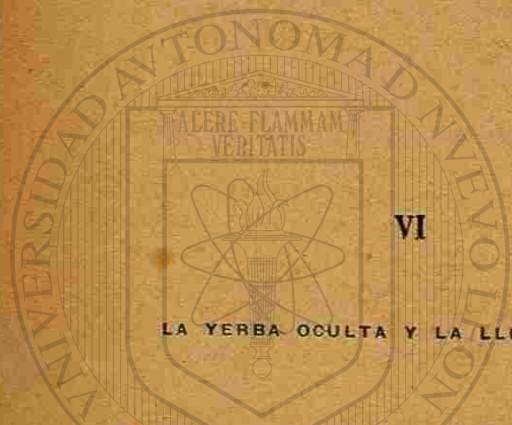
muy agradecido. Conozco que hace usted dichosa á Coseta. Si usted supiera, señor Pontmercy, sus bellas y rosadas mejillas eran toda mi alegría; cuando la veía algo pálida, me ponía triste. En la cómoda hay un billete de quinientos francos. No he tocado siquiera á esa suma, la cual será para los pobres. Coseta, ¿no ves, allí sobre la cama, tu vestidito negro? ¿te acuerdas de él? Sin embargo, no hace más de diez años; pero eras tan niña! ¿Cómo pasa el tiempo! Hemos sido muy dichosos. Ya todo ha concluido para mí. Hijos míos, no lloréis, yo no me ausentaré mucho, y os veré desde allá arriba. No tendréis más que mirar cuando sea de noche, y me veréis sonreír. Coseta, ¿te acuerdas tú de Montfermeil? Ibas por el bosque, tenías mucho miedo; ¿no recuerdas cuando te tomé el asa del cubo de agua? Aquella fué la primera vez que yo toqué tu pobre manita. ¡Estaba tan fría! ¡Ah! en aquel tiempo tenía usted las manos muy encarnadas, señorita; ahora las tiene usted muy blancas. ¡Y tu grande muñeca! ¿no te acuerdas de ella? La llamabas Catalina. ¡Sentiste mucho no poderla llevar contigo al convento! ¡Cuántas veces me has hecho reír, mi ángel idolatrado! Cuando había llovido, embarcabas en los arroyos unas briznas de paja, y te divertía mucho el verlas correr sobre el agua. Un día te di una raqueta de mimbre, y un volante con plumas amarillas, azules y verdes. Tú ya has olvidado todo esto. ¡Eras una niña tan viva y tan graciosa! Te gustaba mucho jugar. De todo sacabas partido. Te ponías cerezas en las orejas. Todas estas son cosas del tiempo pasado. Los bosques que ha atravesado uno con su niña, los árboles bajo los cuales se ha paseado, los conventos donde se ha ocultado, los juegos, las risas deliciosas de la infancia, todo esto ya es sombra, y nada más. Y yo me había imaginado que todo eso me pertenecía. Tal era mi necesidad, tal mi ilusión! Esos Thénar-

dier han sido muy malos. Es preciso perdonarlos. Coseta, hé aquí llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Conserva este nombre en tu memoria: Fantina. ¡Arrodíllate cada vez que le pronuncies. Mucho sufrió aquella infeliz criatura! Muchísimo te amaba. Fué ella tan desdichada, cuanto eres tú dichosa. Así distribuye Dios la gracia y la desgracia en el mundo. Él está allá arriba, nos ve á todos, y sabe lo que hace en medio de sus grandes constelaciones. Voy, pues, á dejáros, hijos míos. Amaros siempre mucho. No hay otra cosa en este mundo que: amarse. Alguna vez pensaréis en el pobre viejo que ha muerto aquí. ¡Oh, Coseta mía! no tengo yo la culpa, no, si he dejado de verte en todo este tiempo, eso me partía el corazón; todos los días llegaba hasta la esquina de vuestra calle; debía yo hacer una rara figura á los ojos de las gentes que me veían pasar; estaba como loco, una vez salí sin sombrero. Hijos míos, hé aquí llegado el momento terrible desepararme de vosotros para siempre, ya no veo muy claro, aún tenía muchas cosas que deciros, pero es igual. Pensad un poco en mí. Vosotros sois unos seres benditos. No sé lo que tengo, veo una grande luz. Acercaos aún más á mí. Muero dichoso. Dadme vuestras hermosas cabezas muy amadas, para que yo ponga mis manos sobre ellas.

Coseta y Marius cayeron de rodillas, desatinados, ahogados por el llanto, cada uno sobre una mano de Juan Valjean. Aquellas manos augustas no tenían ya movimiento.

Hallábase inclinado hácia atrás, el resplandor de los dos candeleros le iluminaba; su blanco rostro miraba al cielo, y dejaba á Coseta y Marius cubrir sus manos de besos: estaba muerto.

Era una noche sin estrellas, profundamente oscura. Sin duda, allá en la sombra, algún ángel inmenso se hallaba de pié, con sus alas desplegadas, esperando el alma.



En el cementerio del Père-Lachaise, en las cercanías de la fosa común, lejos del barrio elegante de aquella ciudad de los sepulcros, lejos de todas esas tumbas fantásticas que ostentan en presencia de la eternidad las modas horribles de la muerte; en un rincón desierto, á lo largo de una pared vetusta, bajo un tejo corpulento por el cual trepan la hiedra y las amapolas, entre la grama y el musgo, hay una piedra. Esta piedra no se halla más exenta que las otras de las lepras del tiempo, del enmohecimiento, del líquen, y del fimo de las aves. El agua la enverdece, y la ennegrece el aire. No pasa cerca de ella ninguna senda, y nadie quiere ir hacia aquel lado, porque la yerba allí es muy alta, y en seguida se sienten los pies mojados. Cuando hace un poco de sol, van allí los lagartos. En derredor de aquel paraje, se agitan como

en continuo estremecimiento bosqueillos de avena silvestre. En la primavera, cantan las calandrias en el árbol.

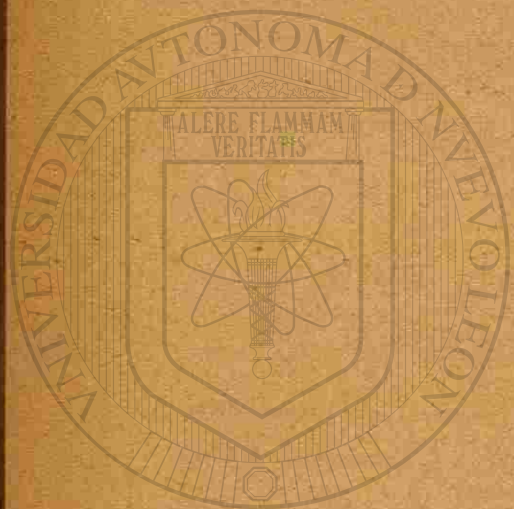
Aquella piedra está enteramente desnuda. Al tallarla, no se ha pensado en otra cosa que en lo necesario para la tumba, sin cuidarse más que de que la piedra fuese bastante larga y bastante estrecha para cubrir á un hombre.

Ningun nombre se lee sobre ella.

Sólo que, hace ya muchos años, una mano escribió allí con lápiz estos cuatro versos que poco á poco se iban haciendo ilegibles bajo la doble acción de la lluvia y del polvo, y que probablemente están hoy ya borrados:

Il dort. Quoique le sort fût pour lui bien étrange,
Il vivait. Il mourut quand il n'eut plus son ange;
La chose simplement d'elle-même arriva,
Comme la nuit se fait lorsque le jour s'en va ¹.

¹ Duerme. Bien que la suerte fuese para él bien extraña, vivió; pero falleció cuando se vió privado de su ángel. Sucedió esto de un modo natural y sencillo, á manera que viene la noche cuando se va el día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INDICE

DEL TOMO QUINTO

QUINTA PARTE

JUAN VALJEAN

LIBRO PRIMERO. — LA GUERRA ENTRE CUATRO PAREDES.

I. La Carybdis del arrabal de San Antonio y la Scylla del arrabal del Temple.....	3
II. Qué hacer en el abismo sino conversar.....	14
III. Esclarecimiento y oscurecimiento.....	20
IV. Cinco de ménos, uno de más.....	23
V. Qué horizonte se descubre desde lo alto de la barricada.....	33
VI. Marius sombrío, Javert lacónico.....	39
VII. La situación se agrava.....	42
VIII. Los artilleros se hacen respetar.....	48
IX. Empleo de aquel antiguo talento de cazador y de aquel tiro infalible que tanto influyó en la condena de 1796.....	53
X. Aurora.....	56
XI. El tiro que ni marra nunca ni mata á nadie.....	62
XII. El desórden partidario del órden.....	65
XIII. Vislumbres pasajeras.....	70

XIV. Donde se leerá el nombre de la querida de Enjolras.....	75
XV. Gavroche fuera de la barricada.....	77
XVI. Cómo un hermano se convierte en padre.....	82
XVII. <i>Mortuus pater filium moriturum expectat</i>	95
XVIII. El buitre convertido en presa.....	98
XIX. Juan Valjean se vengá.....	104
XX. Los muertos tienen razón y los vivos no se equivocan.....	109
XXI. Los héroes.....	122
XXII. Palmo á palmo.....	129
XXIII. Oréstea en ayunas y Pilades ebrio.....	135
XXIV. Prisionero.....	140

LIBRO SEGUNDO. — EL INTESTINO DE LEVIATAN.

I. La tierra empobrecida por el mar.....	145
II. La historia antigua de los alcantarillas.....	152
III. Bruneseau.....	157
IV. Detalles ignorados.....	162
V. Progreso actual.....	163
VI. Progreso futuro.....	171

LIBRO TERCERO. — EL CIEÑO, PERO EL ALMA.

I. La cloaca y sus sorpresas.....	179
II. Explicación.....	188
III. El hombre seguido á la desfilada.....	192
IV. También él lleva su cruz.....	199
V. Para la arena, como para la mujer, hay una figura que es perdida.....	205
VI. El fontis.....	212
VII. Á veces vara el buque donde creía desembarcar.....	216
VIII. La falda del frac rasgada.....	220
IX. Marius aparece como muerto á persona que lo entiende.....	228
X. El hijo pródigo de su vida vuelve á la casa paterna.....	234
XI. Vacilación en el absoluto.....	237
XII. El abuelo.....	240

LIBRO CUARTO. — JAVERT DESCARRILADO.

Javert descarrilado.....	249
--------------------------	-----

LIBRO QUINTO. — EL NIETO Y EL ABUELO.

I. Donde se vuelve á ver el árbol del parche de zinc.....	267
II. Al salir de la guerra civil, Marius se prepara á la guerra doméstica.....	272
III. Marius ataca.....	279
IV. La señorita Gillenormand concluye por no hallar del todo mal que el señor Fauchelevent haya entrado con algo bajo el brazo.....	284
V. Depositad más bien vuestro dinero en tal selva que en casa de tal notario.....	292
VI. Los dos ancianos hacen todo lo posible, cada cual á su manera, para que Coseta sea dichosa.....	294
VII. Los efectos de sueños mezclados con la dicha.....	306
VIII. Dos hombres imposibles de encontrar.....	310

LIBRO SEXTO. — LA NOCHE BLANCA.

I. El 16 de Febrero de 1833.....	317
II. Juan Valjean continúa llevando el brazo en cabestrillo.....	331
III. La inseparable.....	344
IV. <i>Immortale jecur</i>	348

LIBRO SÉPTIMO. — EL ÚLTIMO TRAGO DEL CALIZ.

I. El séptimo círculo y el octavo cielo.....	355
II. Las oscuridades que puede contener una revelación.....	379

LIBRO OCTAVO. — EL DECRECIMIENTO CREPUSCULAR.

I. El cuarto bajo.....	391
II. Otros pasos hácia atrás.....	398
III. Se acuerdan del jardín de la calle Plumet.....	402
IV. La atracción y la extinción.....	409

LIBRO NOVENO. — SUPREMA SOMBRÁ, AUBORÁ SUPREMA.

I. Piedad para los desdichados, pero indulgencia para los dichosos.....	413
---	-----

- II. Últimas palpitations de la lámpara sin aceite..... 417
 III. El que levantó la carreta Fauchelevant halla pesada
 una pluma..... 420
 IV. Botella de tinta que no consigue más que blanquear. 424
 V. Noche tras de la cual está el día..... 450
 VI. La yerba oculta y la lluvia borra..... 464



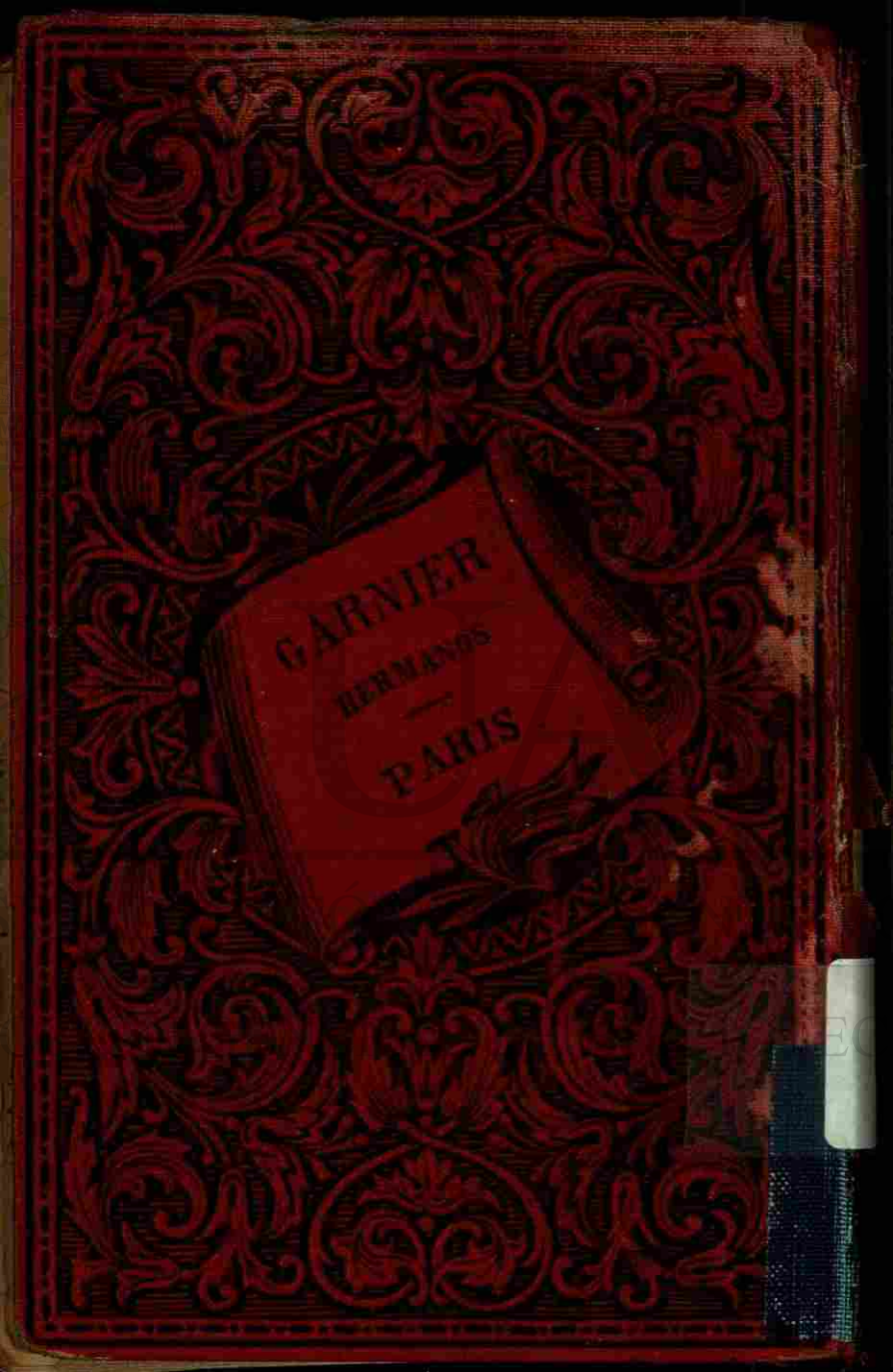
PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GARNIER
HERMANOS
PARIS

EC